



Tariq Ali
El libro de
Saladino

Tremontana
Alfonsa Del Moral

Annotation

Isaac Ibn Yakub es un judío estudioso de la Ley de Dios y cronista de sus antepasados. Su vida transcurre sin muchos preámbulos en la ciudad de Damasco hasta que, una tarde del verano del año 1184 recibe una inesperada visita. El hombre, sentado en un rincón de su habitación, le tiene un buen empleo: escribir sobre los acontecimientos que están a punto de sucederse en el mundo del Islam para dejar un registro completo y testimonio riguroso a las generaciones venideras. Le asegura que el Reino Cristiano de Jerusalén está a punto de desmoronarse y los musulmanes y judíos recuperarán sus preciados templos de Al-Khadisiyya y Sión. Finalmente le entrega una carta con la que debe presentarse en el palacio del sultán y se marcha. Pero detrás de su estampa, Ibn Yakub descubre en la pose de caballero, el andar determinado y el rostro ennoblecido a la persona de Salah ad-Din Yussuf Ibn Ayyub: el sultán Saladino.

EL LIBRO DE SALADINO

Cuando un día el judío Isaac ben Yakub recibe la visita del médico ibn Maimun "Maimónides" en su casa de El Cairo, poco sospecha que lo hace en busca de un escriba que vaya recogiendo de viva voz las memorias del poderoso sultán de Egipto, Salah al-Din. No es más que el comienzo de ; El libro de Saladino , una novela que no deja lugar al aburrimiento y que despliega ante el lector el exótico y evocador mundo de las Cruzadas y del Oriente medieval con sus florecientes ciudades El Cairo, Damasco, Bagdad, en las que los palacios con sus lujosos aposentos y silenciosos patios, sus harenes y eunucos, se alzan al lado de los bulliciosos barrios con sus baños y callejuelas, sus comerciantes y sus espectáculos. Junto con los campos de batalla, tal es el escenario en el que se desarrollan, salpicadas de pasiones e intrigas, de júbilo y tensiones, las andanzas y hazañas del gran caudillo musulmán.

Título Original: *The book of Saladin*

Traductor: Herrera Ferrer, Ana

©1998, Alí, Tariq

©2011, Alianza Editorial, S.A.

ISBN: 9788420653754

Generado con: QualityEPUB v0.29

Generado por: KORELLA, 04/11/2011

El Cairo

Capítulo 1

Con la recomendación de Ibn Maimun me convierto en el escriba de confianza de Salah al-Din

Durante muchos años he estado sin pensar en nuestro viejo hogar. Ha pasado mucho tiempo desde el incendio. Mi casa, mi esposa, mi hija, mi nieto de dos años..., todos atrapados como animales en una jaula. Si el destino no hubiera decidido lo contrario, yo también habría quedado reducido a cenizas. Cuánto he deseado haber estado allí para compartir su agonía.

Estos recuerdos son dolorosos. Los guardo en lo más profundo de mi ser.

Todavía hoy, al empezar a escribir esta historia, la imagen de aquella habitación abovedada donde todo tuvo su inicio sigue viva y con fuerza en mi interior. Los recovecos de nuestra memoria son extraordinarios.

Cosas que permanecían escondidas y olvidadas largo tiempo ha en oscuros rincones, repentinamente, salen a la luz.

Ahora lo veo todo con claridad, como si el tiempo se hubiera detenido por completo.

Era una fría noche de invierno del año 1181 del calendario cristiano. En El Cairo, en la calle, sólo se oía el maullido de algún gato. El rabí Musa ibn Maimun, un viejo amigo de nuestra familia, y médico nuestro por voluntad propia, llegó a mi casa después de atender al cadí al-Fadil, que llevaba varios días indispuerto. Habíamos acabado de comer y estábamos tomando en silencio un té con menta, sobre unas espesas y multicolores alfombras de lana salpicadas con cojines de seda y satén. Un gran brasero lleno de picón brillaba en el centro de la habitación, dejando escapar suaves oleadas de calor. Echados en el suelo podíamos ver el reflejo del fuego en la bóveda superior, de forma que parecía como si fuera el propio cielo nocturno iluminado.

Yo estaba reflexionando sobre nuestra conversación anterior. Mi amigo acababa de revelarme un aspecto de sí mismo iracundo y amargo, que me sorprendió y al mismo tiempo me tranquilizó. Nuestro santo era tan humano como cualquier otra persona. La máscara estaba destinada a los extraños. Habíamos estado discutiendo las circunstancias que obligaron a Ibn Maimun a abandonar al-Andalus e iniciar su larga peregrinación de quince años desde Córdoba a El Cairo. Diez de esos años los pasó en la ciudad magrebí de Fez. Allí, la familia entera tuvo que fingir que eran seguidores del profeta del islam. Ibn Maimun se ponía furioso sólo con recordarlo. Era el engaño lo que le molestaba realmente. El fingimiento era

algo que iba en contra de sus instintos.

Nunca le había oído hablar de esta manera. Me di cuenta de su transformación. Al hablar, le brillaban los ojos y sus manos se crispaban como garfios. Me pregunté si sería aquella experiencia la que despertó su preocupación por la religión, especialmente por la religión en el poder, una fe impuesta a punta de espada. Yo rompí el silencio.

—¿Es posible un mundo sin religión, Ibn Maimun? Los antiguos tenían muchos dioses. Profesaban su adoración a uno de ellos para combatir a los fieles de otro dios. Ahora tenemos uno solo y, por necesidad, debemos luchar por él. Así que todo se ha convertido en una guerra de interpretación. ¿Cómo explica tu filosofía este fenómeno?

La pregunta le divirtió, pero antes de que pudiera replicar, oímos un fuerte golpe en la puerta y su sonrisa desapareció.

—¿Esperas a alguien?

Yo negué con un movimiento de cabeza. Se inclinó hacia delante para calentarse las manos en el brasero. Ambos estábamos envueltos en mantas de lana, pero aun así teníamos frío. Instintivamente, comprendía que la razón de aquella llamada en la puerta la motivaba mi amigo.

—Sólo el sirviente de un hombre poderoso llama a la puerta de esa manera —suspiró Ibn Maimun—. Quizás el cadí haya empeorado, y a lo mejor tengo que ir a verlo.

Mi sirviente Ahmad entró en la habitación con una antorcha en sus manos temblorosas. Iba seguido por un hombre de mediana estatura, rasgos vulgares y el cabello de un color rojo vivo. Iba envuelto en una manta y cojeaba ligeramente de la pierna derecha. Un súbito ramalazo de pánico cruzó por la cara de Ibn Maimun mientras se ponía de pie y hacía una reverencia ante el visitante. Yo no había visto nunca a aquel hombre. Ciertamente, no era el cadí, a quien conocía bien.

Yo también me levanté y saludé al visitante con una inclinación. Él sonrió al ver que yo no le reconocía.

—Siento interrumpiros a estas horas. El cadí me ha informado de que Ibn Maimun estaba en nuestra ciudad, pasando la noche en tu ilustre morada. Porque estoy en casa de Isaac ibn Yakub, ¿verdad?

Asentí.

—Espero —continuó el extraño con una ligera inclinación de cabeza— que me perdones por venir sin previo aviso. No suelo tener la suerte de conocer a dos grandes eruditos el mismo día. Mis pensamientos vagaban indecisos entre las grandes ventajas de irme a dormir temprano o tener una conversación con Ibn Maimun. He decidido que tus palabras pueden tener un efecto más beneficioso que el sueño. Y aquí estoy.

—Todo aquel que sea amigo de Ibn Maimun es bien recibido aquí. Por favor,

sentaos. ¿Puedo ofreceros un plato de sopa?

—Creo que os sentará bien, señor de los creyentes —dijo Ibn Maimun en voz baja.

Me di cuenta de que me encontraba en presencia del sultán. Era Yusuf Salah al-Din en persona. En mi casa. Caí de rodillas y toqué sus pies.

—Perdonadme por no reconoceros, majestad. Vuestro esclavo suplica clemencia.

Él se echó a reír y me obligó a levantarme.

—No me gustan demasiado los esclavos. Son muy propensos a la rebelión. Pero agradecería un plato de sopa.

Se tomó la sopa y después me preguntó por la procedencia del plato en el que se la habían servido.

—¿Verdad que es de arcilla roja de Armenia?

Yo asentí, sorprendido.

—Mi abuela tenía unos muy parecidos a éste. Sólo los sacaba para bodas y funerales. Solía decirme que eran de su pueblo, de las montañas de Armenia.

En el transcurso de la conversación, el sultán explicó a Ibn Maimun que quería contratar a un escriba de confianza. Deseaba tener alguien a quien dictar sus memorias. Su secretario privado estaba demasiado comprometido en intrigas de diversos tipos y no podía confiar plenamente en él. Era bastante capaz de distorsionar el sentido de las palabras para que éstas se adaptaran a sus propias necesidades futuras.

—Como sabes bien, amigo mío —dijo el sultán, mirando a Ibn Maimun directamente a los ojos— hay épocas en que nuestra vida se encuentra en peligro en cualquier momento del día. Estamos rodeados de enemigos. No tenemos tiempo para pensar en nada que no sea la pura supervivencia. Sólo cuando reina la paz puede uno permitirse el lujo de quedarse a solas con los pensamientos propios.

—¿Como ahora? —preguntó Ibn Maimun.

—Como ahora —murmuró el sultán—. Necesito alguien en quien confiar, y una persona que no vacile en revelar la verdad una vez que yo me haya convertido en polvo.

—Conozco al tipo de persona que necesita vuestra alteza —dijo Ibn Maimun—, pero vuestra petición supone un problema. Vos nunca estáis mucho tiempo en una misma ciudad. Y una de dos, o el escriba tiene que viajar con vos, o tendríamos que encontrar otro en Damasco.

El sultán sonrió.

—¿Por qué no? Y una tercera ciudad me atrae también. Espero visitar al-Kadisiya muy pronto. Entonces quizá necesite tres escribas. Uno por cada una de las tres ciudades. Como yo soy el autor, me aseguraré de no repetirme a mí mismo.

Mi amigo y yo nos quedamos boquiabiertos por la sorpresa. Apenas podíamos

disimular nuestra excitación, y aquello pareció gustar a mi exaltado huésped. Jerusalén —al-Kadisiya para el mundo islámico— era una ciudad ocupada. Los francos se habían vuelto arrogantes e insolentes. El sultán acababa de anunciar, en mi propia casa, que se proponía expulsar de allí al enemigo.

Durante sesenta años nosotros, que siempre habíamos vivido en aquella región, y los francos, que llegaron cruzando los mares, nos estuvimos cortando el cuello unos a otros. Jerusalén cayó en sus manos en 1099. La vieja ciudad fue saqueada y destruida, sus calles bañadas en sangre judía y musulmana. Allí la contienda entre los bárbaros y nuestro mundo fue más brutal que en las ciudades de la costa. Mataron uno a uno a todos los judíos y a todos los musulmanes. Multitud de gentes se alzaron en las mezquitas y en las sinagogas horrorizadas cuando las noticias de estas atrocidades se extendieron por la tierra, y maldijeron a los bárbaros del oeste, empeñando su palabra de que se vengarían de esos hechos innobles. Quizás hubiera llegado ya el momento de hacerlo. Quizá la tranquila confianza de este hombre estuviera justificada. Mi corazón latía más deprisa.

—Este amigo mío, Ibn Yakub, cuyo hogar vuestra excelencia ha privilegiado esta noche, es uno de los eruditos más honrados de nuestra comunidad. No puedo imaginar a nadie mejor para convertirse en vuestro escriba. No diré jamás ni una palabra a nadie.

El sultán clavó en mí sus ojos durante un rato.

—¿Estarías dispuesto?

—Estoy a vuestro servicio, adalid de los leales. Con una sola condición.

—Habla.

—He leído muchos libros acerca de los reyes de la antigüedad. Al gobernante normalmente se le describe como bueno o malo, dependiendo de si el relato lo escribe un cortesano o un enemigo. Los libros de ese tipo no tienen valor alguno. Cuando la verdad y la falsedad se entremezclan y yacen abrazadas en un mismo lecho, es difícil distinguirlas. Debo obtener el permiso de vuestra excelencia para hacer preguntas que puedan ayudarme a aclarar el significado de cualquier episodio concreto de vuestra vida. Quizá no sea necesario, pero todos sabemos las muchas obligaciones que recaen en vuestras espaldas y...

—Podrás preguntarme lo que desees. Te concedo ese privilegio. Pero yo quizá no te responda siempre. Ése será mi privilegio.

Asentí.

—Como tendrás que acudir a menudo a palacio, no podremos mantener en secreto tu nombramiento, pero valoraré en mucho tu discreción y precisión. Hay algunos entre los más cercanos a mí, incluyendo nuestro bien amado cadí, al-Fadil, que rabiarán de envidia. Después de todo, al-Fadil es un escritor de mucho talento y muy admirado. Podría escribir ciertamente lo que yo le dictase, pero su lenguaje es demasiado florido, demasiado precioso para mi gusto. Reviste cada tema con tantas

palabras fantasiosas que a veces es difícil percibir cuál es el significado. Es un malabarista de las palabras, un mago, un maestro del disfraz.

»Deseo que tomes nota de lo que diga con tanta exactitud como puedas, sin embellecimientos de ningún tipo. Ven a palacio mañana y empezaremos temprano. Y ahora, si me excusas durante unos breves momentos, desearía consultar con Ibn Maimun un tema personal.

Salí de la habitación.

Una hora después, cuando entré para preguntarles si deseaban otro plato de sopa de pollo, oí la fuerte y clara voz de mi amigo.

—Ya le he dicho a menudo al cadí que las emociones del alma, que sentimos en nuestro interior, producen cambios verdaderamente importantes en nuestra salud. Hay que calmar todas esas emociones que hacen que vuestra alteza se preocupe tanto. Su causa debe ser descubierta y tratada. ¿Me lo habéis contado todo?

No hubo respuesta. Pocos minutos después, el sultán abandonó mi casa. Nunca volvió a ella. Sus servidores llegaron a intervalos regulares con regalos para mi familia, corderos o cabras para celebrar la fiesta musulmana de al-Fitr, que conmemora el sacrificio de Abraham.

Desde aquella noche hasta el día en que él partió hacia Jerusalén, vi al sultán todos los días. A veces no me dejaba volver a casa, y me asignaban unas habitaciones en el mismo palacio. Durante los siguientes ocho meses, mi vida estuvo dedicada por completo al sultán Yusuf Salah-ud-Din ibn Ayyub.

Capítulo 2

Conozco a Shadhi y el sultán empieza a dictarme sus memorias

Ibn Maimun me había advertido que el sultán era muy madrugador. Se despertaba al alba, hacía sus abluciones y bebía una taza de agua tibia antes de cabalgar hasta las colinas de Mukattam, en las afueras de la ciudad. Allí se construía la ciudadela. El sultán, buen aficionado a la arquitectura, a menudo imponía su voluntad sobre la de los alarifes. Sólo él sabía que la finalidad de la nueva estructura no era defender El Cairo contra los francos, sino defender al sultán contra la insurrección popular.

La ciudad era conocida por sus turbulencias. Había crecido rápidamente, y atraía a vagabundos y descontentos de todo tipo. Por esa razón, El Cairo temía a sus gobernantes.

Allí también el sultán probaba tanto sus habilidades como las de su corcel. A veces se llevaba consigo a Afdal, su hijo mayor. Afdal sólo tenía diez años, y aquélla era su primera estancia prolongada en El Cairo. El sultán dedicaba todo ese tiempo a entrenar al chico en las artes y políticas de la guerra. Las dinastías, después de todo, se forjan o se pierden en los campos de batalla. Saladino había aprendido esto de su padre Ayyub y de su tío Shirkuh.

Al regreso del sultán aquella mañana, yo ya le estaba esperando. Me toqué la frente en silencioso saludo.

—Has llegado en el momento exacto, Ibn Yakub —dijo nada más descabalar. Estaba sofocado y sudoroso, y le brillaban los ojos como los de un niño. La felicidad y la satisfacción se le reflejaban en el rostro—. Eso augura un buen comienzo para nuestro trabajo. Voy a tomar un baño y me reuniré contigo para desayunar en la biblioteca. Tenemos una hora para estar a solas antes de que llegue el cadí. Shadhi te mostrará el camino.

Un viejo guerrero kurdo de unos noventa años, con la barba más blanca que la nieve de la montaña, me cogió del codo, y me guió suavemente en dirección a la biblioteca. De camino, me fue hablando de sí mismo. Había sido servidor del padre del sultán mucho antes de que Yusuf naciera, y mucho antes de que Ayyub y su hermano Shirkuh se trasladaran a las llanuras de Mesopotamia.

—Fui yo, Shadhi, quien enseñó a tu sultán a cabalgar y a manejar la espada cuando sólo tenía ocho años. Fui yo, Shadhi, quien...

En otras circunstancias más normales, yo habría escuchado atentamente al anciano, y le habría preguntado muchos detalles, pero aquel día mis pensamientos

estaban en otro lugar. Era mi primera visita a palacio, y sería tonto negar que me encontraba en un estado de gran excitación. De repente mi estrella iba en ascenso. Iba a convertirme en confidente del gobernante más poderoso del mundo.

Me llevaron a la biblioteca privada más admirada de nuestra ciudad. Sólo los libros de filosofía superaban el millar. Todo estaba allí, desde Aristóteles a Ibn Rushd, desde la astronomía a la geometría. Allí era donde acudía Ibn Maimun cuando quería consultar los trabajos médicos de al-Kindi, Sahlan ibn Kaisan y Abul Fadl Daud. Y, por supuesto, al propio maestro, al-Razi, el mayor de todos. Allí era donde quería Ibn Maimun que se conservaran sus libros y manuscritos después de su muerte.

Al entrar en la biblioteca me vi sobrecogido por su magnitud y pronto me sumergí en elevados pensamientos. Aquellos volúmenes, tan exquisitamente encuadernados, eran los depositarios de siglos y siglos de aprendizaje y estudio. Allí había una sección especial con libros que no se podían encontrar en ningún otro sitio, trabajos considerados heréticos. Libros, para decirlo de otro modo, de los que podían ayudar a abrir las mentes más cerradas. Éstos sólo estaban disponibles en las salas de lectura del *dar al-hikma*, si el lector estaba dispuesto a ofrecer al bibliotecario un generoso regalo. Y aun así, no se podían leer todos.

El *Sirat al-Bakri* de Abul Hassan al-Bakri, por ejemplo, había desaparecido de las tiendas y de las bibliotecas públicas. Un predicador de al-Azhar denunció el libro, una biografía de Mahoma, como una falsedad total y en las plegarias de los viernes informaba a los fieles que al-Bakri estaba tostándose en el infierno a causa de su blasfemia.

Y ahora allí, ante mí, tenía el libro calumniador. Mis manos temblaron ligeramente mientras lo sacaba del estante y empezaba a leer sus primeras líneas. Me pareció bastante ortodoxo. Estaba tan absorto en él que no vi la figura postrada de Shadhi en su alfombrilla de la oración en dirección a La Meca, ni la llegada imprevista del sultán. Éste interrumpió mi ensoñación privada.

—Soñar y saber es mejor que rezar y ser ignorante. ¿No estás de acuerdo, Ibn Yakub?

—Perdonadme, excelencia, estaba...

Hizo señal de que nos sentáramos. Nos sirvieron el desayuno. El sultán estaba preocupado. Yo me puse nervioso. Comimos en silencio.

—¿Cuál es tu método de trabajo?

Me cogió por sorpresa.

—No estoy seguro de entender lo que queréis decir, adalid de los valientes.

Rió.

—Vamos, amigo mío. Ibn Maimun me ha dicho que eres un historiador muy erudito. Ha hablado muy elogiosamente de tu intento de compilar una historia de tu pueblo. ¿Es tan difícil responder a mi pregunta?

—Sigo el método del gran Tabari. Escribo en estricto orden cronológico. Averiguo la veracidad de cada hecho importante hablando con aquellos que obtuvieron sus conocimientos de primera mano. Cuando obtengo versiones diferentes de diversos narradores sobre un mismo hecho, normalmente se las ofrezco todas al lector.

El sultán se echó a reír.

—Te contradices a ti mismo. ¿Cómo puede haber más de una versión sobre un solo hecho? Si sólo hay un hecho, sólo habrá un relato correcto y varias versiones falsas.

—Vuestra majestad está hablando de hechos. Yo estoy hablando de historia.

Él sonrió.

—¿Empezamos?

Asentí y preparé mi recado de escribir.

—¿Empezamos desde el principio?

—Creo que sí —murmuró él— ya que sigues tan estrictamente la cronología. Es decir, que sería mejor empezar con mi primera visión de El Cairo, ¿no te parece?

—El principio, sultán. El principio. Vuestro principio. Vuestros primeros recuerdos.

—Yo soy un afortunado. No soy el hijo mayor. Por esa razón, no se esperaba demasiado de mí. Me dejaron a mi libre albedrío, y disfruté de considerable libertad. Mi aspecto y mi comportamiento no suponían amenaza para nadie. Yo era un chico muy normal. Ahora me ves como sultán, rodeado de los símbolos del poder. Estás impresionado y, posiblemente, incluso asustado. Te preocupa pensar que si no sigues estrictamente determinadas formalidades tu cabeza puede rodar por el polvo. Ese temor es normal. Es el efecto que tiene el poder sobre los súbditos del sultán. Pero ese mismo poder puede transformar incluso la personalidad más insignificante en una figura de proporciones desmesuradas. Mírame a mí. Si me hubieras conocido cuando yo era un niño y Shahan Shah mi hermano mayor, nunca habrías imaginado que podía ser el sultán de Misr y habrías tenido toda la razón. El destino y la historia conspiraron para hacer de mí lo que soy ahora.

»La única persona que vio algo en mí fue mi abuela paterna. A la edad de nueve o diez años, me vio un día con un grupo de amigos tratando de matar a una serpiente. De niños competíamos entre nosotros en tonterías por el estilo. Intentábamos agarrar a una serpiente por la cola y sacudirla, antes de aplastarle la cabeza con una piedra o, como hacían los más valientes, con nuestros propios pies.

»Mi abuela, que observaba la escena atentamente, me llamó.

»—¡Yusuf! ¡Yusuf ibn Ayyub! ¡Ven aquí inmediatamente!

»Los otros chicos echaron a correr y yo, en cambio, caminé lentamente hacia ella, esperando un tirón de orejas. Mi abuela tenía un legendario mal carácter. En cierta ocasión, le dio una bofetada a mi padre cuando ya era un hombre mayor, o al menos eso fue lo que me contó Shadhi una vez. Nadie se atrevió a preguntar la causa de ese enfrentamiento público. Mi padre salió de la habitación y, según decían, madre e hijo no se hablaron el uno al otro durante un año. Al final, fue mi padre quien se disculpó.

»Para gran asombro mío, ella me abrazó y me besó en los dos ojos.

»—Eres intrépido, hijo mío, pero ten cuidado. Algunas serpientes pueden volverse contra ti, aunque las tengas bien sujetas por la cola.

«Recuerdo que reí con alivio. Y sin más me contó un sueño que había tenido cuando yo nací.

«—Estabas todavía dentro del vientre de tu madre. Creo que le dabas muchas patadas. Tu madre se quejaba a veces de que iba a dar a luz un potrillo. Una noche soñé que una serpiente que se tragaba a los hombres reptaba hacia tu madre, que estaba echada desnuda a pleno sol. Tu madre abría los ojos y empezaba a sudar. Quería moverse, pero no podía levantar el cuerpo. Lentamente, la serpiente reptaba hacia ella. Entonces, de pronto, como la puerta de una caverna mágica, su vientre se abrió. Salió de él un niño que comenzó a andar, espada en mano, y de un fuerte golpe decapitó a la serpiente. Se volvió, miró a su madre y se metió en el interior de su estómago. Tú serás un gran guerrero, hijo mío. Está escrito en las estrellas y el propio Alá será tu guía.

»Mi padre y mi tío se rieron de mi abuela y sus estúpidos sueños, pero, en aquel momento, indudablemente su interpretación tuvo un efecto positivo sobre mí. Era la primera persona que me tomaba en serio.

»Sus palabras debieron de tener algún efecto, ya que a partir de aquel incidente, noté que Asad-al-Din Shirkuh, mi tío, empezaba a vigilarme con cuidado. Se tomó gran interés personal en mi adiestramiento con el caballo y la espada. Él me enseñó todo lo que sé de caballos. ¿Sabes, Ibn Yakub, que conozco la genealogía completa de todos los grandes caballos de nuestro ejército? Pareces sorprendido. Hablaremos de caballos otro día.

»Si cierro los ojos y pienso en los recuerdos de mi infancia, la primera imagen que me viene a la mente son las ruinas de los antiguos templos griegos de Baal-bek. Su tamaño le hacía a uno temblar de admiración y respeto. Las puertas que conducían al patio todavía estaban intactas. Fueron construidas realmente para los dioses. Mi padre, como representante del gran sultán Zengi de al-Mawsil, estaba a cargo de la fortaleza y de su defensa contra los rivales del sultán. Ésa fue la ciudad en la que crecí. Los antiguos la llamaban Heliopolis, y allí adoraban a Zeus, y a Hermes y a Afrodita.

»De niños solíamos dividirnos en diferentes grupos a los pies de sus estatuas y

jugar allí al escondite. No hay nada como unas ruinas para avivar la imaginación de un niño. Hay magia en esas viejas piedras. Yo soñaba con los días de la antigüedad. Hasta entonces, el mundo de los antiguos era un absoluto misterio. La adoración de ídolos era la peor herejía para nosotros, algo que había sido eliminado del mundo por Alá y nuestro Profeta. Y sin embargo esos templos, y las imágenes de Hermes y Afrodita en particular, eran muy hermosos.

«Solíamos pensar en lo maravilloso que hubiera sido vivir en aquellos tiempos. A menudo nos peleábamos por los dioses. Yo era partidario de Afrodita, y a mi hermano mayor. Turan Shah, le gustaba Hermes. En cuanto a Zeus, todo lo que quedaba de su estatua eran las piernas, y no eran demasiado atractivas. Creo que el resto de la estatua se usó para construir la fortaleza en la cual vivíamos entonces.

«Shadhi, preocupado por el efecto corruptor de esos vestigios del pasado, intentaba asustarnos para alejarnos de las ruinas. Los dioses podían transformar a los humanos en estatuas o en otros objetos conservando su mente intacta. Inventaba historias de cómo los *yins*, los genios y otras criaturas malignas se reunían en aquellos lugares cuando había luna llena y discutían cómo apoderarse de los niños y comérselos. Los *yins* habían devorado a cientos y miles de niños a lo largo de los siglos, nos decía con voz profunda. Entonces mi hermano, viendo el terror en nuestras caras, trataba de quitar hierro a lo que había dicho. Nadie podría hacernos daño a nosotros, porque estábamos bajo la protección de Alá y del Profeta.

«Las historias de Shadhi no hacían más que acrecentar nuestra curiosidad. Le preguntábamos por los tres dioses, y algunos de los estudiosos de la biblioteca hablaban abiertamente de los antiguos y sus creencias. Sus dioses y diosas eran como los humanos. Luchaban y se amaban unos a otros, y compartían otras emociones humanas. Lo que les distinguía de nosotros es que ellos no morían. Vivían para siempre en su propio cielo, un lugar muy diferente de nuestro paraíso.

»—¿Están todavía allí, en ese cielo suyo? —recuerdo haberle preguntado una noche a mi abuela.

»Ella se puso furiosa.

»—¿Quién te ha llenado la cabeza con esas tonterías? Tu padre hará que les corten la lengua. Nunca han sido otra cosa que estatuas, niño bobo. La gente de aquella época era muy estúpida. Adoraban a los ídolos. En nuestra parte del mundo teníamos al Profeta, que descansa en paz, el cual destruyó las estatuas y su influencia.

»Pero todo lo que nos decían incrementaba nuestra fascinación por aquellas cosas. Nada podía apartarnos de ellas. Una noche de luna llena, los niños mayores, conducidos por mi hermano, decidieron visitar el santuario de Afrodita. Querían dejarme a mí en casa, pero yo les oí lo que tramaban y les amenacé con contárselo todo a la abuela. Mi hermano me dio una patada con toda su fuerza, pero al final se dio cuenta de que era peligroso no llevarme.

»Hacía frío aquella noche. Mucho frío. Nos envolvimos en mantas. Creo que éramos seis o siete. Lentamente salimos de la fortaleza arrastrándonos. Estábamos muy asustados, y recuerdo las quejas que hubo cuando yo les obligué a pararnos dos veces para regar las raíces de un árbol. Según nos aproximábamos a Afrodita nuestra confianza era mayor. No se oía nada sino el canto de la lechuza y el ladrido de los perros. No había aparecido ningún *yin*.

»Pero cuando llegamos al patio del templo, iluminado por la pálida luna, oímos unos ruidos extraños. Casi muerto de miedo me agarré con fuerza a Turan Shah. Hasta él estaba asustado. Lentamente nos arrastramos para ver de dónde procedían los ruidos. Allí, ante nosotros, estaba la espalda desnuda de Shadhi, inclinándose delante y atrás, con el pelo negro ondulando al viento. Estaba copulando solo como un asno, y cuando nos dimos cuenta de que era él, no pudimos contenernos. Nuestra risa resonó por el patio vacío, hiriendo a Shadhi como una daga. Se volvió y se puso a insultarnos a gritos. Corrimos. Al día siguiente mi hermano se enfrentó a él:

»—Aquel *yin* de la otra noche tenía un culo muy familiar, ¿verdad, Shadhi?

Salah al-Din hizo una pausa y se rió a mandíbula batiente al recordarlo. Y por casualidad, Shadhi entró en la biblioteca en aquel preciso momento con un mensaje. Antes de que pudiera hablar, la risa del sultán se elevó aún más. El sorprendido sirviente nos miró primero a uno y después a otro, y yo sólo pude controlarme con grandes dificultades, aunque para mis adentros me estaba riendo a carcajadas.

Le explicamos entonces a Shadhi la historia que se acababa de contar. Su cara se puso roja, y habló hecho un basilisco a Salah al-Din en dialecto kurdo y luego salió de la habitación.

El sultán rió de nuevo.

—Me ha amenazado con vengarse. Te contará historias de mi juventud en Damasco, que está seguro de que yo mismo ya he olvidado.

Nuestra primera sesión había concluido.

Dejamos la biblioteca, indicándome el sultán con un gesto que le siguiera. Los pasillos y habitaciones que atravesamos estaban amueblados con una infinita variedad de sedas y brocados, con espejos enmarcados en plata y oro. Unos eunucos guardaban cada uno de aquellos santuarios. Nunca había visto yo un lujo semejante.

El sultán me dejó poco tiempo para maravillarme. Caminaba con pasos ligeros, su túnica ondeando con el viento ocasionado por sus propios movimientos. Entramos en la sala de audiencias. En la parte exterior se encontraba de pie un

soldado nubio, con una cimitarra al costado. Incluyó la cabeza cuando entramos. El sultán se sentó en una plataforma elevada, cubierta con sedas púrpura y rodeada por cojines de satén y brocado de oro.

El cadí había llegado ya al palacio para su informe diario y sus consultas. Fue convocado a la sala. Entró haciendo una reverencia y yo hice ademán de salir. Para mi sorpresa, el sultán me pidió que siguiera allí sentado. Quería que observara y escribiera todo lo que iba a suceder.

A menudo veía al cadí al-Fadil en las calles de la ciudad, precedido y seguido por sus guardias y sirvientes, símbolos de poder y autoridad. El rostro del Estado. Aquél era el hombre que presidía el diván *al-insha*, la cancillería del Estado, el hombre que aseguraba el regular y fluido funcionamiento de Misr. Había servido a los califas fatimíes y sus ministros con el mismo celo con el que ahora servía al hombre que les había vencido. Él encarnaba la continuidad de las instituciones egipcias. El sultán confiaba en él como consejero y amigo, y el cadí nunca se acobardaba si debía ofrecer consejos que no eran bien recibidos. También era él quien redactaba las cartas personales y oficiales, una vez que el sultán le proporcionaba una idea general de lo que quería decir.

El sultán me presentó como escriba especial y privado. Yo me levanté y me incliné ante el cadí. Él sonrió.

—Ibn Maimun habla mucho de ti, Ibn Yakub. Respeta tu erudición y tus habilidades. Eso basta para mí.

Yo incliné la cabeza agradecido. Ibn Maimun me había advertido que si el cadí se sentía posesivo con el sultán y desconfiaba de mi presencia, podía hacer que me eliminaran de este mundo sin demasiadas dificultades.

—¿Y mi aprobación, al-Fadil? —inquirió el sultán—. ¿No significa nada acaso? Reconozco que no soy un gran pensador, ni un poeta como tú, ni tampoco un filósofo o un médico como nuestro buen amigo Ibn Maimun. Pero seguramente admitirás que soy buen juez de los hombres. Fui yo quien eligió a Ibn Yakub.

—Vuestra excelencia se burla de su humilde sirviente —replicó el cadí con un tono ligeramente aburrido, como diciendo que no estaba de humor para bromas aquel día.

Después de unas escaramuzas preliminares, en las cuales se negó a ser provocado por su jefe, el cadí bosquejó los acontecimientos principales de la semana anterior. Era un informe de rutina de los aspectos más triviales del gobierno del Estado, pero era difícil no resultar hechizado por su dominio del lenguaje. Cada palabra era cuidadosamente elegida, cada frase modulada con precisión, y a la conclusión seguía un pareado rimado. Aquel hombre era realmente impresionante. El informe completo duró una hora, y el cadí no necesitó consultar ningún papel ni una sola vez. ¡Qué extraordinaria memoria!

El sultán estaba acostumbrado al informe del cadí, y al parecer solía cerrar los

ojos durante largo rato mientras se desgranaba el exquisito discurso de su canciller.

—Ahora llego a un asunto importante que necesita una decisión vuestra, señor. Me refiero al asesinato de uno de vuestros oficiales por otro oficial.

El sultán se despabiló al instante.

—¿Por qué no se me ha avisado antes?

—El incidente del que hablo ocurrió hace sólo dos días. Pasé el día de ayer completo intentando averiguar la verdad. Ahora puedo contaros toda la historia.

—Te escucho, al-Fadil.

El cadí empezó a hablar.

Capítulo 3

Un caso de pasión incontrolable: la historia de Halima y la decisión del sultán

—Messud-al-Din, como sabéis, era un valiente oficial de vuestra gracia. Había luchado con vuestras tropas en varias ocasiones. Hace dos días murió a manos de un hombre mucho más joven, Kamil ibn Zafar, según me han contado, uno de los espadachines más dotados de nuestra ciudad. La noticia me llegó de labios de Halima, causa del conflicto entre los dos hombres. La joven ahora se encuentra bajo mi protección hasta que se resuelva el caso. Si el sultán desea verla, entenderá por qué ha muerto Messud y por qué Kamil está preparado para sufrir un destino similar. Es muy hermosa.

»Halima era huérfana. No vivió una infancia de color de rosa. Es como si hubiera conocido las transgresiones que estaba destinada a provocar. Llegó a la vida adulta y asombró con su belleza, su inteligencia y su audacia. Se convirtió en criada en el hogar de Kamil ibn Zafar, donde trabajó para su mujer y cuidó a sus niños.

»Kamil podía haber hecho con ella lo que se le hubiera antojado. Podía haber usado de su cuerpo cuando se hubiese sentido desbordado por el deseo y podía haberla instalado en su casa como concubina. Pero él la amaba. No fue ella quien le pidió que se casaran. La idea partió de él, y el matrimonio se celebró debidamente.

»Pero Halima insistió en comportarse como si nada hubiera cambiado. Se negó a quedarse en casa todo el día; servía a Kamil en su casa, y se quedaba en sus habitaciones mientras los amigos de él estaban presentes. Ella me contó que aunque Kamil era un hombre amable y considerado, no sentía por él la misma pasión que él por ella. Su explicación del matrimonio era que solamente a través de ese nexo él sentía que ella podía ser de su pertenencia de por vida. Sí, ésa fue la palabra que usó ella, pertenencia.

»Messud conoció a Halima en casa de su amigo Kamil, que le había abierto su corazón. Kamil le contó a Messud lo de su amor por Halima, y que no podía vivir sin ella. Los dos hombres hablaron mucho del tema y Messud llegó a conocer muy bien las cualidades más atrayentes de la joven.

»En las ocasiones en que Messud llegaba para tomar algo con su amigo y Kamil estaba ausente, aceptaba un vaso de té de Halima. Ella le hablaba como a un igual, y le contaba las últimas historias y bromas del bazar, a menudo a expensas de vuestro pobre cadí, oh misericordioso sultán. Y a veces los dardos iban dirigidos al califa de Bagdad y a vuestra propia persona.

»La madre de Kamil y su primera esposa estaban escandalizadas por la conducta de Halima. Se quejaron amargamente, pero Kamil ni se conmovió.

»—Messud es como mi propio hermano —les dijo—. Sirvo a sus órdenes en el glorioso ejército de Salah al-Din. Su familia está en Damasco. Mi casa es su casa.

Tratadle como a uno de nuestra familia. Halima entiende mis sentimientos mejor que vosotras. Si Messud os disgusta, manteneos alejadas de su camino. Yo no quiero imponéroslo.

»El tema nunca volvió a mencionarse. Messud se convirtió en un visitante asiduo.

»Fue Halima quien dio el primer paso. Nada atrae más que el fruto prohibido. Una tarde, cuando Kamil y el resto de la familia estaban en el funeral del padre de la primera esposa, Halima se encontró sola. Los sirvientes y guardias armados habían acompañado a su amo al entierro. Messud, inocente, sin saber que había una muerte en la familia, fue a comer con su amigo. Encontró a la bella Halima saludándole en el patio vacío. Cuando el sol poniente se reflejó en su cabello rojo, debió parecerle una mágica y fantástica princesa del Cáucaso.

»Ella no me contó exactamente cómo acabó nuestro noble guerrero Messud, sólo que su cuerpo satisfecho acabó reposando en el de ella, con la cabeza aprisionada entre sus pechos como dos melocotones. Sé que vuestra gracia apreciaría todos los detalles, pero mi modesta imaginación es incapaz de satisfaceros. La pasión mutua de los dos se convirtió en un lento veneno.

»A medida que pasaban los meses, Messud buscaba cualquier pretexto para enviar a Kamil a realizar misiones especiales. Le envió con un destacamento a Fustat, a supervisar la construcción de la nueva ciudadela, a entrenar jóvenes soldados en el arte de la lucha con alfanje, o a otra misión cualquiera que se le ocurriera a su retorcida y obsesionada mente.

«Halima me contó que ambos habían encontrado un lugar para sus citas amorosas, no lejos del barrio de Mahmudiya donde ella vivía. Sin que ella lo supiera, la madre de Kamil empezó a hacer que la siguiera un leal sirviente, hasta que conocieron bien las costumbres de los amantes. Un día mandó a un mensajero a buscar a su hijo. Hizo que le dijeran que la muerte estaba llamando a su puerta. Kamil, lleno de preocupación, corrió a casa y se sintió aliviado al ver que su madre se encontraba bien. Pero la expresión en el rostro de la anciana se lo dijo todo. Ella no pronunció ni una palabra, se limitó a hacer una seña al sirviente, un muchacho de doce años, e indicarle a su hijo que le siguiera. Kamil iba a dejar su alfanje, pero su madre le advirtió que quizá lo necesitara bien pronto.

»El muchacho caminó a paso ligero. Kamil le seguía como flotando en una nube. Sabía que su madre no apreciaba a Halima. Sabía que adondequiera que le llevara, la encontraría a ella. Pero no estaba preparado para ver lo que vio cuando entró en la habitación. Messud y Halima yacían desnudos en el suelo, ahogándose en

su felicidad mutua.

»Kamil lanzó un grito. Fue un grito espantoso. Rabia, traición, celos, todo contenido en un grito. Messud se cubrió y se puso de pie, con la cara desfigurada por la culpa. Ni siquiera intentó luchar. Sabía cuál era su deber, y esperó pacientemente su castigo. Kamil atravesó con su alfanje el corazón del amigo.

»Halima no gritó. Cogió su manto y salió de la habitación. No vio cómo la sangre que brotaba del cuerpo de su amante ponía fuera de combate a su marido. Pero el muchacho lo observó todo. Vio a su amo castigar el cuerpo muerto del amigo. Vio cómo le cortaba el órgano ofensor. Y una vez apagada ya su rabia, Kamil se sentó y se echó a llorar. Habló a su amigo muerto, rogándole que le dijera por qué el cuerpo de Halima había sido más importante que su amistad.

»—Si me la hubieras pedido —gritó—, te la habría regalado.

En este punto de la historia del cadí, el sultán le interrumpió.

—Basta ya, al-Fadil. Hemos oído todo lo que necesitábamos saber. Es un asunto muy desagradable. Uno de mis mejores jinetes está muerto. Asesinado, y no por los francos, sino por su mejor amigo. Había empezado el día muy bien con Ibn Yakub, pero ahora tú lo has arruinado con esta dolorosa historia. El problema no tiene solución. La solución está en el mismo problema. ¿No es así?

El cadí sonrió tristemente.

—En un aspecto, por supuesto, así es. Aunque desde el punto de vista del Estado, ha existido una grave ofensa. Una cuestión de disciplina. Kamil ha matado a un oficial superior. Si su crimen no tuviera castigo, se propagarían los rumores. Esto desmoralizaría a los soldados, especialmente a los sirios, que amaban a Messud. Creo que el castigo es necesario. Él no debió haberse tomado la justicia por su mano. La justicia, en el reino de vuestra alteza, es de mi entera responsabilidad. Sólo vos podéis anular una decisión mía. ¿Qué sugerís en este caso?

—Elige tú mismo, al-Fadil.

—Quiero la cabeza de Kamil.

—¡No! —gritó el sultán—. Azótale si tienes que hacerlo, pero nada más. La ofensa se produjo bajo un ataque de pasión incontrolable. Incluso tú, amigo mío, hubieras encontrado difícil contenerte en tales circunstancias.

—Como desee el sultán.

El cadí siguió sentado. Sabía por instinto, tras largos años al servicio del sultán, que Salah al-Din no había acabado todavía su historia. Durante unos minutos, nadie habló.

—Dime, al-Fadil —dijo la voz familiar—. ¿Qué ha ocurrido con la joven?

—Pensé que querríais interrogarla vos mismo, y me he tomado la libertad de

traerla a palacio. Debe ser lapidada hasta la muerte por adulterio. El sultán debe dictar sentencia. Sería una decisión muy grata al pueblo. Se comenta en el bazar que está poseída por el demonio.

—Estoy intrigado. ¿Qué clase de mujer es ésa? Cuando te vayas, haz que me la manden.

El cadí inclinó la cabeza y, sin darse por enterado en ningún momento de mi presencia, salió de la estancia.

—Lo que no puedo entender, Ibn Yakub —dijo el sultán—, es por qué al-Fadil me ha traído este caso a mí. Quizá para no arriesgarse a ejecutar a un oficial egipcio sin mi aprobación. Supongo que ésa es la razón. Pero uno nunca puede subestimar a al-Fadil. Es muy astuto. Estoy seguro de que tiene un motivo oculto.

En aquel momento entró un sirviente, y anunció que Halima estaba fuera. El sultán dio su permiso y la condujeron ante él. La mujer cayó de rodillas y agachó la cabeza, tocando los pies del monarca con la frente.

—Ya basta —dijo el sultán con la agria voz del gobernante que censura—. Siéntate frente a nosotros.

Cuando se sentó le vi la cara por primera vez. Fue como si una lámpara hubiese iluminado toda la habitación. No se trataba de una belleza corriente. A pesar de su tristeza, sus ojos inundados de lágrimas eran brillantes e inteligentes. Esa mujer no iría de buen grado ante el verdugo. Lucharía. La resistencia estaba escrita en todos sus rasgos.

Cuando me volví hacia el sultán, con la pluma levantada, esperando que hablase, pude ver que él también se encontraba fascinado por la visión de aquella joven. Habría cumplido veinte años como mucho.

Los ojos de Salah al-Din le traicionaron al expresar una suavidad que yo nunca antes había visto, claro que hasta ese momento nunca había estado con él en presencia de una mujer. La miraba con una intensidad que podría haber asustado a cualquier otra persona, pero Halima le miró directamente a los ojos. Fue el sultán quien finalmente apartó la vista. Ella había ganado el primer asalto.

—Estoy esperando —dijo él—. Dime por qué no debería entregarte al cadí, que hará que te lapiden hasta la muerte por tu crimen.

—Si amar es un crimen —empezó ella con tono compungido—, adalid de los misericordiosos, merezco morir.

—No se trata de amor, miserable mujer, sino de adulterio. De traicionar a tu marido ante Alá.

Los ojos de la mujer relampaguearon al oír esto. La tristeza desapareció de su rostro y empezó a hablar. Su voz también cambió. Hablaba con seguridad y sin asomo de humildad. Había recuperado por completo su aplomo, y habló al sultán con voz segura, como si se dirigiera a un igual.

—No comprendía lo pequeño que puede ser este mundo para dos personas.

Cuando Messud no estaba conmigo, su recuerdo se convertía en un tormento. No me preocupa si vivo o si muero, me someteré al castigo del cadí. Puede hacer que me lapiden hasta la muerte, pero no suplicaré misericordia ni gritaré mi arrepentimiento a los buitres. Estoy triste, pero no lo lamento. El breve intervalo de felicidad ha sido más de lo que yo había creído posible en esta vida.

El sultán le preguntó si tenía algún pariente. Ella meneó la cabeza. Entonces él le pidió que nos contara su historia.

—Yo tenía dos años cuando me vendieron a la familia de Kamil ibn Zafar. Decían que era huérfana, que lejos de allí me habían encontrado abandonada unos comerciantes kurdos. Éstos se compadecieron de mí, pero la duración de su piedad se limitó a un par de años. La madre de Kamil ibn Zafar ya no podía concebir más. Su marido, según me dijeron, había muerto. Vivía en la casa de su padre, y aquel amable anciano le compró esa niña huérfana. Yo formaba parte de los trueques de aquella temporada. Es todo lo que sé de mi pasado.

»Kamil tenía diez u once años por entonces. Era amable y cariñoso, y siempre estuvo atento a mis necesidades. Me trataba como si yo fuera su hermana de verdad. La actitud de su madre era diferente. Nunca decidió si criarme como a una hija o como a una esclava. A medida que me iba haciendo mayor me fueron asignando las funciones de la casa. Yo seguía comiendo con la familia, lo cual molestaba a los demás sirvientes, pero me preparaban para ser su doncella. No era una mala vida, aunque a menudo me sentía sola. Las otras sirvientas nunca confiaron plenamente en mí.

»Todos los días, un anciano venía a la casa para enseñarnos la sabiduría del Corán y para relatarnos las hazañas del Profeta y sus compañeros. Pronto Kamil dejó de asistir a las lecciones. Salía a cabalgar con sus amigos y a lanzar flechas a unas dianas. Un día el profesor de textos sagrados me cogió la mano y se la puso en la entrepierna. Yo grité. La madre de Kamil entró en la estancia.

»El profesor, murmurando el nombre de Alá, le dijo que yo era una indecente y una licenciosa. En presencia del hombre ella me abofeteó dos veces y se disculpó ante él. Cuando Kamil llegó a casa, le conté la verdad. Él se enfureció mucho con su madre, y el profesor nunca volvió a aquella casa. Creo que la mujer estaba preocupada por el afecto que Kamil me tenía, y pronto le encontró una esposa. Eligió a la hija de su hermana, Zenobia, que era dos años mayor que yo.

«Después de la boda de Kamil, fui destinada a atender las necesidades de su joven esposa. Me gustaba ella. Nos conocíamos desde que llegué a la casa, y a menudo compartíamos nuestros secretos. Cuando Zenobia le dio un hijo a Kamil, yo me sentí encantada, igual que todo el mundo. Cuidé muchísimo al niño, y lo amé, como si fuera mi propio hijo. Envidiaba a Zenobia, a quien Alá había concedido

ilimitadas cantidades de leche.

»Todo iba bien (incluso la madre de Kamil se mostraba de nuevo amistosa conmigo) hasta el fatídico día en el que Kamil me dijo que me amaba, y no como hermano. Alá es mi testigo, yo me quedé muy sorprendida. Al principio me asusté, pero Kamil persistió. Me quería. Durante mucho tiempo me resistí. Sentía mucho afecto por él, pero no pasión. Ni por asomo.

»No sé lo que hubiera ocurrido, o cómo habría acabado la cosa, de no ser porque la madre de Kamil intentó casarme con el hijo de un aguador. Era un hombre muy rudo y no me gustaba. Pero el matrimonio, como sabe vuestra gracia, nunca es una elección libre para las mujeres. Si mi ama había decidido mi destino, tenía que casarme con el hijo del aguador.

»Kamil se mostró muy preocupado al saberlo. Declaró que no sucedería nunca tal cosa, e inmediatamente me pidió que me casara con él. Su madre se quedó anonadada. Su mujer declaró que se sentía humillada por su elección al tomar a una sirvienta como segunda esposa. Las dos mujeres dejaron de hablarme durante muchos meses.

«Imaginad mi situación. No había nadie con quien pudiera discutir los problemas de mi vida. De noche, en la cama, lloraba y echaba de menos a la madre que nunca conocí. Consideré lo que me esperaba con bastante frialdad. Sólo pensar en el hijo del aguador me ponía enferma. Antes morir o huir que soportar que me tocara. Kamil, que siempre había sido amable y cariñoso conmigo, era la única alternativa posible. Accedí a convertirme en su esposa.

»Kamil estaba encantado. Yo me sentía satisfecha y no demasiado infeliz, a pesar de que Zenobia me odiara y la madre de Kamil me tratara como si fuera el polvo de la calle. Su propio pasado pesaba sobre ella como una losa. Nunca olvidaría que el padre de Kamil la había dejado por otra, estando ella embarazada de su hijo. Salió una noche de El Cairo y nunca volvió. Su nombre nunca se mencionaba, aunque Kamil pensaba mucho en él. Pero ésa era la versión de la historia que daba su madre.

»En la cocina corrían otras versiones que eran de dominio público. Las sirvientas me lo contaron todo después de asegurarse de que yo no iría con el cuento al ama. La pura verdad era que el padre de Kamil se fue de la ciudad al descubrir, después de regresar de un largo viaje al extranjero, que su mujer le había engañado con un comerciante local. El niño que llevaba en el vientre no era suyo. Kamil me confirmó aquello una vez casados. Su madre sabía que me lo habían contado, y la idea de que yo lo supiera la llenaba de odio. Lo que hubiera ocurrido entre nosotros, sólo Alá lo sabe.

«Entonces llegó Messud, el de los ojos almendrados y la boca dulce como la miel, y entró en mi vida. Me contó historias de Damasco, y cómo había luchado junto al sultán Salah al-Din. No pude resistirme a él. No quería resistirme. Lo que

sentía por él era algo que nunca antes había sentido.

»Ésta es mi historia, oh gran sultán. Sé que viviréis sin desdichas, que obtendréis grandes victorias, que gobernaréis sobre nosotros, que dictaréis sentencias y que os aseguraréis de que vuestros hijos sean educados como vos deseáis. Vuestro éxito os ha colocado donde estáis ahora. Esta criatura ignorante, ciega y sin hogar se confía a vos. Que se haga la voluntad de Alá.

Mientras Halima hablaba, Salah al-Din bebía cada una de sus palabras, observaba cada gesto y captaba cada brillo de sus ojos. Halima tenía el aspecto de un gato salvaje acorralado. Ahora, el sultán la miraba con los ojos fijos carentes de emoción de un cadí, como si su rostro estuviese esculpido en piedra. La intensidad de la mirada del sultán alteró a la joven. Esta vez fue ella quien bajó la mirada.

Salah al-Din sonrió y dio unas palmadas. Shadhi, siempre fiel, entró en la sala. El sultán le dijo unas palabras en dialecto kurdo que yo no pude comprender. Esos sonidos provocaron un recuerdo profundo en Halima. Oír hablar en aquella lengua la sobresaltó, y escuchó con atención.

—Ve con él —le dijo el sultán—. Él se asegurará de que estés a salvo, lejos de las pedradas del cadí.

Halima le besó los pies y Shadhi la cogió por el codo y la condujo fuera de la sala.

—Háblame con franqueza, Ibn Yakub. Tu religión comparte muchos de nuestros preceptos. En mi lugar, ¿habrías permitido que una belleza tal fuese lapidada hasta morir junto a Bab-el-Barkiya?

Yo negué con un movimiento de cabeza.

—No lo habría hecho, alteza, pero muchos de los más ortodoxos de mi religión compartirían el punto de vista del cadí.

—Seguramente entenderás, mi buen escriba, que al-Fadil no quiere realmente que la mujer muera. Ahí está todo el meollo de la cuestión. Él quiere que sea yo quien tome la decisión. Eso es todo. De haberlo querido, él mismo habría podido solucionar este asunto... y luego informarme a mí cuando ya fuera demasiado tarde para intervenir. Pidiéndome que escuchara la historia, sabe que él no la arroja a las incertidumbres de un destino incierto. Él me conoce muy bien. Está seguro de que yo le perdonaré la vida. A decir verdad, creo que nuestro cadí también ha sucumbido a los encantos de Halima. Me figuro que estará a salvo en el harén.

»Bueno, ha sido un día agotador. Te quedarás a comer algo conmigo, ¿verdad?

Capítulo 4

Un eunuco mata al sultán Zengi y la fortuna de la familia de Salah al-Din da un vuelco; la historia de Shadhi

A la mañana siguiente llegué a palacio a la hora convenida y Shadhi me condujo a la biblioteca. El sultán no apareció. Yo me entretuve mirando algunos volúmenes desconocidos por mí.

A mediodía un mensajero, que venía acompañado de Shadhi, me dijo que importantes asuntos de Estado ocupaban al sultán y que no tendría tiempo para mí ese día.

Iba a marcharme, pero Shadhi me hizo una señal. Yo estaba ya harto de aquel viejo encorvado que todavía era lo bastante presumido para teñirse la blanca barba con henna, y cuya cabeza calva, bien aceitada, brillaba refulgente al sol. Mi cara debió de reflejar mi confusión.

—¿Asuntos de Estado?

El viejo rió con una risa irritante, profunda, vulgar, escéptica, como para responder a su propia pregunta.

—Creo que el defensor de los débiles no está inspeccionando la ciudadela, como debería hacer en estos momentos. En vez de eso, está explorando las hendiduras y recovecos de la muchacha de cabello rojo.

Yo estaba sorprendido, sin saber lo que me alteraba más, si las palabras que Shadhi había pronunciado o el mensaje que implicaban. ¿Podía ser verdad aquello? La velocidad del sultán a lomos de un caballo era legendaria, y me pregunté si la misma impaciencia habría caracterizado sus movimientos en el dormitorio. ¿Y Halima? ¿Se había rendido de buen grado, sin lucha o, como última instancia, con una súplica verbal de paciencia? ¿Había sido una seducción o una violación?

El informe probablemente respondía a la verdad. Yo estaba ansioso por tener más información, pero reprimí mis comentarios, para no dar pábulo a que Shadhi se refocilara. Eso le irritó. Intentaba crear una familiaridad conmigo compartiendo aquel secreto, y tomó mi falta de respuesta como un desaire.

Apresuradamente me despedí de él y volví a casa.

Para sorpresa mía, cuando volví a la mañana siguiente, encontré al sultán esperándome en la biblioteca. Me sonrió al entrar yo, pero quiso empezar inmediatamente, sin perder tiempo alguno en cortesías. Creí percibir un leve vislumbre de Halima antes de que la voz familiar me obligara a concentrar mi atención en sus palabras. Mis manos empezaron a moverse sobre el papel,

empujadas por una fuerza más grande que yo mismo.

—La primavera llegaba a Baalbek como un viajero que tiene muchas historias que contar. Por la noche, el cielo era como un manto sembrado de estrellas. De día era de un intenso azul, y el sol sonreía por todas partes. Solíamos tumbarnos en la hierba y aspirar la fragancia de las flores de los almendros. Según el tiempo iba haciéndose más cálido y se aproximaba el verano, competíamos entre nosotros para ver quién se arrojaría el primero a las frescas aguas del lago, alimentado sin cesar por diminutas corrientes de agua. El propio lago estaba escondido entre la arboleda, y nosotros siempre considerábamos su situación como un secreto, aunque todo el mundo en Baalbek conocía su existencia.

»Un día, mientras nadábamos, vimos a Shadhi corriendo a nuestro encuentro. En aquella época él aún corría bastante, aunque no tanto como en su juventud. Mi abuela solía contarnos cómo corría Shadhi de un pueblo de la montaña a otro, distancias de más de veinte millas (según las viejas medidas árabes). Partía después de la plegaria de la mañana y volvía a tiempo de servir el desayuno a mi abuelo. Eso fue hace mucho tiempo, en Dvin, antes de que nuestra familia se trasladara a Takrit.

»Shadhi nos dijo que saliéramos del agua y corriéramos lo más rápidamente que pudiéramos a la ciudadela. Nuestro padre nos mandaba llamar. Juró y perjuró, amenazándonos con castigos horribles si no obedecíamos sus instrucciones inmediatamente. Su cara parecía llena de preocupación. En aquella ocasión le creímos.

«Cuando mi hermano mayor, Turan Shah, inquirió la razón de tantas prisas, Shadhi nos miró y nos dijo que nuestro padre nos informaría de la calamidad que había caído sobre nuestra fe. Realmente preocupados, corrimos lo más ligero que pudimos. Recuerdo que Turan Shah murmuraba algo acerca de los francos. Si estaban a las puertas, él pensaba luchar, aunque tuviera que robar un alfanje.

«Mientras nos aproximábamos a la ciudadela, oímos el sonido familiar de los lamentos de las mujeres.

Recuerdo haber cogido la mano de Turan Shah mirándole sobrecogido. Shadhi lo notó e interpretó correctamente mi ansiedad.

«Levantándome hasta sus hombros, susurró palabras tranquilizadoras en mi oído.

»—Tu padre está vivo y está bien. Dentro de unos minutos le veréis.

»No era nuestro padre, sino el gran sultán Zengi quien había muerto. El defensor de la fe había sido asesinado por un eunuco borracho mientras dormía en su tienda junto al Eufrates.

«Estaba dedicado en cuerpo y alma a la Guerra Santa contra los francos. El

sultán Zengi era quien había puesto a mi padre al mando de Baalbek, y ahora le preocupaba que quizá tuviéramos que hacer el equipaje y trasladarnos de nuevo.

«Zengi derrotó a los francos y, después de un asedio de un mes, tomó la ciudad de al-Ruha, a la que ellos llaman Edesa. La ciudad se había convertido en una gema engastada en la daga de nuestra fe, mientras nosotros mirábamos con nostalgia hacia al-Kadi-siya y la mezquita del califa Omar.

«Todavía recuerdo las palabras del poeta, cantadas en Baalbek por soldados y esclavos. Solíamos unirnos a ellos, y creo que si empiezo a recitarlas, las palabras volverán a mi memoria:

» Cabalga en una ola de jinetes
que fluyen como marca sobre la tierra,
sus lanzas hablan al enemigo
como lenguas empapadas en sangre.
Él es misericordioso e indulgente,
pero no en el calor de la batalla,
porque en el fuego y la ira del combate
la única ley es la de la fuerza.

»Mi padre disfrutaba de excelentes relaciones con el sultán Zengi, y estaba verdaderamente preocupado por la forma y la causa de su muerte. Años más tarde, Shadhi me contó la verdadera historia.

»Zengi era muy aficionado al vino. La noche de su muerte, había consumido un azumbre de vino. Todavía borracho, envió a buscar a un joven soldado que había atraído su atención durante el sitio. El sultán usaba a los jóvenes para aplacar su lujuria.

»Yaruktash, el eunuco que mató a Zengi, estaba enamorado del muchacho y no podía soportar la idea de que su cuerpo escultural fuese mancillado por un viejo crapuloso. En un raptó de celos siguió al muchacho y comprobó todo lo que pasaba. Proporcionó vino a los guardias que vigilaban el exterior de la tienda, hasta conseguir emborracharlos. Mientras dormían, se introdujo subrepticamente en el interior y apuñaló a su señor hasta darle muerte, uniéndose al joven soldado cuyo cuerpo todavía estaba caliente por el abrazo de Zengi. Fue un crimen pasional.

»Los escribas que consignaron la historia relataron los hechos diciendo que el eunuco y sus amigos habían robado el vino de Zengi. Temerosos de ser descubiertos, mataron a su señor aprovechando la borrachera del sultán. Pero su versión no tenía sentido alguno. Shadhi me contó la verdad. Tuvo que oírse la decir a mi padre o a mi tío. Había pocas cosas que escapasen al conocimiento de esos dos hombres.

»Pero por aquel entonces yo no sabía nada de todo este lío. Ni tampoco estaba especialmente interesado en los asuntos de ese otro mundo de los adultos. Una vez más, me beneficiaba el hecho de no ser el hijo mayor. Aquél era un privilegio reservado para Shahan Shah. Él estaba obligado a sentarse junto a mi padre durante las plegarias de los viernes, y cuando se discutían otros temas. Le estaban educando en las artes del buen gobierno. A veces a Turan Shah y a mí nos costaba no echarnos a reír cuando Shahan Shah empezaba a adoptar la misma forma de hablar de mi padre.

»La ocupación de nuestras ciudades costeras, e incluso de al-Kadisiya, que los francos llamaban el reino latino de Jerusalén, no era para mí sino un simple hecho de la vida. A veces oía hablar a mi padre y a mi tío Shirkuh del pasado, cuando los niños estábamos presentes. Aunque hablaban entre sí, el auditorio en realidad éramos nosotros. Era su forma de asegurarse de que entendíamos la magnitud de lo que estaba pasando en nuestras tierras.

«Hablaban de cómo llegaron los bárbaros, que comían carne humana y que no se bañaban. Siempre contaban tristes historias del destino de al-Kadisiya. Los bárbaros habían decidido matar a todos los creyentes. A los de tu pueblo, Ibn Yakub, como estoy seguro de que sabrás mejor que yo mismo, los reunieron en el templo de Salomón. Cerraron las puertas y los francos prendieron fuego al santuario. Deseaban borrar completamente el pasado y reescribir el futuro de al-Kadisiya, que en otros tiempos nos perteneció a todos nosotros, los pueblos del Libro.

»La única historia que realmente me conmovía de niño era ésa, la de al-Kadisiya. La crueldad de los bárbaros era como un veneno que me hacía enmudecer. Al-Kadisiya nunca estaba ausente de nuestro mundo de ficción. Subíamos a nuestros caballos y fingíamos que íbamos galopando a expulsar a los francos de al-Kadisiya, lo que se traducían normalmente en echar a Shadhi de la cocina. Aunque el día real en que esto suceda no está tan lejos, Ibn Yakub. Nuestro pueblo pronto volverá a la Ciudad Santa. Tiro, Acre, Antioquía y Trípoli de nuevo nos pertenecerán.

»Era obvio que teníamos que derrotar a los francos; pero ¿cómo salir victoriosos si el campo de los creyentes estaba tan amargamente dividido? Para empezar, había dos califas: uno en Bagdad, que gobernaba sólo nominalmente, y otro en El Cairo, que era débil. El derrumbe del califato había conducido a la eclosión de pequeños reinos por todas partes. Mi padre nos contó el día que murió Zengi que a menos que estuviéramos unidos, los francos nunca serían derrotados. Hablaba en general, pero sus palabras también eran ciertas en un sentido más amplio y espiritual. La animosidad de nuestro propio bando era profunda. Nos mostrábamos más feroces en derribar a nuestro rival que en la resistencia contra los francos. Esas palabras siempre permanecieron grabadas en mi interior.

—¿Y vuestro padre? —le pregunté al sultán—. No habéis hablado de él. ¿Qué tipo de hombre era?

—Mi padre, Ayyub, era un hombre de buen carácter. Era una persona precavida y confiada. Cuando intentaba explicarnos algo, preguntaba con su voz suave:

»—¿Lo entendéis? ¿Está claro? ¿Todo el mundo lo entiende?

»En un mundo más pacífico habría sido muy feliz a cargo de una gran biblioteca o como responsable del funcionamiento regular de los baños públicos de El Cairo. Sonríes, Ibn Yakub. Crees que subestimo las cualidades de mi padre. Ni lo más mínimo. Todo lo que afirmo es que no somos sino criaturas del destino, y que nuestras vidas están condicionadas por el tiempo que nos toca vivir. Nuestras vidas están determinadas por las circunstancias.

«Tomemos a Ibn Maimun, por ejemplo. Si su familia no se hubiera visto obligada a abandonar al-Andalus, podría haberse convertido en visir de Granada. Si al-Kadisiya no hubiera sido ocupada, tú podrías estar viviendo allí, y no en El Cairo.

«Tomemos al propio Profeta. Fue muy afortunado, ¿verdad?, que recibiera su revelación en el momento en que dos grandes imperios empezaban a decaer. Sólo treinta años después de su muerte, los creyentes, con el auxilio de Alá, se habían extendido más allá de nuestros más fantasiosos sueños. Si no conseguimos civilizar las tierras de los francos, la culpa es sólo nuestra. Fue el error humano lo que nos impidió educar y circuncidar a los francos. El Profeta sabía que la confianza en Alá solamente no basta. ¿Acaso no dijo una vez: "Confía en Alá, pero ata primero tu camello"?

«A mi padre, como comprenderás, no le gustaba viajar. Era un hombre de hábitos sedentarios, a diferencia de mi abuelo, que, por cierto, también se llamaba Shadhi, y de mi tío Shirkuh. Estos dos nunca se encontraban a gusto en el mismo sitio. Mis enemigos tachan a mi familia de aventureros y advenedizos. Hasta al Profeta, que descansa en la paz eterna, le llamaron advenedizo, así que eso no me preocupa. Y en cuanto a lo de aventureros, creo que es verdad. La única manera de moverse hacia delante en este mundo es mediante la aventura. Si te sientas tranquilamente en un sitio, el sol te quema y acabas muriendo. Pero yo sé que a mi padre le habría gustado que nos quedáramos en Dvin, en Armenia.

»Las noticias de la muerte de Zengi no supusieron solamente un golpe personal. Significaban tumultos y problemas. Los dos hijos de Zengi no perdieron el tiempo en asegurar sus estados de Mosul y Alepo. Mi padre tenía poca confianza en su capacidad de gobierno. Pronto se demostró que estaba equivocado, por supuesto, pero ¿quién iba a suponer en aquellos tiempos que el obstinado y puritano Nur-al-Din iba a alcanzar tales alturas?

»Los miedos de mi padre pronto encontraron justificación. Al cabo de unas semanas, los ejércitos del gobernante de Damasco estaban a las puertas de Baalbek. La resistencia, como bien sabía mi padre, era inútil. Él pensó que no tenía sentido derramar la sangre de los creyentes. Negoció una rendición pacífica, y la gente se sintió agradecida por ello.

»Años más tarde, en una ocasión en que mi padre y yo cabalgábamos juntos fuera de Damasco, el cielo se coloreó de un tinte rojo dorado por el horizonte. Él fue el primero en observarlo y tiramos de las riendas, rindiendo silencioso homenaje, durante lo que pareció un largo espacio de tiempo, a la inimitable belleza de la naturaleza. Cuando volvimos a emprender la marcha hacia casa, nadie hablaba. Todavía estábamos sobrecogidos por aquel cielo que había vuelto a cambiar cuando aparecieron las primeras estrellas. Justamente cuando llegábamos a la Bab Shark, mi padre habló con su suave voz:

«—A menudo olvidamos que incluso la guerra más necesaria es una verdadera calamidad para la mayoría de la gente. Son ellos siempre los que más sufren, más que nosotros. Siempre. No lo olvides nunca, hijo mío. Combate sólo cuando no haya otro remedio.

»¿Por qué será que siempre olvidamos ciertos hechos cruciales, y tenemos que esforzarnos para recordarlos, y en cambio otros hechos se fijan con más claridad en nuestra mente? Todavía recuerdo ese día. Permanece fresco en mi memoria. Mi hermano mayor, Shahan Shah, había muerto repentinamente hacía algunos años, y mi padre no se había recuperado todavía de aquel golpe. Estaba aún profundamente afectado. Por alguna razón que desconozco, las relaciones entre él y Turan Shah nunca habían sido demasiado íntimas. Mi hermano, a quien yo amaba entrañablemente, tenía una personalidad demasiado rebelde y obstinada para gustarle a mi padre. Un día oí que mi madre le gritaba:

«—Turan Shah, ¿no te basta con amargar la vida a tu padre, que tienes que molestarte a mí también? Sólo nos das disgustos y preocupaciones. ¿Me oyes...?»

»Le habían lanzado tantas diatribas que ya no le asustaban, y se reía de nuestra madre.

»Y como Turan Shah estaba excluido de la lista, yo era el siguiente en la línea para recibir las atenciones de mi padre.

«Tenía dieciséis años y me habían regalado un halcón de cetrería y un buen corcel de Kufa. Creo que era la primera vez que mi padre me tomaba verdaderamente en serio. Me trataba como a un igual. Discutíamos muchos temas. Él habló de sus miedos y preocupaciones, del futuro, de una época en la que ya no estaría allí para guiarme.

»Sólo con pensar en la posibilidad de su muerte un escalofrío me recorría el cuerpo y empezaba a temblar.

Quería abrazarle y besar sus mejillas, sollozar en su hombro, gritar: "No

quiero que te mueras nunca", pero me reprimía. Hay un lazo sagrado entre padre e hijo que no puede ser sobrepasado por la emoción. Los labios están sellados. El corazón permanece impotente.

»Me di cuenta de todo aquello algunos años después de que abandonáramos Baalbek. Mi padre no había entregado la ciudadela sin condiciones. Fue recompensado con un feudo de ocho pueblos cerca de Damasco, una gran suma de dinero y una casa en el corazón de la antigua ciudad. De nuevo teníamos que mudarnos. Yo estaba triste por tener que abandonar los templos y los arroyos. Había crecido amando Baalbek. La vida allí era feliz y acomodada. Hasta el día de hoy, su recuerdo trae una sonrisa a mis labios.

»Pero en Damasco fue donde me convertí en un hombre.

Me sirvió de alivio el hecho de que el sultán dejara de hablar y yo pudiera descansar mi fatigada mano. Él notó mi cansancio y llamó a su ayudante. Le dio instrucciones. Tenían que bañarme y perfumarme. Darme masajes en las manos hasta que los dedos recuperaran su movimiento. Después tenían que proporcionarme algo de comer y dejarme reposar hasta que él volviera. Quería una sesión nocturna aquel día. Tenía que cabalgar por la ciudad para inspeccionar la construcción de la nueva ciudadela, su ciudadela, e iba a vestirse para la ocasión.

Antes de abandonar su compañía, me sorprendió la entrada de una transformada Halima. Aquélla ya no era la criatura de ojos tristes y mejillas surcadas de lágrimas cuyo relato habíamos escuchado en silencio hacía unos días. Andaba con una seguridad que me abrumaba. Aquello respondía a la pregunta que había estado atormentándome. No había sido violada, sino seducida.

Y ahora Halima quería visitar la ciudadela con él. Su audacia asombró a Salah al-Din, que se negó. Ella insistió, amenazando con disfrazarse de soldado y seguirle a caballo. Los ojos del sultán se endurecieron de pronto, y su cara se puso tensa. Habló con una voz áspera, advirtiéndole que no abandonase el palacio sin su permiso. Fuera de sus muros protectores, su vida estaba en peligro. Kamil había sido azotado en público el día anterior, pero la multitud, en la que había muchas mujeres, pedía la lapidación de Halima. Las noticias de que halló refugio en palacio no fueron bien recibidas.

Halima todavía tenía una mirada desafiante en sus ojos, pero prevaleció la voluntad del sultán, quien sugirió, como gesto conciliatorio, que compartiera su comida conmigo. Halima me dirigió una mirada desdeñosa y salió de la sala.

—A veces —murmuró el sultán con voz fatigada—, creo que soy mejor conecedor de caballos que de personas. Halima me crea más problemas que una potranca. Si se digna comer contigo esta tarde, Ibn Yakub, estoy seguro de que podrás brindarle sabios consejos.

Halima no me honró con su compañía aquel día. Yo me sentí muy decepcionado. La llegada de Shadhi, cuando estaba a punto de empezar a comer, no contribuyó a mejorar mi mal humor. No me sentía con ánimos de escuchar los cuentos del anciano, pero la cortesía dictaba que debía compartir mi comida con él, y una cosa llevó a la otra. Pronto se encontró alardeando de sus hazañas. Su singular destreza como jinete aparecía en cada uno de los episodios.

Antes de aquella reunión, nunca pasé demasiado tiempo con él, ni le presté demasiada atención. Ahora que le miraba, mientras iba hablando, vi algo en sus gestos que me resultó familiar. Y eso me dio una pista de la verdadera razón por la que era tratado con tanto respeto tanto por el amo como por los criados. Levantaba la mano derecha y alzaba las cejas exactamente igual que Salah al-Din.

Deseché aquella idea. No era un hecho tan sorprendente. Shadhi probablemente había pasado mucho más tiempo con el sultán que ninguna otra persona, y el joven había adoptado algunos de los gestos del sirviente. Pero cuando el anciano siguió hablando, volvió a asaltarme la misma idea. Aquella vez le interrumpí.

—Venerado tío, tengo una pregunta que hacerte. Me hablas mucho de tus pasadas aventuras y hazañas, y tus historias tienen gran valor para ayudarme a comprender al sultán. Pero me gustaría saber algo de ti. ¿Quién era tu padre? ¿Y tu madre? Lo pregunto no sólo por curiosidad, sino...

Me interrumpió con orgullo mal disimulado.

—¡Impertinente judío! ¡He matado a más de un hombre por mucho menos!

Debí de palidecer ligeramente, porque de inmediato se echó a reír.

—No puedo creer que te asustes de un viejo como yo. Como lo que estás escribiendo no se hará público hasta que hayamos muerto y desaparecido, contestaré a tu pregunta. Mi madre era una pobre mujer de Dvin, la única hija de un leñador que servía leña a muchas grandes casas de los alrededores. Su madre había muerto al nacer ella, y el padre no se volvió a casar nunca. Hoy en día esto es muy raro, pero era frecuente en la época de mi abuelo, hace cien años. Era un hombre grande como un gigante, y su habilidad con el hacha era bien conocida en los pueblos circundantes. Podía abatir un árbol más pronto que ninguna otra persona de aquella parte del mundo.

»Se había hecho muy amigo de un joven cocinero de la casa de Shadhi ibn Marwan, el abuelo del sultán, y decidió que aquél era el hombre adecuado para su hija, que tenía a la sazón quince años. Se casaron. Mi madre entró al servicio de Ibn Marwan. Todavía no te he contado, escriba, que mi madre era tan famosa por su belleza como mi abuelo por su fuerza. Y lo que tenía que pasar pasó. El amo se fijó en ella y la doblégó a su voluntad. Ella no se resistió. Yo soy el resultado. Cuando nació, el que luego sería padre del sultán, Ayyub, y su tío Shirkuh tenían ya diez años.

Su madre era una dama temible. Cuando supo lo que ocurría, insistió en que al cocinero y a mi madre (yo todavía estaba en su vientre) debían darles una suma de dinero y enviarlos a un pueblo vecino.

» Shadhi ibn Marwan cedió ante ella. Al nacer yo, mi madre me llamó Shadhi, para disgusto de todo el mundo. Y aquí habría acabado mi historia, si no fuera porque cuando yo tenía siete años murió el marido de mi madre. Había sido un buen padre para mí y me trató igual que a su propio hijo, que tenía un año menos que yo.

»No tengo idea de cómo llegaron estas noticias al conocimiento de Ibn Marwan. Todo lo que sé es que un día vino con su séquito cabalgando hasta nuestro pueblo y habló a solas con mi madre. Sólo Alá sabe lo que se dijeron el uno al otro. Yo estaba demasiado ocupado en admirar los caballos y las bonitas sillas de montar.

»Al final de su conversación, mi madre me llamó y me abrazó estrechamente. Me besó en los dos ojos mientras trataba de retener las lágrimas. Me dijo que en adelante iba a trabajar en la casa de Shadhi Ibn Marwan, y que le obedeciera ciegamente en todo.

»Yo me puse muy triste y lloré durante muchos meses. La echaba muchísimo de menos. Iba a verla una o dos veces al año, y ella me cocinaba mis pasteles favoritos, hechos de maíz y endulzados con miel silvestre.

»Sólo cuando nos fuimos de Dvin y nos mudamos al sur, a Takrit, averigüé lo de mi verdadero padre. Había ido a decirle adiós a mi madre. Sabíamos que nunca volveríamos a vernos. Ella tenía a mi hermano y su mujer y los hijos de éstos, y yo sabía que ellos la amaban y que la cuidarían siempre, pero aun así estaba abrumado por la tristeza. Cuando nos separamos, me besó en la frente y me lo contó todo. No puedo recordar cómo me sentí en aquellos momentos. Hace de esto mucho, pero que mucho tiempo. Estaba complacido y furioso a la vez.

La historia de Shadhi confirmaba mis sospechas, y yo estaba ansioso por preguntarle más cosas. Antes de que siguiera hablando, el sultán entró, con sus dos hijos a su lado. Me presentaron a los niños, pero era obvio que ellos habían venido a buscar a Shadhi. Los ojos del anciano se iluminaron cuando vio a los niños. Mientras se los llevaba, el sultán susurró a mi oído: «¿Ha venido?». Yo moví la cabeza negativamente y él se echó a reír.

Capítulo 5

La sabiduría de Ibn Maimun y sus prescripciones

La tarde que siguió a los dos largos y agotadores días con el sultán, volvía yo a casa y encontré a Raquel, mi esposa, absorta en la conversación con Ibn Maimun. La mujer había planteado una serie de quejas sobre mí al gran maestro, sabiendo la influencia y respeto que el filósofo gozaba en nuestro hogar. Al entrar en la estancia, le oí decir que el tiempo que yo pasaba en palacio estaba afectando a mi manera de pensar, a mi carácter y a mi actitud hacia los «mortales menos privilegiados». Y lo más importante de todo es que se me acusaba de descuidar mis deberes para con ella y para con nuestra familia.

—Creo que es un caso para el cadí —replicó Ibn Maimun, mesándose la barba pensativo—. ¿Debo transmitirle a él tu reproche y pedirle que castigue a Ibn Yakub?

Mi risa molestó a Raquel y salió de la estancia, con la cara tan adusta como el pan duro que había tenido que servir a nuestro inesperado huésped. Ibn Maimun estaba cansado. Sus deberes con el cadí eran pesados, dado que él vivía en Fustat, a unas dos millas del palacio del cadí. Le visitaba temprano por la mañana todos los días, atendiendo a sus necesidades, las de sus hijos y las de los que vivían en el harén.

La mayor parte del día la pasaba en El Cairo, y volvía a casa por la tarde. Esperándole estaba una combinación curiosa de gentes de todo tipo: judíos y gentiles, nobles y campesinos, amigos y enemigos, niños y abuelos. Aquéllos eran sus pacientes. El precio del éxito era que Ibn Maimun estaba muy solicitado. El número de sus pacientes aumentaba día a día, y él, como buen médico que era, nunca rechazaba a nadie.

A veces, cuando necesitaba desesperadamente un poco de descanso, pasaba la noche en nuestra casa en la judería, a un corto paseo de palacio. Aquí, según me dijo, disfrutaba de una paz total y recuperaba sus energías. Me disculpé por la salida de tono de Raquel.

—Ten cuidado, Ibn Yakub. Tu mujer es una excelente persona, pero su fortaleza interior y su amor por ti se están debilitando poco a poco. No tolerará tus ausencias eternamente. Al parecer, pasas la mayor parte de tu tiempo en el palacio del sultán. ¿Por qué no le pides al defensor de los creyentes que te deje pasar con tu familia el sabbat?

Yo suspiré. También me sentía cansado y harto aquella noche.

—Te entiendo, amigo mío, pero ¿no fuiste tú quien me recomendó a Salah al-

Din? Hay veces, lo admito, en que me siento como un verdadero prisionero. Pero mentiría si te dijera que no soy feliz. El hecho es que el sultán me gusta. Me gustaría cabalgar a su lado al aproximarnos al reino de Jerusalén, y me gustaría estar presente cuando la ciudad caiga bajo las armas de los ejércitos del sultán y Jerusalén se convierta de nuevo en la Jerusalén donde podamos rezar en las ruinas del templo. Enterramos nuestro sol en Jerusalén, y tenemos que encontrarlo de nuevo. Daría mi vida entera por ver ese día. Una brillante nueva era está a punto de nacer en nuestra ciudad santa. Tengo fe en Salah al-Din. A su manera tranquila y después de pensar mucho, reconquistará Jerusalén.

El sabio asintió.

—Te entiendo demasiado bien, pero las necesidades de Raquel no son menos importantes que tu deseo de formar parte de la historia. Encuentra el equilibrio. La felicidad es como la buena salud. Sólo la echas de menos cuando te falta.

Ibn Maimun se retiró a dormir después de nuestra breve conversación.

Solo, reflexioné sobre su consejo. ¿Cómo podía encontrar el equilibrio entre mi trabajo y mi familia? Raquel quería que volviese a casa a continuar mi trabajo sobre la historia del pueblo escogido. Que, para ella, era más importante que convertirme en escriba de la corte.

Raquel no comprendía que Ibn Maimun deliberadamente me hubiera apartado de aquel trabajo. Yo estaba preocupado porque mis investigaciones pudieran enemistarme con los rabinos. Temeroso de nuestro frágil estatus en aquel mundo, no quería que yo provocase una disputa con nuestros grandes eruditos religiosos, cuya comprensión de nuestro pasado estaba limitada a las escrituras. Ibn Maimun estaba de acuerdo conmigo en que el movimiento de nuestro pueblo hacia el oeste había empezado mucho antes de la destrucción del templo o del sitio de Masada. Habíamos discutido el tema muchas veces.

Al salir al patio para orinar, me sorprendió el brillo del cielo iluminado por las estrellas. Me quedé allí de pie, mirando al firmamento durante largo tiempo. Vi cómo tomaban, diferentes formas las estrellas y, que el cielo me ayude, podría jurar que vi la belleza de Halima reflejada en una constelación resplandeciente. Yo estaba fascinado por Halima. Se resistía a abandonar mis pensamientos. ¿Por qué no habría venido a comer conmigo, si Salah al-Din la había animado a que lo hiciera? ¿Acaso me veía como un eunuco? ¿Estaría en el lecho con él aquella noche, o él había ya bebido hasta emborracharse y se había trasladado a otro oasis?

Ya era tarde, pero todas estas preguntas continuaban atormentándome mientras me dirigía a nuestro dormitorio. Raquel estaba despierta, pero todavía le duraba el enfado. Le hablé con voz suave, pero ella se negó a hablar conmigo.

Ni siquiera aceptó consentir a mis deseos. El sueño nos eludió a los dos aquella noche. Nos quedamos allí echados en silencio, esperando que rompiera el alba.

Ibn Maimun siempre empezaba el día bebiendo una taza de agua caliente.

Siempre que me hacía compañía me sentía obligado a observar el mismo ritual. Aquello nos limpiaba por dentro, insistía él, y preparaba el cuerpo para los sobresaltos del nuevo día. Las prescripciones de Ibn Maimun eran esencialmente preventivas. El secreto de su éxito como médico radicaba en la importancia que concedía a lo que comíamos y a cuánto comíamos. Ocho grandes vasos de agua durante los meses de invierno y el doble durante el verano son esenciales para la buena salud.

En estos temas era muy estricto. No aceptaba la discusión. Era más fácil discutir con él sobre los méritos o deméritos de nuestra religión. Eso no le preocupaba en absoluto, pero en cambio insistía en la bondad de sus recomendaciones médicas. Nunca entendí la razón de su intransigencia.

Quizá tuviera algo que ver con el hecho de que se ganaba la vida como físico. Si se hubiera corrido la voz de que no estaba totalmente seguro de la eficacia de sus tratamientos, sus pacientes consultarían a otro médico. Aunque quizá no fuera así. Los pacientes iban a visitarle porque sabían que sus curas eran efectivas.

Ahora estaba muy ocupado preparando un ungüento para el cadí. La habitación olía a ajos y cebolla. Añadió mostaza, ajeno, arsénico, almendras amargas machacadas y vinagre. Me mareé y corrí a abrir la puerta del patio para que entrase un poco de aire fresco. Él sonrió.

—¿Está enfermo el cadí? —le pregunté—. ¿O es que quieres envenenarle? Sólo el olor le podría enviar prematuramente a la tumba.

—No, no está enfermo, pero sí muy preocupado.

—¿Por qué?

—Está empezando a caérsele el pelo. No quiere quedarse completamente calvo. Quizá sea más viejo que nosotros, pero todavía es un hombre presumido. A lo mejor le ha echado el ojo a alguna jovencita.

—Si pusiera los ojos en cualquier muchacha, se la ofrecerían en bandeja de oro. Y no importaría nada su falta de pelo. Aparte de eso, ¿de qué puede servirle tu apetosa poción?

—Este ungüento fortalece y espesa el pelo que todavía le queda. Quién sabe, incluso es posible que le vuelva a salir otro nuevo.

—¿Y por qué está tan preocupado el gran al-Fadil si la pérdida de cabello es signo de madurez? No lejos de donde nos encontramos, en días pretéritos, los antiguos sacerdotes y los reyes solían afeitarse la cabeza para demostrar su poder.

—Es cierto. Pero el Profeta del islam tenía una hermosa mata de pelo. Como no le gustaba que se le volviera gris, insistía en teñírselo con una mezcla de anémona roja y aceite de mirto, como lo cuenta la tradición.

Yo iba a refutar aquella afirmación, pero la mirada que me dirigió dejó bien claro que no estaba dispuesto a responder ninguna pregunta más sobre el tratamiento que estaba preparando para rejuvenecer al cadí.

En cambio, empezó a hablar de la habilidad del cadí como administrador, de su sentido de la justicia, de su habilidad para desafiar incluso las propias decisiones del sultán y, por encima de todo, de la calidad de los consejos que ofrecía a su gobernante.

Cuando abandonamos mi casa para dirigirnos al palacio, Ibn Maimun me pilló completamente por sorpresa.

—Contéstame con toda sinceridad, Ibn Yakub. ¿Tu corazón ha abandonado a Raquel?

Sacudí la cabeza vigorosamente, para negarlo. Mi corazón empezó a latir un poco más deprisa, como para contradecirme. Me sentía confuso y no podía hablar. Siguió interrogándome.

—¿Estás seguro de que las cálidas y tupidas trenzas de la nueva adquisición del harén del sultán no te han hecho perder completamente el juicio?

Meneé de nuevo la cabeza. ¿Cómo se había enterado de lo de Halima? No le había contado a nadie lo que pensaba. Ni siquiera estaba seguro de mis propios sentimientos. En el nombre del cielo, ¿cómo había llegado Ibn Maimun a aquella conclusión? Por un momento me sentí demasiado conmocionado para hablar. Cuando recuperé la compostura, le pedí que se explicara. Al principio se encogió de hombros y no respondió. Yo insistí.

—Durante mi trabajo he tenido ocasión de escuchar los problemas de muchos hogares. Lo que me cuenta Raquel no es nuevo. Es una vieja historia. Ella me ha pedido que rece por ella. Yo he rehusado. Le he dicho que saber y dormir es mejor que rezar e ignorar.

—Ninguno de los dos ha dormido esta noche pasada. Pero tengo la conciencia limpia. Mi alma está libre de pecado.

—¿Y tu corazón?

—Sueña. Tú puedes entenderlo. ¿No es peor que el infierno un mundo sin sueños?

—Habla con ella, Ibn Yakub. Habla con Raquel. Comparte tus sueños con ella. El destino nunca ha permitido a nuestro pueblo saborear demasiadas mieles.

Salimos.

Capítulo 6

Recuerdos de adolescencia de Salah al-Din en Damasco; Shadhi relata la primera experiencia carnal del sultán

Me dijeron que siguiera al sirviente hasta los aposentos del sultán. Estaba descansando, pero se incorporó al llegar yo, apoyándose en unos cojines de todas las formas imaginables. Me dirigió una débil sonrisa. Respiraba pesadamente. Tenía la garganta inflamada. Me ofrecí a volver cuando se encontrara mejor, pero el sultán meneó la cabeza con fuerza, insistiendo en que no desperdiciásemos el día.

—La vida es breve, Ibn Yakub. En tiempo de guerra Alá puede retirar a cualquiera de sus *ghazis* de este mundo.

Yo miraba en silencio mientras los sirvientes le preparaban su medicina. Habían hervido jengibre en agua hasta que la decocción tomó un color oscuro. Salah al-Din husmeó la poción y volvió el rostro a un lado. El segundo sirviente endulzó el agua de jengibre con una generosa cantidad de miel. Esta vez el paciente refunfuñó pero se bebió poco a poco la pócima. Indicó que dejaran el jarro detrás. Los sirvientes se inclinaron y se retiraron. Cuando salieron, Shadhi entró en la habitación y tocó la frente del sultán.

—No tienes fiebre. Muy bien. Hay que beberse esto hasta la última gota. Tengo que decirte una cosa, Ibn Yakub, reduce tu estancia hoy aquí. Tiene que descansar.

Salió sin esperar la respuesta del sultán, que consistió en un juramento y una sonrisa. Habló en un áspero susurro:

—Hoy echo de menos mi antigua ciudad. Cuando no me encuentro bien en un lugar, suelo acordarme de mi pequeña habitación en Damasco. Vivíamos en una casa que estaba cerca de la ciudadela, en la parte occidental de la ciudad. Un día que yacía en cama, poseído por una fiebre alta que parecía provocada por el propio Satán, Shadhi entró en mi habitación (igual que hace un momento) y me tocó la frente. El bueno de Shadhi me susurró al oído: «Ibn Ayyub, recupera tus fuerzas. Recupera tus fuerzas».

»Fue su forma especial de informarme de que nuestra familia había sufrido una gran pérdida. No me encontraba bien y no capté su mensaje, y recuerdo que aquella noche tuve pesadillas. A la mañana siguiente la fiebre había remitido.

»Ese mismo día mi padre entró en mi cuarto y me dijo que mi abuela había

muerto. Yo me eché a llorar y mis compungidos sollozos sin duda le conmovieron. Fue la única vez en toda mi vida que mi padre me estrechó entre sus brazos y me acarició la cabeza con ternura.

«Pronunció unas palabras de consuelo. "Alá, en su infinita misericordia —me dijo—, le ha concedido una larga vida. Ella ha abandonado este mundo sin lamentaciones." Las últimas palabras que dirigió a su hijo se referían a mí. Según mi padre, le había regañado por no haberme concedido la suficiente atención de cara a mi futuro. Mientras me decía todo esto, acariciaba con suavidad este amuleto que ves descansando sobre mi pecho.

»Antes había colgado del cuello de mi abuela. Cada año ella se lo quitaba y alargaba el cordón del que pendía, murmurando invocaciones a algún dios desconocido (nunca le oí pronunciar el nombre de Alá en esas plegarias especiales) para fortalecerme. Es mi amuleto de la suerte. Lo venero porque procede de ella, pero también se ha convertido en parte de mi vida.

»Antes de entrar en batalla, siempre me lo pongo en la mano y lo froto suavemente sobre mi corazón antes de rezar en silencio a Alá pidiendo nuestra victoria.

»En Damasco fue donde me convertí en hombre.

»Los primeros meses echaba de menos la libertad de Baalbek. Damasco era una ciudad muy peligrosa. No pasaba un solo día sin que recibiéramos noticias de la muerte de una persona importante o próxima a una persona importante.

»El instinto de mi padre, como de costumbre, le sirvió de mucho. El *atabeg* de Damasco le puso al frente de la ciudadela. Mi padre era el responsable de la defensa de la ciudad. Su súbito ascenso al poder le granjeó enemigos sin cuento.

»Los nobles locales, algunos de los cuales decían descender de los primeros creyentes en Alá y su Profeta, le eran abiertamente hostiles y nos contemplaban a nosotros con evidente desprecio. Para ellos mi padre y mi tío Shirkuh no eran más que un par de aventureros kurdos, unos oportunistas que vendían sus servicios y sus almas al mejor postor. No se puede negar que su desprecio estaba basado en un fondo de verdad.

»Cuando nosotros llegamos, Damasco estaba gobernada por el *atabeg* Muin al-Din Unur. Fue él quien, cansado del creciente sectarismo entre sus comandantes, le pidió a mi padre que reorganizara las defensas de la ciudad. Unur era enemigo del sultán Zengi y de su hijo, Nur al-Din. Mi tío Shirkuh era comandante militar y estaba bajo las órdenes directas de Nur al-Din. Si yo hubiera sido un turcomano leal a Unur y a su señor, Abak, me habría sentido también bastante nervioso. Después de todo, no era ningún secreto que nuestro clan era como una pina. Mi padre y su hermano, lejos de ser enemigos, se habían unido como la espada a la empuñadura. Unur, sin embargo, confiaba en mi padre. Nos contaron que en su lecho de muerte aconsejó al sultán Abak que conservara los servicios de mi padre.

»Abak no estaba convencido del todo. Era un hombre débil, muy dado al vino y a las mujeres, e influido fácilmente por consejeros poco escrupulosos. Aunque en este caso, debo confesarlo, sus preocupaciones no carecían de fundamento. Si Nur al-Din atacaba Damasco, ¿se levantaría en armas mi padre contra un ejército liderado por su propio hermano? Ésta era la pregunta que les atormentaba día y noche.

»Mi padre solía escudarse tras una máscara. Era un gran cortesano, en el sentido de que escuchaba con atención y hablaba muy poco. Cuando Abak le comunicaba lo que se decía por ahí, mi padre sonreía y replicaba: "Quizá tengas motivos para sospechar de mi lealtad. Tú eres el único juez. Hasta el día de hoy, no te he dicho ni una sola mentira. Si mi presencia te preocupa, me iré mañana mismo con mi familia. Sólo tienes que darme la orden".

»El supremo gobernante de Damasco decidió conservar los servicios de mi padre. Fue un error que le costó el trono, pero aquello consiguió unir a los creyentes y acercar el día en que pudiéramos reclamar nuestras tierras a los francos.

»Ya sé lo que estás pensando, Ibn Yakub. Te estás preguntando qué habría ocurrido si nos hubieran expulsado de Damasco. No dudo de que el resultado habría sido el mismo, pero después de un derramamiento de sangre. Los actos de mi padre no fueron determinados sólo por las necesidades de su familia. Las guerras en las que los creyentes luchaban entre sí le repugnaban.

»El resultado de aquellas rivalidades fue limitar nuestra libertad. No se nos permitía cabalgar solos. Nos prohibieron explorar la ciudad después de anochecer. Nos advirtieron que no entrásemos nunca en las tabernas. Mi padre amenazó con azotarnos en público si violábamos esta última prohibición.

»Fue la obligada compañía lo que me llevó a jugar al *chogan*. Ya que mi hermano al-Adil y yo teníamos varios guardianes, decidimos aprovecharnos. Cada día cabalgábamos fuera de la Bab-al-Djabiya al salir el sol. Primero los soldados cumplían con su deber y nos enseñaban a manejar la cimitarra. Luego, después de descansar un poco y comer algo, nos enseñaban cómo luchar a lomos de un caballo. Al final de nuestra sesión de entrenamiento, nos entreteníamos enseñando a los soldados a jugar al *chogan*.

»Es una cosa extraña, ¿verdad, Ibn Yakub?, que cuanto más se ejercita uno, menos se cansa. Después de cabalgar durante dos horas, podía seguir cabalgando durante un día entero. Sin embargo, los días en que no podía salir de casa, me sentía apático y exhausto, como hoy, por ejemplo. Mis médicos rezan a Alá y me dicen que está relacionado con la forma en que la sangre fluye por el cuerpo, pero ¿acaso lo saben en realidad?

El sultán guardó silencio. Creyendo que estaba sumido en profundos

pensamientos, introduje algunas pequeñas correcciones en el texto, pero cuando, con la pluma levantada, alcé la vista y le miré, tenía el ojo cerrado.

Se había dormido.

Me había olvidado señalar antes el hecho de que Salah al-Din tenía un solo ojo. No me había contado aún cómo perdió el otro; ya Ibn Maimun me advirtió de que éste era un tema extremadamente delicado. Yo no debía aludir a ello bajo ningún pretexto. Como escriba disciplinado, había conseguido apartar de mi mente cualquier posible curiosidad. A decir verdad, me había acostumbrado a su defecto y casi ni me daba cuenta.

Aunque al verle así, dormido, con su ojo malo abierto de par en par, daba la impresión de que estaba medio despierto y que era un sultán que todo lo veía.

Me produjo una sensación muy extraña. Quise saber cómo y cuándo había perdido el ojo. ¿Fue un accidente de infancia? Si era así, ¿quién era el responsable? ¿Cómo podía afectar aquello a su actuación en una batalla? Tenía la mente repleta de interrogantes.

No sé cuánto tiempo me quedé allí mirando al sultán dormido. Un leve toque en el hombro me avisó de la presencia del ubicuo Shadhi. Éste se colocó un dedo sobre los labios pidiéndome silencio, y me indicó que saliera de la habitación con él.

Nos sentamos en el patio disfrutando del sol del invierno, mientras mojábamos pan en *labineh* y comíamos rábanos y cebollas. Le pregunté a Shadhi por el ojo.

—El propio Salah al-Din te lo contará. Es un tema del que no hablamos nunca.

—¿Por qué?

El anciano no contestó. En cambio, se limpió de yogur el caído bigote y eructó.

«Quizá —pensé para mí—, esté de mal humor. Algo le preocupa.» Pero yo estaba equivocado. Sólo era el tema prohibido del ojo lo que le había hecho guardar silencio.

Me preguntó si Ayyub y su familia habían llegado ya a Damasco en las crónicas que estaba transcribiendo. Asentí.

—Entonces —añadió con una sonrisa lasciva—, ¿te ha contado el sultán algo de sus escapadas juveniles?

—Aún no.

—Aún no, aún no... —me imitó, y se echó a reír a carcajadas—. Nunca te lo contará. La memoria de los grandes hombres siempre es incompleta. Olvidan con gran facilidad su pasado, pero afortunadamente para ti, mi buen escriba, Shadhi todavía vive. Comamos primero un poco de cordero y luego te contaré historias de Damasco que seguro que nuestro gran sultán no recuerda.

Cuando acabamos de comer, el anciano habló:

—No te aburriré con historias de nuestras primeras visitas a la mezquita de los omeyas, donde los grandes califas pronunciaban el sermón del viernes y donde hace mucho tiempo la multitud congregada allí temblaba con silenciosa rabia a la vista de Muawiya levantando la camisa empapada en la sangre del califa Uzmán, que había sido asesinado. Todo esto se lo dejo al sultán.

Shadhi soltó una carcajada como si lo que acababa de decirme fuese una broma graciosísima. Tendía a reírse mucho con sus propias observaciones, algo a lo que ya empezaba a acostumbrarme, aunque nunca dejó de irritarme. Exteriormente yo sonreía y asentía con educación, para neutralizar la intensa mirada que me dedicaba después de aquellas risotadas. Después de beber otra copa del suero de leche y limpiándose ruidosamente los labios y el mostacho, habló de nuevo:

—Era una calurosa tarde de verano. Todo el mundo descansaba. Tu sultán tenía catorce años, quizá menos aún. Aprovechándose del calor, desafió las instrucciones de su padre y fue al establo. Desató a su caballo favorito, lo montó a pelo y salió de la ciudad él solo. Fue una locura por su parte pensar que podía salir por las puertas sin ser reconocido. Era también peligroso, porque su padre tenía enemigos en la ciudad. Pero ¿quién puede refrenar las locuras de la juventud?

»Los guardias de la puerta estaban intrigados. Sabían que los hijos de Ayyub no salían solos. Uno de ellos fue corriendo a la casa y avisó de su salida.

«Despertaron a Ayyub y le informaron de lo que ocurría. Curiosamente, pareció más complacido que molesto por la desobediencia de su hijo. Le vi sonreír.

»Me pidió que saliera detrás de Salah al-Din, pero sin preocuparme en absoluto. Las instrucciones eran seguirle, observarle dondequiera que fuere y mantenerme a prudente distancia. En otras palabras: iba a convertirme en espía. Naturalmente, hice lo que me pedían.

»No fue difícil encontrar su rastro. Fuera ya de la Bab al-Djabiya, como verás cuando el sultán te lleve con él, hay un *maidan* muy grande, dividido en dos por un río. Cuando uno se pone de pie en los muros de la ciudadela, la luz del sol poniente crea engañosos espejismos ante nuestros ojos. El *maidan* se convierte en una enorme alfombra verde hecha de finísima seda. Allí era donde Salah al-Din y sus hermanos jugaban al *chogan*. Allí hacían carreras de caballos y aprendían a manejar la cimitarra, el arco y las flechas. El río está rodeado por una alameda.

»Yo le veía galopar en la distancia, delante de mí, con la cabeza descubierta y sin protección alguna. Le vi tirar de las riendas y desmontar. Hice lo mismo y até mi caballo a un árbol. Fui andando hacia donde estaba el muchacho, procurando que no me viera. Enseguida encontré un lugar adecuado, detrás de unos arbustos, donde podía observarle con bastante nitidez sin que él se diera cuenta. Veo que te estás impacientando con este viejo loco, Ibn Yakub, pero ya estoy a punto de entrar en materia.

»Salah al-Din se había quitado la ropa y se había echado al río, nadaba primero a favor de la corriente y luego contracorriente. Yo me reí para mis adentros.

»Qué chico más extraño. ¿Por qué no nos había dicho que lo que quería era simplemente darse un baño? Le habrían acompañado algunos guardias para vigilar hasta que hubiese acabado, y ya está.

»Estaba a punto de acercarme a la orilla y llamarle cuando de pronto vi a una mujer que también le miraba y se dirigía hacia el lugar donde Salah al-Din había dejado sus ropas.

»Las recogió y las dobló. Luego se sentó y esperó a que él terminase. Él nadó hasta la orilla y le dijo algo. No pude oír sus palabras porque, al ver a la mujer, me alejé prudentemente de nuevo.

»Ella se reía y meneaba la cabeza.

»Él insistía. De repente ella se levantó de un salto, se quitó la ropa y se tiró al agua.

»Era una mujer madura, Ibn Yakub, que tendría al menos el doble de años que el chico. Puedes imaginar el resto. Cuando acabaron de nadar se tumbaron al sol, y aquella hechicera montó a nuestro joven y le enseñó lo que era ser un hombre. Alá sea alabado, Ibn Yakub, ellos no sentían vergüenza alguna. Estaban allí bajo el claro azul del cielo, bajo la mirada de Alá en el paraíso, comportándose como animales.

»Esperé con paciencia, tomando nota mentalmente de todo, tal como mi señor me había ordenado. Ella se fue primero. Fue como si desapareciera de pronto.

»Salah al-Din se quedó echado unos momentos más y luego se vistió. Llegado a este punto, como puedes imaginar, estuve tentado de revelar mi presencia. Habría sido mi venganza por aquel episodio de Baalbek, pero tenía unas órdenes que cumplir. Volví a la ciudad, sin esperar a que el joven Salah al-Din recuperara la compostura. De vuelta en casa, aseguré a su padre que todo estaba bien.

»Ayyub, que descansa en la paz eterna, quería saberlo todo. Felizmente, yo estaba en posición de proporcionarle todos y cada uno de los detalles. Te he referido a ti una versión resumida, oh sabio escriba, pero entonces todo permanecía fresco en mi memoria.

»Ayyub, para sorpresa mía, batió palmas y se echó a reír a carcajadas. ¡Quizá se sintiera aliviado al ver que había elegido a una mujer y no a uno de sus soldados o a alguna yegua!

»La severidad volvió a adueñarse de su rostro al advertirme que sufriría un espantoso destino si alguna vez llegaba a oídos de Salah al-Din una sola palabra sobre todo aquello.

»Fue muy difícil para mí guardar silencio. Siempre me había sentido muy unido al muchacho y, en circunstancias diferentes, tal vez esta lengua mía habría desafiado las instrucciones recibidas. Pero había algo en el tono de Ayyub que me disuadió de desoír su orden. A pesar de la fuerte tentación, le obedecí.

—¿Quieres decir —pregunté— que hasta el día de hoy el sultán sigue sin saber lo que pasó? ¿Es posible eso?

Shadhi sonrió irónicamente y se pellizcó la nariz.

—Esperé al momento adecuado. Se lo dije en su noche de bodas. Estaba de muy buen humor y se rió mucho, pero tenía que haberme dado cuenta de la realidad. Un mes más tarde, cuando yo creía que ya se había olvidado de todo el asunto, me pidió una explicación. Estaba muy serio. Se lo conté todo. Expresó la sorpresa de que sus padres nunca se lo hubieran comentado. Yo me encogí de hombros. No era asunto mío.

Capítulo 7

El festival de primavera en El Cairo y un juego de sombras chinescas erótico en el barrio turcomano

Pasaron lentamente las semanas y el invierno, aunque la primavera no había llegado todavía. Aún no sabía nada, ni una palabra de Halima, y la intoxicación estaba empezando a perder su efecto. Siguiendo los consejos de Ibn Maimun, dejé de atormentar mi pobre corazón pensando en ella.

A él llevaba muchos días sin verle. En casa, Raquel había recuperado su buen humor. Nuestras vidas se habían adaptado a la nueva rutina.

En palacio, el sultán estaba ocupado con los miembros de confianza de su familia, discutiendo la estrategia para liberar al-Kadisiya. Fue la única vez que se me negó la entrada en la cámara del consejo. Las deliberaciones en las que se ocupaba no estaban destinadas a los oídos vulgares. Se trataba de conversaciones confidenciales. Una indiscreción o un comentario irreflexivo, como solía decir siempre el sultán, podía costarle a nuestro bando un ejército entero y hacer retroceder nuestra causa varias décadas. Aunque sería poco honrado por mi parte fingir que no estaba dolido, yo me tenía por hombre de absoluta confianza del gobernante. El sultán sin duda se dio cuenta, porque intentó apaciguar mi orgullo herido.

—Ibn Yakub, lo que estás escribiendo no sólo lo sé yo, lo saben además el cadí y tres personas más. Si permito que asistas a nuestro consejo militar, todo el mundo sabrá quién eres y eso podría resultar peligroso. Uno de mis hermanos o sobrinos podría creer que tú conoces el secreto de mi sucesión. Quizá te torturasen o te matasen, preparando luego documentos que convencieran a la gente de lo que ellos quisieran. ¿Entiendes?

Asentí y bajé la cabeza, aceptando la verdad que encerraban sus palabras.

Los cairotas saludaban las nieblas primaverales matutinas igual que desde hacía siglos. La ciudad era tomada literalmente por sus gentes. Todos eran iguales aquel primer día de primavera. En los colegios y universidades los estudiantes se ausentaban, preparando las actividades de la tarde, o secuestraban a sus profesores, manteniéndolos prisioneros hasta que éstos pagaban un rescate.

El dinero se gastaba en comida y bebida, que se distribuía gratuitamente entre los pobres a lo largo de todo el día.

Yo llevaba algunos años evitando salir a las calles, de hecho, desde que unos juerguistas tiraron a Raquel a una fuente, supongo que para verle los pechos a

través de la ropa empapada. Sus objeciones fueron suaves comparadas con las mías, pero aquel año estaba decidido a pasar el día entero en compañía de la gente corriente. ¿Quién sería objeto de sus burlas en aquella ocasión?

Los tres últimos años se habían cebado en el cadí al-Fadil, riéndose de sus poemas y de su pomposidad y parodiando cruelmente sus maneras cortesanías.

Ibn Maimun, que nunca se perdía un festival, admitió que el juicio bufo de un burro, acusado de orinar encima de un predicador, le había hecho reír mucho. El estudiante que representaba el papel de cadí oyó los argumentos, interrogó al burro y dictó sentencia. El burro sería humillado en público. Iban a rebanarle el pene en cinco partes, colocadas en una bandeja y servidas al predicador a quien había insultado.

Además, el burro sería obligado a rebuznar en público al menos cinco veces al día. Cuando se le preguntó si aceptaba el veredicto, el animal emitió una sonora ventosidad.

—Sus pensamientos y acciones no eran en modo alguno elevados —me dijo Ibn Maimun—, pero sólo un sordo y un ciego negarán que eran muy populares.

Raquel y yo fuimos hacia donde se iba a formar la gran procesión. Aquel año los jóvenes llevaban ralas barbas postizas mientras reían y bromeaban por las calles. Encantadores de serpientes y juglares competían para atraer nuestra atención con acróbatas, contorsionistas y magos. Había niños encantados por todas partes, y sus risas inocentes ponían una sonrisa de felicidad en el rostro de todos los adultos, hasta en los más cínicos.

Nos compramos unas máscaras de leopardo y apenas nos habíamos cubierto la cara con ellas cuando nos vimos rodeados por otras muchas caretas de leopardo de todos los tamaños. Empezamos a saludarnos y uno de ellos de repente extendió los brazos y se puso a tocarle los pechos a Raquel. Sólo cuando le golpeó en las manos atrevidas el enmascarado salió corriendo.

¿Quién sería elegido emir del festival? Fue Raquel la primera que vio a los candidatos a «emir». Un joven trepó a un muro de hombros y empezó a presentar a los candidatos. A medida que iban desfilando, la multitud demostraba sus preferencias. El travestido disfrazado de bailarina, con un exagerado maquillaje y dos sandías por pechos, fue elegido emir por aclamación. Fue conducido hasta la mula ceremonial, pintada de rojo, amarillo y púrpura para la ocasión, con un círculo verde en el trasero.

El emir del festival, con un abanico en una mano, montó encima del animal, y todos, incluidos Raquel y yo, empezamos a cantar y bailar. El emir se abanicaba con movimientos exagerados, anticipando el verano. Cuatro hombres desnudos, con sus partes íntimas cubiertas por un *mizar* y embadurnados de blanco, surgieron de pronto de entre la multitud. Fueron muy vitoreados.

Dos de ellos llevaban pedazos de hielo y agua fría y con ellos refrescaban al

emir. Los otros dos se apresuraron a darle de comer un plato de sopa caliente y a ponerle luego una manta sobre los hombros para protegerle del frío.

Una vez acabada la ceremonia, los cuatro hombres desnudos ocuparon sus puestos delante de la mula tan festivamente ataviada y empezaron a soltar ventosidades, cada uno de ellos intentando superar la actuación del que le precedía. Se hizo un silencio total mientras aguzábamos el oído intentando captar la ruda música de aquellos dotados intérpretes. Aquel pedorreo musical era muy apreciado en tales ocasiones, y el crescendo final, interpretado a coro, obtuvo grandes aplausos y risas en la concurrencia.

Su actuación resultó ser extrañamente contagiosa, y los de menor edad intentaron imitar a los maestros de aquel arte durante el resto de la tarde. Afortunadamente, su éxito fue bastante limitado y no tuvimos que rogar a Alá que enviase una suave brisa del délo para limpiar la atmósfera.

Al final la procesión empezó a moverse. Su paso era lento, deliberadamente lento. Daba tiempo y ocasión a los participantes para comprar y consumir pequeñas botellas de vino que ofrecían unos vendedores apostados al borde del camino. íbamos dando muchos rodeos a la gran plaza que estaba junto al palacio del sultán. ¿Saldría éste a saludar a la multitud? Era la primera vez que se hallaba físicamente presente en El Cairo durante el festival.

Los años anteriores, el cadí al-Fadil había hecho una aparición testimonial y le había saludado la exhibición de mil falos. El cadí se retiró rápidamente y se negó a dirigirse a la gente común. Aquel año, con el sultán en la duda, el cadí no quería correr ningún riesgo. No podía permitir que el festival degenerase en orgía. Sus inspectores habían aparecido en las calles la noche anterior, acompañados por los pregoneros, gritando una advertencia: cualquier exhibición obscena sería severamente castigada. La respuesta de la gente fue igualmente severa. Eligieron a un travestido como emir.

Cuando llegamos a la plaza junto al palacio, el ruido disminuyó. Fue como si todo el mundo, puesto de acuerdo, se hubiera percatado de la presencia del sultán. Él iba a caballo, rodeado por su guardia personal. Según se aproximaba nuestro emir, avanzaba para encontrarse con él. Cambiaron unas palabras, pero sólo pudo oírlas el travestido. A cientos corrieron aquella misma tarde las versiones sobre lo hablado. El sultán sonrió y luego cabalgó de vuelta a palacio.

La fiesta continuó hasta bien entrada la noche, pero muchos de nosotros, agotados y hambrientos, empezamos a dirigirnos a casa al ponerse el sol. Raquel y yo nos quitamos las caretas. Estábamos comprando un poco de vino para llevárnoslo a casa, cuando se aproximó una cara que creí reconocer, se acercó a mi oído y susurró:

—Ibn Yakub, si quieres ver auténtica diversión esta noche, ve al barrio turcomano, detrás de al-Azhar. No vayas a la Bab al-Zuweyla este año. Las sombras

chinescas serán poco corrientes.

Antes de que pudiera responder, el hombre había desaparecido. ¿Por qué me resultaba tan familiar su cara? ¿Dónde le había visto yo antes? Mi incapacidad de situarle empezó a irritarme. Entonces, mientras cenábamos, recordé quién era, y ese recuerdo hizo que me atragantara. Era uno de los eunucos, de nombre Ilmas, que trabajaba en el harén. Yo le había visto a veces hablar con Shadhi y susurrar algo al oído del sultán.

Tenía que ser un espía enviado para observar las sombras chinescas, e informar de sus actuaciones. Me había hablado en un tono de conspiración, pero ¿era en realidad su mensaje susurrado una orden del sultán? Normalmente los actores de las sombras chinescas actuaban al lado de la Bab al-Zuweyla. ¿Acaso el eunuco Ilmas intentaba apartarme de allí por algún motivo? Me di por vencido y decidí seguir su consejo.

Las fiestas estaban llegando a su punto álgido cuando pasé por el laberinto de calles iluminado por faroles hacia la Bab al-Zuweyla. Tranquilizado por el hecho de que allí no estaba ocurriendo nada extraño, seguí andando hasta llegar al barrio turcomano. La plaza estaba iluminada por candiles y la gente bebía y comía entre discusiones sobre los acontecimientos del día.

De acuerdo con las murmuraciones que se oían en la calle, Salah al-Din había alabado el maquillaje de los ojos del «emir», y le había preguntado si él y sus amigos irían a celebrar la próxima liberación de al-Kadisiya. En aquel crítico momento, nuestro jefe travestido se quedó sin habla y se limitó a asentir con la cabeza, igual que un niño en presencia de un mago.

El olor del hachís, no del todo desagradable, me llegaba flotando por el aire desde algunos puntos. A lo lejos podía ver una gran tela de gasa, detrás de la cual se vislumbraban las sombras de músicos y actores preparándose para la primera actuación de la velada.

La representación empezó a medianoche. Era la historia de una bella joven sorprendida con su amante por el marido. La angustiada multitud suspiró compadecida cuando el amante fue asesinado y la mujer arrastrada por su marido.

Durante el descanso el único tema de discusión era la suerte de la mujer. Agrios debates agitaban la plaza. ¿Tenía que haberla matado también a ella su marido? ¿Por qué había matado éste al amante, cuando la primera culpable era la mujer? ¿Por qué matar a nadie? El amor es sublime y ninguna ley, Alá sea alabado, puede evitar la atracción de una persona por otra.

Según avanzaba la velada, me di cuenta de que la historia que estábamos presenciando no era una historia corriente. Me parecía conocer a todos los personajes... ¿o era mi imaginación desbocada la que veía paralelismos donde no

los había? La tensión emocional en la plaza indicaba que yo no era el único que había observado cierto grado de coincidencia.

La segunda parte de la obra eliminó todas mis dudas. El marido fue sentenciado a recibir flagelación pública en la Bab al-Zuweyla, y la mujer errante fue enviada a un predicador lisiado y tuerto. El predicador, en lugar de ofrecerle apoyo espiritual, la sedujo de inmediato, y en aquel momento la cortina empezó a agitarse con violencia. Empezó una cópula de sombras, con un pepino simbolizando el pene del predicador y una calabaza como si fuera la vagina de su víctima.

En la mayoría de las ocasiones, cuando tales obras alcanzan su obscuro clímax, el público se une a él con descontroladas risas y lentas palmadas, pero aquella noche no. Los músicos entraron y empezaron a entonar un canto fúnebre. Aquella unión, venían a decir, no era feliz.

La atmósfera durante el segundo descanso fue más tensa. La gente hablaba en susurros. Calamidades como aquéllas eran comunes en la ciudad, pero estaba claro para todo el mundo que el predicador tuerto era una versión apenas disimulada del sultán. Por eso Ilmas, el eunuco, había querido que fuera allí aquella noche. ¿Era ésta la venganza de Halima? Noté el contacto de una mano en mi hombro, me volví y me quedé frente al sonriente Ilmas.

—¿Qué le parece la representación a nuestro gran estudioso?

—¿Quién lo ha escrito, Ilmas? ¿Quién?

—¿No lo adivinas?

Negué con un movimiento de cabeza.

—Creo —susurró— que la autoría quedará clara antes de que concluya la obra.

Algo en su forma de hablar hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. Instintivamente me di cuenta de que tenía que irme en aquel preciso momento y no quedarme hasta el final. Tenía curiosidad por ver cómo acababa todo aquello, pero también tenía miedo.

El sultán confiaba en mí. Si averiguaba que yo había estado presente en aquella ocasión y no le explicaba con detalle lo sucedido, podría cuestionar mi lealtad.

Si me quedaba hasta el final, tendría que contárselo al sultán. Si me iba, sería prueba suficiente de que aquella representación me merecía una pobre opinión y no creía que fuera necesario informar sobre la obra.

Saludé a Ilmas, que no pudo ocultar su sorpresa, y me fui.

Capítulo 8

La historia del jeque que, para tener a su lado a su amante, obliga a su hermana a casarse con él, y las desastrosas consecuencias de ello para los tres

—Harás mejor en ir inmediatamente a la sala de audiencias, Ibn Yakub. El sultán te está esperando y no se encuentra de muy buen humor esta mañana.

El tono de Shadhi me inquietó, pero en sus ojos no alcancé a leer ninguna preocupación. Quizá fuera la culpabilidad por haber asistido al teatro de sombras, pero no, ésta enseguida desapareció. Había interpretado mal su voz.

El sultán tenía un aire realmente severo, pero no estaba solo.

El cadí al-Fadil estaba sentado frente a él. Los dos hombres sonrieron cuando entré en la habitación. Aquello, al menos, era tranquilizador. Hice una reverencia y ocupé mi lugar, al pie del trono del sultán.

—Que la paz sea contigo, Ibn Yakub —dijo el sultán—. Me alegra que no te quedases hasta el final de la actuación en el barrio turcomano, la noche pasada. Al-Fadil y yo estábamos alabando precisamente tu buen gusto y tu sano juicio.

El cadí clavó sus severos ojos en los míos. Yo no los aparté. Sonreían sus labios, pero sus ojos eran duros como el carbúnculo.

—El eunuco que traicionó la confianza del sultán ha sido ejecutado esta mañana temprano. Si das un paseo por la tarde verás su cabeza decorando la Bab al-Zuweyla.

Asentí con la cabeza. ¿Debía preguntarle por qué el estúpido de Ilmas había adoptado la decisión que le había conducido a la decapitación, o era mejor callarse?

La curiosidad pudo más. Miré a al-Fadil.

—¿Por qué decidió Ilmas...?

—La respuesta estaba en la diversión. Amaba a la tentadora pelirroja. Ella le había rechazado varias veces. La única forma que tenía de poseerla residía en su imaginación.

—¡Basta! —dijo Salah al-Din frunciendo el ceño—. Tenemos asuntos más importantes que discutir. Empieza, al-Fadil, y tú, escribe, disponte a escribir.

El cadí se llevó el vaso de templado té con menta a los labios y se lo bebió de un solo trago, como si necesitara reponer fuerzas. El cadí no era un hombre sano. Ibn Maimun me había dicho que no llevaba una dieta saludable. Pesaba demasiado para su estatura, y sufría de hinchazón en las rodillas. Ahora, mientras hablaba, hacía frecuentes pausas para tomar aliento.

—Hace pocos días una joven, que no cuenta aún los veinte años, fue entregada

a uno de mis inspectores por el padre de su marido, acusada de adulterio. La joven reconoció que tenía un amante, pero insistió en que la razón de tenerlo era que su marido rehusaba consumar el matrimonio. De acuerdo con nuestras leyes, ésa no es justificación para el adulterio. Así que no me quedaba otra opción que sentenciar a la muchacha y a su amante a la lapidación.

»Esta joven es la hermana menor de Sayed al-Bujari, uno de nuestros jeques más venerados y respetados.

Y ésta es una historia, adalid de los valientes, que llena mi corazón de tristeza. Tuya es la última decisión. El jeque al-Bujari espera tu resolución. Me he tomado la libertad de traerle conmigo. Es mejor que oigas la historia de sus propios labios. Sus palabras pesarán más si las pronuncia él mismo. ¿Qué desea el sultán?

Salah al-Din permaneció silencioso. Estaba pensando. ¿En qué pensaría? Probablemente intentaría decidir si aquel asunto podría manejarlo mejor el cadí de modo que al-Fadil se llevase las culpas por una decisión que ciertamente no sería muy popular.

—Haz venir a al-Bujari. Oiremos su caso.

Unos minutos después fue conducido hasta la sala un hombre alto y bien formado, demasiado orgulloso para teñir sus blancos cabellos. Cayó de rodillas y tocó los pies del sultán con su frente.

—Siento mucho que nos veamos en esta situación, al-Bujari —dijo el sultán, con voz muy dulce—. Recuerdo bien tu presencia en nuestras discusiones vespertinas hace algunos años. Yo tenía muy en cuenta lo que decías entonces, y por ese motivo he accedido a escuchar tu historia. Explícame por qué no debo castigar a tu hermana, tal como ha decretado nuestro misericordioso cadí.

El jeque miró a su gobernante con gratitud. Una triste sonrisa apareció en su rostro cuando empezó su historia.

—Si alguien debe ser castigado, oh misericordioso sultán, no es mi desdichada hermana, sino yo.

»Yo solo tengo la culpa de la desgracia que ha caído sobre ella.

»Hace unos cinco años, un misterioso visitante entró en la atestada habitación donde yo solía dar mi interpretación y comentarios de los hadices escritos por mi predecesor. Que Alá me perdone, pero no tenía ni idea entonces de que iba a deshonorar a mi antepasado.

»El recién llegado atrajo la atención de todos los presentes. Era un joven de hermosos rasgos. Sus brillantes ojos grises iluminaban su pálido rostro. Sus cabellos eran del color del trigo. Una silenciosa pregunta apareció reflejada en los rostros de los creyentes: ¿quién era?

»Había llegado a El Cairo de niño, en un barco mercante de la tierra de los francos. Su padre, un mercader de Génova, había muerto de repente. Los marineros se negaron a responsabilizarse del niño. Traía mala suerte navegar con un huérfano.

Las supersticiones de esa gente son muy primitivas. El niño, que por aquel entonces tenía siete u ocho años, fue adoptado por un mercader de la calle de los armadores. La primera esposa de este hombre, que no tenía hijos propios, prodigó grandes atenciones al niño, y éste creció, alabado sea Alá, como uno más de la familia. Naturalmente, tuvo que ser circuncidado, y su nueva familia requirió para ello los servicios del propio barbero de vuestra excelencia, Abu Daniyal, para que celebrara el ritual.

»Le pusieron de nombre Jibril, cosa que le gustó mucho, porque era la versión del nombre original que le habían dado al nacer: Gabriel. Una vez supo hablar nuestra lengua, su madre adoptiva le hablaba de su madre real y de sus hermanas, a quienes echaba mucho de menos, y le prometieron que cuando creciera le proporcionarían los medios para volver a Génova. La educación que recibió era tan esmerada que pronto resultó difícil decir que jamás hubiera sido otra cosa que uno de los nuestros.

«Creció y se convirtió en un inteligentísimo filósofo, aficionado a los escritos de nuestros amigos de al-Andalus. Fue su interés por la lógica lo que hizo que sus amigos le enviaran a aprender de mis lecciones. Ellos pensaban que así le curarían esa adicción a la herejía. Y lo habría hecho, de no ser porque el joven era extraordinariamente guapo. Su llegada me alteró sobremanera.

»Venía dos veces a la semana y se sentaba a mis pies, bebiendo cada palabra que yo pronunciaba con esos ojos suyos brillantes y atentos, pero siempre interrogantes. ¿Era mi imaginación o de verdad se podían contemplar en aquellos ojos grises atisbos de tormento?

»Al acabar mis charlas, mientras los demás me hacían corteses preguntas para que ampliara determinadas cuestiones, el joven Jibril me interrogaba de tal modo que sólo intentar contestarle habría supuesto demoler toda la arquitectura de mi pensamiento.

»Un día, todos llegaron tarde a mi clase. Cuando vinieron, me quedé estupefacto. Estaban ebrios y Jibril iba completamente desnudo. Sus compañeros se reían, pero él no parecía entender que él era la causa de su regocijo. Cuando le pedí que se explicara, replicó que habían tratado de aguzar sus recuerdos dándole a beber una fuerte dosis de una infusión fermentada de anacardos. Los demás habían perdido el control de su mente. Sólo él seguía lúcido. Yo le cubrí con una sábana y lo llevé a la cama.

»No puedo mentir al sultán o a su gran cadí. Debo confesar que estaba hechizado por el semblante de aquel joven. Cuando él se encontraba presente, yo hablaba como si él fuera la única persona que había en la clase.

»Yo me encontraba en las garras de la vieja enfermedad traída a nuestro mundo por los *yunanis*, adoradores de ídolos, y los malditos *tumis*. Jibril, aun sin culpa alguna por su parte, era la causa de todas mis desdichas. Su ausencia me

provocaba insoportables dolores de cabeza. Habría caído de rodillas y rezado: "Oh, Alá, ¿por qué castigas a tu esclavo con tanta crueldad?".

»Un día, llegó cuando yo estaba solo en casa. Mi cara sin duda expresó todas las emociones que mi corazón trataba de reprimir. Él reaccionó bien y me declaró sus sentimientos. Que Alá me perdone, pero nos hicimos amantes. El florecer de su pasión me excitó de tal manera que me vi transportado al séptimo cielo. Habíamos probado el fruto prohibido. Nuestra conciencia se había convertido en un abismo insondable. Nada importaba ya en este mundo.

»Veo en la cara de nuestro venerable cadí que mi franqueza está despertando en él sentimientos de disgusto. No continuaré por ese camino mucho más.

»Soy lo que soy, pero aún continúo siendo uno de los vuestros. Por favor, intentad comprenderme.

«Pronto no pude soportar vivir sin él. Empecé a pensar cómo podría vivir siempre con Jibril. La idea se me ocurrió un día que le vi hablar con mi hermana, una muchacha muy hermosa, y me parecía evidente que sus sentimientos hacia Jibril no eran diferentes de los míos. ¿Por qué no se casaban? Entonces podría vivir en nuestra casa abiertamente, sin miedo a las lenguas viperinas.

»Para deciros la verdad, no me importaba nada compartirlo con mi hermana.

»Jibril aceptó el plan. Se celebró el matrimonio. Él se trasladó a nuestra casa, pero ya desde la primera semana fue obvio que mi hermana era desgraciada. Jibril no le daba consuelo alguno. No sentía la mínima atracción por las mujeres. Ahí está la verdadera razón de esta tragedia. Mi hermana buscó un amante. Jibril y yo disfrutábamos de nuestra felicidad.

«Vivíamos sólo para nosotros mismos. Nuestro egoísmo, en lugar de disminuir, no hacía sino aumentar cada día. Nada parecía afectarnos. El *jamsin* soplabla y nos llenaba de arena el pelo. Nuestras gargantas se volvían resacas. Las estrellas se perseguían unas a otras en el cielo nocturno. Mi hermana se sentaba y callaba, mirando pacientemente a la ventana en espera del siguiente mensaje de su amante. Llegó el otoño, pasó y fue seguido por un invierno lluvioso. Nosotros no sentíamos nunca el frío de la noche. El ladrido de los perros vagabundos nunca alteraba nuestra paz. Él sabía muy bien cómo amar y me enseñó las virtudes de la sumisión y la ternura.

«Cuando el misericordioso cadí, que Alá le conceda gran fortaleza interior, envió a buscarme una mañana, mi corazón se alteró por vez primera. El resto ya lo sabéis.

«Pongo mi cabeza en vuestras manos, oh adalid de los misericordiosos; haced con ella lo que deseéis, y yo aceptaré cualquier castigo que decretéis para mí, pero, en el nombre de Alá, os ruego que libréis a mi pobre hermana de la humillación. Ya he sufrido bastante por mis pecados.

El sultán, en silencio, no levantaba la vista del suelo. Parecía conmovido por la

intensidad del amor descrito por el jeque. El cadí y yo nos miramos. ¿Cómo resolver el caso? ¿Haría llamar a Jibril y lo conservaría como sirviente en palacio?

—Hay una cosa muy clara para mí, Sayed al-Bujari. Tu hermana no merece castigo. Al-Fadil se asegurará de su liberación hoy mismo. El cadí hará también que se case ante Alá y con su bendición con el hombre al que ama. Y en cuanto a tu Jibril, la decisión es más difícil. Como estudioso, quizá tú mismo puedas darme alguna solución. ¿Hay algún dato en los hadices que pueda ayudarme a resolver tu caso? Yo mismo he estudiado muchos, pero no recuerdo ningún precedente adecuado.

«Mientras piensas en ello según mi petición, y consultas a otros estudiosos, creo que ha llegado el momento de que la familia de Jibril cumpla con su palabra y le envíe de viaje a su lugar de nacimiento. Que se reúna con sus hermanas y que su ausencia sea larga. ¿Queda clara mi intención?

Nuestro barbudo estudioso había venido a palacio decidido a salvar a su hermana de la lapidación. Venía dispuesto por completo a sacrificar su cabeza, y posiblemente también la de su joven amante. Cuando se dio cuenta de que el sultán, en efecto, le había perdonado, lágrimas de gratitud se deslizaron en torrentes por sus mejillas, empapando su barba. Se postró y besó los pies de Salah al-Din.

Después de la partida del estudioso, un hombre muy aliviado, nadie habló. Era ya la hora del almuerzo y yo me levanté dispuesto a irme. Quedé sorprendido cuando el sultán me pidió que me quedara y comiese con él y con al-Fadil.

Salimos de la fría semioscuridad de la sala de audiencias a un sol cegador y una ráfaga de aire caliente, precursor de las miserias que se acercaban. El verano cairota estaba próximo.

Entramos en el comedor y nos saludó Afdal, el hijo mayor del sultán. Corrió a abrazar a su padre, y luego se inclinó para saludarnos al cadí y a mí. Salah al-Din puso cara seria.

—¿Por qué no has ido a cabalgar hoy?

—Me he dormido. Los otros se han ido sin mí.

—Eso no es lo que me han contado. Me han dicho que cuando Shadhi y Uzmán han ido a llamarte, les has soltado un montón de insultos. ¿Es verdad o no?

Afdal se echó a reír.

—Es verdad y no lo es. Uzmán ha intentado despertarme echándome agua fría en la cabeza, mientras Shadhi estaba de pie detrás de él y mostraba sus encías. En esas circunstancias, Abu, me era difícil contener la lengua o ir a cabalgar con ellos.

Los ojos despiertos de aquel chico de doce años brillaban de malicia. Afdal miraba fijamente a su padre para comprobar su reacción. Salah al-Din sonrió y le acarició la cabeza.

—Esta tarde vendrás a cabalgar conmigo a la ciudadela.

—¿Cuándo acabará esto, Abu?

—Cuando yo muera y, si lo permite Alá, tú ocupes mi lugar. Entonces celebrarás su fin. ¿Entendido?

La cara de Afdal se ensombreció. Cogió la mano de su padre y asintió. El sultán lo abrazó y, suavemente, lo empujó fuera de la sala.

La comida que estaba dispuesta ante nosotros en el suelo no podía ser descrita en modo alguno como un festín.

Los austeros gustos del sultán eran altamente alabados por la gente, ya que el contraste con los califas de Bagdad o sus predecesores en El Cairo no podía ser más pronunciado. Esta admiración, sin embargo, no era compartida por todos. La familia del sultán, y en particular su hermano al-Adil, se burlaban de su simplicidad y a menudo se negaban a comer con él. El sultán hacía una comida abundante una sola vez al día, por la tarde.

Nos sirvieron un poco de pan de trigo para mojarlo en un modesto potaje de judías, un plato con pepinos frescos, cebollas, ajo y jengibre, y nada más. El cadí sufría de indigestión crónica y, de acuerdo con las instrucciones de Ibn Maimun, no podía comer judías, ya que éstas, como es bien sabido, sólo sirven para exacerbar ese problema. Mientras el sultán y yo comíamos el potaje con deleite, el cadí cortó unos trozos de pan, mordisqueó un pepino y se bebió un vaso de zumo de tamarindo.

Mientras comíamos, era evidente que el cadí estaba algo disgustado. El sultán le preguntó si era la poca variedad de la comida lo que le preocupaba.

—El sultán sabe que estoy bajo la prescripción médica de Ibn Maimun. Me ha prescrito una dieta muy estricta y me obliga a reducir la cantidad de alimento en mis comidas. No, no es la comida lo que me preocupa, sino la excesiva generosidad de vuestra majestad.

El cadí estaba preocupado por el perdón de Sayed al-Bujari. Le parecía que establecía un precedente poco afortunado. El sultán oyó su queja en silencio. Quitaron la mesa y colocaron un gran cuenco con fruta ante nosotros. El sultán todavía no había contestado y nadie hablaba. El cadí notó el peso de aquel silencio. Incluyó la cabeza y se retiró. En cuanto salió del comedor, Salah al-Din soltó la carcajada.

—Ya sé de memoria todos sus trucos. No está preocupado en absoluto por al-Bujari. De hecho está encantado con nuestra decisión. ¿Sabías, Ibn Yakub, que al-Fadil asistía a las charlas de al-Bujari? Estaba muy unido a él. Pero si la gente se queja de que el jeque se ha librado del castigo, el cadí suspilará y estará de acuerdo con su interlocutor, y le dirá que la culpa la tiene nuestro sultán, que a veces es demasiado blando. También insistirá en que el próximo caso sea tratado con toda severidad, para que nuestra autoridad se reafirme.

»Y ahora dime una cosa, Ibn Yakub, y contéstame con absoluta sinceridad. ¿La comida que hemos tomado era suficiente, o habrías preferido, como es tu

costumbre, competir con Shadhi por ver cuál de los dos podía morder más fuerte una pierna de cordero? Dime la verdad.

Decidí mentir.

—Era más que suficiente, adalid de los generosos. El propio Ibn Maimun podría haberla dispuesto. La única función de la comida, según él, es mantenernos saludables en cuerpo y alma. Cuando se aloja en nuestra casa, mi mujer nunca sirve carne.

Salah al-Din sonrió.

Capítulo 9

La amante del joven Salah al-Din le abandona por un hombre más viejo y él se emborracha en la taberna; su tío Shirkuh, para distraerle, le lleva consigo en una breve incursión para conquistar Egipto; Salah al-Din se convierte en visir en la corte del califa fatimí

—Yo no quería irme de Damasco. Puedes creerlo, Ibn Yakub. Había llegado a amar aquella ciudad. A pesar de las disposiciones de mi padre en sentido contrario, exploré todos los barrios con sus calles, normalmente solo, pero a veces acompañado de mi hermano. Solíamos comprar sus ropas a unos buhoneros. Ese sencillo disfraz era nuestra coraza contra los posibles asesinos. De esta guisa yo me movía por toda la ciudad a mi antojo.

»En las noches de verano, contemplaba la luna llena sobre la cúpula de la mezquita de los omeyas. Me paré a mirar a unos trabajadores con los pies descalzos cargando ladrillos en unos tablones, apoyados con precariedad en la cabeza. Seguramente construían una casa de cinco pisos para algún mercader. Me entretuve en tirar piedras en los antiguos pozos a las afueras de las murallas de Damasco. Seguía con la vista a las mujeres de ojos translúcidos, de color verde-mar, compradas y vendidas por unas bolsas de dinares en el mercado. Me gusta El Cairo, pero no te confundas, Damasco es el corazón de nuestro mundo. Sus temores y preocupaciones son los míos.

»Hasta entonces, Baalbek era mi hogar, mi sitio preferido, pero se vio reemplazado por otro, y tú sabes muy bien por qué, ¿verdad, mi buen escriba? Shadhi ya te habló de la primera vez que hice el amor. Pareces confuso. Era mejor dejárselo explicar a él. Mi memoria se nubla a veces. Lo que recuerdo muy bien es el día en que ella me dejó, no por la separación, sino porque algo mucho más importante que nuestras insignificantes vidas estaba sucediendo fuera de los muros de la ciudad.

»Era una mujer diez años mayor que yo, incluso puede que más. Me proporcionaba un gran placer y me enseñó cómo disfrutar de un cuerpo femenino. Un día habíamos acordado vernos al amanecer, pero después de cabalgar hasta el claro de la alameda junto al río, ella no estaba. Esperé y esperé. Ni rastro de ella. Estaba a punto de irme cuando llegó al fin, sin aliento y con la cara hinchada. Había estado llorando. Me di cuenta de que aquel idilio había llegado a su fin. Ella besó mis mejillas y luego mis ojos. Había encontrado a un hombre cuya edad se aproximaba más a la suya y yo, por contraste, debía de parecerle un poco tonto.

»Naturalmente, me disgusté mucho, pero ¿qué podía hacer para aliviar mi pena? No convenía hablar de ello con nadie porque, en el mundo de los sueños en el que vivía a aquella edad, pensaba que nadie más lo sabía. Era nuestro secreto.

»Así que cabalgué hasta Damasco concomido por la rabia y los celos, secándome las lágrimas de ira y tristeza. Estaba tan angustiado que no me daba cuenta de nada. Llegué a casa, me cambié y a rastras saqué a mi hermano de la cama. Fuimos a la única taberna de la ciudad que abría antes de la comida del mediodía. La regentaban unos armenios en el barrio cristiano. No sólo no nos hicieron ninguna pregunta, sino que nos sirvieron el mejor vino de Damasco. Éste no lo traían los mercaderes de la tierra de los francos, sino que estaba hecho con uvas de Taif, que crecían en las vides silvestres de las tierras altas, por encima de La Meca. Se dice que el vino de Taif es tan potente que puede hacer de los enanos gigantes.

»Cuando llegamos Adil y yo, la taberna estaba prácticamente vacía. Algunos eunucos que habían venido a recuperarse después de una dura noche en alguna parte estaban demasiado borrachos para preocuparse de nosotros.

«Empezamos a beber el vino prohibido por el libro sagrado. Adil veía que yo estaba preocupado, pero no se atrevió a preguntarme el motivo. Me dirigía ocasionales miradas y me apretaba el brazo para consolarme. Lo había adivinado todo, por instinto, igual que yo sabía que él frecuentaba burdeles masculinos y que había entregado su corazón a un joven flautista. A lo mejor no sabía cuál era el motivo exacto de mi tristeza, pero sabía que yo tenía el corazón herido.

«Lentamente, el vino empezó a hacer su efecto. La criada que traía las jarras empezó a cambiar de forma ante mis ojos. ¿No era bella como una gacela? Mis ojos se cegaron a cuanto me rodeaba. Al poco rato improvisaba canciones sobre mujeres que habían traicionado a sus amantes, las venganzas de los amantes y el disgusto del cadí. Nos trajeron comida y yo la comí, sin saber lo que comía. Cantamos más y más hasta que los eunucos acabaron por unirse a nosotros. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos allí, pero recuerdo a Shadhi, mi ángel guardián, sacudiéndome el brazo para despertarme. Si cierro los ojos ahora todavía puedo ver su cara preocupada, y oír su voz susurrando: "Yusuf Salah al-Din, Yusuf Salah al-Din, es hora de volver a casa".

»Cuando lo pienso todavía me estremezco de vergüenza. ¿Y sabes por qué, Ibn Yakub? Porque aquél era el día en que nuestro sultán de Alepo, Nur al-Din, el hijo mayor del guerrero asesinado, Zengi, estaba a las puertas de Damasco. Quería tomar la ciudad, y a su lado se encontraba mi tío Shirkuh. Dentro, comandando los ejércitos de sus enemigos, entre los gobernantes de Damasco, estaba mi padre, Ayyub.

»Mi tío había enviado un mensajero secreto dos semanas antes de aquel día para avisar a mi padre. Los dos hombres sabían que nunca lucharían el uno contra

el otro. La principal preocupación de mi padre, como siempre, era evitar el derramamiento de sangre. Negoció un acuerdo aceptable para el gobernador de Damasco. Aquel día no hubo sangre que manchara nuestras calles. Nur al-Din tomó la ciudad sin apenas resistencia. Todo aquello había sucedido mientras yo me emborrachaba, convertido en una piltrafa de mí mismo.

»Llegué a tiempo para ver a Shirkuh abrazando a mi padre en los muros de la ciudadela. Al principio pensé que se trataba de una aparición, pero mi tío me levantó del suelo, abrazándome con tal fuerza que se me revolvió el estómago ahíto de vino de Taif y vomité a sus pies. Todo lo que recuerdo es la cara horrorizada de mi padre y las carcajadas de Shadhi.

»Nur al-Din era el primer gobernante que tenía un plan para unir a todos los creyentes y expulsar a los francos. Creía que hasta que no hubiera un solo califa como única fuente de toda autoridad, los francos siempre podían aprovecharse de nuestra debilidad y de nuestras rivalidades. Nur al-Din no podía ser más diferente de su ilustre padre, Zengi. Si Zengi permitía a sus instintos que determinaran su estrategia, su hijo, por el contrario, pedía consejo a sus comandantes y emires. Examinaba cada asunto, sopesaba cada opinión y estudiaba con detalle los mapas especiales que le preparaban, antes de tomar una decisión. A diferencia de su padre, no permitió jamás que una sola gota de vino humedeciera sus labios.

»Nur al-Din estaba decidido a conquistar el reino latino de Jerusalén. Para conseguir este propósito necesitaba un Misr poderoso y amigo, cuyo gobernante fuese lo bastante fuerte como para resistir los intentos de los francos de tomar El Cairo. Misr poseía muchas riquezas pero sus gobernantes eran débiles y poco de fiar. Era como una hermosa novia en busca de marido.

«Recuerdo que el sultán solía preguntar a mi tío Shirkuh: "¿Hay noticias de Misr?", y Shirkuh sacudía la cabeza con una extraña expresión en la cara. "No esperéis ninguna buena noticia de allí, mi señor. Su califa, el pretendiente al trono al-Adid, es adicto al *banj* y a los burdeles, y está rodeado de madres y abuelas que intrigan y maquinan a cada hora del día. Es el visir quien gobierna, y su sucesor será sin duda su propio asesino."

»Un día llegaron noticias de Misr. Fue en el verano de 1163 y hubo gran excitación en palacio. Se anunció que Shawar, el visir más recientemente depuesto, había escapado con vida y llegado a Damasco. Pocos días después, un mensajero oficial llegó de El Cairo y trajo una carta de Dirgham, el nuevo visir. Traía también una caja de marfil de grandes dimensiones con gemas incrustadas, conteniendo algunos de los diamantes más perfectos que jamás se habían visto en nuestra ciudad.

»Nur al-Din sonrió y le tendió la caja a su secretario, con instrucciones de que la guardara en las arcas del tesoro del Estado. La carta que la acompañaba, después de varios preámbulos, rogaba al sultán de Damasco que entregara a Shawar. Nur al-

Din hizo llamar a mi padre y a mi tío a su cámara del consejo.

»—Creo que debemos tomar Misr. ¿Podéis imaginar el estado de un país cuyos gobernantes nos suplican que les demos apoyo a ellos y no a un visir depuesto? Harán ofertas similares a los francos. Es indispensable que lleguemos a El Cairo y a Alejandría antes que el enemigo. Shirkuh, tú conduce a nuestros soldados con la valentía de un león de la montaña.

»"Trata a Shawar como a un dátil jugoso en una larga marcha a través del desierto. Una vez que deje de ser útil, escúpelo, igual que uno escupe el hueso del dátil. No te demores. Nos ha prometido un tercio de los ingresos de grano de El Cairo. Haz que cumpla su palabra.

»Shirkuh insistió en llevarme con él. Yo no estaba demasiado convencido. No es que me desagradara la idea de combatir. Lo cierto es que me había acostumbrado a reunirme con un grupo de amigos casi todas las noches, y juntos discutíamos ideas heréticas, recitábamos poemas y hablábamos de poesía. Algunas noches acudía a un lugar secreto cerca de los baños públicos para intercambiar miradas y a veces algo más con alguna jovencita con la cual no se me permitía casarme.

»Me preocupó un poco la rapidez con la que mi padre accedió al requerimiento de su hermano. No tuve tiempo para despedidas. Enviaron a Shadhi para que me vigilara. Tres días después de que se tomara la decisión, estábamos de camino hacia El Cairo. La combinación de Ayyub y Shirkuh era formidable. El "león de la montaña" era indomable, impulsivo, imprudente e indiscreto. Mi padre era taimado, pero cuidadoso, y como estratega era inmejorable. Gracias a él, los armeros y los tenderos ya habían sido advertidos de las necesidades de Shirkuh. Él se aseguró de que dispusieran de los materiales necesarios para que nuestra expedición contase con todos los suministros necesarios.

»Y así empezó el viaje que finalmente acabó en este palacio. Si en aquellos días algún amigo les hubiera dicho en broma que yo acabaría como sultán, mi tío y Shadhi se habrían reído sin parar durante todo el camino hasta Misr.

»Nunca tenemos el control absoluto de nuestra propia biografía, Ibn Yakub. Alá nos empuja en una dirección determinada, el coraje y la habilidad de nuestros dirigentes cambian a menudo el curso de una batalla, pero en gran medida todo depende del destino. Al final, quién sobrevive y quién no en el campo de batalla, o en el camino hacia el lugar donde se lucha, es lo que determina nuestro futuro. Aprendí esta verdad elemental en mi primera campaña.

«Cabalgamos durante veinticinco días, siguiendo las sendas de los antiguos arroyos a Akaba Eylá en el mar Rojo. Allí hicimos la última parada larga antes de emprender el camino a El Cairo.

»No es fácil, Ibn Yakub, marchar con más de nueve mil hombres y el mismo número de caballos y camellos, desde Damasco a El Cairo, evitando los destacamentos de merodeadores de los francos. Podíamos haberlos derrotado, pero

hubiera resultado una distracción y un retraso de nuestra misión.

«Nuestros guías, beduinos, conocían muy bien las rutas a través del desierto. Veinticinco de ellos estaban destacados en nuestro ejército. No necesitaban observar los mapas ni escrutar las estrellas del cielo para guiarnos. Conocían la situación exacta de todos los oasis y ningún manantial con un poco de agua, por pequeño que fuera, pasaba inadvertido para ellos. Sin sus conocimientos habría sido imposible llenar de nuevo nuestros odres. Los soldados, con razón, temen a la sed más que al enemigo. Ahora resulta tedioso recordar todos los detalles, pero precisamente durante esas marchas los buenos generales descubren muchas verdades acerca de los hombres que van a luchar a sus órdenes. Y los hombres aprenden a conocer a sus monturas.

«Shadhi fue quien me enseñó a fijarme en los caballos. Todavía hoy en día es capaz de decir si un caballo se marea y empieza a ver el mundo rodando en extraños círculos ante sus opacos ojos. ¡Imagina que tal cosa ocurre precisamente en el fragor de la batalla! El jinete quedaría más desorientado que su propio caballo. Fue el propio Shadhi quien me enseñó cómo extraer dulce y espumosa leche en abundancia de los firmes pechos de una yegua.

«Durante la noche, encendíamos fuegos y cantábamos canciones para mantener la moral alta. Como la mayoría de los hombres, yo dormía en una tienda, pero envidiaba a los guías beduinos y a los soldados que tenían a su cargo, por cubrirse tan sólo con mantas y yacer sobre la propia arena, por beber vino de dátiles de botas hechas con piel de camello, y contarse historias del desierto antes de la victoria de nuestro Profeta. Se dormían con la luz de las estrellas reflejada en sus frentes.

«Llevábamos quince días de marcha antes de llegar a nuestro objetivo. Los partidarios del visir de El Cairo, Dirgham, nos esperaban en Tell Bastat, a medio día de marcha de Bilbeis. Mi buen tío Shirkuh siempre se resistía a perder la vida de uno solo de sus hombres si no existía una buena razón. Sugirió a Shawar que como se trataba principalmente de una cuestión nacional, debían ser Shawar y sus seguidores (como demandantes) quienes presentaran batalla. Él, Shirkuh, sólo intervendría si se hacía estrictamente necesario. Shawar ganó. El califa de El Cairo abandonó a Dirgham. Shawar entró en la ciudad por la Bab al-Zuweyla y se reinstaló como visir. Sólo entonces lo que Nur al-Din había sospechado astutamente empezó a convertirse en realidad.

»Una vez en el poder, Shawar se puso muy nervioso ante nuestra presencia. Hubiera sido más sensato cumplir su parte del trato. Aquella situación hacía difícil que Nur al-Din no reclamara nuestra presencia en Damasco. En lugar de eso, tontamente, orgulloso como un pavo real, Shawar pensó que podía aliarse con los francos para derrotarnos. Envió un mensaje al rey Amalrico de Jerusalén, un hombre que antes se había embarcado en numerosas intrigas con el desdichado

Dirgham. Al mismo tiempo, se fabricó un cúmulo de excusas para demostrar por qué nuestras fuerzas no debían entrar en El Cairo. Shirkuh, obligado a volver con el rabo entre las piernas a Fustat, estaba pálido.

»Su instinto era desafiar toda lógica militar, atacar la ciudad y capturar a Shawar. Pero el coste logístico de una operación semejante era disuasorio, y nuestras bajas habrían sido muchas. Sus emires se resistían a tal aventura. Me miró a mí, desesperado.

»—¿Qué piensas tú, Salah al-Din? —me preguntó.

»Yo estaba sin saber de qué lado quedarme, luchando entre la lealtad familiar y el sentido común. Pensé intensamente y al final resolví en contra de su opinión. Cuál no sería mi sorpresa, cuando en vez de mostrarse enfadado conmigo, se mostró impresionado por mi capacidad de raciocinio. Mientras hablábamos, un mensajero nos trajo la noticia de que las fuerzas de los francos, al mando de Amalrico, se dirigían hacia Bilbeis.

»Como Nur al-Din, el rey de los francos comprendía que si no tomaba Misr lo haríamos nosotros, y que ése sería el final de su reino en Jerusalén. De todos nuestros sultanes y emires, al que más temían los francos era a Nur al-Din. Y no estaban equivocados. Él tenía el decidido propósito de expulsar a los francos de nuestras tierras. La pasión que ardía en su corazón casi le hacía pensar a uno que la ocupación para él era como una afrenta personal.

«Shawar no cumplió su parte del trato. Shirkuh me dio instrucciones de tomar la mitad de nuestras fuerzas y ocupar Bilbeis. Hice lo que me pedía. Shawar pidió ayuda a Amalrico, y Shirkuh se nos unió con el resto de nuestro ejército. Durante tres meses, Ibn Yakub, mantuvimos a los francos fuera de la ciudad.

Tres meses enteros en Bilbeis. No es precisamente lo que yo entiendo por buena vida. Entonces Nur al-Din, dándose cuenta de que no podíamos resistir durante mucho tiempo más, tomó por sorpresa a los francos y se enfrentó a ellos fuera de la fortaleza de Harim, cerca de Antioquía. Fue una victoria muy famosa. Los francos estaban aplastados. Perdieron diez mil hombres. Sus jefes, Balduino de Antioquía y el conde de Trípoli, fueron capturados. Las noticias de su derrota alarmaron a Amalrico, que suplicó la paz. Nosotros no perdimos nuestro prestigio. El león de las montañas nos condujo de vuelta a Damasco.

»Antes de aquello yo no tenía idea de lo que representaba una guerra. Después de observar a Shirkuh al mando de un ejército, aprendí mucho, pero estaba completamente exhausto. La primera semana después de mi regreso pasé la mayor parte de los días en los baños, haciendo que me masajearan con aceites. Por las noches iba a disfrutar de la poesía y del vino en las tabernas. Estaba inquieto. La falta de objetivos de mi existencia diaria empezó a asquearme, y anhelaba la camaradería del campo de batalla. Había visto a los francos cara a cara y ahora, de repente, todas las historias que había escuchado en la niñez de la época en que ellos

llegaron por primera vez y ocuparon nuestras tierras volvían a mi memoria. Cómo nos había aplastado el destino como si fuéramos sólo pequeños fragmentos de vidrio. Los fragmentos se habían dispersado.

«Recuerdo la voz de Shadhi, bajando el tono hasta convertirse en un susurro estremecedor: "Hijos de Ayyub, ¿sabéis lo que hicieron los francos en Ma'arra? Capturaron a unos creyentes y los metieron en grandes ollas llenas de agua hirviendo. Asaron a niños pequeños ensartados en asadores y se los comieron. Ésas son las bestias salvajes que han conquistado nuestro país".

»A decir verdad, nunca creí las historias de Shadhi. Pensaba que se lo inventaba todo para meternos miedo, y para que no nos saltáramos ninguna clase de equitación, pero resultó que era verdad, ésa era la pura verdad, sin adular y sin invención alguna. Leí los manuscritos de los cronistas infieles. ¿Tú también los has leído? Bueno. Entonces entenderás la rabia que inundó mi pecho cuando vi a los francos por primera vez en Misr. Aquella rabia no la mitigaron en modo alguno las mujeres que me frotaban con aceite ni las alegrías de las uvas de Taif, por no mencionar las delicias de la fornicación. Todo aquello no tenía importancia alguna comparado con la empresa que teníamos ante nosotros.

»Antes de que Nur al-Din tomase Damasco, ningún sultán había sido consciente de la imperiosa necesidad de expulsar a los francos y recuperar la Cúpula de la Roca y el templo de Salomón para los pueblos del Libro. Antes de Nur al-Din, nuestros emires y sultanes se contentaban con firmar la paz con el enemigo. "Besa la mano que no puedas quebrantar —como decían ellos, Ibn Yakub—, y ruega que Alá la rompa." Pero no era ésa la actitud de nuestro Profeta. ¿No dijo él acaso: "Ruega a Alá, pero asegúrate primero de haber atado bien tu camello"?

Muy satisfecho de sí mismo, el sultán soltó una carcajada. Naturalmente, le había oído reír antes, pero siempre de forma contenida, como correspondía a un príncipe. Ahora se reía a mandíbula batiente. El dicho del Profeta, que a mí sólo me parecía relativamente divertido, a él le hacía reír sin parar. Las lágrimas corrían por su rostro. Cuando se recobró y se enjugó las lágrimas de la cara y la barba, se explicó.

—Pareces sorprendido, escriba. Estaba pensando qué ocasión pudo provocar que el Profeta dijera algo semejante, y se me pasó por la mente la imagen de los primeros creyentes que fueron allí a orar. Confiando en los poderes de Alá, dejaron los camellos fuera sin atar, para descubrir al salir que se los habían robado. Aquello no debió de estimular demasiado su fe en Alá, ¿verdad, escriba? Bueno, ya basta por hoy. Tengo que discutir la última recaudación de impuestos con al-Fadil, que cree que nos podría conducir a un desastre nacional.

Le rogué que me concediera una hora más.

—La línea narrativa de hoy es muy directa y clara. Temo que si nos detenemos ahora nunca volveremos a tocar esta parte. ¿No podría acabar vuestra alteza con la caída de Shawar y vuestro regreso a El Cairo?

Salah al-Din suspiró y frunció levemente el ceño. Finalmente, asintió y continuó, pero no como de costumbre, de forma relajada. Hablaba sin parar, y mis dedos tuvieron que correr para seguir su ritmo. Normalmente, hay al menos cinco escribas presentes para recoger las palabras del sultán. Al final cotejan sus notas y acaban obteniendo la versión completa. Pero yo estaba solo.

—Shirkuh nunca olvidó la traición de Shawar. Le consumían los deseos de venganza. A menudo comentaba: «Ese cabrón de Shawar nos utilizó para conseguir el poder y utilizó a los francos para neutralizarnos luego».

»Ya era hora, dijo un día Nur al-Din mientras dirigía un consejo para discutir asuntos de guerra, de que Shirkuh y Salah al-Din regresaran a Misr. Era la primera vez que me nombraba en presencia de todos los emires. Mi pecho se hinchó de orgullo. Mi padre también se alegró, aunque su rostro, como de costumbre, no mostraba emoción alguna. Shirkuh hizo una reverencia.

»Y así empezó nuestra gran aventura. Nuestros espías informaron de que Shawar había concluido un trato con Amalrico contra nosotros. Así, querido amigo, estaban las cosas en aquel mundo nuestro. Los creyentes aliados con los infieles contra otros creyentes. Shawar y Amalrico unieron sus fuerzas y nos esperaban junto a El Cairo. Shirkuh, que me lo había enseñado todo sobre el arte de la guerra, era un general brillante y se negó a combatir en el campo de batalla elegido por sus enemigos. Así que cruzamos el Nilo, nos dirigimos hacia el norte desde El Cairo y levantamos nuestras tiendas junto a las pirámides de Gizé. El gran río nos separaba ahora del enemigo.

»Desde aquella posición, Shirkuh mandó un mensaje a Shawar. Aún lo veo, rugiendo como un león, mientras leía el mensaje a nuestros soldados antes de enviarlo. "Los enemigos francos están a nuestra merced. Les hemos separado de sus campamentos base. Unamos nuestras fuerzas para exterminarlos. Ha llegado el momento propicio, pues otra ocasión como la presente quizá no vuelva a presentarse hasta dentro de mucho tiempo."

«Nuestros hombres rugieron, entusiasmados. Durante mucho tiempo, o así me pareció entonces, sonaron fuertes gritos de "Alá o Ajbar", tan fuertes que casi hicieron temblar las pirámides. Todos los soldados se presentaron voluntarios para llevar el mensaje a Shawar. Todos los ojos estaban fijos. ¿A quién elegiría Shirkuh?

»Su elección recayó en su guardia personal favorito, Nasir, un joven arquero kurdo cuyos ojos penetrantes habían salvado la vida de Shirkuh en más de una ocasión.

»Shawar recibió el mensaje y se lo mostró inmediatamente a su aliado Amalrico. Para probar su lealtad al franco, hizo ejecutar a Nasir. Su cabeza, cubierta de inmundicias, se la devolvió a Shirkuh. Nunca había visto a mi tío tan furioso como aquel día. El sol se estaba poniendo y los soldados hacían sus abluciones antes de las plegarias de la tarde. Shirkuh les interrumpió. Sólo llevaba un trozo de tela atada en torno a la cintura. Cogió la cabeza de Nasir y corrió de acá para allá mostrándosela a todo el mundo, como un loco. Nasir era un hombre muy querido, y las lágrimas llenaron tantos y tantos ojos que el propio nivel del Nilo debió crecer aquella noche.

»Gritos furiosos resonaron por el campamento. Shirkuh, sujetando aún la cabeza, montó en su semental. Los últimos rayos del sol se reflejaron en su cabello mientras gritaba con ira: "Juro sobre la cabeza de este muchacho, que procedía de las montañas, como yo. Juro que la cabeza de Shawar caerá. Nada podrá mantenerle con vida. Ni sus francos, ni sus eunucos, ni su califa. Juro todo esto ante vosotros, y si no lo cumplo, que mi alma se pudra en el infierno".

»Se hizo un completo silencio mientras asimilábamos el significado de sus palabras. Durante mucho rato nadie habló. Pensábamos en la muerte de Nasir, en su cruel destino, y en lo lejos que estábamos de casa. También pensábamos en nosotros mismos. Shawar acababa de declarar la guerra. ¿Quién la ganaría? Mientras pensábamos en ello, los quejumbrosos sonidos de una flauta atravesaban el aire y, a continuación, las voces de los beduinos que entonaban un lamento por Nasir. El Nilo volvió a crecer.

«Aquella noche, después de cenar, se pudo ver a mi tío Shirkuh paseando de arriba abajo por delante de su tienda como un poseso. Yo estaba sentado en la arena, soñando con Damasco y contemplando las estrellas. Nunca he visto un cielo semejante al que se contempla echado a los pies de las pirámides. Un mensajero interrumpió mi ensoñación. Shirkuh me llamaba.

»El emir y los generales ya estaban reunidos cuando llegué yo. Shirkuh me señaló un lugar vacío en el suelo. Me senté sin saber a qué se debía esa reunión. Para sorpresa de todos, Shirkuh nos dijo que no íbamos a enfrentarnos a Shawar y Amalrico fuera de El Cairo, ni siquiera allí, donde teníamos el campamento. En lugar de eso, planeaba tomar la ciudad portuaria de Alejandría. Todo el mundo se quedó sobrecogido por su audacia. A la luz de las lámparas, Shirkuh dibujó su plan en la arena, dándonos instrucciones detalladas. Era consciente de que Amalrico estaba en marcha, dispuesto a rodearnos y destruirnos. Shirkuh sabía que teníamos que entablar combate antes de llegar a Alejandría. Me dio el mando del centro y ordenó que nos retiráramos en el momento en que cargara el enemigo. Shirkuh no dejaba nada al azar, en esto se diferenciaba de mí. Por eso, Ibn Yakub, sigo creyendo que fue nuestro mayor jefe militar. Yo no soy nada comparado con él. Nada. Nada.

»Nos encontramos con el enemigo en al-Babyn. Cuando Amalrico y sus caballeros cargaron contra nosotros, yo fingí sentir temor y dirigí la retirada. Los francos desplegaron sus banderas y aceptaron el desafío. Empezó la persecución. No se habían dado cuenta de que los flancos derecho e izquierdo de nuestro ejército se habían colocado para evitar una posible retirada de los cristianos. A una señal dada, detuve nuestras fuerzas y me giré en redondo para enfrentarme a los caballeros. Enseguida se dieron cuenta de lo aislados y expuestos que estaban, pero ya era demasiado tarde. Muy pocos consiguieron escapar, aunque Amalrico, por desgracia, fue uno de ellos.

»Shirkuh no nos permitió celebrar la victoria. Aquel mismo día empezamos nuestra marcha hacia el norte a través de Misr, en dirección de Alejandría. Era la primera vez que yo veía el mar. Me hubiera podido quedar horas y horas allí sentado, respirando aquel aire y bebiendo aquella belleza. Shirkuh no nos había dado cuartel. Estábamos exhaustos de cuerpo y alma. La vista de toda aquella extensión de agua calmó nuestros nervios. Yo me sentía tranquilo de nuevo. Unos días más tarde, entramos en Alejandría. Las gentes de la ciudad nos arrojaban flores y nos saludaban con grandes muestras de júbilo. Se habían sentido fuertemente agraviados por la alianza de Shawar con los francos.

«Orgullo en el rostro de Shirkuh. Lágrimas en el mío. Alegría, indescriptible alegría por las aclamaciones y por recibirnos como a salvadores, todo eso es lo que yo recuerdo. Shirkuh no habló en todo aquel largo día. Sabía que no teníamos mucho tiempo. Sin embargo, toda la ciudad se había echado a la calle para recibirnos. Tenía que ofrecerles un mensaje de esperanza. Su rostro denotaba cansancio. No había dormido desde hacía dos noches, solamente alguna cabezada mientras cabalgábamos. Al ver a toda aquella gente se animó. Se puso de pie en un muro en el exterior de la ciudadela. La multitud se quedó silenciosa. Shirkuh habló.

«—Mirándoos ahora, puedo contar las estrellas en vuestra frente. Lo que estoy haciendo, lo que estamos haciendo nosotros, puede hacerlo todo el mundo. Una vez que nuestro pueblo comprenda esta simple verdad, los francos están perdidos. Os hablo a todos vosotros, no solamente a los creyentes. Todos estáis bajo mi cuidado, y nosotros os defenderemos. Pero los francos ya están en camino. Alegrémonos, pero preparémonos también para recibirles.

»Fue mi tío quien tomó Alejandría. Fue mi tío quien dijo aquellas simples pero significativas palabras. Yo estaba abrumado por la emoción. Cuando descendió, le abracé y le besé las mejillas. Él susurró algunas palabras amables a mi oído, diciéndome que se estaba haciendo viejo ya, y que pronto yo tendría que luchar en su lugar. Me dijo también que estaba orgulloso de la forma en que había luchado yo. No sé qué más habría podido decirme de no haber llegado entonces unos mensajeros con noticias de la respuesta de los francos.

«Shawar y Amalrico estaban conmocionados por la velocidad a la que

habíamos viajado desde el sur hacia el norte y estaban preparando un gran ejército para aplastarnos. Ahora Shirkuh echaba de menos la presencia de mi padre. Necesitaba a alguien que planease la defensa de la ciudad, que tomase medidas para soportar el asedio de los francos, que se asegurase de que la comida se distribuía con ecuanimidad y no se desperdiciaba, de que el fuego griego estuviera a punto en el puerto para impedir que de los barcos francos desembarcaran caballeros a nuestras espaldas. En ausencia de mi padre, se me asignaron a mí todas esas tareas.

»Como sabes, Ibn Yakub, aquel asedio ha entrado a formar parte de la Historia. No tengo nada más que añadir, excepto confesarte que yo estaba dispuesto a morir. El miedo, que nos atenazaba a todos, había desaparecido por completo de mí. Estábamos rodeados de barcos francos por detrás, y sus caballeros estaban en la parte exterior de las murallas de la ciudad, con sus catapultas arrojando fuego y piedras. Yo quería tener una muerte noble, y también la quería para nuestro ejército. No deseaba que nos destruyera el hambre o las enfermedades que se estaban propagando por la ciudad paralizada. Una vez más, fue Shirkuh quien se negó a contemplar la rendición y a dar una batalla imprudente en la que, superados en número y sin esperanza alguna, muriéramos todos.

»El atrevimiento de Shirkuh no tenía igual. Me puso al mando de la ciudad y en ese momento, tomando a doscientos de nuestros mejores soldados, partió al abrigo de la oscuridad, galopó a toda velocidad entre las sorprendidas filas del enemigo, y se dirigió hacia El Cairo. Shadhi iba con él y decía que Shirkuh fue a los pueblos, hablando a los campesinos con un lenguaje que ellos entendían y apreciaban: describía a Shawar y Amalrico como excrementos de camello y de caballo y les hacía reír. De este modo, convenció a los jóvenes de que se unieran a su ejército.

»Los francos, preocupados por todas estas maniobras, accedieron a levantar el asedio, y dejamos Alejandría sin perder ni un solo soldado. Los francos se retiraron también. Dándose cuenta de que ellos eran superiores en número, Shirkuh nos llevó a todos de vuelta a Damasco. En el informe que dio a Nur al-Din en mi presencia, predijo que antes de un año Shawar y Amalrico se tirarían cada uno al cuello del otro. Y en ese momento era cuando nosotros debíamos volver, sugirió.

»Y sucedió tal como él había vaticinado. Shawar se negó a pagar a Amalrico el botín que le había prometido, y los francos decidieron darle una buena lección.

»Un día nos llegó un mensajero desde El Cairo. Era un espía que Shirkuh había infiltrado en las filas de Shawar y que había presenciado las negociaciones entre Amalrico y el hijo de Shawar. El franco le pedía Bilbeis a cambio de la ayuda que estaba dispuesto a proporcionarle a Shawar para combatirnos.

»El hijo de Shawar, ultrajado ante aquella infamante propuesta, gritó:

«—¿Crees acaso que Bilbeis es un trozo de queso que se pueda comer?»

»A lo cual Amalrico respondió:

»—Sí, es el queso, y El Cairo la mantequilla.

»Y hubo más que palabras. Amalrico tomó Bilbeis, mató y esclavizó a su población y quemó la ciudad hasta los cimientos. Y a continuación partió a la conquista de El Cairo. Para detener a sus antiguos amigos, Shawar quemó por completo la vieja ciudad. La gente se trasladó adonde estamos ahora, al nuevo centro de El Cairo. El fuego rugió durante un mes entero. Shawar trató de aplacar a Amalrico de nuevo. Le ofreció oro y manos libres en el resto del país, pero no consiguió nada.

»En aquel momento, el califa al-Adid envió a un mensajero a nuestro sultán. Nur al-Din me hizo llamar y me contó lo que estaba ocurriendo. Me envió a Homs a recoger a Shirkuh. Cuando volvimos, Nur al-Din nos ordenó volver a El Cairo. A mí no me gustaba la idea. Todavía podía ver el sufrimiento en la cara de las gentes de Alejandría. No quería experimentar otro sitio. Shirkuh me llamó aparte y me dijo:

«—¿Qué eres, el hijo de mi hermano o el hijo de un perro? ¿Crees que me divierte ver el sufrimiento ajeno? Esta vez vamos a tomar El Cairo. Te necesito a mi lado. Ve y prepara tus caballos.

»Hice lo que me pedía. Al oír que partíamos, Amalrico decidió retirarse. Ya había visto que los caiotas se le resistirían a pesar de todas las maniobras que pudiera hacer Shawar. En el invierno de 1169, entramos en la ciudad. Tal como había sucedido en Alejandría el año anterior, fuimos bien recibidos, y los caballos en los que galopábamos mi tío y yo hacia El Cairo comieron los platos más sorprendentes. Nos reunimos con Shawar en sus propios aposentos, Ibn Yakub. Se levantó cuando Shirkuh y yo entramos, y pretendió darnos la bienvenida, pero sus ojos no se encontraron con los de Shirkuh. Cayó al suelo y besó los pies de Shirkuh. Preguntamos si el califa estaba esperándonos y Shawar asintió con un gesto.

«—Entonces llévanos con él, cabrón —dijo Shirkuh con una cruel risotada.

»Nos condujo hasta el palacio del califa a través de corredores abovedados e infinitas cámaras ornamentadas, todas vacías. Unos pájaros multicolores de Ifriqiya armaban un tremendo escándalo. Pasamos por un jardín con leones amaestrados, un oso y dos panteras negras atadas a un árbol. Shirkuh no se dejó amilanar por todo aquello, aunque resultaba difícil no quedar impresionado. Traté de imitar a mi tío y fingir que tampoco me afectaba. Entonces entramos en una gran sala con el techo abovedado. Estaba dividida por una espesa cortina de seda de un rojo vivo, a la cual se habían cosido unos círculos del oro más puro y gemas del tamaño de un huevo.

«Shawar se inclinó ante la cortina y dejó su cimitarra en el suelo. Nosotros no le imitamos. Lentamente, se alzó la cortina y apareció al-Adid.

«"Vaya —pensé yo—, así que esta figurita patética y asustada, de apenas dieciocho años, con los ojos oscuros ensombrecidos por las ojeras de los excesos, rodeado de eunucos y con gran exhibición de inmoderada riqueza, ése es el califa

de los fatimíes." El califa le pidió a Shawar que se retirara de su presencia, y el derrotado visir se deslizó como un animal maloliente.

«Shirkuh no perdió el tiempo.

«—Nos has pedido que salvemos El Cairo. Aquí estamos. Antes que nada, yo pido la cabeza de Shawar. Es él quien ha traído la muerte y la destrucción a nuestro pueblo.

«El califa de los fatimíes asintió con la cabeza. Habló con una voz extrañamente estrangulada, como si él también, al igual que la mayoría de los que le rodeaban, hubiera sido castrado.

»—Te damos la bienvenida a nuestra ciudad. Nos complace nombrarte nuestro nuevo visir.

«Shirkuh aceptó moviendo la cabeza, y abandonamos el palacio. Al día siguiente, con el permiso escrito de su califa, yo personalmente separé la cabeza de Shawar de sus hombros, arrojándola al suelo ante los pies de Shirkuh. Mi corazón vaciló un poco, pero mi mano se mantuvo firme.

»—Ahora nuestro Nasir está vengado —dijo, con una voz suavizada por el recuerdo de su arquero favorito.

»Dos meses después, el cielo se tiñó de luto. Una terrible tragedia sacudió nuestra familia. Mi tío Shirkuh murió. No fui el único que sollozó cuando la noticia se extendió por las filas de nuestro ejército. Shirkuh era un general muy querido, e incluso los emires de Damasco que se habían burlado de su forma de hablar el lenguaje del Corán a sus espaldas se sintieron abrumados por el dolor. ¿Quién iba a guiarnos ahora que Alá se había llevado a nuestro león de las montañas?

»En nuestras vidas, todos estamos preparados para morir en cualquier momento, pero la muerte de Shirkuh fue innecesaria. Fue su apetito lo que le condujo a la tumba. Le habían invitado a un festín en el que estuvieron comiendo casi tres horas seguidas. Habían asado un cordero entero y unos cabritos en una hoguera, codornices y perdices y todas las delicias imaginables. A Shirkuh le gustaba mucho comer. Desde muy pequeño, mi abuela a menudo tenía que alejarle a la fuerza de la comida. Al mirarle recordé las viejas historias. Solía alardear de que podía comer y beber más que cualquier otro hombre del ejército. Y ya no podía contenerse. Era algo triste y desagradable de ver. En tres ocasiones Shadhi intentó contenerle, susurrándole advertencias al oído, pero mi tío Shirkuh estaba en un mundo propio. Se atragantó con la comida y empezó a ahogarse. Shadhi le golpeó con fuerza en la espalda y le hizo ponerse en pie, pero era demasiado tarde. Perdió el sentido y murió ante nuestros propios ojos.

» Shadhi y yo nos abrazamos el uno al otro y lloramos desolados. Por la noche velamos su cuerpo, ya bañado y amortajado, que yacía en una sencilla cama. Los soldados de Shirkuh, la mayoría veteranos que ya luchaban a su lado cuando yo era todavía un niño, venían en pequeños grupos a rendirle su último homenaje. Era

extraño ver a aquellos encallecidos soldados, para los cuales la pérdida de una vida era parte de su mundo cotidiano, sollozar como niños.

»Después de medianoche, nos dejaron solos. Shadhi recordó un episodio antiguo, muy anterior a mi nacimiento, y empezó a llorar de nuevo. Recordé a Shirkuh, sus ojos relampagueantes mientras les cantaba a sus hijos y a nosotros, según nos íbamos aproximando a la edad adulta. Una vez que descubrió que yo iba en secreto a una taberna, me llamó a su habitación. Su cara estaba seria y yo me asusté. Tenía un genio terrible.

»—¿Has bebido? —yo meneé la cabeza negativamente—. ¡No mientas, muchacho!

«Asentí. Él se echó a reír a carcajadas y recitó uno de los dichos de Ibn Sina, que me obligó a repetir a mí:

»—El vino es un fiero enemigo, un prudente amigo,
poco es un antídoto,
mucho es como el veneno de la serpiente,
en exceso provoca grandes daños,
pero un poco de vino es muy beneficioso.

»Pero al final resultó que él mismo no aprendió la lección demasiado bien. Su muerte fue el precio que pagó por sus excesos con la carne y el vino. Desde el día en que le vi morir así, me repugna ver la carne en mi mesa. ¿Entiendes ahora por qué insisto en la necesidad de una dieta equilibrada, Ibn Yakub? Me dio la sensación el otro día, cuando comimos juntos, de que no disfrutaste mucho de la comida. Ya discutiremos esto en otra ocasión. Continuemos ahora.

»Al día siguiente, después del entierro de Shirkuh, los emires de Damasco se apartaron de mí y se agruparon en pequeñas camarillas murmurando entre sí. Yo no supe cuál era la causa de su alejamiento hasta mucho más tarde, por la noche.

»Los consejeros del califa fatimí me veían joven, inexperto y débil... alguien que podía ser manipulado fácilmente por la corte. Fui invitado a palacio y me concedieron el título de *al-Malik al-Nasir*: el rey victorioso. Cómo debieron reírse entre ellos, pensando que yo sería un instrumento manejable. Yo era consciente del honor que se me concedía, pero me sentía perdido sin Shirkuh. Me sentía como un río desviado, momentáneamente desorientado al observar el nuevo paisaje.

»Necesitaba hablar con Shirkuh o, en su defecto, con mi propio padre, que estaba en Damasco con Nur al-Din. Cuando pensaba en nuestro gran sultán, me preguntaba qué pensaría él de mi encumbramiento. Sus orgullosos emires, hombres de noble linaje, estaban notoriamente preocupados de que un humilde kurdo de las montañas, que, a sus ojos, no sabía ni hablar el divino lenguaje con propiedad,

fuese ahora visir de Misr. Decidí enviar un mensaje a Nur al-Din confirmando que él, y no el califa fatimí, era mi verdadero general. Nur al-Din era la última persona en el mundo con quien yo quería verme enfrentado.

«Colocaron en esta mi cabeza el blanco turbante de visir, bordado en oro, pusieron en mi mano una cimitarra con gemas, y me entregaron una hermosa yegua con la silla y las bridas recamadas de perlas y oro. Entonces me puse a la cabeza de una procesión con música y cánticos. Finalmente llegamos a este palacio y a esta habitación, donde estamos ahora sentados. Es un lugar y un momento adecuados para acabar nuestro trabajo por hoy, Ibn Yakub.

»Me alegro de que insistieras en que acabáramos esta historia en concreto, pero veo que tienes los dedos agarrotados. Tu mujer tendrá que masajearte las manos con unguento esta noche, y mi leal al-Fadil debe de estar furioso conmigo. Nunca le he hecho esperar tanto.

Capítulo 10

Me reúno con Halima en secreto para escuchar su historia; ella me cuenta cosas sobre su vida en el harén y el esplendor de la sultana Jamila

Al día siguiente llegó un mensajero de palacio. Llevaba una gran cesta con frutas y otras exquisiteces para mi mujer y mi hija, y un mensaje para mí. El sultán y el cadí salían de la ciudad durante uno o dos días, y me concedían un descanso en mis tareas. Yo estaba un poco molesto. Me parecía que hubieran debido darme la opción de acompañarles. ¿Adonde habían ido?, ¿y por qué? Quizás el cadí me estuviera castigando por haber acaparado tanto tiempo a Salah al-Din el día anterior. ¿Cómo iba a escribir una crónica adecuada del sultán si era excluido de aquella manera de su trabajo diario?

Hubo mucha alegría en mi casa después de la partida del mensajero. Durante semanas apenas había visto yo a Maryam, y se disgustó mucho cuando llegué tarde a la fiesta que se celebró en su honor por su décimo cumpleaños, unas semanas antes. Hasta Ibn Maimun me regañó en aquella ocasión. Raquel, por supuesto, estaba encantada con mi ocio temporal. Las relaciones entre nosotros habían vuelto a la normalidad, pero a ella todavía le sentaba mal el mucho tiempo que yo pasaba en palacio. Sin embargo, no mostraba señal alguna de resentimiento por los presentes no solicitados que llegaban regularmente a nuestra casa. No procedían de palacio, sino de mercaderes y cortesanos que creían que yo tenía gran influencia con el sultán.

Desde que empecé mi trabajo como escriba personal de Salah al-Din, no habíamos gastado ni un solo dinar en comida o aceite. Además estaban los satenes y sedas, que no solían estar al alcance de personas como nosotros. Tanto Raquel como Maryam iban vestidas ahora a la moda de la nobleza cortesana. En una ocasión, cuando yo le censuré esto a Raquel, ella se rió sin asomo de vergüenza y replicó:

—El dolor de nuestra separación indudablemente se ve aliviado por la recepción de todos estos regalos, aunque sigo pensando que si te pusiera a ti en un platillo de una de esas grandes balanzas del mercado y los regalos en el otro platillo, el fiel se inclinaría a tu favor.

Aquella misma tarde, mientras los tres paseábamos tranquilamente por las calles observando lo que se ofrecía en los diferentes puestos ambulantes, una mujer que no pude reconocer me entregó una nota, desapareciendo luego rápidamente antes de que pudiera preguntarle nada. El mensaje no tenía firma, pero me rogaba

que me presentara en la biblioteca de palacio al día siguiente. Raquel y yo creímos que se trataba de un mensaje de Shadhi, que actuaba bajo las órdenes directas del sultán, pero me extrañó la elección del mensajero. Algo me decía que aquel mensaje no procedía ni de Shadhi ni del sultán.

Al día siguiente, apenas entré en la biblioteca, un asistente me dijo que Salah al-Din y al-Fadil todavía no habían regresado del campo. Mientras estaba allí sentado en la biblioteca esperando a la persona que me había enviado la nota, oí un ligero ruido detrás de mí, y al volverme vi que los estantes de madera de una pared se movían ligeramente. Algo nervioso, me acerqué un poco y vi un tramo de escaleras que se hundían en el suelo y una figura que lentamente subía por ellas. Era Halima. Sonrió ante mi estupefacción. El eunuco ejecutado, Ilmas, le había revelado la existencia de un pasaje secreto que conducía del harén a la biblioteca. Fue construido por el abuelo de al-Adid, un califa que no ponía objeciones a que sus esposas o concubinas tuvieran acceso a la biblioteca. Después el palacio fue entregado al visir y el pasadizo cayó en el olvido.

Era peligroso hablar en la biblioteca. Halima quería que nos reuniéramos en los aposentos de una amiga suya cerca de los baños públicos, aquella misma tarde. La mujer que me había entregado el mensaje me recibiría unas horas más tarde y me conduciría a su presencia.

Yo me adentraba en aguas peligrosas. Si me veía con ella y no informaba al sultán, mi cuello podía encontrarse al poco tiempo bajo la espada del mismo verdugo que había decapitado al eunuco Ilmas. Si se lo contaba a Salah al-Din, ¿no estaría en peligro la vida de Halima? Quizás hubiera debido declinar su invitación. Mientras atravesaba el patio vi a Shadhi, que me abrazó con efusión. Hacía algún tiempo que no nos veíamos. Él también estaba sorprendido de que Salah al-Din hubiera partido sin él, pero me informó de que debía volver a palacio aquella misma noche.

Nos sentamos al sol y hablamos. Era como si hubiéramos sido siempre amigos íntimos, de confianza.

Me preguntó cómo iba el libro de Salah al-Din, y le conté dónde habíamos dejado la historia. Sus recuerdos confirmaron el relato de Salah al-Din sobre las circunstancias que condujeron a la muerte a Shirkuh. Aquellos recuerdos entristecieron al anciano. Me decidí a contarle lo de mi encuentro con Halima. Para mi sorpresa, soltó una risita.

—Cuidado con esa yegua, Ibn Yakub, ten cuidado. Es peligrosa. Antes de que te des cuenta la habrás montado y recorrerá todo el desierto contigo atado a la espalda. Tiene sangre kurda, y esas mujeres de la montaña, créeme, tienen una voluntad de hierro. No sé lo que te tiene preparado, pero sea lo que sea, no dejará que te le resistas. Cuando las mujeres como ella deciden hacer algo, no permiten que unos simples hombres las detengan.

Yo protesté de la inocencia de Halima y la mía propia.

—Sólo quiere contarme su historia. ¿No es ése acaso mi trabajo?

La rijosa expresión de su rostro me indicó que no se convencía.

—Ve a verla. No tengas miedo del sultán. Si él lo averigua, dile que me lo has dicho a mí y que pensabas que yo le iba a informar. Estas cosas no le preocupan a Salah al-Din. Lo que pasa es que si las demás del harén descubren tu secreto, Halima estará en peligro. Y tú, mi querido amigo, ten cuidado. Es muy hermosa, pero también lleva en su seno el hijo del sultán.

Aquella noticia me dejó anonadado. Me sentí invadido por una oleada de rabia y de celos. ¿Por qué un gobernante, por muy benévolo que fuera, debía tener derecho a apropiarse del cuerpo de toda mujer que encuentra temporalmente deseable? Vi que Shadhi observaba el cambio en mi expresión y movía la cabeza con una sonrisa de complicidad. Recobré la compostura, lamentando mi ilógica reacción ante las noticias. Mientras caminaba hacia las puertas de palacio, creí oír el susurro de Shadhi en mis oídos: «Cuidado, cuidado, Ibn Yakub». Pero era mi imaginación.

Ibn Maimun mantiene que en un estado de gran emoción, uno ve y oye cosas imaginarias relacionadas con el sujeto de esa emoción. Me contó una vez la historia de un hombre cuyo caballo favorito fue sacrificado debido a una antigua enemistad entre familias. Este hombre veía al caballo en los lugares más extraños. Lo mismo ocurre con el objeto de nuestro amor, aunque tal amor no se haya expresado nunca. De repente no sentía deseo alguno de ver a Halima. Deseé que estuviera muerta. Aquel sentimiento no duró más que unos minutos como mucho, y mientras esperaba en el lugar convenido cerca de los baños públicos, detrás de la calle de los Encuadernadores, me sentí avergonzado de mí mismo.

La mensajera me vio desde lejos y me hizo señas de que la siguiera. Andaba muy deprisa y yo, temiendo perderla de vista, me desorienté por completo. Cuando entró en el patio de una casa modesta, yo no sabía en qué barrio nos encontrábamos. La casa estaba vacía. Me condujo a una pequeña habitación y, viendo que yo sudaba y estaba sin aliento, un asistente me trajo una jarra de agua. No le miré demasiado hasta que habló con una extraña voz, que me hizo sospechar que se trataba de un eunuco.

—¿Te gustaría descansar un rato?

—No, no, ya me he recuperado.

Esperé. El asistente siguió mirándome de una manera muy familiar. Su insolencia me chocó, pero aun así le dirigí una desmayada sonrisa. Él soltó una carcajada y se quitó el tocado, revelando las trenzas rojo caoba de Halima. Había llegado disfrazada de hombre.

—Ni siquiera tú, Ibn Yakub, que tanto me mirabas en palacio cuando contaba mi historia. Ni siquiera tú me has reconocido. Eso me da esperanzas.

Mostró su alegría palmoteando como un niño. Luego se rió, con una risa profunda y gutural, cuyo sonido me refrescó como una cascada de agua y trajo la paz a mi corazón. Me alegré de que desapareciera un rato después de aquella actuación suya. Necesitaba un poco de tiempo para rehacerme. Cuando volvió, con un traje de brocado verde y seda azul con largas mangas y unos brazaletes de oro, me recordó a una de esas legendarias princesas del Cáucaso. Cualquier enfado que hubiera podido sentir antes quedó al instante disipado. Uno no puede sentirse enfadado durante mucho rato con un tesoro tan exquisito como aquél.

—¿Te has quedado mudo, escriba?

Yo sonreí y meneé la cabeza.

—¿Por qué crees que te he mandado llamar a mi presencia?

—He imaginado que deseabas comunicarme algo. Como ves, he traído mi recado de escribir para apuntar lo que me relates.

Ella pasó por alto mi muestra de servilismo.

—¿Por qué no te quedaste hasta el final en el teatro de sombras? Ilmas me dijo que te fuiste antes del acto final.

Yo suspiré.

—La humillación pública del sultán no complacía ni a mis ojos ni a mis oídos. He llegado a encariñarme con él.

Su rostro cambió de súbito. Las chispas que despedían sus ojos llenos de ira me abrasaron hasta la médula. Me quedé sin habla ante su acceso de rabia. Ella bebió un poco de agua y se contó las falanges de los dedos de ambas manos hasta llegar a treinta. Cuando se hubo calmado de esa manera, recuperó sus rasgos habituales. Se balanceaba suavemente de un lado a otro.

—¿Sabes tocar el laúd, escriba?

Yo negué con un movimiento de cabeza.

—Entonces Mansoorá tocará para nosotros. Cuando uno está triste, el laúd es como el rumor del agua para el viajero sediento en el desierto.

Su doncella empezó a rasguear el laúd, y una extraña y mágica paz envolvió el recinto. Halima empezó a hablar. Hablaba lentamente, y mi pluma se movía en perfecta armonía con sus palabras. Yo me encontraba como en trance, de modo que apenas me daba cuenta de lo que ella me contaba. Hasta que volví a casa no comprendí el significado de lo que me estaba revelando.

—Las primeras noches yo no podía dormir. Salah al-Din entraba en el harén y me poseía con una pasión cuya intensidad era tal que me excitaba, aunque en realidad no sentía nada por él. Cuando acababa, yo abandonaba su cuerpo dormido e iba a lavarme. No quería llevar dentro de mí un hijo suyo.

»Te diré la verdad. Después de las primeras noches, yo solía cerrar los ojos

cuando Salah al-Din me hacía el amor, y me imaginaba que era Messud. Pareces azorado, escribe. ¿O acaso crees que mi inmodestia puede costarte la vida? No te preocupes. Mis labios nunca hablarán de nuestro encuentro, pero quiero que lo sepas todo. ¿O te preocupa que yo me haya amargado demasiado con tu sultán y piense en la venganza? ¿Y por qué iba a hacerlo? Me salvó la vida y se convirtió en mi amo y señor. Por lo cual le estoy muy agradecida, pero en mi lecho es un hombre como los demás.

»El único hombre a quien amé de verdad fue a Messud. Quizá sea mejor que él ya no esté. Si estuviera aquí, arriesgaría nuestras vidas, las de ambos, para encontrarme entre sus brazos una vez más. Antes soñaba que llevaba un hijo suyo en el vientre, y que fingía que era de Salah al-Din. ¿Puede el oro curar las penas, escribe? Yo pienso en Messud constantemente. Me torturo imaginándole en el paraíso en brazos de una hurí, una criatura mucho más atractiva que yo. En mi corazón todavía estoy con él. Me digo a mí misma que no nos hemos separado. A menudo aparece en mis sueños. Sus ojos sonrientes, su mirada serena, su voz consoladora, el contacto de sus manos acariciando mi cuerpo, todo eso se introduce en mis sueños y yo sé que no va a desaparecer.

«Durante las primeras semanas, por la noche, muy tarde, oía a las demás hablando en voz alta y con ansiedad de sus propias vidas y su futuro, y también de mí. Se reían de mí. Supongo que pensaban que yo amaba al sultán, y que cuando él empezara a buscar nuevos pastos donde alimentarse, el golpe me dejaría maltrecha, sola, con el corazón herido. Qué equivocadas estaban, y qué poco me conocían aquellos primeros días. Sólo hace seis meses, Ibn Yakub, pero parece una eternidad.

«Las primeras semanas estuvieron bien, aunque ser la última concubina del harén no es una experiencia muy agradable. La primera esposa de Salah al-Din, Najma, es una dama noble pero fea. Es la hija de Nur al-Din. Él me confesó que la encontraba repulsiva, pero eso no impidió que plantara su semilla en su interior. El matrimonio, como puedes imaginarte, no fue planeado para su placer. Tenía un solo propósito, que fue cumplido cuando ella dio a luz tres hijos uno tras otro. Ella también sintió que había cumplido con su deber, y nunca abandonó Damasco.

»Las visitas de Salah al-Din, gracias a Alá, se hicieron cada vez menos frecuentes, hasta que yo me quedé embarazada y cesaron por completo. En ese estado de cosas, todo el mundo se mostró más amistoso. Me sorprendió ver cuando llegué al harén por primera vez que no éramos muchas. Aparte de mí, había ocho concubinas más y dos esposas, pero no había diferencias reales entre nosotras cuando se trataba de disfrutar de los privilegios de la corte... excepto que teníamos seis asistentes para atender a nuestras necesidades, mientras que las esposas tenían ocho o nueve.

»Me di cuenta ya en la primera semana de que había una mujer que dominaba el harén. Era Jamila, la tañedora de laúd de Arabia, de noble cuna. El hermano del

sultán se la envió como presente, y Salah al-Din se mostró fascinado por su belleza y su habilidad. Como nunca vas a verla, Ibn Yakub, deja que te la describa. Es de estatura mediana, no tan alta como yo, de piel y pelo oscuros, con unos ojos que cambian de color del gris al verde, según desde dónde los mires. Y en cuanto a su cuerpo, ¿qué puedo decir? Veo que te azoras otra vez. Ya me detengo. Si crees que Mansoorá toca el laúd como una hechicera, tendrías que oír a Jamila. En sus manos el laúd tiene voz y habla. Cuando se ríe, sonreímos. Cuando está triste, lloramos. Ella consigue que parezca casi humano. Es Jamila quien mantiene vivas nuestras mentes. Su padre era un sultán ilustrado. La adoraba e insistió en que fuera educada igual que sus hermanos. Se negó a tolerar cualquier intento de restringir sus conocimientos. Y lo que aprendió intenta enseñárnoslo a nosotras.

»Me sentí alborozada cuando empezó a hablar de nosotras de una forma atrevida. No de nosotras como harén, sino como mujeres. Su padre le había dado un manuscrito del andalusí Ibn Rushd, y hablaba de él con gran reverencia. Nos contó que Ibn Rushd criticaba la incapacidad de nuestros estados para descubrir y utilizar la habilidad de las mujeres. En lugar de hacerlo, decía, las mujeres se usaban exclusivamente sólo para procrear, amamantar y educar a los niños. Nunca había oído hablar de forma semejante en toda mi vida, y a juzgar por la expresión de tu rostro, tampoco tú, mi querido escriba.

»Jamila nos dijo que hace setecientos años, en El Cairo, uno de los califas fatimíes, al-Hakim, se despertó una mañana y decidió que las mujeres eran la fuente de toda maldad. Enseguida promulgó un decreto que impedía a las mujeres caminar por las calles y, para asegurarse de que se quedaran en sus casas, a los zapateros se les prohibió hacer zapatos de mujer. Hizo que todas sus mujeres y las concubinas de palacio fueran encerradas en canastas y arrojadas al río. Jamila dijo que aunque al-Hakim, evidentemente, no estaba en sus cabales, era interesante comprobar que su locura se dirigía exclusivamente contra las mujeres.

»Jamila y yo nos hemos hecho muy amigas. No nos escondemos nada la una a la otra. Mis más íntimos secretos son suyos, y los suyos son míos. Ya le ha dado dos hijos a Salah al-Din, y ahora él raramente se acerca a ella. Al principio, como yo, ella estaba preocupada, pero ahora suspira cuando él viene a verla. Pero no cuando pasa lo contrario. ¡Qué volubles pueden ser nuestras emociones! Me pregunto cómo me sentiría yo si el recuerdo de Messud no tuviera tanta fuerza en mí. Jamila cree que Messud es una fantasía que yo alimento para mantenerme cuerda. Sé que el pasado va perdiendo fuerza en nuestro corazón, pero eso no me ha ocurrido a mí todavía, y mientras tanto Jamila me deja soñar. A veces incluso me anima a ello, ya que ella nunca tuvo su Messud. También me ha animado a que deje de afeitarme el pubis.

»Aparte de ella, mi único amigo era Ilmas el eunuco. Estaba en el harén desde hacía mucho tiempo. Mucho antes de que Salah al-Din llegara aquí. Las historias

que contaba, Ibn Yakub, Alá me proteja, no puedo forzarme a repetirlas, ni siquiera a ti. Quizá si tú fueras un eunuco, pero no, qué tontería. Perdóname. No tengo derecho a hablarte así.

»Ilmas era un verdadero poeta. Todavía no comprendo qué demonio le poseyó. ¿Por qué escribió esa maldita obra de teatro de sombras? Murió por decir la verdad, porque en el último acto, que tú fuiste demasiado cobarde, y no te dignaste verlo —¿o fue tu sexto sentido el que te avisó de que podía ser peligroso?—, Ilmas describía el amor de una mujer del harén por otra. El amor de una concubina por una de sus sirvientas. Creo que pensaba en Mansoor, porque el laúd tenía un papel muy importante. Ciertamente, no podía pensar en mí. Yo no he seguido esa vía aún, aunque si lo hiciera, el cálido abrazo de Jamila sería el que me consolaría. Para ella, un signo de que yo estoy dispuesta a dar ese paso es que he dejado de depilarme el vello del cuerpo. Estoy a punto de tomar una decisión. Los días de dolor están a punto de concluir.

»Qué cara pones. ¿Detecto el disgusto en ella? Seguramente un hombre de mundo como tú, Ibn Yakub, no se sorprende de tales detalles. El Cairo y Damasco, para no mencionar Bagdad, están llenos de burdeles masculinos donde jóvenes imberbes satisfacen cualquier necesidad o deseo concebible de aquellos que los visitan. Eso está tolerado, pero mencionar que las mujeres se olfatean el almizcle de sus cuerpos unas a otras es como el fin del mundo.

»Creo que debería detenerme. Parece que te vas a atragantar con tu propia ira, y tu amigo Ibn Maimun nunca me perdonaría si yo fuera responsable de tu enfermedad.

»Estoy muy decepcionada contigo, escriba. Creo que no volveré a llamarte nunca.

Antes de que pudiera replicar, Mansoor me empujó hacia la puerta y directamente hacia el patio. Me volví para echar un último vistazo a Halima, pero no había ni rastro de ella. Mi último recuerdo siguió siendo una extraña, obstinada y medio desdeñosa mirada que significaba su adiós.

Salí a la calle, preocupado y desorientado.

Capítulo 11

Shadhi y la historia del jeque ciego; Salah al-Din cuenta cómo venció a sus rivales

Mi encuentro clandestino con Halima me estremeció hasta la médula. Me sentí ultrajado, aunque al recordar las palabras exactas que había pronunciado, no hallaba en ellas nada por qué preocuparme. Supongo que me sentí decepcionado por su decisión de descartar de ahí en adelante a todos los hombres, excepto a Messud. Mi reacción no fue nada personal. Me sentí herido en nombre de todos los machos del mundo, o al menos así lo pensé para consolarme.

Shadhi no se convenció tan fácilmente. Me esperaba intranquilo en palacio. El sultán había vuelto, pero no podía recibirme hasta por la tarde. Shadhi quería que le contara lo sucedido con Halima, y yo le complací. No se inmutó lo más mínimo.

—Podría contarte historias de harenes que te harían morir de vergüenza ajena —rió—. Y no es que yo me haya muerto. He vivido lo suficiente para saber que de todas las creaciones de Alá, la de los seres humanos es la menos predecible. No atormentes tu corazón con los problemas de las mujeres, Ibn Yakub. Deja que Jamila y Halima sean felices. Nunca serán tan libres como tú o como yo.

Me asombró la actitud despreocupada de Shadhi, pero también me sentí aliviado. Se lo había contado todo. Y si el sultán descubría alguna vez nuestro secreto, los dos compartiríamos la responsabilidad. Mi miedo, que me había proporcionado una noche sin dormir, se disipó y me sentí animado de nuevo. Vi que Shadhi se reía para sí. Cuando le pregunté la causa de tanto regocijo, escupió con fuerza antes de hablar.

—Hay un jeque ciego que pregona sus tonterías a pocas millas fuera de Bab al-Zuweyla. Es de esos que viven de la religión. Se aprovecha de su ceguera como excusa para tocar el cuerpo a los hombres de voz suave, sin cesar de recitar los hadices. La gente le da comida, ropas, dinero y a veces hasta joyas. Hace seis meses, un mercader le llevó un bonito chal para que se abrigara por las noches. Al jeque le gustó mucho el chal. Metía una punta en un pequeño aro y luego lo sacaba con un gancho por el otro lado para demostrar a sus discípulos lo suave que era la lana. Una noche, después de terminar sus plegarias, entró un hombre en su casa. El jeque estaba sentado en una alfombra en el suelo pasando sus cuentas con los dedos y murmurando invocaciones y plegarias y todas esas tonterías que farfullan los charlatanes cuando quieren embaucar a los pobres.

»El hombre que entró murmuró unas plegarias y colocó un envoltorio a los pies del santón. Encantado con el regalo, le preguntó al extranjero su nombre, pero

no recibió respuesta alguna. Durante un rato oraron en silencio. Finalmente el desconocido habló.

»—Dime algo, sabio maestro. ¿Eres realmente ciego?

»El jeque asintió.

«—¿Completamente ciego?

»El jeque asintió con más vigor aún, esta vez con un poco de irritación.

»—Así que si ahora te quito el chal de los hombros —la voz del hombre era tranquila y pacífica—, ¿nunca sabrás quién te lo quitó?

»El jeque se sintió divertido ante la idea y sonrió, mientras el atrevido ladronzuelo cogía el chal y salía tranquilamente de la casa. El santón corrió tras él con su bastón. La impostura desapareció cuando empezó a correr gritando: socorro, al ladrón, hijo de puta, cabrón, hijo de un camello tuerto y de una puta y cosas peores, Ibn Yakub, palabras que no me atrevería nunca a repetir ante ti. Después se descubrió que el paquetito que el ladrón había dejado para el jeque contenía tres capas de palomina cubierta de paja.

Shadhi se echó a reír de nuevo. Su risa era contagiosa, y yo esboqué una débil sonrisa. Él se dio cuenta de que yo sólo encontraba la historia relativamente divertida y eso le molestó, y escupió formando un elegante arco por encima de mi cabeza para mostrar su desaprobación. Entonces me miró a los ojos y me hizo un guiño. Yo reí. Habíamos hecho las paces.

Más tarde el sultán se dignó percatarse de mi insignificante presencia. Estaba de buen humor, y cuando le pregunté si su viaje con el cadí había sido afortunado, suspiró.

—Convencer a la gente de que pague impuestos al Estado no es uno de mis deberes, pero al-Fadil insistía en que era necesaria mi presencia en el norte. Como de costumbre, no estaba equivocado. Mi presencia allí ha tenido el efecto deseado. En dos días hemos recogido unos impuestos que llevaban sin pagarse dos años. Así que continuemos con nuestra historia. ¿Por dónde íbamos?

Le recordé que debía explicarme cómo se convirtió en visir de Misr.

—Yo me sentía preocupado de que el sultán Nur al-Din se hubiera sentido engañado por la conducta de algunos emires de Damasco. Éstos apenas se molestaron en ocultar su envidia y su desprecio hacia mí. Yo le envié un mensaje a Nur al-Din, y ahora esperaba ansiosamente su respuesta. Llegó una semana después. La forma que había elegido para dirigirse a mí revelaba su nerviosismo ante mi encumbramiento. Todavía era el emir Salah al-Din, jefe del Ejército. Rápidamente envié otro mensaje recalcando que él, Nur al-Din, era mi sultán, y que yo obedecía solamente sus instrucciones. También le pedía que permitiera a mi padre, Ayyub, y al resto de mi familia venir a vivir conmigo a El Cairo. Sin ellos me sentía solo y

desamparado. Después de algunos meses, accedió a mi petición. No había visto a mi padre ni a mi madre desde hacía casi un año. Nuestra mutua alegría ante el encuentro decretado por Alá fue inmensa.

»Le dije a mi padre que si quería aceptar el cargo de visir, yo se lo transfería inmediatamente, tanto mi cargo como mi poder. Rehusó, insistiendo en que la elección de Alá había recaído sobre mí. Añadió que estaría mal alterar su voluntad. Sin embargo, le persuadí para que se convirtiera en tesorero, un cargo clave, pues sin control del tesoro es difícil ejercer un poder real.

»El califa de los fatimíes y sus cortesanos estaban furiosos por esta decisión. Me habían elegido como visir porque pensaban que yo sería indeciso y manejable. Ahora se daban cuenta de que el poder se les escapaba de las manos. El califa al-Adid era un pusilánime, manipulado por los eunucos. Un nubio llamado Nejuh, eunuco él, con un rostro tan negro como su corazón, era el favorito de al-Adid. Era Nejuh quien le proporcionaba a su amo tanto opio como falsos informes.

»El califa acariciaba la idea de ser él mismo visir, pero le pareció que sería más fácil retener el poder en la corte actuando a través de mí. Los espías colocados por al-Fadil me informaron una noche de que el eunuco nubio Nejuh había enviado un mensajero secreto a los francos. El califa les suplicaba que atacaran El Cairo con una maniobra fingida. Sabía que yo aguantaría y presentaría batalla a los sitiadores. Entonces, cuando yo estuviera completamente confiado, Nejuh y sus nubios nos apuñalarían por la espalda.

«Siguiendo el consejo de al-Fadil, decidí librarnos de Nejuh cuanto antes. Era difícil conseguir tal cosa mientras él estuviera en palacio sin provocar una guerra en toda regla. Tienes que comprender que decenas de miles de nubios seguían a Nejuh como si fuera un dios. Pero descubrimos que tenía como amante a un hombre. Solía encontrarse con él regularmente en una casa de campo lejos de palacio. Esperamos el momento adecuado y, cuando éste se presentó, tanto Nejuh como su amante fueron enviados al infierno.

»Mi padre me había enseñado que dos ejércitos bajo dos mandos diferentes no pueden coexistir por mucho tiempo. Más tarde o más temprano, cúmplase la voluntad de Alá, uno de los dos se impondrá. Lo que estaba sucediendo en El Cairo durante aquellos meses era una lucha por alzarse con el poder absoluto. Le dije al califa fatimí que sus hombres habían establecido contacto con los enemigos del Profeta. Le dije además que el eunuco Nejuh había sido capturado y ejecutado y que mi sultán Nur al-Din quería que las plegarias del viernes en al-Azhar se ofrecieran en nombre del único califa verdadero, el que vivía en Bagdad.

»Al oír tales palabras, aquel patético muchacho empezó a temblar incontroladamente. El miedo ató su lengua. No dijo ni esta boca es mía. Me callé que Nur al-Din quería que me librara de él sin más pérdida de tiempo.

»A la mañana siguiente, los nubios salieron al Beyn-al Kaiseryn armados de

pies a cabeza, con sus agudas cimitarras brillando al sol, ridiculizando a mis soldados. Nosotros teníamos muchos soldados negros en nuestro ejército, pero aquellos brutos nubios nos gritaban infinidad de insultos. Mi padre me había aconsejado que no tuviera piedad de aquellos demonios. Nada más verme cabalgando para enfrentarme a ellos, sus filas empezaron a alzarse con odio, y una cantinela llegó a mis oídos: "¡Los blancos son bolas de grasa, y los negros carbones en brasa!".

»Mis arqueros estaban prestos a disparar, pero primero envié un mensaje a los nubios. "Si todos los blancos son bolas de grasa —pregunté—, ¿cómo es posible que Nejuh tramara traiciones con los francos? A los ojos de Alá, todos somos iguales. Rendíos y deponed las armas, o seréis aplastados para siempre." Uno de los rebeldes golpeó a mi mensajero en la cara con su cimitarra. Se había derramado sangre y presentamos batalla.

»La lucha duró dos días enteros, y durante ese tiempo los nubios quemaron calles y casas para detener nuestro avance, pero al tercer día estaba claro que Alá nos había concedido la victoria. Cuando quemamos al-Mansuriya, el barrio en el que vivían la mayoría de los nubios, se dieron cuenta de que sería una estupidez seguir oponiendo resistencia. Fue una victoria costosa, Ibn Yakub, pero la recompensa valía cada una de las vidas que perdimos, porque ahora Misr estaba bajo nuestro absoluto control.

»Todos nuestros emires querían derrocar al califa fatimí y declarar nuestra total lealtad al califa verdadero, el de Bagdad. Yo estuve de acuerdo con los emires, pero consulté a mi padre en privado. Su sentido de la cautela nos aconsejó que no hubiera más derramamiento de sangre. Me recordó que el califa al-Adid fue quien puso el turbante de visir en mi cabeza. Sus motivos podían haber sido de dudosa honradez, pero sería un gran deshonor para nosotros comportarnos de forma tan poco generosa. No estaba yo plenamente convencido de su argumentación. Seguí presionando a mi padre y, finalmente, después de asegurarse de que no podía oírnos ningún espía situado fuera de la habitación, susurró a mi oído:

»—Ese condenado califa nos ayudará a mantener a raya a Nur al-Din. Destruye al califa y te convertirás en sultán. ¿Qué pensará Nur al-Din, sultán de Damasco y de Alepo, si das un salto semejante? Le conozco bien. Se preguntará: ¿cómo es posible que ese advenedizo, uno de mis emires más jóvenes, un kurdo de las montañas, un chico cuyo tío y cuyo padre son criados míos, haya usurpado el sultanato sin ofrecérmelo a mí primero? Ten paciencia, hijo. El tiempo juega a tu favor. Ahora tenemos que consolidar nuestro poder. Tus hermanos y tus primos deberán ocupar las posiciones vitales del Estado, para que cuando un día el califa fatimí tome demasiado opio y duerma el sueño del que no se puede despertar, estemos seguros de que la sucesión se lleva a cabo sin traumas.

»—¿Qué sucesión?

»—La tuya. En cuanto él muera, tú abolirás el califato y anunciarás desde el pulpito de al-Azhar que de ahora en adelante sólo habrá un califa, el de Bagdad. Todas las plegarias se ofrecerán en su nombre y tú, Salah al-Din, serás su sultán.

»Mi padre, que su alma repose en paz, era un consejero inspirado. Una vez más, resultó que tenía razón. El califa se puso enfermo e inmediatamente instruí al cadí para que cambiara las plegarias. Desde aquel día, se dijeron en nuestra ciudad en nombre del único califa verdadero. Cuando llegaron estas noticias a Bagdad, hubo gran regocijo. Recibí del califa un alfanje de ceremonias y el látigo negro de los abasíes. Era un gran honor.

»Pocos días después murió el último de los fatimíes. Encargué a Qara Kush, uno de los hombres más astutos de El Cairo en aquel entonces, a la sazón consejero mío, que comunicara a la familia de al-Adid que su tiempo se había acabado. Durante casi trescientos años los califas fatimíes habían gobernado aquel país. Lo habían hecho en nombre de su secta herética, los chiitas. Su reinado había concluido, y yo ofrecí plegarias dando gracias a Alá y a su Profeta.

»Me convertí en sultán, con la autorización escrita del califa de Bagdad. Nur al-Din aceptó mi ascensión, pero sería una exageración decir que se sentía complacido. Recibí dos peticiones de que me reuniera con él en Damasco, pero yo estaba demasiado ocupado en la lucha contra los francos. Éstos se habían alarmado mucho cuando vieron que Misr estaba ahora bajo nuestro control. Yo capturé unas cuantas de sus ciudadelas, incluyendo Eylá, una fortaleza muy necesaria desde la cual se podía proporcionar salvoconducto a los peregrinos que visitaban La Meca.

»Algunos de sus consejeros sugirieron a Nur al-Din que yo me ocupaba en escaramuzas contra los francos para evitar obedecerle y no regresar a Damasco. No eran sino cotilleos maliciosos. Los francos estaban preocupados de que nosotros controlásemos Alejandría y Damietta, los dos puertos que más necesitaban ellos que estuvieran en manos amigas. Temían, y no les faltaba razón, que yo hiciera servir nuestro control sobre esos puertos para destruir sus líneas de comunicación con Europa. Con el tiempo, aquello significaría el fin de su ocupación de nuestras tierras. Les haríamos desintegrarse en el polvo. Qara Kush sugirió una ofensiva inmediata, pero no estábamos en una posición demasiado ventajosa. Se nos informó que el emperador de Constantinopla había enviado doscientos barcos de soldados para poner sitio a Damietta.

«Obteníamos informes regularmente de las torres de asalto que se construían y del número de caballeros con que contaba Amalrico. Toda esa información era comprobada y enviada después mediante mensajeros a Damasco.

»A veces se dice de mí, Ibn Yakub, que en los momentos críticos carezco de determinación. Quizá sea verdad. He heredado la cautela de mi padre, y hay muchos entre mis filas que hubieran preferido que yo heredara el carácter impulsivo de mi tío Shirkuh. Soy consciente de este fallo, y a veces intento combinar ambas

cualidades. No siempre es fácil tomar decisiones que afectan a la vida de un número tan elevado de personas.

»Lo que convertía a Nur al-Din en un líder verdaderamente notable era su capacidad de entender un hecho importante, como es que a menos que los francos fueran derrotados decisivamente, nuestro pueblo jamás conseguiría vivir en paz. Para hacer posible esto, todo debía subordinarse a aquel único objetivo. Que estuviera irritado conmigo carecía de importancia.

«Cuando mis mensajeros llegaron a Damasco y le informaron de que estábamos en peligro, no lo dudó ni un momento. Preparó un gran ejército y lo mandó a Misr. Con ese ejército lanzamos una ofensiva contra los francos en Palestina, apartándolos de Damietta. Alá nos concedió la victoria. Una súbita tempestad ayudó a hundir los barcos que el emperador, cuya hermana estaba casada con Amalrico, había enviado desde Constantinopla. El avestruz griego había venido hasta aquí para hacerse con un par de cuernos. En lugar de eso, le obligamos a volver sin orejas. Nur al-Din era un hombre mucho más grande de lo que yo hubiera esperado nunca, y todo lo que he conseguido se lo debo a él.

Una extraña sonrisa, mezcla de júbilo, triunfo, envidia y tristeza, se reflejó en su rostro al murmurar estas últimas palabras. Quizá pensara en lo irónico que resultaba que él, Salah al-Din, y no su viejo maestro, fuera el gobernante que se preparaba para tomar Jerusalén. Él sería quien ofrecería plegarias en la Cúpula de la Roca y la devolvería al cuidado de los creyentes.

Yo quería seguir interrogándole. Quería preguntarle por Nur al-Din. Pero por su cara estaba claro que ya estaba pensando en otras cosas. De repente interrumpió mis pensamientos.

—Ve a comer algo con Shadhi, pero no te vayas. Ven a cabalgar conmigo hasta la ciudadela esta tarde.

Yo asentí y me retiré. Mientras caminaba por las habitaciones hacia el patio, me sentí impresionado por la sencillez de aquel hombre que estaba rodeado de opulencia. Había terminado con los elaborados rituales cortesanos de los califas, pero todavía había allí una gran ostentación de riqueza y poder, destinados quizás a mostrar a los mortales ordinarios como yo que ambas cosas siempre van unidas. La verdad es que son inseparables, y nadie puede cambiar esa realidad.

Salah al-Din era conocido por su generosidad. Ésa era la razón de su popularidad entre sus soldados. Excepto en las ocasiones de protocolo, vestía siempre con sencillez. Le gustaba cabalgar a su montura favorita sin silla. No había nada como notar el sudor de un caballo para avivar los sueños de gloria. Me contó todo esto en una ocasión, y añadió que sobre el desnudo lomo de un caballo, galopando por prados o por arenales, era donde tomaban cuerpo sus ideas

militares. Era, me dijo, como si el ritmo del galope del semental coincidiera con los saltos necesarios de sus propios pensamientos.

Con Shadhi pronto me encontré comiendo una pierna de cordero, tierna como la mantequilla, guisada con judías de tres variedades diferentes; Shadhi reclamó todo el mérito de aquella comida. Acababa de amenazar con freír a los cocineros en su propio aceite si le servían carne dura. En una ocasión perdió un diente. Sus amenazas tuvieron el efecto deseado. Aquella tierna carne resultaba una pura delicia.

Conté a Shadhi la extraña sonrisa que iluminaba el rostro de Salah al-Din cuando hablábamos de Nur al-Din, y le pregunté qué significado tenía. El viejo resoplaba como un caballo con el corazón agotado.

—A veces nuestro sultán puede ser muy taimado. Todos admirábamos a Nur al-Din. Era un hombre puro. Nada había manchado su honor. Pero Salah al-Din se sentía agraviado por su autoridad. En una ocasión, creo que debió de ser durante el sitio de un castillo franco, el propio Nur al-Din se unió a nosotros, y nuestro sultán volvió a El Cairo. Puso como excusa que había peligro de rebelión por parte de los fatimíes que quedaban. Y era cierto, pero aquello lo podían haber solucionado sus hermanos. Simplemente huyó de Nur al-Din. Le asustaba encontrarse con él cara a cara. ¿Por qué? Porque sabía que Nur al-Din le podía ordenar que volviera a Damasco. Nur al-Din estaba preocupado por la insolencia de Salah al-Din, porque así es como veía él la situación. Un subordinado se comportaba como un igual. Había que darle una buena lección. Decidió marchar hacia El Cairo.

»Déjame que te cuente algo, amigo mío. Yo estaba presente, igual que Ayyub, en el encuentro entre los emires y comandantes del ejército cuando el sultán nos dijo que Nur al-Din venía de camino. El sobrino favorito de Salah al-Din gritó impulsivamente que había que resistir a Nur al-Din exactamente igual que a los francos. Salah al-Din sonrió indulgente a su sobrino, pero Ayyub, agudo como una espada de Damasco, hizo que el muchacho se presentara ante él y le abofeteó la cara con fuerza. Allí. Delante de todo el mundo. Momento que aprovechó para erguirse y hablar a Salah al-Din:

»—¡Déjame que te diga algo, muchacho! Si nuestro sultán Nur al-Din viene aquí, yo desmontaré y le besaré los pies. Si él me ordena que te corte la cabeza, lo haré sin cuestionármelo en absoluto, aunque mis lágrimas se mezclen con tu sangre. Estas tierras son tuyas, y nosotros somos sus servidores. Envíale un mensaje hoy mismo, Salah al-Din. Dile que no hay necesidad de que gaste sus energías viajando hasta aquí. Que envíe a un mensajero con un camello para que te lleve ante él con una cuerda en torno al cuello. Ahora marchad todos, pero entended una cosa. Nosotros somos soldados de Nur al-Din. Puede hacer lo que desee con nosotros.

»Todo el mundo se fue excepto Salah al-Din y yo mismo. Ayyub le reprendió agriamente por permitir que su ambición aflorase frente a los emires, que no

desearían nada mejor que verle desplazado. Salah al-Din tenía un aspecto desolado, como si su corazón hubiera resultado herido por una amante descuidada.

»Ayyub le miró durante un rato, dejando que la vergüenza enrojeciera sus facciones. Entonces se puso de pie y le abrazó. Le besó en la frente y susurró:

«—Conozco bien a Nur al-Din. Creo que tu carta de sumisión dará resultado. Si, por alguna razón, no consigue pacificarle, yo lucharé a tu lado.

»¿Lo entiendes ahora, Ibn Yakub? Cuando viste la sonrisa en la cara del sultán, quizás él estuviera pensando también en la sagacidad de su padre. Ahora ya está solo. Ayyub se encuentra con el Creador. Shirkuh ya no está con nosotros. A veces, cuando tomamos un poco de té con menta por la mañana él me dice:

«—Shadhi, eres el único que queda de la vieja generación. No te vayas, no te mueras, no me dejes también tú.

»Como si yo quisiera. Como si yo quisiera hacerlo. Yo quiero ver al-Kadisiya, Ibn Yakub, la ciudad que tu pueblo llama Jerusalén. Quiero estar junto a él cuando oremos en la Qubbat al-Sakhra. Yo no suelo orar mucho, como sabes, pero ese día sí que lo haré. Y no tengas ninguna duda, ese día llegará tan seguro como que el sol sale y se pone. Salah al-Din está decidido a tomar la ciudad, cueste lo que cueste. Él sabe que eso asestará un golpe terrible al corazón del pueblo de los francos. También sabe que si tiene éxito, será recordado para siempre. Mucho después de que nuestros huesos se hayan convertido en abono para la tierra, los creyentes recordarán el nombre de ese chico cojo a quien yo enseñé a manejar la espada. ¿Cuántos, en cambio, recordarán el nombre de Nur al-Din?

Capítulo 12

El sultán visita la nueva ciudadela de El Cairo pero debe regresar para reunirse con Bertrand de Tolosa, un cristiano hereje que huye de Jerusalén para escapar de la ira de los templarios

Una de las razones por las que el sultán no me invitaba a acompañarle en sus giras de inspección, ni en sus visitas regulares para supervisar la construcción de la nueva ciudadela, se debía a que era dolorosamente consciente de que yo no sé cabalgar. Este aspecto le deprimía, porque no cabía en su cabeza cómo alguien puede carecer de habilidad o no tener ganas de montar a caballo. Su conocimiento de este tema era inmenso, sólo superado por su conocimiento de los hadices. Algunas veces interrumpía sus historias y empezaba a describir a un caballo en particular que acababa de recibir de Yemen como regalo de su hermano. Empezaba con esas desdichadas genealogías, y viendo que mis ojos se mostraban ausentes, suspiraba, reía y volvía a su historia.

Pensaba en ello mientras cabalgaba con su séquito por la ciudad. El sultán mandó experimentados jinetes junto a mí, que se situaran uno a cada lado, por si al animal que yo montaba le daba por desbocarse. Pero no ocurrió nada de eso, y pronto incluso me acostumbré a la desagradable experiencia. Sabía que tendría el trasero desollado al acabar el día, pero me gustaba cabalgar a su lado.

Él cabalgaba sin esfuerzo alguno.

No montaba su caballo de batalla, sino un corcel de menos categoría. Pero incluso con ese caballo los movimientos de Salah al-Din se habían convertido en un hábito. Dejaba que el caballo se moviese a su paso, ni demasiado rápido ni demasiado lento. Con un ligero toque de los talones, el caballo aceleraba el paso, obligándonos a todos a seguirle. A veces parecía como si el jinete y el caballo fueran una sola cosa, como aquellas criaturas mitológicas a las que cantaban los antiguos griegos en sus poemas.

Cabalgamos por la Bab al-Zuweyla y pronto pasamos por calles atestadas de gente que interrumpía sus quehaceres para inclinarse o saludar a su gobernante, pero él no buscaba el servilismo, y prefería salir rápidamente de la ciudad. Quería evitar a los pedigüños y aduladores que había entre los mercaderes que ocupaban la mayoría de las calles.

Pronto pasamos junto a las ruinas calcinadas del barrio de Mansuriya, donde los soldados nubios del eunuco Nejuh se habían resistido por última vez antes de ser expulsados de la ciudad. El sultán había ordenado que el barrio quedara destruido,

como sabia advertencia para aquellos que pudieran pensar en una traición en el futuro.

Sin previo aviso tiró de las riendas. Nuestra partida se componía aquel día de tres escribas de la corte para transmitir las instrucciones del sultán al cadí al-Fadil y veinte guardias cuidadosamente elegidos, es decir, elegidos por Shadhi, que, a decir verdad, sólo confiaba en los kurdos o en miembros de su familia para proteger al sultán, que en aquel momento me estaba haciendo señas a mí, otro de la comitiva, para que me uniera a él. Se reía.

—Me complace verte cabalgar, Ibn Yakub, pero creo que Shadhi debería darte unas cuantas lecciones. Tu buena esposa tendrá que ponerte ungüentos esta noche en el trasero para aliviar tus dolores. Espero que este viaje no perjudique ninguna de tus funciones.

Se echó a reír ruidosamente ante su propia observación, y luego me dirigió una generosa sonrisa. Entonces inspeccionó los edificios del barrio incendiado y su humor cambió.

—Tuvimos suerte de sobrevivir a aquella revuelta. Si nos hubieran tomado por sorpresa, la historia podría haber sido diferente. Ese permanente estado de incertidumbre es la forma en que el diablo maldice a los creyentes. Es como si estuviéramos condenados a no poder unirnos jamás contra el enemigo. Ninguno de nuestros filósofos o cronistas ha sido capaz de averiguar por qué. Tenemos que discutir este problema una noche con nuestros eruditos.

Se inclinó sobre la silla para acariciar el cuello del caballo, lo cual indicaba que nuestro viaje estaba a punto de reanudarse. Pronto dejamos las empinadas calles y divisamos a lo lejos las cumbres de la cadena montañosa de Mukatam. Obreros laboriosos como abejas construían la nueva ciudadela. Hombres y burros cargaban enormes piedras. Miles y miles de trabajadores se ocupaban en aquella construcción.

Me preguntaba yo si alguien de los que contemplábamos la escena recordaría el antiguo monumento de Gizé. Seguramente fue construido por los antepasados de los que ahora trabajaban en aquella gran fortaleza.

El hombre que estaba al frente de los trabajos era el chambelán del sultán, el emir Qara Kush, la única persona en la que confiaba Salah al-Din para llevar a cabo sus detalladas instrucciones arquitectónicas y para supervisar la construcción durante sus largas ausencias. La vista de los trabajos complació a Salah al-Din. De nuevo tocó el cuello de su caballo y el dócil animal se dobló a su voluntad, galopando a una marcha que sólo sus guardias podían seguir.

Los tres escribas de la corte y yo mismo le seguíamos a un paso mucho más lento. Los escribas de la corte, unos coptos cuyos padres y abuelos habían servido a los califas fatimíes durante siglos, me sonrieron y me hablaron, intentando congraciarse conmigo. Pero en el fondo, según pude ver, hervían de celos. Les

molestaba mi proximidad diaria con su señor.

Salah al-Din reprimió una sonrisa cuando me vio desmontar. Me dolían las piernas mientras caminaba subiendo una rampa hasta una torre recientemente terminada. Allí el sultán discutía el enladrillado con el emir Qara Kush. Ese eunuco gigantesco, de rostro agraciado y cabello del color del carbón, fue uno de los mamelucos de Shirkuh, liberado y convertido en emir por su señor. Shirkuh apreciaba mucho sus grandes dotes administrativas, y fue el consejo de Qara Kush al califa de los fatimíes lo que aseguró el nombramiento de Salah al-Din como visir.

Qara Kush Amentaba que algunas piedras las traían desde las pirámides de Gizé. Le mostró lo bien que combinaban con la piedra caliza local. El sultán se mostró claramente complacido y se volvió hacia mí.

—Toma nota de esto, escriba. La razón de que estemos construyendo esta nueva ciudadela es para crear una inexpugnable fortaleza que pueda resistir cualquier incursión de los francos. Pero si miras cómo se han planeado las paredes y las torres, notarás que podemos resistir también una rebelión con bastante facilidad. Nunca he olvidado lo cerca que estuvimos de ser derrotados cuando los eunucos y los mamelucos organizaron a los nubios para sorprendernos. Aquí no nos puede sorprender nadie.

Mientras hablábamos, Qara Kush señaló hacia el polvo que levantaba la carrera de dos jinetes que galopaban en nuestra dirección. No esperaba a nadie, y se mostró irritado por aquella intrusión. Frunció el ceño e instruyó a dos de los guardias del sultán para que esperaran a los jinetes a los pies de la ciudadela. Salah al-Din rió.

—Qara Kush se pone nervioso enseguida. ¿Crees que nuestros viejos amigos de la montaña han enviado a alguien para que acabe conmigo?

Qara Kush no replicó. Cuando llegaron los jinetes, esperó impacientemente a que los guardias les interrogaran y los condujeran a su presencia. La despreocupada referencia del sultán a un intento de asesinato anterior no había conseguido distraer al chambelán. Cuando se aproximaron los jinetes, todos nos relajamos. Eran los mensajeros del cadí al-Fadil, entrenados para galopar como el rayo, una raza especial de caballos aptos para este fin. Sólo se usaban en circunstancias urgentes, y el alivio de conocer quiénes eran sólo se ensombrecía al pensar qué mensaje podían traer.

Finalmente, llegaron a la plataforma donde nos encontrábamos de pie. Traían una carta del cadí para el sultán. Mientras Salah al-Din leía el mensaje, su cara se animó y sus ojos empezaron a moverse con rapidez, como un pez en el Nilo. Estaba claramente complacido. Los mensajeros y los guardias fueron despedidos. Nos mostró la carta que decía:

«Un caballero templario acaba de llegar a El Cairo pidiendo asilo. Viene del campamento de Amalrico y tiene mucha información concerniente a sus movimientos y planes. La razón de su desertión es misteriosa, y rehúsa divulgar sus secretos a nadie en ausencia de vuestra alteza. A juzgar por su comportamiento estoy convencido de que es sincero, pero el emir Qara Kush, que es el mejor juez del carácter y los fallos humanos, tiene que hablar con él antes de que os reunáis. Espero las instrucciones del sultán.

«Vuestro humilde cadí *al-Fadil*.»

La respuesta inmediata de Salah al-Din fue agarrar a Qara Kush y a mí mismo por los brazos y correr por el sendero salpicado de lodo hasta el lugar donde estaban atados los caballos. Se le veía realmente excitado, y se comportaba como un hombre poseído por los demonios. Montó su corcel y espoleó a su montura hacia palacio con sus guardias, que apenas podían seguirle.

El emir Qara Kush no era un jinete experto, y me permitió que le acompañara a él y a su séquito mientras cabalgábamos de vuelta. Nunca antes había hablado con él, y sus enormes conocimientos de El Cairo y las riquezas contenidas en sus bibliotecas eran impresionantes. Me dijo que la tarea que yo estaba realizando sería de gran beneficio para los historiadores, y yo me sentí muy halagado de ver que él, a diferencia de al-Fadil, se tomaba mi trabajo muy en serio.

El sultán nos esperaba ya cuando llegamos. Quería que tanto Qara Kush como yo mismo estuviéramos presentes cuando interrogara al franco. Estaba claro que no tenía ningún deseo de aplazar los procedimientos, pero el sol ya estaba en su ocaso. Nos ordenó que nos dirigiésemos inmediatamente al *hammam* de palacio para asearnos, y que luego volviésemos a la sala de audiencias. Como ambos éramos conscientes de que a Salah al-Din le disgustaba mucho la grandiosidad de aquella sala, sonreímos. Era obvio que aquel día deseaba que el caballero franco se sintiera impresionado por la majestad de su corte.

Refrescado por el baño, volví a la sala de audiencias atravesando estancias donde los mamelucos portaban antorchas para iluminar nuestro camino. Allí estaba sentado Salah al-Din, vestido de forma poco habitual con su ropa de ceremonias y el turbante de sultán en la cabeza, resplandeciente de gemas. Yo saludé con una inclinación de cabeza y se me asignó un lugar por debajo del trono del sultán. A un lado se encontraba Qara Kush, y al otro al-Fadil.

Sentados en semicírculo en el suelo estaban los estudiosos más distinguidos de la ciudad, incluyendo, para mi deleite, a Ibn Maimun. A una señal de Qara Kush, un mameluco salió de la habitación. Pocos minutos después oí un redoble de tambores indicando que el forastero se acercaba. Todos nos quedamos callados. El franco, precedido por un guardia armado de cimitarra, entró y caminó derecho hacia el

trono. Puso su arma a los pies del sultán y se inclinó mucho, sin levantar la cabeza hasta que se le dio permiso para ello. Qara Kush le indicó que se sentara.

—El sultán está encantado de recibirte, Bertrand de Tolosa.

Los labios que pronunciaban estas palabras eran bastante familiares, pero la voz de suave acento había desaparecido. El cadí hablaba con una firmeza y autoridad que me sorprendieron. Así, pensé para mí, es como debe hablar cuando imparte justicia y señala castigos a los culpables.

—Estás en presencia de Yusuf ibn Ayyub, sultán de Misr y espada de los creyentes. Estamos encantados de que hables nuestra lengua, aunque de forma tosca. Estamos ansiosos de escuchar por qué te encuentras aquí.

Bertrand de Tolosa era un hombre de mediana estatura, piel olivácea, de un tono más oscuro aún que el de nuestro propio sultán. Tenía el pelo oscuro, los ojos pardos y una fea cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda había dejado su cara tan desfigurada, que hacía imposible al principio fijarse en el resto de sus facciones. La herida, probablemente de espada, no podía tener más de una semana de antigüedad.

Bertrand de Tolosa estaba a punto de responder cuando el sultán habló. Su voz, me di cuenta complacido, sonaba normal.

—Como todos los demás, también yo me siento ansioso de descubrir las razones de tu presencia. Pero antes de que procedas, quiero saber si, en mi ausencia, te han dado adecuadamente la bienvenida. ¿Has comido pan?

Bertrand asintió con una ligera inclinación de cabeza.

—Entonces te ofreceré un poco de sal.

Un ayudante acercó una bandejita de plata con sal. Bertrand tomó un pellizco y se lo puso en la lengua.

—Ahora ya puedes hablar, Bertrand de Tolosa —dijo el sultán, señalando al mismo tiempo al franco que podía sentarse.

Bertrand hablaba árabe con una voz áspera y gutural, pero las sonrisas pronto desaparecieron al hacerse patente a todos los presentes su impresionante dominio de nuestra lengua.

—Agradezco a vuestra majestad que me reciba tan pronto después de mi llegada, y que confíe en mí. Yo soy, en efecto, Bertrand de Tolosa, miembro de la orden de los caballeros templarios. Los últimos cinco años los he pasado en Jerusalén, ciudad a la que vosotros llamáis al-Kadisiya. Estamos a las órdenes de nuestro rey Amalrico, tan conocido para el sultán como vos lo sois para él.

»Lo que todos vosotros os preguntáis es por qué he arriesgado dos veces mi vida para huir de mi reino y entrar en el vuestro. La primera al salir de mi orden aprovechando la oscuridad nocturna, hace dos noches. La espada que me marcó pertenece al propio Gran Maestre. El segundo riesgo fue exponerme a ser muerto por vuestros hombres, que quizá no tuvieran la paciencia suficiente para preguntar ni para esperar mi respuesta. Hablar vuestro idioma, aun de forma tan imperfecta y

con tantas dudas, me ha ayudado a sobrevivir durante el viaje y a llegar a vuestra corte sano y salvo.

«Dejadme que comience mi historia con una confesión. A los ojos de mi Iglesia, soy un hereje. Si la herejía es otra forma de expresar la lucha por el Dios real, entonces sí, soy un hereje, de lo que estoy orgulloso.

«Procedo de un pueblecito cercano a Tolosa, donde caí bajo la influencia de un predicador que denunciaba a nuestra iglesia y predicaba una nueva visión de Dios. Solía decir que a las iglesias les faltan feligreses, que a los feligreses les faltan sacerdotes, que a los sacerdotes les falta reverencia y virtud y, finalmente, que a los cristianos les falta Cristo. Predicaba dos dioses, uno bueno y otro malo, y una permanente lucha entre estos dos poderes, ambos eternos e iguales.

«Aseguraba que la Santísima Trinidad de los cristianos era una manifestación del mal; el Espíritu Santo representa el espíritu del mal, el Hijo era el hijo de la perdición, y el Padre no era otro que Satán mismo. Por tanto había dos Cristos. El Cristo de las esferas celestes, que era el bueno, y el Cristo terrestre, que era el malo. Confesaba que María Magdalena era la concubina terrenal de Cristo, y que Juan el Bautista era un precursor del Anticristo. El demonio era el hermano pequeño de Cristo; y la cruz, la enemiga de Dios, un símbolo de dolor y tortura. Por lo tanto, era un icono que debía ser destruido, y no adorado.

«Nuestro pueblo entero, unas trescientas almas en total, se unió a aquel predicador y le ayudó a extender su mensaje a los pueblos vecinos. Para sorpresa de la gente, descubrieron que otros habían llegado antes que ellos. Supieron pronto que los condes de Tolosa simpatizaban con aquellas ideas, y ese conocimiento fortaleció aún más la resolución de nuestro pueblo. Cuando yo tenía quince años, hace precisamente quince este mes, destruimos todas las cruces que pudimos encontrar. O las echamos al fuego o usamos la madera para fabricar herramientas que se pudieran usar en el pueblo. Este solo acto nos hizo peores que demonios y vampiros, porque esas criaturas del mal se supone que se asustan de la cruz, mientras que nosotros, los herejes, actuábamos sin vergüenza, de una forma inconcebible.

»En nuestra secta había tres estadios antes de convertirnos en verdaderos creyentes. Empezábamos como oyentes, absorbiendo la nueva verdad y aprendiendo el arte del debate y el fingimiento en relación con nuestros oponentes cristianos. El siguiente estadio era el de creyente. Ahora teníamos que ponernos a prueba ganando nuevos adeptos para nuestra causa. Después de ganar cincuenta nuevos oyentes, se nos conocía como los perfectos, y podíamos participar en la elección de un Consejo de Cinco, que tomaba las decisiones importantes.

»Yo soy un perfecto. El consejo me pidió que penetrase con engaños en la orden de los caballeros templarios para ganar a muchos para nuestra causa. Constantinopla había apremiado al Gran Maestre para que quemara a esos malditos

traidores y falsarios herejes en el fuego de la verdad, y nuestro consejo pensó que debíamos estar representados en el interior de la orden y advertir así a nuestros seguidores la inminente fatalidad.

»La desmesurada fornicación y el consumo de alcohol no están permitidos por nuestro consejo. Consideran que la bebida y la carnalidad debilitan nuestra resolución y nos hacen vulnerables.

»Yo fui traicionado por un oyente que había bebido demasiado y que, inconsciente de la presencia de los secuaces del Maestre, alardeaba estúpidamente de nuestro éxito. No se me dio a conocer nada de todo esto hasta encontrarme en prisión, y me sometieron a torturas. A causa de nuestro método de organización, el delator sólo pudo decir mi nombre y el de otras dos personas.

»Me dijeron que el Gran Maestre se sintió ultrajado cuando me nombraron a mí. Se negó a creer que aquello fuese verdad. Afortunadamente, fui advertido a tiempo por un creyente que se encuentra en el entorno del Gran Maestre. Yo sabía que estaba siendo observado y rompí todo contacto con nuestro pueblo. Al cabo de unos días, fui detenido y sometido a un interrogatorio de cinco horas por el Gran Maestre. Negué todo conocimiento del consejo y expresé mi plena confianza en las Iglesias de Roma y Constantinopla. Pensé que les había convencido, ya que me soltaron. Al parecer dejaron de seguirme y de vigilarme.

»Había otros tres perfectos en Jerusalén. Nos encontramos una noche y ellos me aconsejaron que huyera y buscara refugio en El Cairo. Al día siguiente me desperté antes del amanecer y estaba ya ensillando mi caballo cuando fui desafiado por un caballero, que sospechaba de mí por su cuenta. Usó una palabra secreta que sólo es conocida por nuestra secta. Estaba claro que la había obtenido torturando a los tres creyentes. Me cogió desprevenido y le respondí antes de ver su cara en la oscuridad. Sacó su espada. Yo le maté, no sin que antes me marcara la cara. Cabalgué raudo como el viento, majestad. Si me hubieran cogido, me habrían matado de la forma más horrible.

»Y éste es el final de mi historia, y ahora estoy a merced del gran sultán Salah al-Din, cuya generosidad es conocida por todo el mundo.

Mientras Bertrand de Tolosa hablaba, sólo tres caras permanecieron impasibles. Éstas eran la del sultán, la de Qara Kush y la de al-Fadil. En cuanto al resto de la compañía, y eso me incluye a mí mismo, habíamos intercambiado expresivas miradas. La descripción de la herejía había hecho que varias manos fueran a mesar algunas barbas con nerviosismo, como para sofocar la agitación que removía las mentes de sus propietarios.

—Te hemos escuchado con gran interés, Bertrand de Tolosa —dijo el sultán—. ¿Estás preparado para responder a las preguntas de nuestros eruditos?

—Con gran placer, alteza.

Fue el cadí quien hizo la primera pregunta, esta vez con una voz de miel:

—Lo que la Iglesia contempla como herejía en vuestro caso es vuestra oposición a la Santísima Trinidad y vuestra hostilidad a las imágenes. Nuestro Profeta tampoco era partidario de la adoración de iconos o imágenes. ¿Has estudiado alguna vez el Corán? ¿Conoces el mensaje de nuestro Profeta, que la paz sea con él?

Bertrand de Tolosa no se acobardó.

—La ventaja que vosotros poseéis sobre todos los demás es la imposibilidad de que nadie dude de la existencia de vuestro Profeta. Era muy real, y por lo tanto no es posible adjudicarle características contradictorias. Vivió. Se casó. Tuvo hijos. Luchó. Conquistó. Murió. Su historia es bien conocida. Esta magnífica ciudad y todas vuestras ciudades son una de las consecuencias de la notable capacidad de visión de vuestro Profeta.

»Por supuesto, he estudiado el Corán, y hay muchas cosas en él con las que estoy de acuerdo, pero, si debo hablar con absoluta franqueza, me parece que vuestra religión está demasiado apegada a los placeres terrenales. Como os disteis cuenta de que no podíais vivir sólo con el Libro, alentasteis la invención de los hadices para ayudaros a gobernar los imperios que habíais conquistado. Pero ¿no es verdad acaso que muchos de esos hadices se contradicen entre sí? ¿Quién decide lo que debéis creer?

—Nosotros tenemos estudiosos que trabajan exclusivamente con los hadices —replicó rápidamente el sultán. No quería que su cadí monopolizara la discusión—. De joven yo estudié los hadices con gran alegría y atención. Estoy de acuerdo contigo. Están abiertos a muchas interpretaciones. Para eso tenemos los ulemas, para averiguar su grado de certeza. Los necesitamos, Bertrand de Tolosa, los necesitamos. Sin esas tradiciones, nuestra religión no sería un código completo para la existencia.

—¿Es que acaso hay alguna religión que pueda convertirse en un código de vida completo cuando, entre las filas de los propios creyentes, hay tal disparidad de interpretaciones? Los seguidores de los califas fatimíes, para tomar el ejemplo más reciente, no compartían tus creencias o las del califa de Bagdad. Lo mismo se aplica a nuestra religión o a la de los judíos. El que gobierna es el que marca las normas.

—Verdaderamente eres un hereje, amigo mío —rió Salah al-Din, indicando que cualquiera de los presentes podía hablar a Bertrand si lo deseaba.

Un anciano, un erudito muy respetado de al-Azhar, se levantó. Habló con voz débil y ronca, apenas un susurro, pero su autoridad era tan grande que todo el mundo se esforzó por oírle palabra por palabra.

—Con el gracioso permiso del sultán, me gustaría explicar un hecho a nuestro visitante. El miedo más grande que asedia a todo ser humano, sea cual sea su religión, es el temor a la muerte. Es un miedo que nos aterra a todos por igual. Cada vez que lavamos y amortajamos un cadáver, vemos en él nuestro propio futuro. En

los días de la ignorancia, y mucho antes incluso, ese miedo era tan fuerte que muchas personas preferían no aceptar la muerte como un hecho real, sino como un viaje a otro mundo. El islam ha roto con ese miedo a la muerte. Eso sólo ya podría considerarse como uno de nuestros grandes logros, porque sin romper ese miedo, no podemos avanzar hacia el futuro. Nos vemos retenidos. Fue nuestro Profeta quien entendió la importancia de este tema por encima de todos los demás. Por eso, Bertrand de Tolosa, nuestros soldados alcanzaron los últimos confines de este continente y el corazón del tuyo. Por eso nadie podrá impedir a este sultán tomar al-Kadisiya, vuestro reino latino de Jerusalén.

Entonces habló Qara Kush.

—Con el permiso del sultán, me gustaría plantear a Bertrand de Tolosa una sola cuestión. En tu opinión, valiente caballero, ¿cuál es la diferencia más importante entre vuestras creencias y las de nuestro Profeta?

No hubo ni un momento de duda por parte de Bertrand.

—La fornicación.

Sonaron algunos bufidos entre los estudiosos, pero Salah al-Din sonrió.

—Explícate, Bertrand de Tolosa.

—Sólo si insistís, alteza. Antes incluso de llegar a estos lugares y aprender vuestra lengua, había estudiado ya los hadices y algunos comentarios del Corán. Me parece que la fornicación y las normas bajo las cuales ésta debe tener o no tener lugar han ocupado mucho al Profeta y sus seguidores. En vuestro Corán, si la memoria no me falla, la sura titulada «La Vaca» derriba el tradicional tabú árabe del coito durante el ayuno.

»Según algunos de los hadices, vuestro Profeta decía que Alá había ordenado de antemano la cuota de copulación de cada hombre, y que éste la cumplirá tal como requiere su destino. Toda indulgencia, por tanto, está predestinada. El anciano erudito acaba de explicar que vuestra religión ha eliminado el temor a la muerte de la mente de sus seguidores. ¿No se encuentra ésta, al menos parcialmente, relacionada con vuestro concepto del paraíso? Vuestro cielo es el más voluptuoso de todos. ¿Acaso vuestros caballeros, si caen al luchar por la yihad, no tienen prometidos los más deliciosos placeres en el cielo? Las erecciones serán eternas y podrán elegir entre un ilimitado número de huríes, mientras beben el vino que mana de los ríos. Vuestro cielo elimina todas las prohibiciones de la tierra. En estas circunstancias, sólo un hombre que hubiera perdido la posesión de sus sentidos temería la muerte. Y todo esto procede de la confianza en sí mismo de vuestro Profeta. Era un hombre de pocas dudas. ¿O acaso no es verdad que cuando vuestro Profeta murió, su yerno Alí gritó —y aquí me perdonará vuestra alteza porque sólo conozco las palabras en latín—: "*O propheta, o propheta, et in morte penis tuus coelum versus erectus est*"?

El sultán frunció el ceño, hasta que el cadí susurró una traducción a su oído.

—El franco se refiere al comentario de Alí, cuando contemplaba el cuerpo muerto de nuestro profeta: «Oh, profeta, oh, profeta, hasta en la muerte tu pene está erecto y apuntando a los cielos».

Salah al-Din se echó a reír a carcajadas.

—Nuestro Profeta estaba hecho de carne y hueso, Bertrand de Tolosa. Su virilidad nunca se puso en duda. Su espada era conocida como al-Fehar: la que relampaguea. Nuestro Profeta era un hombre completo. Todos estamos orgullosos de sus hechos. Sólo porque nos mantuvimos junto al estribo de nuestro Profeta, Alá ha recompensado a nuestro pueblo. Ojalá nosotros, ordinarios mortales, gozáramos de las mismas bendiciones que nuestro Profeta, que incluso en la muerte apuntaba hacia el cielo. Creo, sin embargo, que estás equivocado. La fuerza motriz de nuestra religión no es la fornicación, sino la relación entre Dios y los creyentes. Si lo deseas, cabe la posibilidad de que nuestra forma de ver el mundo esté demasiado influida por mercaderes y comerciantes. Pareces sorprendido. Se podría argüir que Alá es como un mercader jefe y todo en este mundo forma parte de su cálculo. Todo está contado. Todo está medido. La vida es un comercio en el cual hay ganancias y pérdidas. El que hace el bien gana bienes, el que hace mal gana males, aun en la propia tierra. El creyente concede un préstamo a Alá; en otras palabras, está pagando por adelantado para obtener un lugar en el paraíso musulmán. En el recuento final, Alá tiene un libro de contabilidad en el cual los actos, obras y hazañas de los hombres son leídos y sopesados con todo cuidado. Cada uno recibe lo que merece. Ésta es nuestra religión. Muestra la influencia de nuestro mundo. Un mundo real. Habla una lengua que es fácilmente comprensible y por ese motivo ha tenido tanto éxito.

»Y ya basta de teología por esta noche. Comamos y bebamos. Mañana nos informarás de los planes de Amalrico, y te haremos muchas preguntas acerca de las torres y almenas de al-Kadisiya. Mis emires, como descubrirás pronto, son mucho menos corteses que nuestros eruditos.

Capítulo 13

Shadhi pone a prueba la hostilidad catara a la fornicación espiando a Bertrand de Tolosa; Jamila cuenta cómo Salah al-Din desafiaba a la tradición del Profeta al derramar su semilla sobre su estómago

Shadhi y yo acabábamos de comer y estábamos disfrutando de la frescura de la mañana en el patio de palacio, bañado en la luz de la temprana primavera. Me habló de los secretos militares que trajo Bertrand de Tolosa, y que ahora se alojaban seguros en la cabeza del sultán. No me ilustró ni poco ni mucho acerca de la naturaleza de esta información; simplemente, me guiñó un ojo y susurró que al-Kadisiya era prácticamente nuestra.

La reunión se había limitado al sultán, seis de nuestros emires de mayor confianza y Shadhi, que se había dedicado plenamente al caballero franco. Había tratado de convencerle de que en todas las religiones existía la hipocresía y la superstición, y corrupción en todas las sectas que componen las religiones. Los falsos profetas y los oradores elocuentes se encuentran en el bazar de El Cairo y en el de Damasco. El franco se negaba a aceptar que los miembros de su secta, los cataros —nombre con que eran conocidos en la Iglesia—, fueran en modo alguno degenerados.

Shadhi había intentado probar la hostilidad del cátaro a la fornicación. Le envió una de las doncellas más hermosas del harén, que era también una de las más astutas, para tentar la virtud del caballero. Shadhi le prometió grandes recompensas si tenía éxito. Bertrand, para mortificación de Shadhi, resistió a sus encantos y con firmeza, aunque con cortesía, echó a la mujer de su aposento. El cerebro tortuoso de Shadhi estaba preparando ya otra prueba para el huésped mejor recibido del sultán. De un burdel especial reservado para la nobleza trajeron a un joven prostituido para una sola noche, y como Shadhi le confiara su idea al cocinero principal, las noticias de aquel plan se extendieron por todo el palacio.

En ninguna parte se esperaba con tanta ansiedad el amanecer del día siguiente como en el harén, y en esa dirección me empujó Shadhi después de comer. En respuesta a un requerimiento de la sultana Jamila, obtuvo el permiso del sultán para que tanto ella como Halima se reunieran conmigo durante un corto espacio de tiempo en una sala especial junto al harén. Allí fue donde me condujo él, murmurando y haciendo muecas a los eunucos, cuyo número aumentaba a medida que nos acercábamos al lugar del harén.

Halima sonrió al verme. No era una sonrisa corriente. Iluminaba toda su cara,

haciendo que mi corazón latiera con más fuerza, aunque la causa de su felicidad no era la visión de aquel escriba cansado, sino la mujer que estaba de pie a su lado: la sultana Jamila. Era una mujer imponente, de eso no había duda. Yo la observaba ahora con mis propios ojos. Era más alta que el sultán. Su cabello negro hacía juego con sus negríssimas pestañas, las cejas arqueadas y los ojos brillantes. Tenía la piel oscura, tal como la había descrito Halima, pero había algo en su forma de moverse, en la manera en que me miraba directamente a los ojos y en su forma de hablar que mostraba un aire de confianza y autoridad que normalmente no tienen las mujeres del harén o, al menos, eso es lo que yo pensaba por aquel entonces. Estaba equivocado, por supuesto. El retrato que Halima y Jalima me iban a pintar de sus apartados aposentos desterraría aquellas viejas ideas de mi mente para siempre.

Jamila me miró con gesto vivo e inteligente y sonrió, como diciendo: «Ten cuidado, escriba, que esta muchacha me ha dicho todo lo que precisaba saber sobre ti». Yo me incliné ante su presencia, lo cual hizo reír a Halima.

—Ibn Yakub —dijo Jamila, y aunque su voz era suave y dulce, poseía una autoridad debida, supongo, al hecho de que era hija de un sultán y estaba casada con otro—. ¿Cómo describió Bertrand de Tolosa el cadáver de nuestro Profeta, que la paz sea con él? Te lo pregunto porque tú te hallabas presente. Puedes repetir las palabras en latín, conozco esa lengua.

Yo estaba tan azorado que me quedé sin palabras. No esperaba para nada aquella pregunta. Halima sonrió tranquilizadora, haciéndome gestos para animarme a dar una respuesta. Repetí las palabras en latín que Bertrand había adjudicado a Alí. Jamila las tradujo para Halima y ambas mujeres rieron de buena gana.

—¿Es verdad también que el franco piensa que nuestra religión está demasiado preocupada por los detalles de la fornicación?

Asentí con un movimiento de cabeza.

Volvieron a reír. No pude evitar observar el comportamiento de las dos mujeres al reír y bromear entre sí. Era como la felicidad de los amantes durante los primeros meses de deleite. Era extraño ver a la voluntariosa Halima completamente cautivada por aquella seductora del Yemen, que ahora me hablaba a mí de nuevo.

—¿Le divirtió a Salah al-Din la observación de Bertrand?

—Sí, noble señora. Se rió y proclamó que era un honor para los creyentes tener un Profeta tan fuerte y viril. Un hombre en todos los sentidos del término. Incluso mencionó el nombre de su espada a este respecto.

—Me complace mucho oír eso —dijo Jamila—, porque yo le dije lo mismo hace muchos años. Algunos de nuestros estudiosos maquillan nuestra historia de modo que un camello parece un cordero, cosa poco saludable para el desarrollo de nuestros intelectos. Tu sultán puede ser muy versado en los hadices, pero no tanto como yo. Recuerdo que en una ocasión, poco después de convertirme en esposa suya, estábamos en la cama y decidió repentinamente practicar el al-Azl, retirándose

en el momento crítico y vertiendo su semilla sobre mi estómago. Yo me mostré ligeramente sorprendida, porque la principal finalidad de nuestro encuentro era proporcionarle un hijo o dos.

»Le dije que el al-Azl era contrario a los hadices. Al principio se quedó un poco abatido, pero echó la cabeza hacia atrás y se rió mucho. Nunca le había hecho reír tanto como en aquella ocasión. Pensó que yo me había inventado aquella referencia al hadiz, pero le di los detalles del Sarán Muslim y el número. Era el 3.371. Todavía lo recuerdo. Salah al-Din se negó a creerme.

«Gritó pidiendo un mensajero y lo envió con una nota a al-Fadil. Ya puedes imaginártelo, Ibn Yakub, era en plena noche. Las estrellas todavía brillaban en el cielo nocturno. ¿Puedes imaginar a un mensajero llamando a la puerta de nuestro venerable cadí con una pregunta urgente del sultán sobre un hadiz determinado que trata del al-Azl? ¿Y si el cadí mismo hubiera sido sorprendido en aquel preciso momento realizando aquella práctica tan poco recomendada? Al cabo de una hora, el mensajero volvió con una respuesta. Al-Fadil confirmaba que mi conocimiento era exacto.

«Durante los dos años siguientes, Salah al-Din me cabalgó como si fuera su yegua favorita. Nuestras semillas se mezclaron abundantemente. Le di un hijo y luego otro. Entonces me dejó sola. Venía a verme a menudo, como sigue haciéndolo todavía, pero normalmente es para discutir asuntos de Estado, poesía o algún que otro hadiz, nunca cosas más íntimas. Es casi como si, a sus ojos, los conocimientos que yo poseo me hubieran transformado en su igual. Me convertí en un hombre temporalmente. ¿Sabes cómo llaman los francos al al-Azl?

Tal conocimiento no estaba alojado en mi cabeza, y levanté las dos manos al cielo en un gesto que acreditaba mi ignorancia. Jamila sonrió.

—Es un nombre más poético que el nuestro. El vuelo de los ángeles.

Su risa era contagiosa, y encontré difícil reprimir una sonrisa, lo cual complació a las dos. En ese momento comprendí cómo y por qué Halima había caído bajo los encantos de aquella mujer, y las perdoné a las dos. Las telarañas habían desaparecido súbitamente de mi cabeza. Mi corazón estaba limpio. Me miraron y observaron el cambio, y se dieron cuenta de que a partir de entonces podían confiar en mí como en un amigo.

Durante un rato no me hicieron caso y hablaron entre sí. Jamila le preguntaba a Halima por una tercera mujer, cuyo nombre nunca había oído mencionar. Estaba muy triste porque Alá no la había bendecido con un hijo.

—Es como un naranjo —dijo Halima— que le pide al leñador que lo corte a trozos, porque no puede soportar la vista de su sombra sin fruto.

Las dos mujeres discutían cómo aligerar la carga de aquella desafortunada mujer. Cuando al final encontraron una forma de aliviar el sufrimiento de su amiga, Jamila me miró.

—¿Crees que hay vida después de la muerte, Ibn Yakub?

Una vez más la sultana me cogía desprevenido. Ibn Maimun y yo a menudo habíamos tocado esa cuestión, pero incluso a solas teníamos mucho cuidado de hablar siempre en parábolas. Cuestionar los principios centrales de su fe era algo más que herejía. Casi bordeaba la locura. Ella me miró directamente a los ojos con una mirada intensa y provocadora, como incitándome a que revelara mis propias dudas.

—Oh, sultana, haces preguntas que los mortales ordinarios ni siquiera se atreven a formular, a menos que sus pensamientos les traicionen accidentalmente. Todos somos el pueblo del Libro. Creemos en la vida eterna. Por preguntar una cosa semejante, nuestros rabinos, el Papa cristiano o vuestro califa de Bagdad te habrían hecho cortar la lengua primero y ejecutado después.

Ella se negó a aceptar mi precaución.

—En la corte de mi padre, oh docto escriba, yo discutía cuestiones de vida y muerte sin restricción alguna. ¿Qué es lo que te pone tan nervioso? Nuestro gran poeta Abu Alá al-Maari lo cuestionaba todo, incluyendo el Corán. Y vivió en Alepo hasta edad muy avanzada. Nunca permitió que autoridad alguna pusiera límites al reino de la razón.

»Ibn Rushd y sus amigos de al-Andalus, que estudiaron, entendieron y desarrollaron la filosofía griega, se sentían también inclinados a la duda. La revelación divina en todos nuestros grandes libros es un tipo de sabiduría. Se basa en la tradición para crear un conjunto de normas, un código de conducta, bajo el cual debemos vivir todos. Pero hay otro tipo de sabiduría, como nos enseñaron los antiguos *yunanis*, y es la sabiduría que puede demostrarse completamente sin recurrir para nada al cielo. Esa sabiduría, como mi tutor en casa me enseñó, se llama razón. Fe y razón chocan a menudo, ¿verdad, Ibn Yakub? Me complace que estés de acuerdo. A diferencia de la razón, la fe divina no puede ser probada nunca. Por eso la fe tiene que ser siempre ciega, o deja de ser fe.

»Y ahora vuelvo a mi pregunta inicial. ¿Estás de acuerdo en que después de la muerte no hay nada? Lo que vemos son hombres y mujeres que viven y mueren y que, después de la muerte, se convierten en barro o en arena. No hay largos viajes al cielo o al infierno. ¿Estás de acuerdo, Ibn Yakub?

—No estoy seguro, señora. No estoy seguro. Quizá Dios en su locura sea más sabio que los hombres en su cordura. Seguramente te proporcione algún consuelo saber que, si estás equivocada y realmente existe un cielo, el séptimo cielo, del cual habló vuestro gran Profeta, es, seguramente, el cielo más delicioso de todos.

Esta vez Halima, con los ojos relampagueantes, respondió con acritud.

—Para los hombres, Ibn Yakub. Shadhi, si llega allí, tendrá erecciones que durarán siete años y un montón de vírgenes para elegir, como manzanas en un árbol, pero tanto nuestro Libro como los hadices se callan y no dicen qué nos

ocurrirá a nosotras, las mujeres. No podemos transformarnos en vírgenes. ¿Habrá muchachos para nosotras, o nos dejarán en nuestra propia compañía? Eso podría estar bien para Jamila y para mí, pero no para la mayoría de nuestras compañeras del harén. ¿Y los eunucos, Ibn Yakub? ¿Qué les ocurrirá a ellos?

La familiar voz del sultán nos sobresaltó a todos.

—¿Por qué tendría que ocurrirles algo a los pobres eunucos? ¿De qué estabais hablando?

Jamila resumió su argumentación y mi réplica. La cara del sultán se suavizó, y se volvió hacia mí.

—¿No estás de acuerdo, buen escriba, en que Jamila sería un buen rival para cualquier estudioso de El Cairo?

—También sería una sabia gobernante, oh emir de los creyentes.

Jamila rió.

—Uno de los problemas de nuestra gran religión es que excluye a la mitad de la población del enriquecimiento de nuestras comunidades. Ibn Rushd observó una vez que si a las mujeres se les permitiera pensar, escribir y trabajar, las tierras de los creyentes serían las más fértiles y ricas del mundo entero.

El sultán se quedó pensativo.

—Algunos argumentaban esto en la época del califa Omar. Le dijeron que la primera mujer del Profeta, Jadiya, era una comerciante de pleno derecho que contrató al Profeta para que trabajara para ella, poco tiempo antes de convertirse en su mujer. Después de morir el Profeta, su esposa Aisha tomó las armas y luchó, y eso fue aceptado en la época. Pero hay muchos hadices que contradicen tal visión, y...

—¡Salah al-Din ibn Ayyub! No empieces otra vez con los hadices.

Él se rió y la conversación derivó hacia un tema mucho más ligero. El conocimiento de las trampas de Shadhi había llegado a todos los rincones de palacio. Halima y Jamila estaban tan intrigadas como el propio sultán. También sentían curiosidad por ver si el caballero se dejaría engañar por el último truco de Shadhi.

El caballero se hallaba alojado en una habitación en la que se podía espiar al ocupante desde todos los rincones de la habitación contigua. Había sido construida por uno de los califas fatimíes, que disfrutaba observando a sus concubinas copulando con sus amantes. Aunque la desgraciada mujer fuera ejecutada posteriormente, verla le excitaba mucho más que poseerla por sí mismo.

Capítulo 14

La muerte del sultán Nur al-Din y la oportunidad de Salah al-Din

Estaba yo en la biblioteca de palacio, absorto en el estudio del mapamundi de al-Idrisi, pues el sultán me había enviado a consultar si Tolosa figuraba en él y, si era así, que se lo llevara inmediatamente.

No había completado mi tarea, cuando Shadhi entró en la biblioteca con una mueca maligna y triunfante en su rostro. Era evidente que había ganado el duelo de voluntades con Bertrand. Le felicité.

—No quiero abochornarte, Ibn Yakub —dijo con tono solemne—. Eres un gran escriba y estudioso, pero muchas de las cosas del mundo te son desconocidas. No me recrearé en los detalles de los acontecimientos que tuvieron lugar la noche pasada en la estancia que ocupa actualmente nuestro caballero de al-Kadisiya. Baste con informarte de que le gustan los jovencitos, y que insiste en llevar a cabo un violento ritual antes de disfrutar de ellos. El cuerpo de ese pobre chico fue puesto a prueba hasta el extremo la noche pasada. Tiene magulladuras y marcas de latigazos en su suave piel, y nuestra tesorería tiene que pagarle el triple de lo que habíamos convenido por culpa de los extraños hábitos de esos caballeros templarios. Nuestros espías han descrito lo que sucedió allí sin ocultarme ningún detalle. Si deseas...

Antes de que el viejo demonio pudiera continuar, apareció uno de los ayudantes del sultán para conducirme a la real presencia sin más dilación. Yo no hice caso del guiño de Shadhi y me apresuré hacia la cámara del sultán, incapaz de encontrar Tolosa en el mapa de al-Idrisi, por otra parte soberbiamente detallado. Él se mostró decepcionado, pero pronto se puso a dictar. Shadhi, irritado ante mi falta de interés por conocer las actividades nocturnas de Bertrand, me siguió hasta allí. Una mirada a la cara del sultán bastó para comprender que no era el momento de extenderse en los hábitos de Bertrand de Tolosa. Se sentó en un rincón como un viejo perro fiel. Salah al-Din no hizo caso de la presencia de Shadhi y empezó a hablar.

—La muerte nos sorprende de varias formas diferentes, Ibn Yakub. De ellas, la muerte en el campo de batalla es la menos angustiosa. Allí uno espera morir. Si Alá decide que no ha llegado todavía tu momento, vives para luchar y morir otro día.

«Nuestro gran sultán Nur al-Din se puso enfermo durante un juego de *chogan*.

Dicen que uno de sus emires hizo trampas en una jugada, y que el sultán perdió la compostura. Su rabia fue tanta que se desmayó. Lo llevaron a la ciudadela de Damasco, pero no acabó de recuperarse. Su médico personal quería hacerle una sangría, pero el orgulloso viejo rehusó con una mirada desdeñosa, diciendo: "A un hombre de sesenta años no se le sangra". Murió pocos días después. Nuestro mundo ha sufrido un duro golpe con su fallecimiento. Era un gran rey y un valioso seguidor de nuestro Profeta. Había iniciado la yihad contra los infieles, y por eso nuestro pueblo le amaba tiernamente. Los buscapleitos o enredadores, la mayoría de ellos eunucos que no tenían nada mejor que hacer, me contaban historias de cómo Nur al-Din estaba preparando un gran ejército para tomar El Cairo y reducirme al estado de vasallo, pero yo despreciaba todos esos chismorreos basados solamente en rumores.

«Nuestras diferencias, que existían ciertamente, no eran el resultado de insignificantes rivalidades. Él sabía que una guerra contra mí sólo beneficiaba a los francos. En lo que estábamos en desacuerdo era en la naturaleza de la ofensiva que debíamos emprender contra el enemigo. Nur al-Din era un rey justo y generoso, pero también impaciente. Yo le había repetido muchas veces que el momento de dar el golpe de gracia debía considerarse cuidadosamente. Si nos equivocábamos, toda nuestra causa se vendría abajo. Pero no se trataba de disputas entre enemigos, sino de desacuerdos entre creyentes.

«Mientras vivió, yo me sentí orgulloso de vivir bajo su sombra gigantesca, pero su muerte cambia por completo el panorama. Si El Cairo y Damasco siguen separados, los francos, mediante el soborno y la guerra combinados, pueden tomar ventaja, aislar la una de la otra y destruir ambas. En su lugar, yo mismo intentaría un plan semejante, por supuesto. Antes de iniciar la batalla, ya sea política ya militar, ya se luche con armas ya con palabras, siempre intento ponerme en el lugar del enemigo. Mi buen al-Fadil prepara un informe exhaustivo que detalla las actividades del enemigo, y nos preparamos para hacerle frente. Tenemos informes de su fuerza, de sus debilidades de carácter y de sus objetivos. Tenemos una lista de sus consejeros y sabios, sabemos cómo piensan y las diferencias que puede haber entre ellos. Con toda esa información en mi cabeza, intento ponerme en el lugar de mi enemigo y averiguar cómo intentarían engañarnos. No acierto siempre, pero sí las veces suficientes para saber que ese sencillo método es muy recomendable.

»Y ahora piensa, Ibn Yakub, piensa. Nur al-Din ha muerto. En Damasco, en Alepo y en al-Mawsil, todos los que desean sucederle están tramando planes para apartar a los rivales de su camino. Me esperan en Damasco para el funeral. Pero yo me quedo en El Cairo. Espero que hagan ellos el primer movimiento. El hijo de Nur al-Din, es-Salih, es sólo un muchacho. Tratan de usarlo para apoderarse del trono. Yo me quedo a un lado.

»En esto llega un mensajero con una carta para mí de Imad al-Din, uno de los

consejeros de más confianza de Nur al-Din, y ahora mío. En la carta me pide que proteja al chico de los cuervos que codician y acechan la ciudadela día y noche. Yo envíé un embajador a Damasco y ofrezco mi lealtad al hijo de Nur al-Din. También advierto a los emires de Damasco que si hacen peligrar la estabilidad del reino, tendrán que enfrentarse a la ira de mi espada.

»A menudo me pregunto cómo es posible que los gobernantes fuertes dejen tras de sí dinastías débiles. ¿Es una maldición de nuestra fe que Alá nos condene a un permanente estado de inestabilidad y caos? Los primeros califas no fueron elegidos sobre un principio hereditario, sino por decisión de los compañeros del Profeta. Las dinastías establecidas por los omeyas y los abasíes acabaron en desastre. Sultanes y visires fomentan acrecentar sus reinos para sus hijos, pero ¿y si sus hijos son incapaces de gobernar, como ha sucedido tantas veces desde la muerte de nuestro Profeta? A veces pienso que sería conveniente tener un Consejo de Sabios que contara con hombres como al-Fadil e Imad al-Din. Esos hombres sabios determinarían la sucesión. Sonríes. ¿Crees que los hombres sabios podrían, a su vez, dar origen a sus propias dinastías de hijos y nietos sabios? Quizá tengas razón. Continuemos esta discusión en otro momento. Nuestro amigo Shadhi se ha dormido ya.

A pesar de los penetrantes ronquidos de Shadhi, me resistí a su sugerencia. Sabía que su mente estaba ahora totalmente concentrada en un objetivo: la reconquista de Jerusalén. La información que le había dado Bertrand de Tolosa estimulaba su confianza. Ahora creía que podía vencer a Amalrico.

Le sugerí que quizá fuera conveniente continuar la historia de sus éxitos en Damasco, venciendo a todos sus rivales y convirtiéndose en el gobernante más poderoso entre los que juraron lealtad a Alá y su Profeta. Pronto se vería envuelto en nuevas luchas. Quizá tuviésemos poco tiempo, y los recuerdos de los anteriores encuentros podían desvanecerse.

Salah al-Din suspiró y asintió.

—Eres demasiado delicado para mencionar otra posibilidad, Ibn Yakub. Podrían matarme en combate y tu historia quedaría a medio concluir, sin acabar de contarse. Tienes mucha razón. Continuemos, aunque hay un peligro del cual debo advertirte. Ahora voy a hablar de hechos que excitaron grandes pasiones. Mis enemigos hablaban de mis conquistas como de actos de ambición personal. Yo era un humilde montañés kurdo con mucha prisa. Sólo me preocupaba dejar una dinastía detrás de mí y enriquecer a mi clan. Te digo esto porque si en algún momento notas que me deslizo por el terreno de la falsedad, mantente libre para preguntarme lo que desees. ¿Queda entendido esto?

Asentí, y él continuó.

—Las noticias más perturbadoras de Damasco llegaron un día en forma de un viejo soldado. Había abandonado la ciudad de su nacimiento con su familia, su rebaño de camellos y todas sus pertenencias y había cruzado el desierto hasta llegar a El Cairo. Fue Shadhi quien le vio un día fuera de palacio, pidiendo audiencia. Aquel anciano había servido con mi padre y mi tío. Era un soldado valiente y cumplidor, y estaba muy unido a la persona de mi padre. Shadhi no perdió el tiempo y lo llevó inmediatamente a mi presencia. Encontramos alojamiento para su familia, aunque él no había venido a pedirnos favor alguno.

»Me informó de que los emires de Damasco pagaban grandes cantidades de oro a los francos para comprar su voluntad. Este acto de traición se había multiplicado cien veces a través de un intercambio de cartas, en el cual habían solicitado a los francos ayuda contra mí. ¿Puedes imaginarlo, Ibn Yakub? Estaban tan asustados sólo con pensar que perdían su propio poder que prefirieron entregar la ciudad a nuestros enemigos. La misma ciudad donde el pueblo debilitado por la aflicción acababa de enterrar a Nur al-Din, que nos enseñó a todos nosotros que nuestra primera tarea era librar a nuestra tierra de esa plaga de langostas, esos adoradores de ídolos y devotos de dos trozos de madera clavados.

»Yo estaba pálido de rabia. En aquel momento me propuse asegurarme de que los francos nunca entrasen en Damasco. El destino nos ayudaría. A partir de la muerte de Nur al-Din, las tres grandes ciudades (Damasco, Alepo y Mosul) se habían dividido. Los eunucos que gobernaban Alepo secuestraron al hijo de Nur al-Din y le convirtieron en un rehén en el tablero de ajedrez del que fuera el reino de su padre. Los nobles de Damasco estaban aterrorizados. Habían perdido el rehén a favor de su rival. Apelaron a Saif al-Din en Mosul, pero éste ya estaba ocupado en tramitar sus propios planes y se negó a ayudarles.

»En aquel momento, se volvieron hacia mí. Era invierno. Temamos que cabalgar por el desierto con sus heladas noches, una perspectiva poco agradable. Llamé a mis comandantes y preparamos una fuerza de mil soldados cuidadosamente seleccionados.

»En esos momentos críticos, el tiempo lo es todo. Cualquier pequeño retraso hace que la victoria se marchite y languidezca a favor de la derrota. Partimos al día siguiente y cabalgamos como si nos dirigiéramos hacia el cielo. Llevábamos un caballo de refresco para cada soldado, permitiendo así que descansaran las bestias, aunque nosotros no descansáramos. Íbamos durmiendo a la vez que cabalgábamos. Al cabo de cuatro días llegamos a las puertas de Damasco. Ya ves, oh fiel escriba, la razón de mi prisa. Aquellos que, en su desesperación, me habían invitado a salvarles con la misma facilidad cambiarían de opinión si aparecía otra alternativa en forma de francos junto a los muros de la ciudad. No quería darles esa oportunidad.

»Cuando entramos en la ciudad vieja, las lágrimas corrían por mi rostro. Aquélla era la ciudad de mi juventud. Fui directamente a la casa de mi padre cruzando calles atestadas de gente que nos vitoreaba a nuestra llegada. Se oían fuertes aclamaciones y los nobles, con las caras más ásperas que el trasero de un camello, me saludaron y me besaron las manos. Habrían hecho lo mismo con Amalrico, aunque no en público. Nuestra gente se habría escondido en sus casas si los francos hubiesen entrado en la ciudad. Y hablo ahora no sólo de los creyentes, Ibn Yakub. Tu gente siempre ha estado con nosotros, pero incluso los viejos cristianos de Damasco, que se llaman a sí mismos coptos, no se sentían inclinados a dar la bienvenida a los caballeros templarios.

»Fue un alegre día, y muchos antiguos amigos vinieron a verme. Imad al-Din, temeroso de los nobles y de las intrigas tramadas entre ellos, abandonó la ciudad y buscó refugio en Bagdad. Mandé a buscarle. Es el al-Fadil de Damasco. Esos dos hombres buenos son mi conciencia y mi cabeza. Si todos los gobernantes poseyeran hombres como éstos, nuestro mundo estaría mucho mejor gobernado. Dejé a mi hermano pequeño, Tughtigin, a cargo de Damasco, y fui a completar la tarea que me había asignado a mí mismo, la tarea de reunificar el reino de Nur al-Din.

»El invierno era cada día más crudo, se hablaba de grandes nevadas en las montañas. Pero yo estaba embriagado por el apoyo del pueblo de Damasco. Decidí no perder más tiempo. A menudo nuestros gobernantes están tan ocupados celebrando una victoria que no son capaces de ver que la juerga les cuesta su reino.

El sultán dejó de hablar de pronto. Yo dejé de escribir y alcé la vista para mirarle. Su rostro estaba exhausto y él sumido en profundos pensamientos. Resultaba difícil saber lo que le había distraído. ¿Era quizás el pensamiento de más guerras y más derramamiento de sangre? ¿O pensaba quizás en Shirkuh, cuyo consejo le sería tan útil en esos momentos?

Me quedé allí paralizado, esperando que me despidiera, pero sus ojos tenían una expresión distante y parecía haber olvidado mi presencia. Albergaba dudas aún, cuando noté la mano de Shadhi en mi hombro. Me indicó que le siguiera y saliera de la cámara real; ambos salimos discretamente, para no perturbar la ensoñación de Salah al-Din. Él nos vio salir y una extraña y helada sonrisa curvó sus labios. A mí me preocupaba su salud. Nunca le había visto así.

Cuando llegué a casa me di cuenta de que yo también estaba debilitado por el trabajo del día. Había pasado cuatro horas sentado con las piernas cruzadas, escribiendo sin parar. Mis piernas y mi brazo derecho necesitaban cuidados. Raquel calentó un poco de aceite de almendras para masajear mis dedos. Después calentó un poco más de aceite para suavizar mis cansadas piernas y excitar lo que yacía, flácido e inerte, entre ellas.

Capítulo 15

Las causas de la melancolía de Shadhi y la historia de su trágico amor

—Estabas preocupado la noche pasada, Ibn Yakub. Pensabas que Salah al-Din se había puesto enfermo, ¿verdad? Yo le he visto con esa extraña expresión en su rostro otras veces. Le ocurre cuando la confusión se apodera de su mente. Normalmente tiene la mente despejada, pero a veces le asaltan dudas. Cuando era muy joven ya le ocurría, se ponía en trance, como los sufíes del desierto. Siempre se recupera, y normalmente después se encuentra mucho mejor. Es como si hubiera tomado un purgante.

»Sí, este viejo loco que tú consideras un payaso iletrado de las montañas sabe mucho más de lo que parece, amigo mío.

Shadhi no estaba tan contento como de costumbre aquella mañana. Tenía los ojos tristes, y eso me preocupó. Había llegado a sentirme muy encariñado con aquel anciano, que conocía a su gobernante mejor que ninguna otra persona viva. Estaba claro que el sultán le quería mucho, pero Shadhi, cuya familiaridad con Salah al-Din molestaba a muchos, incluyendo al cadí, nunca se aprovechó de esa situación. Podía haber tenido cuanto se le antojara: riquezas, reinos o concubinas. Pero era un hombre de gustos morigerados. Para él la felicidad residía en la proximidad a Salah al-Din, a quien consideraba como un hijo.

Le pregunté cuál era la causa de su melancolía.

—Me estoy haciendo viejo día a día. Pronto me iré, y este joven no tendrá ningún hombro en el que derramar sus lágrimas, ninguna persona que le diga que se está comportando como un tonto o como un cabezota. Como sabes, yo raramente rezo, pero hoy he pasado las cuentas y he rogado a Alá que me dé fortaleza durante unos pocos años más, para ver a Salah al-Din entrar en al-Kadisiya. El miedo de que eso no llegue a cumplirse me preocupa un poco.

Durante un rato permaneció callado, y yo me sentí conmovido por ese silencio tan poco habitual. Pero se recuperó pronto, y me cogió por sorpresa.

—Salah al-Din no te hablará más de los problemas que tuvo cuando estaba sometiendo a los herederos de Zengi y Nur al-Din. Creo que los recuerdos de aquellos días le producen dolor. Fueron tiempos difíciles, pero no debes imaginar que él fuera completamente inocente. Oyéndole hablarte ayer, uno podría tener la impresión de que se sintió sorprendido por lo que ocurrió finalmente. No es cierto.

»Su padre, Ayyub, le había preparado paciente y prudentemente para el día en que falleciera Nur al-Din. Recuerdo muy bien a Ayyub advirtiéndole de que la

impaciencia por asegurar el reino de Nur al-Din podía ser fatal, porque siempre tenía que actuar en interés del sultán muerto, o así debía hacérselo creer al pueblo. Él asimiló los consejos de su padre y cuando llegó el momento obró en consecuencia, y actuó bien. El día en que entramos en Damasco y la gente de la ciudad derramó lágrimas de alegría y lanzó flores a nuestro paso, decidió que había llegado ya el momento adecuado. Tenía que asegurarse aquellas tierras y prepararse para el gran encuentro con nuestro enemigo.

»Fue exactamente hace diez años cuando derrotó a los ejércitos unidos de al-Mawsil y Alepo. Nos superaban en una proporción de cinco a uno. Para ganar tiempo, Salah al-Din ofreció a nuestros oponentes un compromiso, pero ellos imaginaron que tenían ya nuestras cabezas en el saco y que podían mostrar la cabeza de nuestro sultán al pueblo de Damasco y rechazaron nuestra oferta de tregua. El sultán se enfureció. Su cara se retorció de desprecio por aquellos idiotas. Habló a sus hombres, eligió y probó a algunos veteranos de El Cairo y Damasco, que habían librado muchas batallas contra los francos. Les anunció que la victoria de aquel día sellaría el destino de los francos y que tenían que luchar contra otros creyentes, traidores a la causa del gran Nur al-Din. Él, Salah al-Din, enarbolaría los colores negro y verde del Profeta y limpiaría de bárbaros aquellas tierras.

«Habíamos tomado una posición en las montañas conocidas como Cuernos de Hamah. Detrás estaba el valle regado por el río Orontes. La voz de Salah al-Din llegaba hasta la llanura, igual que las aclamaciones de sus soldados, pero los pavos reales de al-Mawsil y Alepo, seguros de su éxito, no prestaron atención a las tácticas militares y condujeron sus tropas a través del barranco, y nosotros les destruimos. Muchos de sus soldados abandonaron a sus generales y se unieron a nuestras filas. Sus jefes derrotados suplicaron misericordia y Salah al-Din, siempre consciente de la precaución de su padre, aceptó una tregua. Con eso consiguió todo lo que quiso, excepto la ciudadela de Alepo. También le pertenecería, pero más tarde.

«Aquella no fue una victoria corriente, mi buen escriba. Convirtió al sultán en el gobernante más poderoso de la Tierra. Fue entonces cuando se proclamó sultán de Misr y Sham. Se acuñaron monedas de oro con su nombre y el califa de Bagdad le mandó los documentos que confirmaban su nueva posición. También le envió la ropa que debía vestir como sultán.

»Pero aquél no fue el final de la historia. No, ni mucho menos. El orgullo herido de los nobles de Alepo hizo que emprendieran un último intento de librarse de aquel impertinente kurdo. Enviaron un mensaje al jeque Sin, el chiita, que vivía en las montañas. El jeque estaba rodeado por una banda de hombres entrenados en el arte de seguir a los hombres y matarlos uno a uno. Era partidario de los fatimíes y tenía buenas razones para intentar eliminar a nuestro sultán.

»El hecho de que la solicitud no partiera de los fatimíes que quedaban, sino de

nobles suníes, decidió la resolución de Sinan. Imad al-Din, a quien espero que conocerás pronto, informó al sultán de que los seguidores del jeque Sinan acostumbraban a fumar grandes cantidades de *banj* o hachís antes de embarcarse en sus particulares misiones. Sólo así intoxicados y soñando con otros placeres podían aquellos *hashishin* matar a las órdenes del jeque. Hicieron dos intentos para acabar con la vida del sultán. Si un soldado no hubiera dado la voz de alarma y Salah al-Din no hubiese llevado su chaqueta especial acolchada para protegerse del frío en las noches del desierto, le habrían matado. Sólo una daga le tocó antes de que sus asaltantes fueran detenidos.

«Después de esos intentos de asesinato, finalmente él se reunió con el jeque Sinan y convino una tregua. En una ocasión, cuando Sinan se vio amenazado por un rival, incluso enviamos soldados a defenderle. Nunca volvió a intentar nada. Se contaron todo tipo de historias acerca del pacto. Algunos dijeron que el jeque tenía poderes mágicos y que podía hacerse invisible. Otros dijeron que, cuando se vio rodeado por nuestros soldados, el jeque se defendió ejerciendo una fuerza misteriosa a su alrededor que le protegía de las armas. Tales cuentos eran difundidos por los *hashishin* para promover el mito de su imbatibilidad. Pero debo decirte una cosa, Ibn Yakub. Fuera por el hachís o por los sueños del paraíso, no hay duda de que los hombres del jeque Sinan eran extremadamente eficientes y capaces de alcanzar cualquier objetivo. Todos suspiramos con alivio y dimos gracias a Alá cuando Salah al-Din y Sinan acordaron respetarse mutuamente.

«Unos pocos meses después, el sultán entró en Alepo y fue reconocido como sultán de todos los territorios sobre los que gobernaba. Nombró al hijo de Nur al-Din, es-Salih, gobernador de Alepo. Confirmó al primo de Salih, Saif al-Din, como gobernador de al-Mawsil, y accedió a mantener la paz durante seis años. Creo que fue demasiado precavido. Se estaba comportando tal como le había aconsejado su padre, pero en aquella ocasión me parece a mí que hubiera necesitado un poco más del espíritu de su tío Shirkuh. Tenía que haber eliminado a es-Salih y haberse encargado de los perros de Mosul, hombres tan malvados que no hubieran dudado en mearse encima de sus propias madres.

«Sí, eso le dije yo, pero él sonrió, con la misma sonrisa que su padre. Había dado su palabra, y eso bastaba. Aquel sultán nunca faltaría a su palabra, aunque sus enemigos se aprovecharan a menudo de ese hecho.

«Los francos, por ejemplo, creían, como buenos cristianos que eran, que ninguna promesa hecha a un infiel comprometía en modo alguno a los que habían dado su palabra. Esos cabrones adoradores de ídolos rompían los tratados cuando les convenía. Nuestro sultán era demasiado honrado. Creo que fueron sus orígenes. En las montañas, la palabra de un kurdo, una vez dada, no se retira nunca. Esta tradición se remonta a miles de años, mucho antes de que nuestro Profeta, que la paz le acompañe, llegara a este mundo.

»Amalrico, rey de Jerusalén, había muerto y le sucedió su hijo de catorce años, Balduino, un pobre chico que padecía lepra. Bertrand de Tolosa nos advirtió ya contra Raimundo, conde de Trípoli, tío del muchacho. Éste se había convertido en realidad en el rey de los francos. Salah al-Din selló una paz de dos años con Balduino. No quería ser derrotado en Misr, mientras se dirigía hacia Siria.

»El hermano del sultán, Turan Shah, se quedó a cargo de Damasco, y el sultán, yo mismo y sus guardias personales volvimos a El Cairo. Llevábamos dos años enteros ausentes de la capital, pero no hubo problemas. El cadí al-Fadil había administrado el Estado en ausencia del sultán.

»Lo había hecho tan bien que Salah al-Din, al felicitarle, le preguntó: "Al-Fadil, dime una cosa. ¿Realmente es necesario un sultán? Me parece que este Estado funciona perfectamente bien sin gobernante". El cadí movió la cabeza, complacido, pero aseguró al sultán que sin su autoridad y prestigio él, el cadí, no hubiera podido hacer nada.

»En cuanto a mí, Ibn Yakub, creo que ambos tenían razón. ¿Sabes una cosa? En las montañas de Armenia, el padre de Ayyub y de Shirkuh gozaba de la lealtad del pueblo porque ellos sabían que era uno de los suyos. Que les defendería a ellos y a cada una de sus ovejas y cabezas de ganado contra las incursiones de los pueblos vecinos.

»Sé que me estoy haciendo viejo y quizás un poco simple, pero me parece que si uno mantiene la paz y defiende a su pueblo, el título que se le dé no tiene demasiada importancia.

Miré con detenimiento a aquel anciano. Las arrugas de su cara parecían haberse multiplicado desde que le conocí. Sólo le quedaban ocho o nueve dientes en la boca, y estaba totalmente sordo del oído izquierdo. Sin embargo, en su cabeza se escondían décadas de insospechada sabiduría, verdades que había aprendido a lo largo de la rica experiencia que la vida le había aportado. Su lengua no tenía freno, y no respetaba a nadie, fuera sultán o mameluco.

Era esa capacidad suya de decir lo que se le ocurría en cada momento lo que le hacía indispensable para Salah al-Din, y antes de él para Ayyub y Shirkuh. A menudo asumimos que las personas que se encuentran en puestos de poder prefieren los aduladores a los que les dicen desagradables verdades, pero esto sólo es aplicable a los gobernantes débiles, a los hombres incapaces de entenderse a sí mismos, y ya no digamos nada sobre comprender las necesidades de sus súbditos. Los buenos gobernantes, los sultanes fuertes, necesitan a hombres como Shadhi, que no temen a nada.

Mientras le veía masticar lentamente unas nueces bajo el sol invernal, sentí que una oleada de afecto por él invadía todo mi ser. De repente, quise saber más de su

vida. Conocía su procedencia, pero ¿se había casado alguna vez? ¿Tuvo hijos? ¿Fue uno de esos hombres que prefieren a los de su sexo a la presencia de una mujer? En el pasado aquello me intrigaba, pero mi interés declinó y nunca se lo llegué a preguntar. Pero ese día, por alguna razón que nada tenía que ver con él, mi curiosidad se despertó.

—Shadhi —dije, hablándole con suave voz—, ¿hubo alguna mujer en tu vida?

Su rostro, relajado al sol, se tensó como si algo le hubiera puesto alerta. La pregunta le sobresaltó. Me miró frunciendo el ceño, que proyectaba una oscura sombra sobre su rostro. Durante unos minutos reinó un silencio opresivo. Entonces gruñó.

—¿Alguien te ha contado historias sobre mí? ¿Quién?

Yo negué con la cabeza.

—No, querido amigo, nadie me ha hablado de ti sino con afecto. Te he hecho esta pregunta porque me intrigaba que una persona tan sabia y llena de vida como tú no hubiera formado nunca una familia propia. Si el tema te es doloroso, olvida mi intrusión. Me retiraré.

Él sonrió.

—Sí que es doloroso, escriba. Lo sucedido tuvo lugar hace setenta años, pero todavía siento aquel dolor, aquí, en mi corazón. El pasado es frágil. Hay que manejarlo con mucho cuidado, como carbones encendidos. Nunca he hablado con nadie de lo que ocurrió, a lo largo de todos estos años, pero me has hecho esta pregunta con tanto afecto en tu voz que te voy a contar mi historia, aunque sólo me interesa a mí y no afecta a nadie más. Shirkuh era el único que la conocía. Debo advertirte que no se trata de una historia especial. Sencillamente, lo que ocurrió hirió profundamente mi corazón, y nunca llegué a recuperarme. ¿Estás seguro de que quieres oírlo?

Yo asentí y estreché su mano pálida.

—Yo tenía diecinueve años. Cada primavera mi «vitalidad» aumentaba y encontraba a alguna muchacha del pueblo con la que satisfacer mi lujuria. No era diferente de los demás, salvo, por supuesto, de aquellos chicos que tienen dificultades para encontrar mujeres y trepan a las montañas en busca de ovejas y cabras. Pareces sorprendido, Ibn Yakub. Recobra tu compostura. Me preguntabas por mi historia y a ella voy, aunque a mi manera. ¡Cuando éramos niños decíamos que si montabas a una oveja el pene se te ponía más gordo, y si montabas a una cabra, más delgado y largo!

»Veo que esto no te divierte, pero la vida en las montañas es muy diferente a la de El Cairo o a la de Damasco. La verdadera función de estas grandes ciudades es controlar nuestra espontaneidad e imponer un conjunto de normas a nuestra conducta. En las montañas somos libres. Cerca de nuestro pueblo había tres montañas. Podíamos perdernos allí y tumbarnos en la hierba y contemplar la puesta

de sol, y permitir que la naturaleza nos subyugara.

»Un día mi padre real, el abuelo de tu sultán, atacó una caravana que pasaba y trajo el "botín" a casa. Parte del fruto del saqueo era un grupo de jóvenes esclavos, tres hermanos de ocho, diez y once años y su hermana mayor de diecisiete.

»Eran judíos de Burgos, de al-Andalus. Habían viajado con su familia hasta las proximidades de Damasco, y allí fueron capturados por unos traficantes de esclavos. El padre, el tío y la madre fueron asesinados en el camino, y los comerciantes les robaron el oro. Los niños fueron llevados al mercado de Basra para ser vendidos.

»La tristeza que había en los ojos de aquella muchacha me conmovió como nada lo había hecho antes, ni después. Tenía a sus hermanos apretados contra su corazón y esperaba pacientemente su destino. Les dimos ropas, los alimentamos y los llevamos a dormir. Nuestro clan les adoptó y los muchachos crecieron como kurdos, y lucharon en muchas de nuestras batallas. En cuanto a la chica, Ibn Yakub, ¿qué puedo decir? Todavía la veo ante mí: el pelo oscuro que le llegaba a la cintura, la cara tan pálida como la arena del desierto, los ojos tristes como los de un gamo que se da cuenta de que está atrapado. Aun así, podía sonreír, y cuando sonreía todo su rostro se transformaba e iluminaba los corazones de los afortunados que se encontraban junto a ella.

»Al principio yo la adoré desde lejos, pero luego empezamos a hablar y, al cabo de un tiempo, nos hicimos íntimos amigos. Nos sentábamos junto al río, cerca de donde crecían las fragantes lilas, y nos contábamos historias. Ella se echaba a llorar cuando recordaba cómo fueron asesinados sus padres por los bandidos. No podía pensar en nada más que en ella, Ibn Yakub. Le pedí que se convirtiera en mi esposa, pero ella sonrió y se negó porque decía que era demasiado pronto para tomar decisiones tan importantes, que debía ser libre antes de poder decidir algo y además porque tenía que cuidar a sus hermanos. Dijo de todo menos que me amaba.

»Sabía que ella se preocupaba por mí, pero lo que a mí me preocupaba era su resistencia. A veces me mostraba frío y distante, sin hacerle caso cuando venía a buscarme para hablar conmigo o cuando me traía un vaso de zumo de albaricoque. Aún puedo verla rogándome con los ojos que le dedicara un poco de tiempo, pero mi respuesta seguía siendo cruel. Era orgullo herido, y para nosotros, los hombres de las montañas, mi querido escriba, el orgullo es la cosa más importante del mundo.

»Todos mis amigos sabían que yo perdía la cabeza por ella. Me veían loco de amor, como los personajes a los que solíamos cantar en las noches de luna llena, cuando hablábamos de conquistar el mundo. Mis amigos empezaron a burlarse de mí y de ella. Aquello me decidió más todavía a herirla y a ofender su sensibilidad y sus sentimientos.

«Cuántas veces habré maldecido este cielo, esta tierra, esta cabeza mía, este

corazón, este feo y desgraciado cuerpo mío por no haber entendido que ella era una flor delicada, que debía cuidarla y protegerla. Mi pasión la espantaba. Pronto su deleite al verme se transformó en melancolía. Cuando yo me acercaba, su rostro se contraía de dolor. Se había convertido en un pájaro temeroso. Aunque yo sólo tenía veinte años, empecé a sentir que resultaba fatal para los seres jóvenes y tiernos.

»Todo esto ocurrió hace mucho tiempo, amigo mío, pero ya habrás notado que mi mano tiembla aún cuando hablo de ella. Hay un temblor o agitación en mi corazón, y estoy empezando a perder mis fuerzas. Quiero hundirme ya en la tierra, y ese momento no puede estar demasiado lejos, alabado sea Alá. Estás esperando con impaciencia que llegue al final, pero no estoy seguro de poder hacerlo hoy. Ah, ahora pareces realmente preocupado. Bueno, pues acabaré, Ibn Yakub.

»Una tarde, un grupo de jóvenes habíamos estado bebiendo *tamr*, vino de dátiles, y cantando la *jamriya* hasta caer rendidos y borrachos. Yo, además, me sentía muy desgraciado. Era una noche de verano muy cálida. El cielo brillaba resplandeciente de estrellas, y la débil luz de una luna menguante se reflejaba en el agua. Me separé de mi grupo y fui al río, al lugar donde ella y yo solíamos reunirnos y hablar. Al principio pensé que imaginaba su presencia. Mi intuición no me engañaba. Abrumada por el calor de la tarde, ella se había quitado la ropa y allí estaba, desnuda como el día que nació, bañándose a la luz de la luna. Aquella visión me hizo perder la cabeza. Los sentidos me abandonaron, Ibn Yakub. Que Alá no me perdona nunca por lo que hice aquella noche.

»Sé por tus ojos espantados que lo has adivinado. Sí, tienes razón, amigo mío. Yo estaba en las garras de un frenesí animal, aunque casi todos los animales, a decir verdad, son amables con los de su especie. La forcé contra su voluntad. Ella no gritó, pero nunca olvidaré la expresión de su rostro, una mezcla de miedo y de sorpresa. La dejé allí junto al agua, y volví al pueblo. Ella no volvió nunca. Pocos días después encontraron su cuerpo. Se había suicidado, se había ahogado. Podrías pensar que una bestia como yo se recuperaría, encontraría a otra mujer, se casaría con ella y tendría hijos. Pero quizá con su muerte murió también el animal que había en mí. Mi corazón lo hizo, ciertamente, y cuando pienso en él lo veo enterrado junto a aquel arroyo de las montañas de Armenia. Descubrí y perdí un tesoro sin precio. Nunca volví a mirar ni a tocar a otra mujer, nunca. El alcohol también desapareció de mi vida. Alá tiene sus propias formas de castigarnos.

A menudo, después de una de sus historias, Shadhi esperaba mi reacción, discutíamos los detalles y le hacía preguntas. También solíamos compartir un vaso de agua caliente o de leche con almendras, pero aquel día no. Aquel día él se puso en pie lentamente y se alejó cojeando, probablemente maldiciéndome interiormente por haberle obligado a revivir aquellos dolorosos recuerdos. Había dicho que el

pasado siempre es frágil, y mientras veía encorvarse su espalda al alejarse, pensé que él mismo, en su propia persona, simbolizaba aquellas palabras.

Yo estaba afectado por aquella historia. Forzar a una mujer no es muy frecuente, pero el castigo que Shadhi se infligió a sí mismo fue realmente ejemplar. Mi estima por aquel anciano, a quien ya estaba muy unido, creció aún más.

Capítulo 16

Conozco al gran erudito miad al-Din y me maravillo ante su prodigiosa memoria

Como tenía por costumbre, entré en la biblioteca de palacio para echar un vistazo mientras esperaba a que el sultán me llamase. Cuál no sería mi sorpresa cuando la persona que vino a buscarme aquel día fue el erudito e historiador Imad al-Din en persona. Aunque era ya sesentón, no había muchos cabellos blancos en su cabeza, ni en su barba. Era un hombre imponente, bastante más alto que el sultán o que yo mismo. Uno de sus libros, *Jaridat al-kasr wadjaridat ahl al-asr*, una ilustrada y esclarecedora antología de poesía árabe contemporánea, acababa de salir a la luz entre la general aclamación.

Normalmente él prefería vivir en Damasco, pero el sultán le convocó en El Cairo para que ayudase en los preparativos finales de la nueva yihad. Imad al-Din era considerado un gran estilista. Cuando recitaba poesía o leía un ensayo, su lectura se veía salpicada con comentarios apreciativos o exclamaciones. Yo respetaba enormemente su trabajo, pero prefería la escritura más sencilla. Las construcciones de Imad al-Din eran demasiado floridas, demasiado elaboradas y preciosistas, faltas de espontaneidad para mis gustos ligeramente primitivos.

Mientras atravesábamos varias habitaciones, me dijo que había oído decir muchas cosas buenas de mí. Esperaba tener tiempo un día para leer mi transcripción de las palabras del sultán.

—Espero que mejores las palabras de nuestro gobernante mientras las pones por escrito, Ibn Yakub. Salah al-Din, que reine para siempre, no presta demasiada atención al estilo. Ése es tu trabajo, amigo mío. Si necesitaras mi ayuda, no dudes en pedírmela.

Yo agradecí su amable ofrecimiento con una sonrisa y una reverencia. Interiormente estaba furioso. Imad al-Din era un erudito. De eso no cabía la menor duda. Pero ¿qué derecho tenía a imponer su voluntad sobre el proyecto personal del sultán, en el cual yo y solamente yo estaba comprometido? Llegábamos ya a la cámara del sultán, pero sólo Shadhi estaba presente.

—Por favor, sentaos y poneos cómodos —dijo el anciano, encogiéndose de hombros—. Han requerido la presencia de Salah al-Din en el harén. Parece ser que Jamila ha creado algún tipo de problema.

Hubo un incómodo silencio. La inhibidora presencia de Imad al-Din significaba que yo no podía preguntar y Shadhi no podía adelantar información alguna concerniente a Jamila. Era bien sabido que Imad al-Din no se preocupaba

por las mujeres en absoluto. Para él la verdadera satisfacción, tanto intelectual como emocional, provenía única y exclusivamente de la compañía de los hombres.

Como si se diera cuenta de que los dos estábamos tensos, Imad al-Din se aclaró la garganta, lo cual tomé yo como una indicación de que reclamaba la atención que se debía a una persona de su rango. Shadhi, que no respetaba a nada ni a nadie, ventoseó sonora y deliberadamente mientras salía de la habitación, dejándome solo con el gran maestro.

Mientras me exprimía el cerebro buscando una forma de iniciar la conversación con aquel ilustre erudito, me sentí incómodo e intimidado. Se decía que Imad al-Din sólo necesitaba ver u oír algo una vez para no olvidarlo jamás. Si alguien le había contado una historia hacía años y, olvidando ese hecho, empezaba a repetirla en su presencia, él la recordaba con tanta perfección que inmediatamente señalaba las diferencias entre ambas versiones... para gran vergüenza del que la contaba.

Podía recordar no sólo la hora del día o de la noche en que había ocurrido determinado incidente, sino también todas las circunstancias que lo rodeaban. Una vez el sultán le preguntó cómo podía recordar tantas cosas. Él explicó que su método consistía en rememorar primero los detalles, como por ejemplo el árbol bajo cuya sombra descansaban los oyentes cuando se relataba la historia, o el viaje en barco que estaban haciendo, la costa y el momento del día: a partir de ahí, todo aparecía con claridad. Yo estuve presente durante aquella discusión hacía algunos meses, pero no fui capaz de transcribirla. Me quedé tan fascinado por la manera de hablar de Imad al-Din y su suave e incitante voz que me olvidé de todo lo demás.

—Con respeto, oh maestro, se dice que tu intención no es convertirte en secretario de la cancillería del sultán, sino concentrar tus grandes dotes en escribir tus propias obras. ¿Sería acertada tal presunción?

—No. No es acertada. Cuando estudiaba los textos y las cartas formulados por al-Fadil en El Cairo, me di cuenta de que yo podía hacer lo mismo en Damasco. Pensaba que sería un trabajo muy difícil, pero Alá me ayudó. Deseché todas las antiguas formas de componer una carta política y desarrollé un estilo completamente nuevo. Esto, mi querido joven, asombró a gobernantes como el sultán de Persia e incluso al Papa de Roma. El último sultán, Nur al-Din, que la paz sea con él, estaba tan complacido con mi trabajo que me nombró *mushrif*. Ya estaba a cargo de toda la administración del Estado. Esto molestó a muchas personas que tenían la sensación de que yo había pasado por encima de ellos. Trataron de dificultarme las cosas.

«Recuerdo una ocasión en concreto. Había llegado un enviado del califa de Bagdad con una carta para Nur al-Din. Mis mezquinos enemigos no me invitaron a la recepción del representante diplomático. El viejo sultán notó mi ausencia. Ordenó que se detuvieran todos los procedimientos y mandó que fueran a buscarme. El

sultán me entregó la carta para que yo la leyera, pero al-Qaisarini, que estaba presente en lugar del visir aquel día, me arrebató la carta de las manos. Yo le seguí la corriente, pero mientras fue leyendo yo corregía sus errores y le guiaba cuando se perdía en la lectura. Recuerdo que después, cuando nos quedamos solos, Nur al-Din se rió de lo que había pasado... y eso que el sultán no era muy aficionado a apreciar las bromas. Aquel día se rió y me cumplimentó por mis dotes diplomáticas.

Iba a continuar cuando nuestra conversación se vio interrumpida por la entrada del sultán. Yo me puse de pie y saludé, pero Salah al-Din empujó por los hombros a Imad al-Din para evitar que se levantara.

—¿Estabas instruyendo a Ibn Yakub?

—No, señor. No. Simplemente estaba corrigiendo un malentendido histórico concerniente a mi pasado.

El sultán sonrió.

—No debes fatigar tu memoria, Imad al-Din. A veces creo que memorizas demasiadas cosas. Necesito que estés listo para las guerras que tenemos que emprender. Es posible que yo caiga. Tú solo tendrás que ser capaz de recordar todos y cada uno de los detalles de la yihad y asegurar su difusión entre los creyentes.

El secretario inclinó la cabeza, y el sultán indicó que podía retirarse. Una vez estuvimos solos, empezó a hablar.

—Como sabes, yo aprecio a la sultana Jamila y su gran inteligencia. Sin embargo, a veces me pregunto cómo una mujer tan capaz puede crear unos embrollos tan mayúsculos. Parece que ella y Halima se han aislado del resto de las mujeres. Jamila dirige un grupo de seis o siete mujeres y las educa y las prepara a su manera. Esto crea tensión y hostilidad, ya que ni Jamila ni Halima están muy dispuestas a ocultar su desprecio por aquellas que prefieren disfrutar de los placeres de la vida y negarse por completo a cultivar sus mentes, viviendo única y exclusivamente para el placer. A estas mujeres no les preocupa en absoluto la yihad o la filosofía de Ibn Rushd. Y por eso Jamila desea castigarlas. Me vi obligado a reñirla y a insistir en que no imponga su voluntad a las otras. Ella acató la orden delante de las demás, pero de mala gana. Luego me retiré inmediatamente, pero no tengas ningún cuidado, Ibn Yakub, que ella intentará halagar tus oídos y los míos antes de acabar la semana. Esa mujer nunca acepta la derrota. No estoy de humor para dictar hoy. Hablaremos mañana.

»Cuando te retires, por favor, pídele a Shadhi que envíe a al-Fadil, a Imad al-Din y a Qara Kush a mi cámara. Pareces sorprendido. Hay importantes decisiones que hemos de tomar los próximos días.

Yo estaba un poco decepcionado porque me pidió que me retirase, y por primera vez dije lo que pensaba.

—Haré lo que me manda, pero me parecería más lógico poder quedarme

también. He sido yo el elegido para escribir las memorias del sultán. Me quedaré en silencio y tomaré notas, y la exactitud de las mismas podrá ser comprobada por el cadí.

Él pareció divertido, como si su corcel favorito le hubiera tirado de la silla.

—Hay algunas cosas, Ibn Yakub, que es mejor que no se digan. No creas que no soy consciente de tu desilusión cuando te pido que te retires y no asistas a reuniones en las que se van a discutir temas de Estado de la mayor trascendencia. Es por tu propia seguridad, tanto como por la nuestra. Todos mis enemigos saben que me ves todos los días. Y saben que te hago salir de la estancia cuando planeamos tácticas para la fase siguiente de la yihad.

»Nada de lo que ocurre en este palacio es secreto. Dentro de pocas horas, estas historias llegarán al harén, y los rumores viajan rápidamente de allí a la ciudad. Si se sabe que tú asistes a los más secretos y exclusivos consejos de Estado, tu vida estaría en peligro. Ésta es la razón. Sin embargo, la reunión de esta noche es completamente improvisada. Así que puedes quedarte sentado a distancia, observar y tomar notas, pero no será al-Fadil el que compruebe su exactitud, sino Imad al-Din. Él lo recuerda todo.

Yo me incliné para mostrar mi gratitud mientras salía de la habitación. Estaba complacido por haber encontrado el coraje suficiente para desafiar su decisión y, por alguna insondable razón, aquella pequeña victoria me proporcionaba un enorme placer. Fuera encontré a Shadhi, y le informé de las órdenes del sultán. El anciano envió a un mensajero para avisar a los tres hombres que volvieran a palacio sin demora. Luego se volvió hacia mí.

—¿Y qué opinas de nuestro gran erudito, el noble Imad al-Din?

—Tengo muy buena opinión de él, pero quizá no tan buena como la que tiene él de sí mismo.

Shadhi se echó a reír.

—Ese hijo de puta, al-Wahrani, ha escrito una nueva canción sobre él y su amante.

—¿Quién es su amante?

—Ese lindo muchacho con el pelo rizado. El cantante. ¿Sabes a quién me refiero? Creo que su nombre es al-Murtada. Sí, así se llama. De todos modos, la canción dice así:

»Para nuestro gran sabio Imad al-Din,
el texto favorito es al-Murtada
aunque sin ropa alguna.
A cuatro patas fornican como perros,
y beben vino del ombligo de esclavas y de putas.

Estábamos riéndonos de la broma, cuando Imad al-Din pasó junto a nosotros en animada conversación con el cadí al-Fadil. Al verle me quedé serio de pronto, pero Shadhi estaba completamente fuera de sí. Reía a carcajadas y le corrían las lágrimas por las mejillas. Le dejé en aquel estado y seguí a los dos hombres hacia la cámara del sultán. A poca distancia oí las suaves pisadas del fiel Qara *Kush*. Le esperé para ir juntos, y nos dirigimos hacia allí.

Estaba claro que la discusión había empezado varios días antes. El principal tema a decidir era la marcha del sultán a Damasco. Todos creían que ya que El Cairo y el resto del país se encontraban tranquilos, era el momento de que el sultán regresara a Damasco, donde había graves problemas que requerían su atención.

Imad al-Din informó de que Farruj Shah, sobrino de Salah al-Din y gobernador de Damasco, no era un buen administrador. Amante del lujo, se negaba a considerar las necesidades de la yihad en su conjunto, y tomaba decisiones que mermaban los bienes del tesoro. Imad al-Din apoyaba con vehemencia el traslado de la corte de El Cairo a Damasco. Qara *Kush* se resistía a ese traslado, pero no era demasiado convincente. Incapaz de dar una sola razón de peso para su argumentación, se limitó a cantar las alabanzas del sultán, aduciendo que sin su serena y noble presencia temía que el país pudiera degenerar.

Observaciones de este tipo irritaban al sultán. Reprendió a su mayordomo con voz severa, señalando que la única razón en la que podía basar su decisión era preguntándose simplemente: ¿acercará esto la derrota del enemigo y la toma de al-Kadisiya? Se negó a aprobar cualquier otro criterio.

Entonces habló al-Fadil. Explicó que si la única condición para la decisión del sultán era aquélla, entonces el traslado a Damasco era inevitable. Al-Kadisiya no se conquistaría nunca usando El Cairo como centro de operaciones. Al mismo tiempo, expresó cierta preocupación de lo que podría ocurrir aquí en ausencia del sultán.

Salah al-Din le dejó hablar durante un rato, antes de interrumpirle con un gesto de la mano.

—Creo que los argumentos para fortalecer Damasco y las otras ciudades del Sham son irrefutables. Si vamos a conquistar al-Kadisiya, debo asegurarme de que todas mis ciudades están en manos firmes. No podemos confiar en la suerte ni en la esperanza de que los creyentes no nos traicionen. Como nunca dejo de decir a nuestra gente, ése ha sido el curso normal de nuestra fe. Partiremos exactamente dentro de diez días. Tú, Ibn Yakub, vendrás con nosotros a Damasco, con tu mujer y tu hija, porque sólo Alá sabe cuánto tiempo vamos a permanecer fuera. Y volveremos a El Cairo después de que nuestra tarea se vea cumplida, Alá es grande, y no antes. Me gusta esta ciudad. Guardo buenos recuerdos de ella.

»Tu trabajo, Qara *Kush*, es asegurarte de que, cuando yo regrese, la ciudadela esté concluida. Allí me alojaré. Como sabes, no me gusta demasiado este viejo palacio.

Todos los presentes sonrieron, pero la cara de Imad al-Din se nubló, y cuando habló, había una cierta ira solapada en su voz.

—Que dormís mejor en las ciudadelas es de todos sabido, oh, sultán, pero debo rogaros que mantengáis cierto control sobre Qara Kush. Está muy atareado vendiendo todos los libros de las bibliotecas de palacio. Algunos de los idiotas que los compran son tan ignorantes que pagan de acuerdo con su peso, más que por su contenido. Sé que Qara Kush desprecia los conocimientos, pero lo que ha estado vendiendo constituye nuestro patrimonio. Solamente en la biblioteca de este palacio tenemos la colección más completa de libros de medicina y filosofía y...

Antes de que pudiera concluir, el sultán le interrumpió.

—¡Qara Kush! Eso no me gusta nada. Por favor, asegúrate de que se consulta a Imad al-Din antes de vender ningún libro más.

Qara Kush asintió haciéndose cargo de la orden.

—Una última cosa. Bertrand de Tolosa ha expresado el deseo de volver a su país. Nos ayudará desde allí, y nos mantendrá informados de los movimientos de los jefes francos. Quiero que se le dé un salvoconducto y una escolta en un barco mercante. Que se le dé todo lo que necesite. ¿Te ocuparás de ello personalmente, al-Fadil? Quiero que ese caballero regrese sano y salvo con su familia.

El cadí asintió y Salah al-Din dio unas palmadas. Tres asistentes, caras familiares para mí porque estaban apostados permanentemente en el exterior de la cámara del sultán, entraron y prepararon la mesa. Nos sirvieron una comida frugal, cuyos platos podía predecir. Tal como yo sospechaba, habría pan y tres variedades de judías cocidas. No se hicieron concesiones por la presencia de Imad al-Din, cuyo sibaritismo en comida era bien conocido. Sus banquetes constaban de varios platos, y siempre incluían alguna receta nueva que dejaba a sus huéspedes asombrados. Yo contemplé la cara de nuestro más ilustre historiador vivo. No reflejaba emoción alguna. Como todos nosotros, imitó al sultán y mojó el pan en el guiso. El sultán le miró.

—¿Merece tu aprobación esta humilde comida, Imad al-Din?

No había respuesta posible, pero el gran hombre se llevó la mano al corazón para dar a entender su aprobación y gratitud. Cuando salíamos de la cámara oí que le susurraba a al-Fadil:

—Uno sólo debería comer con Salah al-Din si padece de estreñimiento y necesita con urgencia activar los intestinos.

Capítulo 17

Llego a casa inesperadamente y encuentro a Ibn Maimun fornicando con mi mujer

Se me había asignado una cámara en palacio porque normalmente, después de una noche de trabajo, no regresaba a casa. Pasaba ya de la medianoche y, de no haber oído refunfuñar a al-Fadil porque a causa de la reunión con el sultán había tenido que abreviar su consulta con Ibn Maimun, me habría quedado en palacio. Esto me hizo recordar que no había visto a Ibn Maimun desde hacía largo tiempo, y quería que estuviera presente cuando le contara a Raquel que nos íbamos a trasladar a Damasco. Por eso decidí correr a casa.

Cuando llegué me sorprendí al ver las lámparas todavía encendidas. No deseando despertar a mi huésped o a mi familia, entré sigilosamente. Imaginad mi sorpresa cuando al entrar en la habitación abovedada vi a Ibn Maimun yaciendo de espaldas, con la túnica remangada sobre el estómago y cubriéndole la cara mientras Raquel, mi Raquel, estaba sentada a horcajadas sobre él y se movía arriba y abajo como si estuviera disfrutando de una cabalgada matutina en un poni amaestrado. Ella estaba completamente desnuda, y sus pechos se movían al mismo ritmo que el resto de su cuerpo. Me quedé paralizado. Rabia, vergüenza y miedo se combinaron para aturdirme. Estaba horrorizado. ¿Sería un espejismo? ¿Una pesadilla? ¿Estaba durmiendo en mi habitación de palacio?

Me quedé de pie en el rincón oscuro de la habitación observando el progreso de la fornicación. Y tosí. Fue ella quien me vio primero, gritó como si se le hubiera aparecido el demonio en persona y salió corriendo de la habitación. Yo me acerqué a nuestro gran filósofo, que acababa de cubrirse como pudo su pene erecto.

—Que la paz sea contigo, Ibn Maimun. ¿Te ha dado la bienvenida Raquel? ¿Le estabas haciendo una demostración de algún pasaje de tu *Guía de perplejos*, sólo por su bien?

No replicó, se sentó y escondió la cara entre las manos. Ninguno de los dos habló durante largo rato. Su voz estrangulada murmuró una disculpa.

—Perdóname, Ibn Yakub. Suplico tu perdón. Es un desliz por el que merezco ser severamente castigado. ¿Qué más puedo decir?

—Quizá —le repliqué con voz tranquila— debería cortarte los testículos. Mi honor tiene que ser restituido, ¿no te parece?

—Nadie es infalible, Ibn Yakub. Sólo somos seres humanos. ¿Te habrías resistido tú acaso si Halima te hubiera invitado a compartir su lecho?

Yo estaba asombrado y enfurecido por su atrevimiento. Antes de poder

controlarme, me adelanté, le cogí por la barba y le golpeé la cara, primero en una mejilla y luego en la otra. Empezó a sollozar. Yo salí de la habitación.

Raquel estaba sentada en la cama, envuelta en una manta cuando yo entré. Estaba demasiado avergonzada para mirarme a los ojos. La rabia me había enmudecido. No dije ni una palabra, cogí una manta y abandoné la habitación. Entré en la habitación de mi hija y me eché en el suelo, junto a su colchón. El sueño se negó a visitarme aquella noche, y la noche siguiente también.

Raquel estuvo llorando dos días enteros, rogándome que la perdonara. Contra mi voluntad, lo hice, pero también me convencí de que no deseaba que ella me acompañara a Damasco. Simplemente le conté que el sultán me había pedido que le acompañara y que estaría fuera durante un período de tiempo indefinido. Ella asintió. Entonces le hice la pregunta que me quemaba la mente desde que la vi montando a Ibn Maimun.

—¿Era la primera vez? ¡Di la verdad, mujer!

Ella sacudió la cabeza y empezó a sollozar.

—Nunca me perdonaste que no te diera un hijo. ¿Era culpa mía que después de dar a luz a nuestra hija no pudiera volver a concebir? Me abandonaste por el sultán y la vida en palacio. Ibn Maimun se convirtió en mi única fuente de consuelo. ¿No puedes entenderlo?

Yo me sentí conmocionado. Ninguna respuesta formularon mis labios. La rabia cegó mi mente y, de no haber salido de la habitación, la hubiera golpeado. Corrí tambaleándome a la cocina y bebí dos vasos de agua sin respirar, para calmarme y controlar mis emociones. Recordando que aquélla era precisamente una de las prescripciones de Ibn Maimun para controlar el mal genio, estrellé el vaso contra el suelo.

En toda la semana siguiente, mientras preparaba la partida, no le dirigí la palabra a mi mujer. Al principio era por vengarme. Pensé luego en presentar una queja ante el cadí. Quise acusar a Raquel de adúltera, y a Ibn Maimun de ser su cómplice. Aquella idea no duró mucho. Pensé también en contratar a algunos hombres para matar a la pareja culpable. Pero me serené. Es extraño lo volubles que pueden ser las emociones de este tipo, y cómo la ira, los celos y el deseo de venganza pueden aparecer y morir en el espacio de unos instantes.

Me despedí cariñosamente de Maryam, mi hija, que tenía ya doce años, y a la que, a decir verdad, había descuidado durante demasiado tiempo. Sorprendida por mis muestras de afecto, me abrazó tiernamente y lloró mucho. La miré de cerca. Estaba convirtiéndose en una bella jovencita, parecida a su madre. La semejanza era extraordinaria. Sólo cabía esperar que en un año o dos encontrara un marido adecuado.

Era mi última noche en El Cairo. Rompí mi silencio. Raquel y yo nos sentamos y hablamos durante la mitad de la noche. Hablamos del pasado. De nuestro amor

mutuo. Del día en que nació Maryam. De las risas que solían resonar en el patio de nuestra casa. De nuestros amigos. A medida que hablábamos, nos volvimos a hacer amigos. Ella me riñó por haber puesto las necesidades del sultán por delante de mi propio trabajo. Yo acepté la justicia de su crítica, pero le expliqué cómo se habían expandido mis propios horizontes con mi vida en palacio. Ella siempre me había acusado de llevar una existencia demasiado sedentaria. Ahora iba a viajar. Sonrió, y leí una súplica especial en sus ojos. Mi corazón se enterneció. Le prometí que una vez que el sultán tomase Jerusalén, mandarían a buscarlas a ella y a Maryam. Nos separamos como amigos.

Para irritación del sultán, su partida de El Cairo se convirtió en una ocasión para exhibir su emoción públicamente. Salah al-Din hubiera preferido una partida discreta, pero tanto al-Fadil como Imad al-Din insistieron, por razones de Estado, en que debía tratarse de un acontecimiento público. Cortesanos, poetas, estudiosos y jeques, por no mencionar las oleadas de gentes del pueblo, se habían reunido junto al lago para decir adiós a su sultán. Qara Kush y sus hombres mantenían un camino abierto desde palacio para el sultán y su séquito, que me incluía a mí y, por supuesto, a Shadhi.

La razón de tanta excitación era obvia. Todo el mundo era consciente de que Salah al-Din iba a estar ausente durante mucho tiempo. No volvería hasta haber derrotado a los francos a las puertas de Jerusalén. La gente quería que el sultán tuviera éxito, pero también sabía que la empresa era arriesgada. El sultán podía morir, como estuvo a punto de ocurrir hacía un año en unas escaramuzas con el enemigo. En aquella ocasión encontró un camello a su espalda, y salió de la ciudad con un puñado de guerreros.

Los cairotas amaban a su sultán. Sabían que sus gustos eran sencillos y que, a diferencia de los califas fatimíes, Salah al-Din no cargó con impuestos al pueblo para acumular una fortuna personal. Recompensaba generosamente a sus soldados. Sus administradores se aseguraban de que el país no se viera azotado por la hambruna. Por todas esas razones y muchas otras más, la gente, los poetas y los músicos querían que Salah al-Din pensara en ellos cuando estuviera lejos. Querían que volviera.

Cabalgamos por calles y plazas desde palacio, al grito de: «Alá es grande», «Victoria al adalid de los valientes», «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta», «Salah al-Din volverá victorioso». El sultán se conmovió ante aquella despedida. Avanzamos lentamente, para dar al pueblo la oportunidad de tocar los estribos del sultán y contar sus hazañas.

Cuando llegamos al punto de reunión, en el lago seco, los nobles de la corte estaban reunidos y ataviados con sus mejores galas. Salah al-Din apresuró el paso. Estaba claro que se estaba impacientando con todo aquel ritual. En el corazón del lago seco, tiró de las riendas de su caballo y se detuvo. Se dijeron los adioses. En

una plataforma elevada, un joven poeta bien afeitado se levantó y declamó unos versos. Aquello fue demasiado para Shadhi, que eructó, anticipando un pronto alivio.

El rostro del sultán no reflejaba ninguna emoción cuando se recitaron los siguientes versos:

—Que Alá nunca te dé sufrimientos,
que Alá nunca perturbe la tranquilidad de tu sueño,
que Alá nunca haga de tu vida una copa de amargura,
que Alá nunca pruebe tu corazón con el dolor,
que Alá te dé fuerzas para vencer a nuestros enemigos.
Nosotros te despedimos con el corazón oprimido
por un peso que sólo tu retorno aliviará.

Para no ser menos, un hombre mayor, con la barba gris brillando a la cálida luz del sol, tomó el relevo y recitó:

—La primavera es la primera estación del año.
La grandeza de Yusuf Salah al-Din es nuestra eterna
[primavera.
La sinceridad gobierna su corazón
y su mente es dura como el acero.

En este punto, el sultán indicó a al-Fadil que ya era hora de partir. Saludó a sus nobles y besó a al-Fadil en ambas mejillas. Hubo lágrimas en muchos ojos y éstas, a diferencia de las del poema, fueron auténticas. Cuando ya nos íbamos, un anciano se acercó a besarle la mano. Era tan viejo que no tenía fuerzas para alcanzar el estribo del sultán. Salah al-Din saltó de su caballo y abrazó al hombre que le saludaba, que susurró algo a su oído. Vi cambiar el rostro del sultán. Miró de cerca al anciano, pero su rostro, ahora envuelto en sonrisas, no le dijo nada a Salah al-Din. Shadhi galopó hasta el sultán.

—¿Qué te ha dicho el anciano?

La cara de Salah al-Din estaba afligida.

—Que me despida afectuosamente del Nilo, porque está escrito en las estrellas que jamás volveré a verlo.

Shadhi resopló, pero estaba claro que la nota discordante había eclipsado la buena voluntad anterior. Los malos presagios disgustan a todos los gobernantes, aun a aquellos que aseguran no creer en ellos. Nuestra partida fue abrupta. Salah al-

Din hizo volver grupas a su caballo de repente y salimos de la ciudad a galope tendido.

Nuestra tropa la formaban tres mil hombres, la mayoría de ellos soldados que habían luchado junto al sultán durante muchos años. Se trataba de hombres experimentados y de confianza, arqueros y soldados, todos hábiles jinetes. Vi a tres veteranos que, hasta nuestra partida, habían estado vinculados a la Escuela de Armadores. Allí enseñaban tanto el arte de la lucha a espada como las técnicas de la fabricación de armas. Los tres eran de Damasco, y estaban contentos de poder volver con sus familias.

Jamila y Halima, junto con su séquito, habían dejado El Cairo hacía tres días; en cambio muchas de las antiguas esclavas que habían dado a luz hijos del sultán no le acompañaban a Damasco. Me pregunté qué estaría pensando el sultán porque hablaba poco cuando cabalgaba, un hábito heredado de su padre más que de su tío Shirkuh, que, según Shadhi, encontraba difícil mantener sus pensamientos para sí fueran cuales fueran las circunstancias.

La noticia de nuestra partida no era ningún secreto. Los francos sabían lo que estaba pasando y tenían a sus soldados esperando en las fronteras para abalanzarse sobre nosotros. Así que para evitar una emboscada, Salah al-Din había ordenado a los beduinos que trazaran una ruta que evitara a los francos. No le apetecía ni probar ni mostrar nuestra fuerza. Era un hombre poseído por una sola idea. Todo lo demás tendría que esperar hasta que la hubiera cumplido.

Sin embargo, igual que en el pasado, las rivalidades locales no le permitirían concentrar sus energías en liberar Jerusalén.

Después, aquella misma tarde, cuando llegábamos al desierto y acampábamos para pasar la noche, Salah al-Din mandó llamar a los emires a su tienda. A Shadhi y a mí nos dejaron libres para admirar las estrellas. El anciano estaba muy afectuoso conmigo, pero aun así yo me sorprendí del tono que tomó nuestra conversación. Después de hablar de la proximidad de su muerte, súbitamente cambió de tema.

—Espero que hayas perdonado a tu mujer, Ibn Yakub. Sé que en la balanza de Alá el adulterio nunca es un peso ligero, pero debes comprender que lo que pasó entre ella e Ibn Maimun no tiene demasiada importancia. Te he sobresaltado, ¿eh? ¿Que cómo lo he sabido? Uno de los espías del cadí mantiene un ojo vigilante en los movimientos del gran físico, para su propia protección, como comprenderás. Parece ser que le ha vigilado demasiado de cerca. Envió un informe al cadí, que se lo comunicó al sultán en mi presencia. Fue Salah al-Din quien decidió que no se te debía decir. Me hizo pronunciar un viejo juramento de las montañas con tal fin. Te tiene en gran estima y no quiere que te preocupes. En un momento dado incluso pensamos en la posibilidad de buscarte otra esposa.

Yo estaba callado. Era un magro consuelo que aquella gente lo supiera todo sobre mí. No me importaba lo de Shadhi. Incluso se lo habría contado todo yo

mismo, pero ¿el cadí y el sultán? ¿Por qué tenían que saberlo? ¿Qué derecho tenían a espiar a nadie? Yo estaba furioso. Interiormente maldecía a Raquel por haberme traicionado, pero por encima de todo, me sentía avergonzado. A sus ojos ahora yo no era sólo un escriba, sino también un marido cornudo. Me despedí de Shadhi y paseé durante un rato. Frente a mí, el desierto era como una oscura manta. Por encima de mí, las estrellas se reían en el cielo.

Y aquél era justamente el primer día de nuestro viaje. Tenían que transcurrir treinta más. Miré hacia atrás, en la dirección en que habíamos venido, pero todo lo que pude ver fue la fría oscuridad de la noche del desierto. Me enrollé la manta muy prieta en torno al cuerpo y me cubrí la cabeza, dándole mi despedida a El Cairo.

Damasco

Capítulo 18

Conozco a los sobrinos favoritos del sultán y les oigo hablar de liberar Jerusalén

Parecía como si hubiéramos llegado a Damasco hacía sólo unos días. En realidad, llevábamos en la ciudad dos semanas, pero me había costado todo ese tiempo recuperarme de la tormenta de las cuatro semanas anteriores a nuestra llegada. El viaje había resultado plácido para todos los demás, aunque no para mí. Ahora era capaz de cabalgar y dominar un caballo, aunque esa actividad no me resultaba excesivamente grata. Mi cara se había quemado con el sol, y si no hubiera sido por los ungüentos que llevaban nuestros guías beduinos, el dolor me habría desesperado.

Sólo podía agradecer a mi destino que me hubiera hecho nacer judío. De ser un seguidor del Profeta del islam, me habría visto obligado, como la mayoría de los soldados y los emires, a volverme en dirección a La Meca y rezar mis oraciones cinco veces al día, normalmente al sol con todo el calor del desierto. El sultán, a quien nunca tuve por una persona excesivamente religiosa, se mostraba muy estricto en la observancia de los ritos de su religión, en su papel de comandante de las tropas. La falta de agua para las abluciones no representaba ningún problema. La arena era un sustituto adecuado. Shadhi apeló a su avanzada edad para evitar las plegarias en masa. Un día, cuando vio al sultán dirigir las plegarias, susurró: «Menos mal que no hay ningún franco en las proximidades. La visión de tres mil creyentes con el culo al aire sería un blanco demasiado bueno».

Dejando a un lado los rigores del viaje, yo me vi obligado muchas noches a sentarme en la tienda del sultán y escuchar la monótona voz de Imad al-Din recitando las historias de los califas de Bagdad. Aquello se convirtió en una tortura para mí, porque las historias que repetía las había extraído de obras que yo bien conocía.

Para ser justo con Imad al-Din, él no reclamaba la autoría del *Muraj al-Dhahab* y el *Kitab al-Tanbih*. Citaba al autor, al-Masudi, pero con su estilo de recitación propio le impartía una falsa sensación de autoridad. Quizá todo fueran imaginaciones mías. Quizá la jornada me dejaba demasiado exhausto para tener que escuchar historias que ya había leído y no me atraían gran cosa.

Dos semanas de descanso total en aquella ciudad, la más hermosa de todas, me reanimaron por completo. La alegría de poder bañarse cada día, la delicia de la comida preparada en las cocinas de la ciudadela y estar a resguardo del sol era todo lo que necesitaba.

El sultán, bendito sea, se tomó gran interés en mi recuperación. Él también se mostraba encantado de estar en Damasco, pero por razones diferentes a las mías. Aquél había sido su hogar durante varios años. Fue allí donde aprendió las artes de la guerra y las delicias del lecho de una mujer. Se sentía a salvo en aquella ciudad, y su aparición en la gran mezquita de los omeyas el viernes anterior había demostrado lo mucho que se había agigantado su estatura en lo que se refiere al pueblo llano. Shadhi me había contado que los damascenos le veían como un joven vulgar, dado a los placeres del vino y la fornicación. Las noticias de sus conquistas les habían llegado de muy lejos, y ahora apenas reconocían a su sultán. Se había convertido en un líder más grande aún que el piadoso y muy amado Nur al-Din.

Podía detectar la excitación en muchas caras durante la congregación del viernes. El erudito de barba blanca que subió al pulpito suplicó a Alá que diera una larga vida a Salah al-Din y le ayudara a expulsar a los francos y echarlos al mar. Se refirió al sultán como «espada del islam», ante la aclamación de la asamblea, que le había respondido como un solo hombre: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta».

Los ciudadanos parecían más respetuosos, menos audaces que en El Cairo. En mi ciudad era corriente oír críticas del cadí o incluso del sultán, y el teatro de sombras normalmente llegaba a un público mucho mayor. Yo reflexionaba sobre las diferencias entre ambas ciudades, y el temperamento de sus habitantes, cuando una persona desconocida llamó a mi puerta y entró en mi habitación.

Por su vestido parecía ser un criado, y sin embargo algo en su cara expresaba cierta familiaridad que me sorprendió. Me saludó con una inclinación y se presentó como Amjad al-islam. Era alto, muy alto, extremadamente bien alimentado y bien afeitado. Me comunicó que había estado al servicio del sultán desde que tenía diez años. Aseguraba que su «tío» Shadhi le había enseñado todo lo que sabía en este mundo.

—El sultán desea que cenes con él esta noche, y el tío Shadhi te desea buen apetito. Comerá contigo mañana.

Con estas palabras, un presumido y sonriente Amjad dejó mi aposento. Yo sonreí ante el mensaje de Shadhi. El anciano estuvo en su elemento durante nuestra marcha desde El Cairo a Damasco, pero adolecía de cansancio y mal humor. Desde nuestra llegada se mantuvo retirado en sus aposentos. Yo estaba encantado de saber que se encontraba bien y que esperaba con ganas nuestro reencuentro. Ya me había bañado y estaba pensando en escribir un relato detallado de la travesía del desierto para mi propio libro, cuando una vez más Salah al-Din interrumpió mi quehacer.

Estaba sentado con dos hombres, a los cuales había visto en su compañía muchas veces desde que llegamos. Por su aspecto parecían ser emires, lo cual ciertamente eran, pero también eran los sobrinos favoritos del sultán, Farruj Shah y Taki al-Din. Eran hermanos, hijos del hermano mayor del sultán, muerto cuando

Salah al-Din sólo tenía diez años. Él los quería mucho a ambos y ellos competían entre sí en audacia en el campo de batalla. Le recordaban mucho a Shirkuh, y en ellos había puesto mucho amor y confianza.

Me los presentó por turno, y ambos se pusieron de pie para abrazarme.

—Nuestro futuro depende de ti —rió Taki al-Din—. Si escribes mal de nosotros, nos olvidarán, pero si escribes con veracidad, el recuerdo de lo que ha conseguido nuestro clan permanecerá hasta que el Creador decida que ha llegado el momento de acabar con este mundo.

—Dime, mi buen escriba —preguntó su hermano—. ¿Existe la verdad absoluta? ¿Recoges diferentes versiones de un mismo hecho? ¿Consultas más de una fuente? Después de todo, la mayoría de lo que escribes te llega de los labios de nuestro estimado tío. Naturalmente, él no hablará de acontecimientos de los que no se sienta demasiado orgulloso.

Miré al sultán, que se echó a reír.

—Quizá no, pero como todos sabemos, se puede confiar en Shadhi para que revele mis deficiencias. Y ahora que estamos en Damasco, Ibn Yakub tiene dos informantes más en vosotros, demonios. Pero no olvidéis que está escribiendo mis memorias, y que éstas sólo pueden manifestar los hechos realizados por mí.

Esta conversación familiar hizo que mi réplica fuera innecesaria. Sonreí, como hacen a veces los buenos escribas, pero me quedé en silencio. La llegada de los sirvientes con la comida proporcionó otro entretenimiento. Los jóvenes me miraron a la cara mientras yo observaba la variedad de platos que estaban colocando ante nosotros, y se echaron a reír. Farruj Shah intercambié conmigo una mirada significativa.

—¡Creo que no estás acostumbrado a compartir la mesa de mi tío! Él se limitará a comer esta noche un plato de guisado seguido de un poco de fruta. Lo que tenemos aquí ante nosotros es cordero marinado en hierbas y recién asado. Era el plato favorito de nuestro tío Shirkuh, que nació tal día como hoy. Tenemos la obligación de recordarle de la manera que él más hubiera apreciado.

El sultán frunció el ceño ante aquella frivolidad.

—Es mejor que lo comáis hoy, día de su cumpleaños, que el día del aniversario de su muerte. Yo le vi morir, y fue un espectáculo penoso. Imitad sus capacidades como gran líder de hombres y como luchador de gran valor, pero evitad sus vicios. Todos nuestros grandes médicos nos han advertido contra los excesos de cualquier tipo.

La reconvención de Salah al-Din puso serios a sus sobrinos, que inclinaron la cabeza como haciéndose cargo de sus advertencias. El resto de la comida transcurrió prácticamente en silencio, pero en cuanto hubo desaparecido la comida y se sirvió té con menta, me di cuenta de que aquélla no era una reunión casual. Mientras se preparaba para hablar, el sultán me indicó que preparara mi pluma.

—Lo que digo acerca de los hijos de mi querido hermano, Taki al-Din y Farruj Shah, deseo decirlo en su presencia. Me siento más cercano a esos dos hombres que a nadie más en mi familia. No sólo son mis sobrinos, también mis generales más capaces. Mis hijos son todavía pequeños, y si algo me ocurriera, espero que Taki al-Din y Farruj Shah los protejan de los buitres que empezarán a rodear las ciudades que hemos hecho nuestras. Si yo muero pronto, quiero que Taki al-Din se ocupe de El Cairo, y Farruj Shah gobierne Damasco. Los otros lugares se dividirán entre mis hermanos y sus hijos, pero Damasco y El Cairo son las auténticas joyas de nuestro reino. Sin ellas, nos veríamos reducidos a nada. Son las ciudades que nos permitirán expulsar a los francos.

«Durante casi noventa años, los francos han estado pastando en nuestras tierras como bestias salvajes. Pocos recuerdan ahora la época en la que no estaban aquí. Cuando llegaron por primera vez, no estábamos prevenidos. Cundió el pánico. Nos traicionamos unos a otros a cambio de prebendas. Más tarde, hicimos alianzas con los francos contra nuestros propios hermanos. El sultán Zengi y el gran sultán Nur al-Din entendieron que la única forma de expulsar a los francos era permanecer unidos entre nosotros. Como bien sabemos, esta unidad no llegará sin el sacrificio de mucha sangre.

»Contemplemos la situación actual. Los francos ocupan todavía muchas ciudades junto al mar, y además al-Kadisiya. Quiero dividir nuestro ejército en tres instrumentos cuidadosamente organizados y bien estructurados, bajo mi mando y el de mis dos valientes sobrinos. Me concentraré en tomar Alepo, al-Mawsil, o preferiblemente ambas. Eso nos convertirá en el poder más fuerte de estas tierras. Al mismo tiempo quiero que tú, Taki al-Din, golpees el corazón de los francos en Palestina. Hagámosles pensar que todo eso forma parte de una gran ofensiva para tomar al-Kadisiya, su amado reino de Jerusalén. Derrótales, pero no permanezcas mucho tiempo en un solo lugar. Introduce el miedo en sus corazones. Quiero que estén tan preocupados que no tengan tiempo de pensar en ayudar a nuestros enemigos de Alepo o de al-Mawsil.

»Farruj Shah, tú quédate aquí y protege esta ciudad y sus fronteras con tu vida. He recibido informes de tu extravagante estilo y propensión a gastar dinero público. No quiero volver a oír una queja semejante. Tu padre y tu abuelo eran hombres de gustos sencillos. Yo he aprendido que para ganar el respeto del pueblo y, en particular, el de nuestros soldados, hay que aprender a vestir y comer lo que ellos. Nosotros somos los gobernantes, Farruj Shah. Observemos las leyes y demos ejemplo. Espero que quede claro. Nunca olvides que aunque gobernemos, siempre seremos vistos como extranjeros. Sólo ahora empiezan a aceptarme los árabes como su sultán. El futuro de nuestra familia depende de cómo nos comportemos y

de cómo gobernemos. Nunca olvides que un hombre es aquello que hace. Si oyes que los francos envían expediciones de exploración para comprobar nuestras defensas, ve y aplástalos. Ya hablaremos de nuevo mañana, pero haz los preparativos para nuestra partida dentro de una semana.

»Nuestro destino ha de mantenerse en secreto. No quiero que le digáis adonde nos dirigimos ni siquiera a vuestras esposas. Si la gente os pregunta, decid: "El sultán todavía no se ha decidido". Si, en mi ausencia, que espero que sea breve, Damasco se ve amenazada gravemente, informadme sin demora. No se puede perder esta ciudad. Ahora id y descansad. Deseo hablar a solas con Ibn Yakub.

Los sobrinos, reprendidos por las palabras del sultán, se inclinaron y besaron a su tío por turno en ambas mejillas. Él se puso de pie y abrazó a los dos. Me dieron la mano a mí y salieron.

—Quería que vinieras conmigo, Ibn Yakub, pero estoy preocupado por la salud de Shadhi. Siempre me ha acompañado en mis campañas, pero, como puedes ver, se está haciendo viejo y le encuentro cada vez más débil. Cualquier día Alá puede llamarle al cielo. Él es mi único nexo con la generación anterior. Todos los demás se han ido ya. Y es, después de todo, como ya sabes, hijo de mi abuelo. Tengo muy buenos recuerdos suyos. Influyó mucho en mí en mi juventud, y siempre he confiado en él. Alá me ha bendecido con buenos y animosos consejeros, hombres como al-Fadil e Imad al-Din. Ningún sultán podría pedir más, pero incluso ellos encuentran difícil a veces resistirse a alguna de mis decisiones más irracionales. Shadhi es el único que no teme decirme la verdad y llamarme asno tozudo y hacer que me eche atrás de alguna estúpida idea que se me haya metido en la cabeza. Shadhi no es ningún erudito, pero tiene un fuerte instinto de lo que es correcto y de lo que no lo es en el campo de la política y de la guerra.

»Hay ocasiones en nuestras vidas, Ibn Yakub, en que somos desgraciados en amores, estamos tristes porque un querido amigo ha muerto en batalla o hemos perdido nuestra montura favorita. En ocasiones como éstas, al sentir que estamos al borde de un abismo, los consejeros y aduladores estúpidos pueden inconscientemente empujarnos a saltar. Hombres como Shadhi nunca permiten que pase una cosa semejante. Son hombres de gran integridad y en nuestro mundo, por desgracia, hay pocos como ellos. Shadhi me ha salvado de mí mismo en más de una ocasión. Por eso ha significado para mí incluso más que mis propios padres.

«Pareces sorprendido al oírme hablar así, y te preguntas por qué lo hago, ya que Shadhi está todavía con nosotros recuperándose del viaje y hasta puede sobrevivirnos a todos. Yo creía lo mismo que tú, pero algo muy profundo en mi interior me avisa de que me encontraré muy lejos cuando muera Shadhi. La idea me agobia, Ibn Yakub. Sé lo mucho que él te respeta y aprecia, y por esa razón no te llevo conmigo. Mi decisión de no llevarle a él será mucho más fácil de soportar si sé que tú estás con él. ¿Lo comprendes?

Yo asentí.

—Quiero que descanse. He encargado a Amjad, el eunuco que te llevó mi mensaje, que se asegure de que a Shadhi no le falta nada mientras yo estoy ausente. Amjad responde ante mí y ante nadie más.

» Shadhi y Farruj Shah no están demasiado unidos. ¿Por qué? Porque la lengua de Shadhi no respeta a nadie que, en su opinión, no se comporte como debiera, y en el pasado ha sometido a Farruj Shah, que no es mala persona, al severo látigo de su lengua. Fue en presencia de otros emires, y su orgullo sufrió un duro golpe. Farruj se quejó amargamente ante mí, pero ¿qué podía hacer yo? ¿Puedes imaginar que yo riña a Shadhi? El problema es que Farruj no ha olvidado todavía el insulto. Estoy seguro de que no hará nada para herir a Shadhi, pero no es ése el problema. Lo que el viejo necesita son amigos y mucha atención.

»Espero que mis miedos sean infundados. Ruego que cuando Alá me traiga de vuelta a Damasco, Shadhi todavía esté aquí con información detallada de los errores que he cometido durante la campaña que Imad al-Din os irá relatando tanto a ti como a él. Quizá lo que me preocupa también sea no sólo la muerte de Shadhi, sino la mía propia. Hasta ahora, Alá ha sido generoso conmigo. He escapado de la muerte en varias ocasiones, pero si conduces un ejército a la guerra con tanta frecuencia como yo, y mi persona es el blanco principal del enemigo, es sólo cuestión de tiempo antes de que una flecha perfora mi corazón o una espada abra mi cráneo. Me siento un poco frágil, Ibn Yakub. Quiero que sepas que tu familia está bien cuidada en El Cairo, y he dejado instrucciones para que se te pague regularmente mientras estás aquí. Cuando consigamos nuestro objetivo, y si Alá se ha compadecido de mí, te regalaré una pequeña propiedad a las afueras de tu amada Jerusalén. Si caigo, he dejado instrucciones a al-Fadil e Imad al-Din de que te den un pueblo allá donde tú desees.

Cuál no sería mi sorpresa, al notar que las lágrimas resbalaban por mis mejillas. La generosidad del sultán no era ningún secreto, pero yo era un simple escriba. Estaba abrumado por el hecho de que él hubiera pensado también en mi futuro. Cuando me levanté para salir, él se levantó también y me abrazó, susurrando a mi oído la última orden:

—Mantén al viejo con vida.

Capítulo 19

Shadhi preside la ceremonia de circuncisión del hijo de Halima; la muerte de Farruj Shah

El sultán partió al cabo de tres semanas. Estábamos en pleno verano. En Damasco hacía un calor insoportable. Toda criatura humana o animal buscaba constantemente la sombra y el agua. Un día, el eunuco Amjad vino a toda prisa a mis habitaciones muy temprano por la mañana y me sacó de la cama. Sonreía cuando me despertó para anunciarme que la sultana Jamila me mandaba llamar. Desde que llegamos no la había visto ni a ella ni a Halima. Pensaba en ellas a menudo, pero imaginaba que el no verlas se debía a las estrictas normas sociales que funcionaban en Damasco, no tan abiertas como en El Cairo.

Sintiéndome aún medio adormilado, seguí ciegamente a Amjad hasta el harén. Halima había dado a luz al hijo de Salah al-Din. Naturalmente no la vi, pero fui conducido a una antecámara donde Shadhi, vigilado por Jamila, estaba recitando la *qalima* al oído del recién nacido. Llevaba al niño una nodriza, una esclava de increíble belleza a la que no había visto anteriormente. El niño se llamaba Asad al-Din ibn Yusuf. Era el décimo hijo de Salah al-Din, y la instintiva salacidad de Shadhi le hizo dirigir una plegaria a Alá para que controlara la semilla del sultán, o si no las malas hierbas sobrepasarían en número a las flores. Jamila rió estruendosamente, y susurró al viejo que estaba de acuerdo con él.

Shadhi estaba de muy buen humor tras la ceremonia de la circuncisión. Parecía haberse recuperado por completo. Los emires locales y Farruj Shah eran los nuevos objetivos de su acerado ingenio. Era difícil no reírse en voz alta de sus ocurrencias. Las aversiones de Shadhi eran puras y normalmente justificadas, pero había veces en que me preocupaba, porque muchos chismosos de la ciudadela no tenían nada mejor que hacer que complacer a su amo llevándole chismes sobre Shadhi. Al compartir mis aprensiones con él, se echó a reír y se negó a tomarme en serio.

Se sentía hecho una furia porque tanto él como yo estuviéramos excluidos de los más reservados consejos de la corte. Esto era difícil de asimilar para él, dada su familiaridad con su sobrino. Ambos nos resentíamos de la ausencia del sultán. Yo francamente me sentía extraño sin él. Me sorprendí de la intensidad de mis sentimientos. Y eso que sólo llevaba cinco años al servicio del sultán. Cuánto más afligido debía de sentirse Shadhi al privársele de su lugar tradicional, cerca del sultán en la paz y en la guerra. Los hábitos y rutinas son difíciles de erradicar. A veces me encontraba vagando irreflexivamente, como aturdido, yendo y viniendo a

las habitaciones del sultán, y de pronto me daba cuenta y volvía lentamente a mi aposento, como si fuera un perro fiel que un amo descuidado ha dejado atrás.

En los últimos años, nuestras vidas giraban de muchas maneras diferentes en torno a la persona de Salah al-Din, por eso era difícil de aceptar que él no estuviera presente en la ciudadela, y que nosotros no estuviéramos a su lado dondequiera que él se encontrara.

—Y tiene que ser ese gallito en celo, Imad al-Din, el que escriba todos los despachos del sultán —murmuró Shadhi un día—. ¿Por qué no sales a caballo y te reúnes con Salah al-Din? Puedes decirle que te he obligado a irte de Damasco. Y no te olvides de añadir que Alá me ha devuelto la salud, y que no te necesito a mi lado esperando que me llegue la muerte.

Era una orden difícil de cumplir. Los movimientos de Salah al-Din no estaban aún demasiado claros. Incluso sabiendo dónde se encontraba, era posible que estuviera en un lugar completamente diferente cuando yo llegara allí. No habíamos recibido noticias suyas desde hacía unas semanas. No había llegado ninguna paloma mensajera, ningún correo, y Farruj Shah estaba ligeramente preocupado. Dos días antes habíamos recibido informes de la actividad de los francos, no lejos de Damasco. Mientras Shadhi y yo hablábamos del particular, un ayudante nos convocó a presentarnos ante Farruj Shah. Acababa de regresar aquel mismo día de una algará con un pequeño grupo de caballeros francos a una media hora de camino de Damasco.

Farruj Shah no era el más inteligente de los gobernantes, pero su generosidad y coraje eran bien conocidos. Las quejas de Imad al-Din acerca de su extravagancia no eran exageradas, pero no tenían en cuenta que el dinero, por lo general, no lo gastaba en sí mismo. Recompensaba la lealtad, y en esto no era demasiado diferente a su tío, salvo que los austeros gustos y hábitos de Salah al-Din eran tan conocidos que ni siquiera los más pobres de entre los pobres creían que gastase mucho en sí mismo. Algunos gobernantes encuentran su motivación en las actividades artísticas, otros son adictos al hedonismo, los más a la persecución de la riqueza como fin en sí misma. El sultán sólo estaba preocupado por el bienestar de los demás.

Cuando cruzamos las murallas hacia la sala de audiencias era medianoche. No habíamos pisado esta estancia desde la partida de Salah al-Din. Los emires estaban ya reunidos cuando entramos. Yo saludé a Farruj Shah, que parecía exhausto, como si hiciera muchos días que no hubiera dormido. Shadhi miró al sobrino del sultán, que pasó por alto completamente al viejo, pero se acercó a mí y me saludó con auténtico cariño.

—Estoy muy contento de que hayas venido, Ibn Yakub. Acaba de llegar una carta de mi tío, y hemos recibido instrucciones de que os invitáramos a ti y al viejo Shadhi cuando se leyera ante el consejo.

Yo incliné la cabeza de nuevo para agradecerse. Shadhi aspiró ruidosamente

y se tragó los mocos. Uno de los jóvenes escribas de la corte, un muchacho muy guapo de piel clara, cabello rubio y curvadas pestañas, probablemente de no más de dieciocho años de edad, había sido el elegido para leer la carta.

—Mira a esa mujercita desvergonzada —susurró Shadhi, mirando al escriba—. Probablemente acaba de salir del lecho de Farruj Shah, y todavía le hace ojitos.

Yo fruncí el ceño ante mi viejo amigo, esperando que contuviera su mala lengua, pero él me sonrió desafiante.

El chico habló con voz cascada.

—Un castrado —murmuró Shadhi.

—¡Silencio! —gritó Farruj Shah—. Cuando se lee una carta de nuestro sultán Salah al-Din ibn Ayyub a la corte, hay que guardar silencio.

El escriba empezó a hablar, al principio un poco nervioso, pero luego, según la prosa de Imad al-Din iba cogiendo impulso, con mucha mayor confianza:

—«Esta carta está dirigida a mi querido sobrino Farruj Shah y a todos nuestros leales emires de Damasco. Estamos a las puertas de Alepo y, como siempre, deseosos de evitar la desagradable visión de los creyentes matando a otros creyentes, he ofrecido a los emires una honorable tregua, a condición de que ocupemos la ciudadela. No estoy seguro de que posean la inteligencia suficiente para apreciar nuestra generosidad.

»Un emir salió ayer cabalgando para unirse a nosotros. Hizo un gran despliegue de palabras floridas y expresiones retóricas, esperando halagarme para conseguir nuestra retirada, ofreciéndome incontables tesoros y jurándonos eterna lealtad en el Corán. "Somos tus amigos, oh gran sultán, y estaremos a tu lado en el día que está por venir, el día en que tomes al-Kadisiya y expulses a los francos de nuestras tierras."

»Estas palabras no me causaron impresión alguna, porque sólo tres días antes nuestros espías me habían informado de que los nobles de Alepo habían enviado mensajes urgentes a los francos y a los *hashishin* de las montañas, ofreciéndoles dinero si lograban mantenerme alejado de la ciudad. Les repliqué como sigue: "Vosotros aseguráis que sois amigos míos. Para mí la amistad es una confianza sagrada, Acred, pero dime una cosa: ¿quiénes son tus enemigos? Nombra a tus auténticos enemigos y yo nombraré a tus amigos. Para mí la amistad significa, por encima de todo, animosidades comunes. ¿Estás de acuerdo?"

»El muy idiota asintió. En ese momento yo le enseñé la copia de la carta que su señor había enviado a los francos. Empezó a sudar y a temblar, pero yo contuve mi ira. Shadhi, Dios le bendiga, habría replicado enviando la cabeza cortada de aquel bribón a Alepo, y estuve muy tentado de hacerlo, pero me sobrepuse a mi ira. La ira nunca es una emoción adecuada cuando uno está decidido a llevar a cabo una estrategia. Devolvimos al emir a Alepo con una severa advertencia de que si persistían en su desafío no tendríamos otra alternativa que tomar la ciudad por la

fuerza. Les advertí que no imaginaran que, en tales circunstancias, los ciudadanos correrían a defenderles.

«Queríamos enviaros un mensaje después de que los ejércitos de al-Mawsil, respaldados por sus aliados, decidieran reunirse con nosotros en la llanura de Harzim, por debajo de Mardin, pero les esperamos en vano. Quizás hubieran avanzado como hombres, pero se habían desvanecido como mujeres. Pensamos perseguirles, pero en cambio decidimos aislarles completamente de las ciudades vecinas.

»Hace dos días tomamos la ciudad de al-Amadiyah, sin demasiada resistencia, aunque nuestros soldados perdieron demasiado tiempo perforando los muros de basalto macizo. Fue una victoria agradable, porque la ciudad contenía tesoros sorprendentes. Como consecuencia de esa victoria, hemos conseguido capturar muchas armas, las suficientes para crear nuevos ejércitos. Tanto al-Fadil, que estaba aquí para el sitio, como Imad al-Din estaban interesados solamente en la biblioteca de un millón de rollos. Los cargamos en setenta camellos y ahora, mientras hablo, se dirigen a Damasco. Ibn Yakub estará a cargo de asegurar que se guardan a salvo en nuestra biblioteca hasta el regreso de Imad al-Din. Se incluye una copia del Corán que data de la época del califa Omar.

»Los francos no serán capaces de resistir su oferta y ésta es la razón principal de esta carta. El objetivo de los francos es evitar que yo forme un gran ejército. Creo que intentarán una diversión tanto en Damasco como en El Cairo. Si mis instintos están justificados, tendréis que adelantaros a ese movimiento tomando vosotros la iniciativa.

»Has actuado bien, Farruj Shah. Tengo informes detallados de tus recientes victorias, pero necesitamos que Alepo y al-Mawsil estén bajo nuestro control si queremos que los francos sean desalojados de nuestro mundo y devueltos por el ancho mar al suyo propio.

»Mañana volveremos a atacar Alepo. El aire de la montaña nos ha hecho mucho bien y ha disipado nuestro cansancio. Los soldados saben que el sol de las llanuras será como los fuegos del infierno, pero nuestro cielo será Alepo. Nos costará quince días llegar hasta allí, y, si Alá quiere, tomaremos la ciudad. Sólo entonces volveré a Damasco para hacer nuestros preparativos finales para la yihad. Permaneced en guardia contra los ataques por sorpresa de los francos.»

El chambelán indicó que la reunión había concluido y Shadhi y yo nos dispusimos a levantarnos para abandonar la sala, nos inclinamos en dirección de Farruj Shah. Pero enseguida notamos que algo le pasaba, y que sus ayudantes también se dieron cuenta de que de repente perdía el conocimiento. Despejaron la sala y llamaron a los médicos. Honra a todos los emires presentes que no hubiera ningún asomo de pánico, como suele suceder con la enfermedad de un gobernante. Quizá se debiera al hecho de que Farruj Shah no era el sultán, sino que sólo actuaba

en su nombre.

Shadhi se mostró despreciativo, rehusando tomarse la enfermedad en serio.

—Probablemente ha bebido demasiado o ha pasado demasiado tiempo acariciando a ese estúpido chico que leía la carta de Salah al-Din. Vete a la cama, Ibn Yakub.

Yo me fui a la cama, pero estaba demasiado preocupado para dormir. Me levanté de nuevo, me puse la ropa y salí. La luna se había puesto y las estrellas habían cambiado de posición. Caminé lentamente en dirección a los aposentos de Farruj Shah, y me encontré con su ayudante favorito que lloraba como un niño, inconsolable. Me temí lo peor, pero él todavía vivía, aunque estaba al borde de la inconsciencia.

A la mañana siguiente, Farruj Shah empeoró. No llegó a recuperarse nunca. Mientras el sultán atacaba Alepo, agudos gritos y gemidos se oían en la ciudadela de Damasco, anunciándonos a todos que su sobrino había exhalado el último suspiro.

Le enterramos al día siguiente, con todos los honores debidos a su rango. No fue una reunión de nobles solamente. Miles de personas corrientes, incluyendo varios centenares de vagabundos, vinieron a ofrecer plegarias junto a su tumba. Aquélla fue la indicación más clara para mí de que quizá la hostilidad de Shadhi hacia el muerto no tuviera una base lógica.

Capítulo 20

Halima abandona a Jamila y esta última se queda con el corazón roto

En ausencia del sultán, mi rutina diaria cambió del todo. Pasaba la mayor parte de la mañana en la biblioteca, estudiando algún manuscrito que encontrara relacionado con mi trabajo. En Damasco existía la colección privada de un gran estudioso, Ibrahim ibn Suleiman, ahora de casi noventa años de edad. Yo había oído hablar de él y de su biblioteca por primera vez a uno cuyo recuerdo me causa un gran dolor. La única imagen que conservo de él es la de un animal satisfaciendo su lujuria con el cuerpo de mi mujer. No tengo que volver a hablar de él, ni ganas que tengo de hacerlo.

Ibrahim era el rabino más viejo de la ciudad. Yo le veía cuando me dirigía cada día a la sinagoga, detrás de la cual se hallaba su biblioteca. La mayoría de los días se le podía encontrar allí. La vejez todavía no había afectado a sus facultades mentales. En las pocas ocasiones en que tuve que acudir a él para pedirle consejo, me revelaba el esplendor de su mente, haciendo que me sintiera triste y corto de luces. Había oído hablar muchísimo de la habilidad intelectual del hombre cuyo nombre no deseo mencionar de nuevo, y un día me hizo sentar y quiso saber todo lo que pudiera contarle sobre Ibn Maimun.

El hechizo se ha roto. El nombre maldito ha ensombrecido de nuevo estas páginas. Y sin embargo... Y sin embargo, no puedo negarle a Ibrahim ibn Suleiman la información que ansia con toda la intensidad de un estudiante de dieciocho años.

Así que, en contra de mi voluntad, y para complacer a aquel hombre grande y generoso, le hablé de Ibn Maimun y del trabajo en el cual se hallaba embarcado. Mencioné por qué estaba escribiendo *Guía de perplejos*, y, mientras hablaba, la cara de Ibrahim, como un arrugado pergamino, se iluminó súbitamente con una sonrisa tan pura que el cambio me conmovió. Aquél era el rostro de la verdadera sabiduría.

—Ahora moriré feliz, Ibn Yakub. Otro está haciendo lo que yo quería hacer, pero nunca conseguiré. Escribiré a Ibn Maimun y te daré a ti la carta. Puedes usar tu posición como escriba favorito del sultán para que la envíen a El Cairo inmediatamente. Incluiré también con la carta algunos de mis trabajos sobre el tema, por si él los puede encontrar de alguna utilidad. ¿Le conoces muy bien?

¿Le conocía yo muy bien? La pregunta resonaba una y otra vez en mi mente. Un profundo dolor, que pensaba que ya había remitido, me retorció de nuevo las tripas, cuando el recuerdo de aquella espantosa noche surgió de nuevo como un torbellino avasallador. No me di cuenta de que las lágrimas corrían por mi rostro.

Ibrahim las enjugó con sus manos y me abrazó.

—¿Te ha causado dolor?

Yo asentí.

—Puedes contármelo si quieres, aunque quizá no pueda ayudarte.

Mi corazón vertió toda aquella agonía tanto tiempo reprimida sobre los ropajes de aquel patriarca. Él se sentó y escuchó, como Musa debió de escuchar alguna vez los problemas de sus hijos. Cuando terminé, me di cuenta de que el dolor había desaparecido. Aquella vez para siempre. Y nunca volvería.

El consuelo que me ofrecía Ibrahim estaba escrito en su rostro. Sus ojos inteligentes y despiertos no vacilaron. Me comprendía. No tenía que decir nada. Yo también comprendí. En la escala del sufrimiento que nuestro pueblo había soportado, mi experiencia personal era apenas un grano de arena. Nada más y nada menos. Todo eso me sugería su sola presencia. Era como si por milagro mi cabeza se hubiera aclarado súbitamente. El dolor desapareció. Mi equilibrio interno se restauró una vez más. Todo se podía contemplar desde una perspectiva diferente, de cientos de años de antigüedad. Yo quería reírme en voz alta, pero me contuve. Él notó el cambio.

—Tu cara se ha iluminado, Ibn Yakub. Las arrugas de tu frente se han desvanecido. Espero que tu tormenta interior haya dado paso una vez más al sol.

Asentí y él sonrió.

Mientras volvía a la ciudadela, el sol estaba en su cénit, y traspasaba la túnica de muselina negra que yo llevaba. Empecé a sudar y a sentirme incómodo. En cuanto llegué a mi destino, me dirigí enseguida a los baños. Me sumergí en el agua caliente durante mucho rato. Lentamente, del acaloramiento y la incomodidad mi cuerpo pasó a una refrescante calma. Me sequé y volví a mi habitación plenamente restablecido.

Bebí un poco de agua y me eché a descansar. Mis sueños fueron muy nítidos y los recuerdos más claros, como suele ocurrir en la siesta del mediodía, cuando uno sólo da cabezadas. En mi ensueño vi la habitación abovedada de El Cairo, y a mi hija y a mi mujer sentadas frente a una vasija con agua, que se echaban la una a la otra por encima. Cómo hubiera seguido evolucionando el sueño, no lo sé. Alguien me sacudía para despertarme, abrí los párpados y vi la sonriente cara de Amjad, el eunuco.

—La sultana desea verte ahora mismo, Ibn Yakub.

Me senté en la cama y le miré furioso, pero él se quedó imperturbable.

—¿Qué sultana? —pregunté.

Se negó a contestar, como era a menudo su costumbre, me indicó simplemente con un arrogante gesto que le siguiera. Me recordaba un poco al eunuco Ilmas de El Cairo, que tuvo un final trágico.

Era Jamila quien me esperaba en la antecámara que conducía al harén.

Despidió a Amjad con un parpadeo. No mostraba su habitual actitud entusiasta; sus ojos lánguidos tenían un aire de desdicha. Había estado llorando y se notaba que no había dormido bien desde hacía algunas noches. ¿Qué podía preocupar tanto a aquella mujer cuya penetrante inteligencia y fortaleza de carácter habían encandilado al propio sultán? Ella me miró durante un buen rato sin hablar.

—La sultana parece distraída. ¿Puede ayudarla un humilde escriba de alguna forma?

—Tu vieja amiga Halima ha traicionado mi confianza, Ibn Yakub. Creí que había encontrado en ella una amiga valiosa. Ella compartía mis críticas a nuestra forma de vivir. Durante muchos meses, como sabes, fuimos inseparables. Perdimos la cuenta de los días que pasamos juntas. Ella aprendió a apreciar la filosofía andalusí y la poesía satírica de nuestros ingenios de El Cairo y de Damasco. Solíamos reírnos de las mismas cosas. Incluso nuestras animosidades coincidían. Por miedo a ofender tu exquisita sensibilidad, no describiré las noches que pasamos juntas, pero créeme, Ibn Yakub, si te digo que todavía me conmueven. Tocábamos juntas como la flauta y la lira. ¿Debo decir más? Cuando, mirándome, ella me sonreía, su cara parecía una fuente de agua clara, irradiando bienestar y tentándola a una a inclinarse y beber sus refrescantes aguas. Cuando ella sonreía era como si el mundo entero sonriera con ella.

»Desde el nacimiento de su hijo, algo la ha transformado por completo. Se comporta de una forma extraña. Rehúye mi compañía. Escucha los desvaríos de las viejas harpías, esas brujas supersticiosas cuya única misión es asustarnos y hacernos sumisas. Amjad dice que algunas de las viejas doncellas del harén le han llenado la cabeza con tonterías de todo género. Dice que le han dicho que el sultán preferirá a su hijo por encima de los míos, que su hijo será sultán algún día, pero sólo si rompe conmigo. Le han dicho que yo era una influencia nefasta para ella, que yo la perdería, que la desviaría del verdadero camino decretado por Alá y su Profeta. Han llenado sus oídos de falsedades sobre mi pasado. Todo eso me ha contado Amjad, y sus fuentes son siempre dignas de crédito.

»Halima ha empezado a creer que el mundo está lleno de demonios. El otro día la oí preguntar ansiosamente a una doncella si el *udar* ataca a los niños. ¿Sabes lo que es un *udar*, Ibn Yakub? Es una criatura inventada por los beduinos hace siglos para asustar a sus enemigos en el desierto.

»El *udar* es un supuesto monstruo que secuestra a los hombres y los deja tostarse al sol del desierto, ¡pero sólo después de asegurarse de que los gusanos han anidado en su ano! Si una persona ignorante se cree todas esas tonterías yo simplemente me echo a reír, pero he pasado muchos meses enseñándole los matices más sutiles de la filosofía a Halima. Creí que lo había entendido todo. En lugar de eso, ahora resulta que cree que el *udar* existe y que Ibn Rushd e Ibn Sina son seres de ficción. Es como si su cerebro se hubiese ocultado tras una nube negra que se

niega a desvanecerse.

«Cuando intento hablar con ella, me mira con desconfianza con sus grandes ojos llenos de temor, como si yo fuera un demonio o una bruja. No me deja que coja a su niño, ni siquiera me deja que la toque a ella. Hace tres noches, me dijo que todo lo que habíamos hecho juntas era malo, pecaminoso y repulsivo, que Alá nos castigaría dejándonos a merced de los *yins* y otros demonios. Yo quería gritarle, tirarle del pelo, sacudirla hasta que recuperara el sentido común, pero me contuve, y traté de entender qué era lo que le había pasado.

»Sólo una vez, cuando la sorprendí sola en el baño, pareció volver a ser quien era. Estaba desnuda y yo también me quité la ropa y entré en el baño con ella. Ninguna de las dos musitó una sola palabra. Tomé un trozo de tela y me puse a frotar suavemente sus esbeltos hombros. Eso tenía que traerle algunos recuerdos.

»Por primera vez después de muchos meses, se volvió y me miró. Me sonrió. Sus dientes brillaban como el marfil pulido y su cara se iluminó de nuevo.

Era la antigua Halima. Mi corazón se derritió y le acaricié la cabeza, antes de bajar los brazos y tocarle los pechos.

»Fue como si la hubiera alcanzado un rayo. Su comportamiento cambió. Su cara se puso seria. Me miró con ira, salió del baño y se fue corriendo. Gritó llamando a sus doncellas, las cuales corrieron tras ella con unas toallas. Yo me quedé sentada en el baño, Ibn Yakub, y la miré en silencio mientras mis lágrimas aumentaban el nivel del agua.

«Ahora tengo el corazón roto y estoy afligida más allá de toda razón. Sí, más allá de la razón, y esto me duele mucho porque creo que yo también me estoy alejando de los pensamientos tranquilos, racionales y elevados, y de un amor cuya pureza es profunda.

»Era mi mejor amiga. Hablábamos de todo, incluidas las debilidades de Salah al-Din en el lecho. Ahora que estoy apartada de Halima no tengo a nadie con quien compartir los temas que afectan a mi corazón. He pensado en ti porque una vez fuiste amigo suyo. Habla bien de ti y me dijo que sabías escuchar. Encontrar a alguien inteligente que sepa escuchar en estos tiempos no es fácil, sobre todo si estás casada con el sultán.

»¿Cómo explicar la evolución de Halima? Seguramente, Ibn Yakub, no puede ser el simple resultado del alumbramiento. Yo le he dado dos hijos fuertes a Salah al-Din, sin experimentar tales efectos. ¿Cómo puede vivir ella en un mundo sólo compuesto de fantasías?

Me sentí conmovido por el relato de Jamila. Era difícil de creer que Halima, un espíritu libre como pocos, una mujer a la que el sultán una vez describió como un caballo de raza y de fuerte carácter, pudiera ser la asustada y patética criatura que describía Jamila. Una idea cruzó por mi mente. Quizás Halima había decidido acabar su antinatural relación con la otra mujer, y la única manera en que pudo

hacerlo fue rechazando no sólo a Jamila, sino también todo lo asociado con ella, todo lo que ella le había enseñado y todo lo que ella representaba en este mundo. Pero aunque se tratara de eso, Halima no necesitaba caer tan bajo como para creer en monstruos y demonios. ¿O es que acaso se trataba de una farsa para convencer a Jamila de que todo había terminado, y de que Halima había cambiado para siempre? Dije en voz alta:

—Estaba sumido en mis pensamientos, sultana, intentando desentrañar los misterios del cambio que has descrito. Me parece imposible, como si Halima estuviera en trance. No creo que tenga nada que ver con su alumbramiento, pero podría ser que algunas mujeres entrometidas, envidiosas de su intimidad contigo, emponzoñaran sus oídos.

—Lo intentaron en El Cairo también, Ibn Yakub, pero ella dispersó a los alborotadores con palabras tan rudas que sin duda les quemaron los oídos. ¿Por qué había de ser más vulnerable en Damasco? He escrito muchas cosas para ella. Historias, poemas, cartas; todo para expresarle mi pasión. A cambio no he recibido sino un pequeño trozo de papel hace unas semanas. Contenía estas palabras: «Soy lo que soy. Te deseo que tengas a otra mejor que yo. No puedo negociar con la felicidad durante más tiempo, como un comerciante en una caravana. Sólo amo a Alá y sigo el camino de su Profeta».

«¿Significa algo para ti todo esto, Ibn Yakub? Para mí no. Es como si me apuñalaran en el corazón y oyera su voz diciendo: "¡Muere!".

»Tengo que hacerte una petición. ¿Puedes hablar con ella para averiguar si estoy o no equivocada? Quizá donde yo he fallado tú puedas tener éxito. El sultán no pone objeciones a que Halima y yo nos reunamos contigo siempre que queramos. Es un hecho conocido por todos, no habrá ningún tipo de secreto en ese encuentro. Si no tienes objeciones, yo lo arreglaré. Amjad irá a buscarte en el momento oportuno.

Antes de acceder a su propuesta, salió del aposento. No era una petición, sino una instrucción.

Durante varios días anduve aturdido. Era como si me hubiera contagiado de la tristeza de Jamila. Sus palabras me habían marcado profundamente, aunque no podía creer que la transformación de Halima hubiera sido tan profunda como ella había sugerido.

Esperé impaciente a Amjad el eunuco, y una mañana éste vino a buscarme. Su sonrisa siempre me irritaba, pero noté que no podía evitarla. Era un signo de nerviosismo por su parte. Le seguí afanosamente por un largo corredor hacia la misma antecámara donde me había reunido con Jamila unos días atrás.

Halima ya estaba sentada en un gran cojín tapizado con brocado. Me vio y me dirigió una débil sonrisa. Yo me quedé estupefacto ante su aspecto. Tenía la cara pálida y la vitalidad había desaparecido de sus ojos, que parecían cuencas. Su voz

sonaba amortiguada.

—¿Deseabas verme, Ibn Yakub?

Asentí en silencio.

—¿Por qué?

—Quería felicitarte por el nacimiento de tu hijo y preguntarte por tus pensamientos y preocupaciones. Si me permites la sinceridad, te diré que te veo muy cambiada. ¿Fue difícil el parto?

—Sí —replicó ella, con una voz tan débil que apenas podía oír sus palabras—. Muy difícil. Me pusieron una piedra especial en la mano para aliviar los dolores, y envolvieron una piel de serpiente en torno a mis caderas para acelerar el alumbramiento. Te preguntas si he cambiado, Ibn Yakub. Sí, lo he hecho. Mi hijo nació saludable sólo gracias a los tres hechizos que escribió un hombre de medicina. Éstos implicaban una renuncia a todo mi pasado, y especialmente a mis relaciones con Jamila. El nacimiento de mi hijo me ha cambiado por completo. Aunque no se hubieran pronunciado los hechizos, yo habría querido dar gracias a Alá por darme un hijo no desviándome de la senda que ha determinado para nosotros a través de nuestro Profeta, la paz sea con él.

»No fue fácil para mí. Como sabes, Jamila y yo pasábamos todo el tiempo juntas. Solíamos hacer bromas, reír y blasfemar al mismo tiempo. Si le dijera al cadí algunas de las cosas que ella contaba sobre nuestro Profeta, que la paz sea con él, ni el propio sultán sería capaz de salvarle el cuello.

»Todo lo que ella me contaba era falso. Quería que yo dudase de las palabras de Alá. Decía que la sabiduría contenida en los escritos de al-Maari, Ibn Rushd e Ibn Sina excedía en mucho a la contenida en nuestro Libro sagrado. Alá me perdona por haber escuchado toda esa peligrosa basura. Me he arrepentido, Ibn Yakub. Ya no soy una pecadora. Rezo cinco veces al día, que Alá me perdona y proteja a mi hijo. Y en cuanto a Jamila, desearía no compartir con ella las mismas habitaciones. Su presencia es un recuerdo constante de mi pasado pecaminoso. Sé que esto te sorprenderá, pero deseo su muerte.

Todo esto lo decía con indiferencia, con una voz desprovista de pasión. Hasta la última frase la pronunció con un melancólico susurro. Jamila no estaba equivocada. El cambio en Halima era muy profundo. Ahora lo estaba yo comprobando, y me preocupaba mucho. Me equivocaba al dudar de Jamila. No era simplemente que Halima hubiera decidido romper su amistad con ella. Es que su vida entera había dado un vuelco. Hice un último intento.

—Halima, señora, si alguien me hubiera dicho que podías experimentar un cambio semejante, me habría reído en su cara. Seguramente aceptarás que no todo lo que te enseñó la sultana Jamila sea malvado. ¿No te enseñó acaso a apreciar la poesía? ¿Las canciones que yo te oía cantar en El Cairo son corruptas porque te las enseñó ella?

Por un momento su cara se suavizó y capté un breve atisbo de la Halima que conocí en otros tiempos. Pero sus rasgos rápidamente se endurecieron de nuevo.

—Su influencia sobre mí era malvada. Yo pensaba que me amaba, pero todo lo que quería era poseerme. Quería que le perteneciera a ella y a nadie más. Yo debo pertenecerme a mí misma, Ibn Yakub. Seguramente entenderás mi deseo de volver a ser yo misma de nuevo.

—Olvidas que yo te conocí antes de que tú conocieras a Jamila. ¿Has olvidado acaso a Messud? ¿No recuerdas la forma en que le hablaste al sultán cuando el cadí te trajo a palacio, en El Cairo? Entonces no estabas sometida a la filosofía andalusí, ni por la poesía erótica de Wallada, pero tu mente estaba preparada para dar un gran salto. Jamila se dio cuenta y te ayudó a penetrar en un nuevo mundo.

—Jamila me tocó como si yo fuera un laúd.

Aquello era una caricatura de la verdad, y yo me sentí obligado a defender los motivos de la sultana.

—Aunque me molestó su poder sobre ti, la verdad es que tocaba bien. La música que ambas hacíais juntas era la envidia de palacio. Los eunucos hablaban de ello por toda la ciudad. Hablaban de dos reinas que no se preocupaban de otra cosa más que de la verdad. Describían sus ojos que eran como una hoguera cuando denunciabais a los desgraciados que creían en *yins* y otras criaturas imaginarias. Vuestra fama se extendió por todas partes. Era una especie de libertad, Halima. Te digo esto como amigo.

—Hablas como un idiota, escriba. La verdadera libertad reside en los mandamientos de Alá y su Profeta solamente. ¿Por qué íbamos a ser tan arrogantes como para asumir que nosotras solas, una minoría, decimos la verdad, mientras que una mayoría de creyentes que se niegan a dudar son, por virtud de esa negativa, prisioneros del prejuicio? Déjame que te diga algo. Sé ahora que las blasfemias de Jamila eran como una brisa del infierno. Pareces sorprendido, Ibn Yakub. Pero eso no debería asombrarme. ¿Cómo un judío podría entender el modo de obrar de nuestro Profeta?

La miré a la cara. Desvió su mirada. Todo lo que hubo entre ella y yo murió en aquel instante. Halima se había dejado embaucar por las dulces palabras de los falsos profetas y la amargura de aquellos que se ganan la vida haciendo hechizos.

Me levanté, hice una exagerada reverencia y salí de la habitación. Estaba furioso. Halima era un caso perdido. Ahora entendía la desesperación de Jamila. No era simplemente el dolor del amante abandonado y rechazado. Jamila estaba triste no por el abismo abierto entre las dos, sino porque junto con su relación entera, el conocimiento y el entendimiento del mundo que ella había imbuido con tanta paciencia en su amiga habían sido rechazados también. Algo terrible había pasado. Jamila y yo habíamos reconocido el cambio. La sed de conocimientos de Halima había desaparecido. Los pájaros ya no cantarían más. Las flores se habían

marchitado.

Reflexioné sobre aquella conversación durante algunos días. Sus palabras daban vueltas en mi mente sin cesar, y yo, interiormente, discutía con ella una y otra vez, sin ningún resultado positivo. Halima era un barco hundido. Informé a Jamila de mi congoja, y se creó un nexo de unión entre nosotros que faltaba en el pasado, una cercanía producida por el sentimiento común de pérdida, de aflicción por una amiga en la que se había anquilosado la sabiduría. Ella se mostró sorprendentemente filosófica.

—He estado pensando mucho en este tema, Ibn Yakub. He llegado a la conclusión de que la pérdida de un amigo cercano, con el cual uno lo ha compartido todo y en quien confía plenamente, es un golpe mucho mayor que verse privado de contacto físico. Y mientras te digo esto, sigo preguntándome si realmente lo creo o si te lo estoy diciendo para intentar convencerme a mí misma de que el amor entre amigos es más valioso que el amor erótico. Hay momentos, cada vez menos, en que creo exactamente lo contrario. Momentos en que me parece que mi mente arde, y que las llamas van a extenderse por todo mi cuerpo. Y momentos en que sacrificaría toda la amistad sólo por un último abrazo apasionado.

»Ya ves, Ibn Yakub, cómo incluso las que son como yo, fuertes y seguras de sí mismas, se ven afligidas por el amor. Es una enfermedad terrible que, como no cesan de decirnos nuestros poetas, puede volvernos locos. Sé que tú también estuviste una vez enamorado de ella. ¿Por eso hay un velo de tristeza cubriendo tu rostro?

No era el recuerdo de Halima, a quien imaginaba en su máximo esplendor, desafiante en su amor por Messud, con los ojos chispeando de pasión, mientras confesaba su adulterio al sultán en presencia del cadí, lo que me conmovía. Me sentía abatido al ver a Jamila, que esperaba ansiosamente mi respuesta a su pregunta.

—Lo que me hace tan infeliz es verte en este abatido estado, oh sultana. Mi propia pasión por Halima no duró mucho. Fue un deseo infantil de algo inalcanzable, bastante frecuente en hombres de mi edad. Desapareció hace meses. Lo que me pregunto es por qué sigues siendo infeliz. Rabia, amargura, deseo de venganza, todo eso lo podría entender, aunque fuera indigno de ti. Pero no cuadra en una mujer de tu intelecto lamentarse por alguien cuya transformación es tan completa que hace cuestionarse los propios juicios anteriores y preguntarse si no fue ésta siempre la Halima real. ¿Fue lo que vimos tú y yo simplemente una máscara, destinada a complacerte sobre todo, no diferente a las marionetas del teatro de sombras de El Cairo?

«También me pregunto si lo que realmente echas de menos es el amor y la amistad o algo más. Quizá lo que verdaderamente te preocupa es haber perdido

algo que contemplabas como una posesión. Halima siempre fue preciosa, pero estaba sin pulir. Al pulirla, al darle una visión del mundo mucho más amplia que la del palacio o incluso de la ciudad, un excitante mundo de ideas donde nada estaba prohibido, tú conseguiste extraer lo mejor de ella. Todos aquellos que os veían juntas, incluido el sultán, se maravillaban ante aquella afinidad tan íntima que marcaba vuestra amistad. En otras palabras, se convirtió en tu posesión más preciada, y a las posesiones no se les permite irse. ¿No podría ser eso lo que realmente te preocupa?

Sus ojos echaban chispas, sobreponiéndose a la desgracia, y vi a la antigua Jamila de nuevo.

—Escúchame, escriba. Ni tú ni ese viejo desdentado de Shadhi ni esos condenados eunucos que te informan tienen ni idea de lo que había realmente entre Halima y yo. No era una amistad de una sola dirección. Yo aprendí también mucho de ella, de otros mundos y de la forma de vivir de otras gentes menos privilegiadas que yo, pero ni siquiera eso importa demasiado.

»Tú y tu querido sultán vivís en un mundo masculino. Simplemente, no podéis entender nuestro mundo. El harén es como un desierto. Nada puede echar raíces aquí. Las mujeres compiten unas con otras por una noche con el sultán. A veces suavizan el dolor de sus frustraciones encontrando eunucos que se arrastran al interior de sus habitaciones por la noche y las acarician. La falta de pene no siempre implica la incapacidad de proporcionar placer por parte del eunuco.

»En esas condiciones, es imposible para cualquier mujer tener una amistad interesante con un hombre. Mi padre era excepcional en este sentido. Después de la muerte de mi madre se convirtió en un verdadero amigo con el cual podía discutir mucho. Como sabes muy bien, me gusta mucho Salah al-Din. Sé que él me toma en serio. No soy simplemente un montón de carne con el que fornicar ocasionalmente. Él sabe cómo pienso. A pesar de ello, y con toda franqueza, no puedo pretender que la nuestra sea una relación profunda. ¿Cómo podría serlo, en estos tiempos y en estas condiciones? Con Halima yo disfruté de algo que era completo, a todos los niveles. No tiene nada que ver con la posesión. A fin de cuentas, todas nosotras somos posesión del sultán.

»Ya ves, Ibn Yakub, todavía espero que regrese un día. No a mí, sino a sus sentidos. Con eso me bastaría. Mi esperanza es que un día enseñe a otra mujer lo que yo le he enseñado a ella, para que el tiempo que pasamos juntas no haya sido totalmente en balde. Ahora ya no quiero nada más de ella. ¡Nada más! Su corazón ya no responde a mi voz. Todo ha terminado. Halima está muerta para mí. Me lamentaré sola. Más pronto o más tarde, la soledad trae su propia sabiduría y consuelo. Mi serenidad volverá y volveré a ser feliz de nuevo. ¿Lo entiendes?

Yo asentí y una pequeña y triste sonrisa apareció en su cara mientras salía lentamente de la habitación, con paso mesurado, casi como si no quisiera volver al

lugar de su pena.

Pensé mucho en Jamila después de todo aquello. Si nuestro mundo hubiera sido diferente, podríamos habernos convertido en íntimos amigos, y hubiera sido yo quien se hubiera beneficiado de su experiencia. Jamila, más que ninguna otra mujer de las conocidas por mí, ejemplificaba la queja de Ibn Rushd en el sentido de que el mundo de aquellos que creen en Alá y su Profeta se ve gravemente perjudicado por el hecho de que la mitad de su población, es decir, las mujeres, están excluidas de desempeñar funciones en el campo del comercio o de los asuntos de Estado.

Cuando uno se ve apartado a la fuerza de lo que ocurre en el mundo más allá de la ciudadela, hechos como la transformación de Halima adquieren inmerecida importancia. En cuanto llegó un correo, con la ropa y el rostro cubiertos de polvo rojo, con despachos que nos informaban de que Alepo había caído sin presentar batalla, me recuperé por completo. Todo quedó en su justo lugar. El mensajero que trajo las buenas nuevas recibió abrazos de todo el mundo. El loco que se resistió al sultán se vio obligado a salir corriendo y volver a Shinshar, la ciudad donde nació.

En el exterior de Alepo, los soldados que custodiaron la ciudad pasaron cabalgando junto al sultán con la cabeza baja en señal de acatamiento. El pueblo de Alepo amaba a Nur al-Din, y seguía siendo leal a sus sucesores, pero ellos sabían que en Salah al-Din habían encontrado a un conquistador que les defendería a ellos y a su ciudad y también se negaría a dejar que nadie se interpusiera en el camino de la yihad.

La caída de Alepo hizo brotar una ola de excitación que corrió por todo Damasco. Hubo celebraciones en las calles. Las tabernas de todos los barrios de la ciudad estaban repletas de jóvenes decididos a beber hasta reventar. Fue como si el mundo entero hubiese cambiado con aquellas noticias. La gente lo sentía en sus adentros. Nuestro sultán era ahora el gobernante más poderoso de la Tierra.

Al día siguiente mi alegría se vio menguada ante las noticias de que una voz inimitable se había silenciado para siempre. Ibrahim había muerto pacíficamente mientras dormía. Nuestra amistad era reciente, pero lloré por él como lo hubiera hecho por un padre. Hasta los rostros más duros se humedecieron al día siguiente en su funeral. Él me había dejado una pequeña colección de libros de su biblioteca privada. Iban acompañados de una nota. No la leí hasta mucho más tarde, aquella noche, en la privacidad de mi habitación. «El servicio a los grandes reyes lleva consigo algunas recompensas, pero el servido a la verdad no tiene recompensa alguna y por esa misma razón vale muchísimo más.»

Capítulo 21

Jamila deja Damasco y vuelve al palacio de su padre, esperando recuperar su serenidad; Salah al-Din cae enfermo y yo corro a su lado

Dos días después, el eunuco Amjad me trajo una carta de Jamila. No sonreía ni estaba dispuesto a adelantarme información alguna. Se limitó a colocar la carta en mis manos y salir de la habitación.

Me sorprendió la belleza de la caligrafía. Nunca había visto letras tan exquisitamente perfiladas, salvo en la caligrafía de los grandes maestros del arte. Quienquiera que le hubiera enseñado a escribir así debía de ser un maestro o descendiente de uno de ellos. Mientras escribo estas líneas tengo la carta frente a mí. Al transcribir sus palabras puedo oír de nuevo su clara voz como la oí por primera vez aquel día en que Halima me la presentó. Su voz resuena en mis oídos y sus acusados rasgos aparecen ante los ojos de mi mente.

«Buen amigo Ibn Yakub:

»Por medio de esta carta te hago saber que voy a abandonar Damasco por unos meses, o quizá por más tiempo. Voy a volver con mi padre, un anciano de casi ochenta años que no se encuentra bien desde hace algún tiempo. Quiero verle antes de que muera, y el sultán, bendito sea su corazón, nunca ha puesto impedimentos a mis deseos de viajar.

»Una vez, hace ya unos cuantos años, pasé una temporada en Bagdad. Fue una visita que sirvió para mejorar mi mente. Fui a escuchar las enseñanzas de un gran filósofo y poeta. Fue él quien me enseñó la importancia de la razón. Todavía le veo acariciándose la blanca barba mientras me hacía aprender la siguiente conversación entre nuestro Profeta y Mu'adh ibn-Jabal, el cadí de al-Yaman:

«Profeta: ¿Cómo decides cuando aparece un problema?

»Mu'adh: Según el Libro de Alá.

»P: ¿Y si no encuentras en él nada adecuado?

»M: De acuerdo con las sunas del mensajero de Alá.

»P: ¿Y si no encuentras en ellas nada adecuado?

»M: Entonces aplicaré mi propio razonamiento.

«Cuando volví, le recordé todo esto a Salah al-Din y él empezó a practicarlo muy a menudo, especialmente cuando trataba con los teólogos

de los califas fatimíes en El Cairo. Como me di cuenta de que había conseguido algo, aquel viaje siempre permaneció en mi memoria.

»Ahora me voy para tranquilizar mi mente. He sufrido un terrible golpe, y estoy convencida de que en Dhamar no me veré perturbada por los recuerdos de El Cairo y de Damasco.

»Quiero oler de nuevo la fragancia de las flores en el jardín maravilloso creado por mi abuelo, rodeado por el muro y arriate más bello que he visto jamás, un muro y arriate en el cual crecen las plantas y flores más hermosas. Siempre he pensado que el paraíso tenía que ser como nuestro jardín. Allí pasé yo muchas horas en silencio entre los árboles, contemplando a los pájaros bajar del muro a beber agua de un arroyo construido de forma que pareciese natural.

»Allí fue donde se forjaron mis sueños. Allí solía sentarme a la sombra horas y horas y soñar, preguntándome cómo sería el mundo exterior, fuera de Dhamar. Los mercaderes hablaban de Bagdad, de El Cairo y Damasco, de Basora y de Calicut, y de las cosas extrañas y maravillosas que sucedían en aquellas ciudades. Yo corría hacia mi padre e insistía en que me dejaran convertirme en mercader cuando creciera, para poder ir muy lejos, hasta la China.

»Cuando tuve catorce años, solía ir a cabalgar con mi padre. A veces íbamos a ver el mar. Qué tranquilizador es contemplar las suaves olas y admirar el trabajo de la naturaleza. Mi padre también solía detener su caballo junto al mío, dejando a nuestro séquito de sirvientes muy atrás. La mayoría de ellos tenían miedo del agua, que según creían estaba habitada por *yins* en forma de peces gigantes que se comían a las personas. Recuerdo que yo galopaba por la arena y hacía entrar a mi caballo en el agua, que me salpicaba a mí también.

»Mi padre miraba al mar y decía: "Aquí, todo nos sobrevivirá a nosotros y a los que vengan detrás de nosotros. Esta misma brisa la sentirá la gente dentro de cientos de años y se maravillarán de la naturaleza igual que nosotros. Ésta, hija mía, es la voz de la eternidad".

»Yo no entendí del todo lo que quería decir hasta mucho más tarde. Pero sí me daba cuenta de lo feliz que era por tener un padre que no creía que el mundo se acabaría antes de que sus hijos se hicieran mayores. Mucha gente creía sinceramente que Alá acabaría con el mundo, y que los ángeles abrirían su libro mayor y leerían en voz alta el relato de nuestras vidas. Mi padre era diferente.

»Me entristeció mucho dejar mi familia y mis amigos, pero no tuve elección. Ni tampoco Salah al-Din. Fue una alianza considerada necesaria por su padre y el mío, y considerada bendita por el gran sultán Nur al-

Din, que la paz sea con él. Me gustaba la compañía de Salah al-Din, pero nunca obtuve placer en nuestra unión. Le di dos hijos y después nunca más volvió a importunarme. Nos hicimos amigos, y yo le disuadí de pasar las noches conmigo. Se trata de una experiencia personal, y quizás hubiera reaccionado con otro hombre cualquiera de la misma forma. Quizá mi cuerpo no estuvo nunca destinado a ser mancillado por un hombre. El auténtico amor y felicidad sólo lo he encontrado con Halima, pero ya conoces bien esa historia.

»Cuando la viuda de Nur al-Din, Ismat, se casó con Salah al-Din, permaneció muchos meses en un estado de absoluta incredulidad. Creo que después del ascético Nur al-Din, que probablemente la montaba sólo por obligación, encontró a Salah al-Din tan retozón como un potro salvaje. Recuerdo el día que me dijo que nunca se había dado cuenta de que la cópula podía darle placer.

»Te cuento esto para que no juzgues la actuación de tu sultán en este campo sólo por mi experiencia. Sería injusto para él. La versión de Ismat es mucho más fiable, y confirmada por los informes de muchas otras en el harén. Halima, como yo, era un caso excepcional. Para ella, el recuerdo de Messud era tan fuerte que se abría bastante a mí. Me confesó que cuando el sultán la cabalgó por primera vez cerró los ojos e imaginó que la montaba Messud, simplemente para aligerar el peso.

»Quizá no me quede demasiado tiempo en Dhamar. Quizá sea inútil buscar un pasado ya perdido, o imaginar que uno puede curar el dolor del presente reviviendo la propia niñez y juventud. Hay aspectos de la vida en Dhamar que me disgustan. La constante glorificación del antiguo modo de vida de las tribus del desierto me deja completamente fría. Las exageradas historias de los triunfos beduinos contra la naturaleza y los enemigos humanos no me conmueven en absoluto. Mi padre tampoco animó nunca todas esas cosas. Sin embargo existen, y los cortesanos se complacen escribiendo malos poemas en alabanza al incansable paso de los camellos de raza, o al campamento beduino rodeado de hienas y lobos, o al hambre y la sequía y las delicias de la leche de camella.

»Si todas esas cosas me agobian demasiado, volveré a Damasco pronto, curada para siempre. Pero hay gente a la que quiero ver. La hermana de mi madre, que me crió tras la muerte de mi madre y que se convirtió en una gran amiga mía. Ella me confesaba todas sus preocupaciones y secretos. A cambio, yo le contaba los míos. Una vez vino a visitarme en El Cairo, pero yo estaba tan enamorada de Halima en aquellos días que no tuve tiempo para mi pobre tía. Ella se fue muy triste, pensando, sin duda, que me había vuelto arrogante y desconsiderada.

Ahora desearía haberme confiado a ella y explicarle entonces el estado de mi mente.

»No es bueno verse atrapado por las propias emociones, Ibn Yakub. ¿No estás de acuerdo? Y sin embargo, resulta también difícil liberarse de ellas. Desde ese punto de vista, mi regreso a Dhamar me ayudará, y volveré a Damasco siendo de nuevo la misma de siempre. Entonces nos sentaremos, tú y yo, y discutiremos de filosofía y de la historia que estamos viviendo cada día. Si Salah al-Din se embarca en otra aventura mientras yo estoy ausente, dile que Jamila insistía en que te deje a ti aquí.

»Que la paz sea contigo.»

Apenas tuve tiempo para reflexionar sobre la carta de Jamila cuando Shadhi entró cojeando en mi habitación. Escondí la carta simplemente para evitar tener que responder a sus maliciosas preguntas, pero él enseguida se puso a parlotear.

—Amjad el eunuco me ha informado ya del contenido de esa carta. No tiene demasiado interés. Así que se va. Quizás haya otra mujer en Dhamar. Salah al-Din probablemente se sentirá aliviado porque su afilada lengua siempre le asusta un poco. ¿Te he disgustado?

Antes de poder replicar, el chambelán, que se había deslizado en la habitación sin que lo advirtiéramos, habló con su resonante voz.

—Te traigo malas noticias, Ibn Yakub. He venido a decirte que recojas tus pertenencias, tu pluma, tu tintero y tu recado de escribir. El sultán está ya en el camino de vuelta, pero se ha puesto enfermo en un pueblo a dos días de distancia de aquí. No está bien. Nos ha mandado llamar a los dos. Salimos dentro de unas horas.

Shadhi no pudo ahogar sus sollozos, insistiendo en que él también nos acompañaría al pueblo donde estaba el sultán enfermo, pero se encontraba tan débil que tuvimos que negarnos a su petición. Le prometí mantenerle informado mientras me apresuraba a hacer el equipaje. Ya me había acostumbrado a montar a caballo, pero la idea no me entusiasmaba demasiado.

Salimos de Damasco en nuestras monturas a la atardecida, cuando todo está en silencio y sólo se oye el canto de las cigarras. Nuestro grupo estaba formado por doce jinetes, ocho de los cuales eran soldados para protegernos. Los otros dos, aparte del chambelán y yo mismo, eran criados que llevaban comida para nuestro viaje.

Lo que me preocupaba era que los médicos del sultán hubieran decidido no llevarle a Damasco, donde estaría mucho más cómodo y podrían atenderle otros médicos. La única razón probable era que estuviera demasiado enfermo para moverse. También me intrigaba por qué me había mandado llamar a mí, cuando Imad al-Din había estado con él a lo largo de toda su última campaña. Si quería dictar un testamento, el gran erudito habría estado mucho más cualificado que yo

para tomar nota de las últimas voluntades de su señor.

Más tarde, por la noche, nos detuvimos a acampar en un pequeño oasis. Yo estaba demasiado cansado para comer o para conversar con el chambelán, cuya lealtad al sultán no estaba a tono con su inteligencia. De hecho, era doloroso oírle decir que sólo le interesaban los caballos y los burdeles, cosas que no ejercían ningún tipo de atracción sobre mí.

Durante el viaje me había descrito un curioso burdel de Damasco para deleite de los soldados. Allí, según decía el chambelán, las prostitutas estaban atadas con cadenas y eran azotadas por sus clientes, y luego las liberaban y ellas les aplicaban a ellos el mismo castigo. Sólo eso proporcionaba una inmensa satisfacción a los implicados. Yo miré al chambelán. Su fea sonrisa me confirmó la pregunta que se estaba forjando en mi mente. Él mismo había estado allí. Tomé nota mentalmente de preguntar a Shadhi acerca del chambelán a mi regreso.

Nos despertamos temprano, mucho antes de salir el sol, y reemprendimos la marcha. Cuál no sería mi sorpresa, al ver que llegamos al pueblo cuando el sol estaba en su cénit. Yo me había imaginado que estaríamos cabalgando al menos durante seis horas más, pero dos de aquellos soldados eran de ese pueblo y nos habían llevado por un atajo.

Nos esperaban con ansiedad, así que fuimos conducidos inmediatamente a una casa donde yacía el sultán, cubierto con unas sábanas de muselina blanca y con dos ayudantes que le espantaban las moscas de la cara. Tenía los ojos cerrados, y me sentí sorprendido al ver lo mucho que había adelgazado su cara. Su voz era débil.

—Sé lo que estás pensando, Ibn Yakub, pero lo peor ha pasado. Tu viaje es innecesario. Me encuentro mucho mejor ahora, y mañana ya estaré cabalgando de nuevo contigo. Imad al-Din está en Alepo y cuando te mandé llamar creí que no iba a vivir mucho tiempo más. Quería trazar mis planes exactos para la yihad, para que mi sucesor pudiera llevar a cabo lo que Alá en su infinita misericordia había decidido que ya no estaba en mi mano. Afortunadamente, el Todopoderoso cambió de opinión y todavía estoy vivo. Enterramos a cuatro emires en este pueblo hace sólo una semana. Creo que yo he sobrevivido simplemente a fuerza de chupar el zumo de unos limones que había en el árbol de ahí fuera. No puedo pensar en otra razón, porque estaba tan enfermo como los que murieron. ¿Crees que el limón tiene propiedades curativas? Mi físico cree que estoy curado porque me sangró, pero también sangró a los emires que murieron. Escribe a Ibn Maimun y pregúntale su opinión. De ahora en adelante, siempre habrá limones adonde yo vaya.

El sultán sonrió y se sentó en la cama. Sus ojos parecían luminosos. Había sobrevivido. Yo pensaba que toda aquella cháchara de los limones no era más que delirios de la fiebre, pero ahora me preguntaba si quizá sería verdad.

Él quería saber qué estaba ocurriendo en Damasco y me preguntó con mucho detalle, y pareció muy irritado cuando no pude responder a todas sus preguntas.

Traté de explicarle que en su ausencia yo no estaba presente en las reuniones del consejo, y por lo tanto mi conocimiento se limitaba a lo que se me había dicho directamente. Esto aumentó su enfado y mandó llamar al chambelán para preguntarle por qué, a pesar de sus instrucciones explícitas en sentido contrario, se me había excluido de las reuniones donde se tomaban decisiones importantes.

El chambelán no tenía excusa alguna y meneó la cabeza en un silencio vergonzante. Al jactancioso asiduo de burdeles especiales de pronto le habían comido la lengua. El sultán le echó de allí con un gesto airado.

Al día siguiente, cuando el sol empezaba a ponerse, emprendimos el viaje de regreso a Damasco. Nuestro grupo había aumentado en unas cien personas.

Cuando acampamos para pasar la noche, el sultán me mandó llamar y me preguntó primero por el estado de salud de Shadhi. Cuando le aseguré que todo lo que le pasaba eran achaques debidos a su avanzada edad, me preguntó por Halima y Jamila. Yo me sobresalté. ¿Debía decirle un par de medias verdades acerca de que gozaban de buena salud, para enfrentarme con su ira cuando posteriormente descubriera mi engaño, o debía confesarle todo lo que sabía?

Desgraciadamente, él estaba más alerta de lo que yo esperaba y notó mi ligera vacilación. Habló con voz severa mientras sus ojos, brillantes a la luz de cien velas, se fijaban en los míos.

—La verdad, Ibn Yakub. La verdad.

Se lo conté todo.

Capítulo 22

El sultán declara su odio eterno a Reinaldo de Châtillon; muerte de Shadhi

Salah al-Din no era un hombre vengativo ni cruel. No albergaba rencor en su corazón. Normalmente aconsejaba en contra de la venganza. Le oí decir una vez que actuar movido simplemente por la sed de venganza era peligroso siempre, como beber un elixir tan a menudo que se convirtiera en hábito. Era un acto imprudente, que igualaba a los creyentes con los bárbaros. Expresaba a menudo estas opiniones, aunque con calma, pero cuando sus comandantes o emires desafiaban su consejo y no podían controlar sus emociones más bajas, nunca los castigaba. En cambio, suspiraba y meneaba la cabeza con asombro, como para indicar que el arbitro final no era el sultán, sino Alá y sus ángeles.

Hubo, sin embargo, incluso en el caso de Salah al-Din, una excepción notable. Había un caballero franco llamado Reinaldo de Châtillon, y ha llegado ya el momento de que escriba a propósito de esa abominación, porque ya no estamos tan lejos de las últimas batallas del sultán contra los francos, y pronto nos encontraremos con ese canalla en persona.

El odio del sultán por Reinaldo era absoluto. No estaba atemperado por ningún sentimiento de perdón, generosidad, amabilidad ni siquiera por la arrogancia que pudiera conducirle a contemplar a ese hombre como un gusano indigno hasta del desprecio de los sultanes. Reinaldo era una serpiente venenosa cuya cabeza había que aplastar con una piedra. Yo mismo oí a Salah al-Din en consejo abierto jurar ante Alá que, si surgía alguna vez la oportunidad, decapitaría a Reinaldo con su propia cimitarra. Observaciones de este tipo complacían siempre a sus emires, que se sentían mucho más cercanos a su gobernante cuando éste mostraba emociones semejantes a las suyas. La cosa es que desde que llegaron por primera vez los francos y sorprendieron a nuestro mundo con sus bárbaras costumbres, nuestro bando se vio infectado también, asimilando algunas de las peores prácticas de los francos.

Fueron precisamente los francos quienes, hace unos cien años, durante un sitio, asaron a sus prisioneros en una hoguera y luego se los comieron para aplacar su hambre. Las noticias llegaron a todas las ciudades y sumieron a nuestro mundo en un sentimiento de conmoción y vergüenza. Aquello no se había visto nunca en estas tierras. Y sólo hacía treinta años que el gran Shirkuh había castigado a uno de sus emires por permitir que se asara a tres francos cautivos y se probara su carne. Los ulemas reaccionaron enseguida contra aquella práctica y la denunciaron como un

pecado contra el Profeta y el hadiz.

Pero el argumento que finalmente resolvió el asunto fue lo que dijo el cadí de Alepo después de las plegarias del viernes: comer carne de franco es repugnante para los creyentes porque los francos consumen grandes cantidades de carne de cerdo. Eso significa que su carne está mancillada. Curiosamente, este argumento tuvo mucho más efecto a la hora de refrenar esta abominable práctica que todas las piadosas referencias a los hadices y al conveniente y oportuno descubrimiento de nuevas tradiciones cuando se las necesitaba.

Nunca me habían contado las razones que condujeron al sultán a despreciar a Reinaldo. Era algo aceptado, simplemente, como el paisaje. Un día entré en la biblioteca de Imad al-Din y me quedé allí esperando que llegara el gran hombre. Su primera reacción al verme fue fruncir el ceño, pero su cara cambió rápidamente para convertirse en una máscara de buena voluntad.

—Siento haberme introducido de este modo, maestro, pero me pregunto si podrías dedicarme una pequeña parte de tu precioso tiempo.

Sonrió con los labios, pero sus ojos seguían fríos e impenetrables.

—¿Cómo podría rehusar una petición del escriba personal del sultán? Estoy a tu servicio, Ibn Yakub.

—Me honras, señor. No te ocuparé mucho tiempo. ¿Podrías informar a este ignorante escriba sobre las razones del odio virulento del sultán hacia Reinaldo de Châtillon?

Imad al-Din se echó a reír con una risa profunda y gutural, completamente genuina. Estaba deleitado con mi ignorancia, y muy contento de aumentar mi conocimiento sobre aquel tema en particular o sobre cualquier otro.

—Querido amigo Ibn Yakub, tú acabas de empezar a comprender el carácter del sultán, pero yo, que llevo con él mucho más tiempo que tú, me sorprendo a veces de la forma en que toma algunas decisiones.

Para mí el método es muy importante, pero para él lo único importante es instinto, instinto, instinto. Si mi método y su instinto coinciden, muy bien, pero hay ocasiones en que ambos se oponen. Entonces triunfa su instinto, y yo, como leal consejero, me inclino ante su voluntad.

»Cómo deberíamos tratar a los francos en el curso de la yihad es un tema en el que nunca hemos estado en desacuerdo. Hay algunos locos a los que se les calientan los cascos y para los cuales la yihad consiste en un estado de guerra permanente contra los francos, pero Salah al-Din nunca ha tenido ese punto de vista. Él entiende siempre que el enemigo, como nosotros, a menudo suele estar dividido. Lo mismo que nuestra creencia en Alá y su Profeta nunca nos ha impedido cortarnos el cuello unos a otros, de la misma forma los francos, a pesar de adorar los mismos ídolos y jurar lealtad al mismo Papa, raramente han sido capaces de unirse por encima de pequeñas disputas de unos contra otros.

»El sultán ahora gobierna sobre El Cairo, Damasco, Alepo y Mosul. Desde el Nilo al Eufrates hay una sola autoridad, menos allí donde gobiernan los francos. Ningún otro gobernante es tan poderoso como él, y sin embargo, a pesar de nuestra fuerza, accedió a una tregua con el hijo de Amalrico, Balduino el Leproso, que gobierna en al-Kadisiya. Balduino podía ser débil de cuerpo, pero su mente era fuerte. Sabía que el sultán mantendría su palabra y la paz también le resultaba útil a él. El resultado de la tregua fue que nuestras caravanas viajaban libremente entre El Cairo y Damasco, deteniéndose a menudo en pueblos francos para vender sus mercancías.

»Hace cuatro meses, como sabes ya, murió el pobre leproso, insistiendo en que su hijo de seis años fuera colocado en el trono con el nombre de Balduino V. Nuestros espías nos envían informes semanales de esa ciudad que, si Alá lo permite, será pronto nuestra de nuevo.

»El sultán está bien informado. Sabe que hay dos facciones importantes entre los francos de al-Kadisiya. Una está dirigida por el conde de Trípoli, Raimundo ibn Raimundo al-Sanjili, descendiente de San Gil. Por su aspecto, podría ser muy bien un emir de Damasco. Su rostro es mucho más oscuro que el del sultán. Tiene la nariz aguileña y habla con fluidez nuestra lengua.

»El sultán es muy amigo suyo, y le gustaría que ganase la lucha por el poder. ¿Te diste cuenta de que para ayudarlo liberamos a muchos caballeros de Trípoli que habíamos capturado en diferentes ocasiones a lo largo de los últimos años? Ésa es una medida de la seriedad con la que el sultán contempla el resultado de la lucha de facciones en aquella ciudad. Una batalla que está teniendo lugar ahora mismo, mientras hablo contigo, Ibn Yakub.

»Y ahora voy a la cuestión que me has preguntado antes. ¡Reinaldo de Châtillon! El monstruo más sediento de sangre que ha nacido jamás, hasta en el mundo de los francos. Fue capturado por Nur al-Din y pasó doce años en las prisiones de Alepo. Fue liberado después de la muerte de Nur al-Din. Los francos pagaron un cuantioso rescate por su libertad. Mejor hubiera sido que su cabeza rodase sobre la arena.

»Es un hombre que disfruta matando por puro placer. Le produce un deleite especial matar a los de tu pueblo, Ibn Yakub. Cree que Isa fue vendido a Pilatos por los judíos. Nosotros somos los segundos en disfrutar de su odio. Me han dicho que está especializado en destripar a los prisioneros judíos y alimentar a sus perros con sus entrañas. Te digo todo esto para que puedas apreciar que, aunque no hubiese ofendido directamente al sultán, es una figura que inspira verdadero odio. Pero además se enemistó con el sultán al romper los términos de la tregua que habían acordado con Balduino el Leproso.

»Hace dos años atacó a una caravana de mercaderes en su camino hacia la ciudad santa de La Meca. Todos los mercaderes, y los que viajaban con ellos,

fueron brutalmente asesinados. La misericordia, a los ojos de Reinaldo, es un vicio. Un signo de debilidad. Entre los que perdieron la vida aquel día estaba Samar, de ochenta años de edad, desesperada por ver La Meca antes de morir. En lugar de eso, lo que vio fue la siniestra cara del franco. Era la última tía superviviente del sultán, la hermana más joven de su padre.

»Yo redacté una carta muy dura sobre este asunto a Balduino el Leproso. Le pedimos que castigara y frenara los desmanes de su salvaje súbdito. Balduino confesó su impotencia. Como si esto no fuera suficiente, Reinaldo dirigió un ataque a la propia Meca y profanó nuestro santuario. Sus caballos defecaron en la mezquita. Las noticias de este ultraje sorprendieron a los creyentes de todo el mundo. Llegó un mensaje muy riguroso de Granada y otras ciudades de al-Andalus al califa de Bagdad, ofreciéndole ayuda en oro y hombres para la captura de la bestia franca. Se ofrecieron plegarias en todas las mezquitas del país, pidiendo una recompensa por la cabeza de Reinaldo.

»El sultán envió a El Cairo despachos urgentes a su hermano al-Adil con una sola frase: "Los criminales deben ser castigados". Al-Adil cumplió lo que se le pedía, y la mayoría de los criminales fueron capturados y conducidos a La Meca, donde fueron decapitados públicamente. Un castigo ejemplar para los que se atreven a profanar nuestros lugares sagrados, y una advertencia para todos los que intentaran un sacrilegio de nuevo. Pero Reinaldo, uno de los más detestables y malditos entre todos los francos, se nos había escapado de nuevo.

»Pero cuál no sería mi sorpresa, cuando el sultán sonrió al informársele de este hecho. "Alá me está reservando a mí a ese demonio, Imad al-Din. Yo le mataré con mis propias manos."

» ¿Responde eso a tu pregunta, Ibn Yakub?

—Más cabalmente de lo que me hubiera contestado nadie en todo el reino, oh sabio maestro.

Imad al-Din se mostró halagado por el cumplido, pero no lo suficiente como para prolongar mi audiencia, así que, agradeciéndoselo de nuevo, me retiré. Cuando llegaba a la puerta, su voz me detuvo.

—Acabo de preparar una orden para la gratificación que se te debe del Tesoro, y que te será pagada con regularidad hasta el día de tu muerte. El sultán me instruyó para que la preparara hace semanas, antes de caer enfermo, pero fue en plena guerra, y yo estaba tan ocupado tomando los nombres y detalles de los prisioneros que habíamos capturado que tu caso se me fue de la mente. Perdona mi negligencia.

»Hay otra sorpresa que te espera hoy. Creo que te complacerá, y es también el resultado de una orden emanada directamente del sultán. Si vas a ver al chambelán al salir, él te dará todos los detalles. Tu bienestar preocupa mucho al sultán. Debe de estar muy complacido contigo.

Había un ligero toque de envidia en la forma en que dijo las últimas palabras,

¿o eran imaginaciones mías? No tenía mucho tiempo para pensar en Imad al-Din y su susceptibilidad, porque las noticias que me dio el chambelán me dejaron sin habla, de modo que tuve que sentarme y beber un poco de agua. La intención del sultán era buena, pero tenía que haberme consultado antes.

Mi mujer y mi hija, junto con todas mis posesiones y mi biblioteca, habían sido trasladadas desde El Cairo a Damasco. Se había preparado una casa pequeña, no lejos de la ciudadela, para nuestro uso, y un criado me conducía ya en aquella dirección. Caminé como en sueños, como aquellos que han inhalado más *banj* del que su cuerpo puede asimilar. El servidor de la ciudadela me dejó en la puerta de la casa. La puerta estaba abierta y el patio brillaba a la luz del sol de la tarde.

Fue Maryam la primera que me vio desde una ventana, y bajó corriendo a abrazarme. No la había visto desde hacía cuatro años. Las lágrimas humedecieron mi barba mientras la apretaba contra mí y luego la apartaba suavemente para poder ver cómo había cambiado. Había madurado, pero todavía la reconocí muy bien. Ante mí tenía a una bella jovencita de dieciséis años, con los ojos del color de la miel. Su cabello negro como el carbón casi llegaba al suelo. Aquello me resultaba familiar.

Era la viva imagen de su madre, Raquel, cuando iba andando con sus amigas a buscar agua al pozo y yo la espiaba. Mientras contemplaba aquella imagen golosamente, sentí un leve contacto en mi hombro, que ardió como una brasa. Me volví y abracé a Raquel. Había envejecido. Su cara estaba algo arrugada y había algunas hebras grises en su cabello. Mi corazón casi se detuvo, pero todo el veneno había desaparecido y la besé en los párpados. Fue muy sabio por parte del sultán no avisarme antes de mandar a buscarlas. Yo me habría negado y habría sufrido mucho como consecuencia.

Sería extraño volver a vivir en una casa de nuevo. Me había acostumbrado al lujo de la ciudadela, donde todas mis necesidades elementales estaban satisfechas. La permanente proximidad con el poder me había resultado estimulante. Aunque no estaba descontento con el inicio de una nueva fase en mi vida. Maryam pronto se casaría. Raquel y yo volveríamos a estar solos, como lo estuvimos durante cuatro años antes de que Maryam naciera. En aquellos días yo quería tener hijos con tanta desesperación que hacíamos el amor a cada oportunidad que teníamos. Todo aquel esfuerzo había producido sólo a Maryam. Se me negó la dicha de un hijo. ¿Qué íbamos a hacer cuando Maryam dejase nuestro hogar?

Era extraño que aquella cuestión apareciese en mi mente inmediatamente después de la llegada de Raquel, pero enseguida me distrajo la llegada de un mensajero de la ciudadela. Tenía que volver de inmediato. Raquel sonrió, paciente.

—Será lo mismo que en El Cairo. Ve, pero no te quedes mucho rato. Es nuestra primera noche juntos después de tantos años, y la última noche en el desierto con la caravana vi una preciosa luna creciente.

Pero no volví a casa aquella noche. Me habían llamado junto al lecho de Shadhi. El anciano se estaba muriendo. Sonrió débilmente cuando entré en su habitación.

—¿Dónde está mi Salah al-Din? ¿Dónde está mi muchacho, que no está conmigo en estos momentos?

Le cogí la mano y se la acaricié suavemente.

—El sultán está luchando contra los francos, mi buen amigo Shadhi. Por favor, no nos dejes todavía. Espera unos pocos meses más.

—Alá me llama por fin, pero escúchame. Escucha. Cuando caiga al-Kadisiya y entres por sus puertas junto a mi muchacho, piensa en mí, Ibn Yakub. Imagina que cabalgo junto al sultán, susurrándole palabras de aliento al oído tal como hacía cuando luchó en su primera batalla. No estaba seguro de poder ver la victoria de mi muchacho, pero ahora sé que llegará, estoy seguro. Tan seguro como lo estoy de que yo no podré ir a su lado. Su nombre vivirá para siempre. ¿Quién recordará a Shadhi?

—Él te recordará —susurré yo, con las lágrimas mojando mis mejillas—. Y yo también. Nunca te olvidaremos.

Shadhi no replicó. Sus manos se quedaron frías entre las mías. Mi garganta estaba atenazada por el terror. Shadhi se había ido. Aquel anciano en cuya compañía había pasado incontables horas y que había enriquecido infinitamente mi vida estaba muerto.

Recordaba la primera vez que nos vimos. Yo me asusté un poco de él, sin saber cómo responder a su desprecio por la autoridad. Pero incluso aquel día, al final de nuestra primera conversación, yo ya anhelaba una segunda. Me di cuenta de que en él tenía una valiosísima fuente para la historia secreta de Salah al-Din y la casa de Ayyub.

Shadhi ya no estaba entre nosotros, pero viviría siempre en mi recuerdo. No sería una separación permanente. Intenté fijar la mirada en el futuro. Su voz, su risa, su tono burlón, su alma a menudo empañada por la arrogancia, su rechazo a tolerar a los idiotas o a los pomposos sabios religiosos, sus bromas obscenas y la trágica historia de su propio amor. ¿Cómo podría yo olvidarle nunca? Seguiría oyendo su voz mientras viviera. Sus recuerdos me guiarían mientras completaba la crónica del sultán Salah al-Din y su tiempo.

Lo enterramos a la mañana siguiente. El hijo mayor del sultán, al-Afdal, dirigió la comitiva fúnebre, que se limitaba a la estricta familia inmediata del sultán. Amjad el eunuco y yo éramos los únicos extraños. Amjad había cuidado a Shadhi y atendido a sus necesidades durante los últimos meses. Él también había caído bajo su hechizo, y sollozaba incontrolablemente. Mientras nos consolábamos el uno al otro, me sentí unido a él por primera vez.

Yo no había dormido ni un momento en toda la noche. Cuando acabaron las

plegarias del funeral, volví a casa. Agradecí mi suerte por tener a mi mujer y mi hija en Damasco: aquello suavizaría la pena por la pérdida de Shadhi.

Raquel sabía lo que significaba Shadhi para mí. Le había hablado de él muy a menudo durante las primeras semanas de trabajo en El Cairo. Sabía que había sido mi único amigo verdadero en el entorno del sultán. Las palabras eran innecesarias. Me quedé dormido llorando en su regazo.

Capítulo 23

Un traidor ejecutado; Usamah entretiene al sultán con elevados pensamientos y cuentos obscenos

Diez días después de la muerte de Shadhi, Salah al-Din volvió a Damasco. Se lo comunicamos por un correo y cuando recibió la noticia, extrañamente, no habló con nadie tras dar la orden de levantar el sitio y volver a casa. Insistió en quedarse completamente solo cuando se detuvo a orar ante la tumba de Shadhi, antes de entrar en la ciudadela.

Yo fui requerido a su cámara por la tarde. Para mi sorpresa, me abrazó llorando. Cuando recobró la compostura habló, pero con una voz cargada de emoción y apenas audible.

—Una noche, durante el sitio, a medida que el cielo se fue haciendo más oscuro empezó a llover. Mientras nos cubríamos la cabeza con mantas, unos soldados se acercaron llevando un cautivo, un hombre alto y moreno. El prisionero, quejándose, insistió en defender su caso ante mí. Mis hombres no tenían más alternativa que acceder a su petición, porque mis órdenes eran muy firmes a este respecto. Cualquier prisionero condenado a muerte tenía derecho a apelar directamente al sultán. Yo les pregunté por qué querían matarlo. Un soldado bajito, uno de mis mejores arqueros, dijo: «Adalid de los bravos, este hombre es un creyente, pero nos ha traicionado al enemigo. Si no hubiera sido por él, habríamos tomado el castillo de Reinaldo».

»Yo miré al prisionero, que tenía los ojos clavados en tierra. La lluvia y el viento habían cesado, pero la noche seguía siendo oscura. No aparecía ninguna estrella en el cielo. Miré su cara barbuda y ensangrentada y me puse furioso.

»—Eres un apóstata, canalla. Has traicionado la yihad, has traicionado a tus compañeros creyentes en favor de ese demonio, de ese carnicero que ha asesinado a nuestros hombres, mujeres y niños sin misericordia. ¿Y te atreves a apelar por tu vida? Por tus acciones has perdido mi gracia.

»El prisionero se quedó sin habla. Una vez más le pedí que se explicara. Rehusó hablar. Cuando el verdugo estaba preparando el alfanje para decapitarle, el traidor murmuró a mi oído: "En el momento exacto en que tu verdugo separe mi cabeza de mi cuerpo, también morirá alguien muy querido para ti".

»Yo me puse hecho una furia y me alejé, rehusando dignificar su muerte con mi presencia. Me han dicho, Ibn Yakub, que Shadhi murió esa misma noche, dejándonos solos para contar los días vacíos que se avecinan. Era más que un padre

para mí. Desde hace muchos años no se apartaba de mí durante las batallas. Era como si yo poseyera dos pares de ojos. Me vigilaba como un león. Era amigo, consejero, mentor, alguien a quien nunca le daba miedo decirme la verdad, sin importarle el ofenderme o no. Ahora ha caído víctima de la cruel flecha de la muerte. Los hombres como él son escasos e irremplazables. Ojalá pudiéramos devolverle la vida con nuestras lágrimas.

»¿Cómo sabía aquel blasfemo, castigado ante los ojos de Alá, que Shadhi moriría también? Mientras cabalgábamos de vuelta a Damasco, uno de mis soldados me dijo que el prisionero que habíamos ejecutado se había convertido en traidor porque Reinaldo había violado a su mujer ante sus ojos, y había amenazado con invitar a otros centenares de hombres a hacer lo mismo antes de matarla. Naturalmente, me sentí muy triste al oír aquello, pero no lamenté el castigo impuesto. En tiempo de guerra, buen escriba, tenemos que estar preparados para todos los sacrificios. Aunque le respeto por no haber relatado él mismo el suplicio de su mujer. Reinaldo será castigado también. He hecho un juramento ante Alá.

»La muerte se ha convertido en una guirnalda en torno a mi cuello.

«Quiero distraerme esta noche, escriba. Envía a buscar a Usamah y que nos entretenga o, al menos, que estimule nuestros cerebros. Una reunión. Una reunión esta noche, después de la puesta del sol. No quiero dormir. Recordemos a Shadhi haciendo algo que siempre le gustó. A él le encantaba poner a prueba su ingenio contra el de Usamah. Por cierto, ¿está en Damasco o nos ha abandonado por las delicias de Bagdad? ¿Está aquí? Bien. Envíale un mensajero, pero por favor, ve a comer con él tú solo. No estoy de humor para verle devorar carne como una bestia salvaje. Pareces aliviado.

Yo sonreí y me incliné, y luego salí de la cámara real. No compartir la comida del sultán era, ciertamente, un alivio. Despaché al chambelán para que fuera a buscar a Usamah ibn Munqidh tal como había ordenado el sultán, pero me pregunté si el anciano no estaría demasiado cansado para este esfuerzo repentino. Tenía noventa años de edad, aunque estaba bien conservado y era duro como el ébano. No mostraba signo alguno de enfermedad o debilidad, aunque su espalda estaba encorvada y caminaba con una ligera cojera. Hablaba con voz profunda y fuerte. La última vez que le vi fue en El Cairo, en compañía de Shadhi.

Aquella vez bebió más de la cuenta mientras nosotros tomábamos una infusión de hierbas, fingiendo acompañarle. Usamah se bebió una botella entera de vino, sin parar de fumar una pipa llena de *banj*. A pesar de aquellos estímulos, sus sentidos no le abandonaron y nos alegró la mayor parte de la noche con anécdotas de sus amigos francos, que eran numerosos. A menudo le invitaban a hospedarse con ellos, y Usamah volvía con un montón de extrañas y maravillosas historias.

Aquella noche en El Cairo había discutido el asqueroso hábito de los francos de no afeitarse el vello púbico. Describió una escena en el baño, cuando su anfitrión

franco llamó a su mujer para que observara las ingles de Usamah, perfectamente afeitadas. La pareja se maravilló ante aquella visión, y llamaron inmediatamente al barbero para que les afeitara el vello no deseado. «¿No te excitó la visión de una mujer desnuda con el vello del pubis afeitado, mi príncipe?», le había preguntado Shadhi. La pregunta pareció haberle dejado perplejo. Dio una calada a su pipa, miró fijamente a Shadhi y replicó: «No, no me excitó. ¡Su marido era mucho más atractivo!».

Shadhi y yo nos echamos a reír y sólo paramos de reír a la vista de su cara sorprendida. Usamah no estaba bromeando.

Usamah era un noble de antiguo linaje. Su padre era el príncipe de Shayzar; el hijo había sido educado como un caballero y un guerrero. Había viajado mucho, y estaba en El Cairo cuando Salah al-Din se convirtió en sultán. Los dos eran amigos desde aquellos años, pero todos los intentos de Salah al-Din para servirse de la edad y experiencia de Usamah para adquirir un mayor entendimiento de las tácticas militares de los francos acabaron en fracaso.

El sultán estaba confuso de verdad, hasta que un día Usamah confesó que él no había luchado nunca ni en una sola batalla, y que su entrenamiento no existía para nada. Era, dijo al sultán, un noble y un viajero, y le gustaba observar las costumbres y hábitos de los diferentes pueblos. Había tomado notas durante treinta años, y estaba trabajando en un libro de memorias.

Más tarde recordaba yo el pasado cuando llegó Usamah y me saludó con un guiño. Había esperado comer con él, pero él ya había cenado. Prescindí de mi cena y caminamos lentamente hacia la cámara de audiencia del sultán, ya de noche. Su joroba se había hecho más pronunciada todavía, pero por lo demás no había cambiado mucho a lo largo de los últimos años. Al notar la presencia de Imad al-Din, frunció el ceño —los dos hombres nunca se habían caído bien— y se inclinó ante Salah al-Din, que se levantó y le abrazó.

—Estoy triste porque Shadhi ha muerto antes que yo —le dijo al sultán—. Tenía que haber esperado a que nos fuéramos juntos los dos.

—Imaginemos que todavía está con nosotros —replicó Salah al-Din—. Imaginemos que está sentado en ese rincón, escuchando cada palabra que pronuncias con esa sonrisa crítica tuya. Esta noche necesito de verdad tus historias, Usamah ibn Munqidh, pero no tragedias ni dramas, sólo quiero risas.

—Las instrucciones del sultán son difíciles, porque no hay drama que no vaya precedido por la risa, ¿y por qué es trágica la tragedia? Porque hace cesar la risa. Así que con gran respeto debo informar al sultán de que lo que desea no se puede cumplir. Si insistes en reír simplemente, entonces esta lengua permanecerá silenciosa.

Era un inteligente movimiento de apertura por parte del viejo. El sultán alzó las manos al cielo y rió.

—El sultán sólo puede proponer. Ibn Munqidh dispone y elige.

—Bien —dijo el viejo cuentacuentos, y empezó sin más dilación—. Hace algunos años, fui invitado a hospedarme con un noble franco que vivía en una pequeña ciudadela cerca de Afqah, no lejos del río de Abraham. La ciudadela había sido construida en lo alto de una colina, que tenía vistas al río. La ladera de la montaña era un bosque de cedros, y con todo aquel panorama me deleité. Durante los primeros días admiré la vista y disfruté de la tranquilidad. El vino era de buena calidad, y el hachís todavía mejor. ¿Qué más se podía desear?

—Si Shadhi estuviera aquí —murmuró el sultán— habría replicado: «¡Un lindo jovencito!».

Usamah pasó por alto el comentario y continuó.

—Al tercer día, mi anfitrión me informó de que su hijo de veinte años estaba gravemente enfermo y me pidió que fuera a verle. Yo conocía al chico de antes, y me había disgustado profundamente. Como hijo único, estaba muy mimado por sus padres. Usaba su posición como hijo y heredero del señor de Afqah para conseguir a todas las jóvenes que caían ante sus ojos. Unos meses antes había matado a un par de campesinos que intentaron defender el honor de su hermana de doce años. Decir que era odiado por los arrendatarios de su padre sería quedarse corto. Quizás algunas de las historias que se contaban de él y corrían de pueblo en pueblo se hubieran exagerado. Quizá no. Es difícil decirlo.

»Pero no podía negarme a la petición de mi amigo de examinar al chico. Yo no soy médico, pero he estudiado todos los tratados de medicina y he tenido como amigos íntimos a los profesionales de más prestigio. Muertos ellos, a menudo me consultan a mí sobre temas médicos, y sorprendentemente resultó que tenía bastantes conocimientos y mis prescripciones solían ser acertadas. Así que mi reputación aumentó.

«Ordené que quitaran las sábanas e inspeccioné el cuerpo desnudo del chico. Tenía en ambas piernas unos abscesos que se habían extendido y podían matarle en unas pocas semanas, a menos que tomásemos drásticas medidas. Era demasiado tarde para poner unas cataplasmas y prescribir una severa dieta. Le dije al padre que la única forma de salvar al chico sería cortarle las dos piernas por los muslos. Mi amigo se echó a llorar. Los agudos gritos de su mujer podían conmover hasta al corazón más duro de los presentes en la habitación del muchacho.

«Finalmente, el padre dio su aprobación, y yo supervisé la amputación de las piernas. El chico, cosa bastante normal, se desmayó. Sabía por experiencias anteriores que una vez recuperase la conciencia no se daría cuenta de que no tenía piernas. Es una ilusión que permanece durante unos días después de que un miembro ha sido amputado. Su padre me dijo que le preguntara al pobre chico cuál era su mayor deseo en este mundo, y que él haría todo lo que estuviera en sus manos para complacerle. Esperamos que se recuperase. Esperamos durante más de

una hora. Al abrir los ojos, sonrió, porque el dolor que antes sentía había desaparecido. Yo le susurré al oído: "Hijo, dime, ¿qué te gustaría más en este mundo?". Él sonrió y una estremecedora, lasciva mueca desfiguró su cara. Yo me incliné para que él pudiera susurrarme al oído. "Abuelito —me dijo, burlón, y me sorprendió que incluso en aquel estado su voz tuviera aquel acento vicioso—, ¡lo que realmente quiero más que nada en este mundo es tener un pene más largo que mi pierna!" "Ya lo tienes, hijo mío —reliqué yo, ligeramente avergonzado ante mi propio placer—, ¡ya lo tienes!"

Al principio, el sultán miró a Usamah horrorizado. Pero enseguida se echó a reír. Yo vi que la historia no había acabado todavía. Los movimientos corporales de Usamah indicaban que nos esperaban unos pocos adornos, unos detalles finales, pero la risa del sultán era incontrolable, hasta que, a duras penas, empezó a contenerse y finalmente se detuvo. Usamah hizo ademán de continuar, pero al sultán le acometió un nuevo ataque de risa. Yo me había contagiado y me uní a él, desechando el tradicional ritual de la corte. En esta coyuntura, Usamah, exclamando que le habíamos dejado completamente solo y que su historia estaba destinada a quedar sin concluir, decidió desistir del final y unirse al regocijo general.

El sultán, recobrando su compostura, sonrió.

—¡Qué maravilloso cuentista eres, Usamah ibn Munqidh! Ni Shadhi, la paz sea con él, podría haber dejado de reír. Ahora comprendo que el humor sólo divierte cuando está entremezclado con otras cosas. ¿Tienes algo más para nosotros esta noche?

El ruego del sultán complació a Usamah. Las arrugas de su cara se multiplicaron al sonreír para mostrar su placer. El viejo aspiró aire profundamente y sus ojos se hicieron distantes mientras recordaba otro episodio de su larga vida.

—Hace muchos años, antes de que tú nacieras, oh sultán, una mañana estaba yo en una taberna del barrio cristiano de Damasco donde sólo se discutían temas elevados el día del sabbat cristiano. Yo tenía diecinueve o veinte años. Todo lo que quería era disfrutar de una jarra de vino y pensar en una joven cristiana que llevaba varios meses ocupando mi corazón.

»Había llegado a aquel barrio aquel día en concreto por una sola razón. Quería verla al salir de la iglesia con su familia. Intercambiaríamos alguna mirada, pero ésa no era la única razón de encontrarme yo en el barrio. Si el pañuelo que llevaba era blanco, eran malas noticias, significaba que no podríamos vernos aquel día, más tarde.

»Sin embargo, si llevaba un pañuelo de colores en la cabeza era señal de que podríamos encontrarnos más tarde, en casa de una de sus amigas casadas. Allí podríamos hacer manitas en tierno silencio. Al principio, cualquier intento por mi parte de acariciarle la cara o de besarle los labios había sido firmemente rechazado. Sin embargo, las últimas semanas me había cogido por sorpresa respondiendo con

calidez a mi contenido esfuerzo de ir más allá de cogernos las manos. Ella no sólo me besó sino que había guiado mi mano para que tocara sus cálidos y temblorosos pechos. Pero después de prender el fuego, se negó a apagarlo, dejándome frustrado y en un estado de considerable desesperación.

»—Una ciudadela cada vez, Usamah. ¿Por qué eres tan impaciente?

«Después de susurrar estas palabras a mi oído se fue corriendo, dejando que me enfriara solo. Fue ese cambio en su actitud lo que le daba a aquel día tanta importancia. Yo soñaba con conquistar la ciudadela que se escondía bajo el perfumado bosque de cabello entre sus piernas.

»Ella salía de la iglesia con un pañuelo de colores. Intercambiamos unas sonrisas y me fui, sorprendido de mi autocontrol. Quería dar saltos de alegría y gritar a todo el mundo que iba por la calle que aquella tarde me esperaban exquisitos arrobamientos. Feliz es aquel que ha experimentado las tormentas, tempestades y pasiones de la vida cotidiana, porque sólo él puede disfrutar plenamente de las frágiles y tiernas delicias del amor.

»La esperé en casa de su amiga, pero no llegaba. Después de dos horas vino un criado con una carta dirigida a su amiga. Ella había cometido el error de confiar su creciente amor por mí a su hermana mayor, quien, llena de celos, informó a su madre. A ella le preocupaba mucho que sus padres quisieran acelerar su matrimonio con el hijo de un mercader local y me rogaba que no fuera temerario, y esperara un mensaje suyo.

»Yo estaba desolado. Anduve por las calles como alma en pena y entré en la taberna de los pensamientos elevados con una sola idea, ahogar mis penas. Pero cuál no sería mi asombro, al ver que no se servía vino aquel día. El propietario me explicó que no se sirve vino en el establecimiento durante el sabbat. Lo encontré muy extraño, porque el alcohol siempre había formado parte de sus paganos ritos en la iglesia, simbolizando como lo hacía la sangre de Isa.

»Yo protesté y fui informado con fría voz de que la prohibición no tenía nada que ver con la religión. Era simplemente el día asignado a los elevados pensamientos. Me invitaban a dirigirme a una taberna cercana. Yo miré a mi alrededor y me di cuenta de que la clientela tampoco era la habitual. Habría unas cincuenta personas, sobre todo hombres, pero también una docena de mujeres. La mayoría de ellas eran viejas. Creo que la persona más joven de aquel lugar, dejándome aparte a mí, debía de tener al menos cuarenta años.

»La arrogancia de aquellas personas me atraía, y al mismo tiempo me distraía de mis preocupaciones inmediatas. Les pregunté si podía participar de su discusión y me contestaron afirmativamente con la cabeza, sobre todo las mujeres presentes. Los otros me miraron con fría indiferencia, como si fuera un perro perdido desesperado por un hueso.

»Se convirtió en un asunto de orgullo. Decidí quedarme, fundir su frialdad y

perforar la nube de retraimiento que les rodeaba como un halo. De sus expresiones deduje que me veían como un jovencito superficial que nada podía enseñarles. Probablemente tenían razón, pero aquello me molestaba y me desesperaba por demostrarles que estaban equivocados. Todo aquel asunto empezaba a distraerme del golpe que acababa de sufrir aquella tarde, y por eso les estaba inmensamente agradecido.

»Me senté en el suelo. El tema de la discusión de aquella tarde parecía suficientemente relevante para mis problemas: "Cómo huir de la ansiedad". El conferenciante era Ibn Zayd, un viajero e historiador de Valencia, en al-Andalus.

»Tuve que haberme dado cuenta. Sólo los andalusíes son capaces de diseccionar así el significado de los conceptos y palabras que todos damos por sentados. La distancia de La Meca ha dado a sus mentes una libertad muy envidiada por nuestros propios pensadores.

»El sultán puede fruncir el ceño, pero lo que yo digo es bien conocido por todos nuestros estudiosos. Incluso nuestro gran Imad al-Din, que desapruaba mis hábitos y mi forma de vida, confirmaría estos hechos bien conocidos. Es verdad que nosotros también tenemos unos cuantos escépticos, y uno de ellos incluso fue ejecutado siguiendo las órdenes del sultán, pero no a la misma escala de al-Andalus. Podemos discutir sobre escepticismo otro día.

»Con el permiso del sultán, continuaré la triste historia de mi juventud. Ibn Zayd debía de tener cuarenta y tantos años. Sólo se veían unos pocos cabellos grises en su barba, negra como ala de cuervo. Hablaba nuestro idioma con acento andalusí, pero a pesar de la extrañeza de su acento, su voz era como la de un barquero del Nilo, suave y profunda.

»Empezó informándonos de que la charla que iba a darnos no era original, sino basada en la *Filosofía del carácter y la conducta* de Ibn Hazm, frente a cuya sabiduría hasta el intelecto más grande se siente avergonzado. Él, Ibn Zayd, tenía algunas críticas que hacer a esa gran obra, pero sin ella nada hubiera sido posible.

»Habló de cómo escribió Ibn Hazm que todos los seres humanos se ven guiados por un objetivo. El deseo de huir de la ansiedad. Esto se aplicaba por igual a ricos y pobres, sultanes y mamelucos, eruditos e iletrados, mujeres y eunucos, a aquellos que anhelan la sensualidad y los oscuros deleites y también a los ascéticos. Todos quieren liberarse de preocupaciones, pero pocos siguen el mismo camino para alcanzar ese objetivo, el deseo de huir de la ansiedad ha sido el propósito común de la humanidad desde que apareció en la Tierra.

«Entonces sacó de una pequeña bolsa que llevaba un libro con una portada dorada, que debía de haber sido leído muchas veces, porque el oro casi había desaparecido. Ibn Yakub e Imad al-Din entenderán que nada le proporciona a un libro mayor placer que pasar de mano en mano. Así era aquel libro, la *Filosofía* de Ibn Hazm. Él había marcado un pasaje que nos leyó a nosotros en su pintoresco

árabe.

«Posteriormente yo obtuve una copia de aquel libro y leí el pasaje muchas veces, con el resultado de que, como algunos pasajes de nuestro divino Libro, se grabó en mi memoria:

«"Aquellos que anhelan riquezas las buscan sólo para expulsar el miedo a la pobreza de sus corazones; los que buscan gloria, para liberarse del miedo de ser reprendidos; los que buscan deleites sensuales, para huir del dolor de las privaciones; los que buscan conocimientos, para alejar la incertidumbre de la ignorancia; otros se deleitan al oír noticias y conversaciones porque por ese medio buscan disipar el sufrimiento de la soledad y el aislamiento. Para resumir, el hombre come, bebe, se casa, mira, juega, vive bajo un techo, cabalga, camina o se queda quieto con el solo propósito de alejar sus contrarios, y, en general, todas las demás ansiedades. Y sin embargo, cada una de esas acciones a su vez es un inevitable vivero de nuevas ansiedades."

»Todo eso lo recuerdo todavía hoy, aunque hace algunos años podía recordar el pasaje entero. Nuestro viajero de al-Andalus desarrolló aún más allá el argumento de Ibn Hazm, y cuanto más oíamos más fascinados nos quedábamos. Hasta ese momento nunca me había encontrado ante la filosofía, y de repente comprendí por qué los teólogos la consideraban puro veneno.

«Pronto se hizo obvio que las críticas de Ibn Zayd a la filosofía de Ibn Hazm nunca saldrían a la luz, por la sencilla razón de que no tenía ninguna. Él adoraba los trabajos de Ibn Hazm pero encontraba más prudente apartarse de ellos, por si el cadí había enviado a algún espía para que informase de la reunión. La esencia de la filosofía de Ibn Hazm estaba en su creencia de que el hombre podía, sólo a través de sus propias acciones, librarse por sí mismo de cualquier ansiedad. No necesitaba ninguna ayuda.

—¡Herejía! ¡Blasfemia! —gritó el sultán—. ¿Dónde están Alá y su Profeta en esta filosofía?

—Exactamente, mi sultán —replicó Usamah—. Eso es lo que preguntaron los teólogos mientras quemaban los libros de Ibn Hazm junto a las mezquitas. Pero eso fue hace muchos, muchos años, antes de que los francos mancharan nuestro suelo. Nuestro conocimiento está mucho más avanzado ahora, y estoy seguro de que nuestros grandes sabios, como Imad al-Din, demostrarían en pocos minutos que Ibn Hazm está equivocado.

Imad al-Din se puso rojo de ira, y miró a Usamah con odio evidente. Ni rehistó.

—¿Y adonde va a parar esta historia, Usamah? —preguntó el sultán— ¿Conseguiste al fin a la chica cristiana?

El viejo rió. Había puesto los bocados más exquisitos de la filosofía árabe ante el sultán y todo lo que éste quería saber era la historia de la chica.

—No obtuve a la chica, adalid de los ingeniosos, pero el final de aquel día en la taberna de los elevados pensamientos resultó bastante sorprendente para mí, como lo resultará para ti si me das permiso para acabar.

El sultán asintió con un gesto.

—Al final de la reunión hice algunas preguntas, en parte porque el andalusí había despertado mi interés de verdad, y en parte para mostrar a los demás presentes que yo no era un ignorante interesado simplemente en el hedonismo. Sería demasiado fastidioso narrar mi propio triunfo y, a diferencia de Imad al-Din, yo raramente tomo notas de todos mis encuentros. Pero digamos que mis comentarios causaron una profunda impresión en Ibn Zayd. Él se animaba más y más cada vez, y pronto nos dirigimos a una taberna en la que servían una bebida más potente que los elevados pensamientos. Hablamos durante toda la noche. Ambos estábamos relativamente ebrios. Llegó un momento en que él estiró la mano y me cogió el pene. La expresión de mi cara le sorprendió: "Pareces ansioso, mi joven amigo. ¿No estás de acuerdo en que hay que expulsar la ansiedad de nuestro espíritu?". Yo repliqué: "Mi ansiedad sólo desaparecerá si me sueltas el pene inmediatamente". Él no insistió, pero empezó a sollozar.

»Sin sentir misericordia le guíé por el barrio cristiano y le volví al nuestro. Allí le dejé, felizmente ocupado en aquel burdel masculino frecuentado por muchos de la ciudadela. ¿Recuerdas la calle donde está situado, Imad al-Din? Me falla de nuevo la memoria. Es el precio de la vejez.

Una vez más Imad al-Din no replicó, y una vez más el sultán empezó a reír mientras felicitaba a Usamah.

—Creo que la moraleja de tu historia es lo fácil que los hombres de pensamientos más elevados pueden degenerar en una envilecida sensualidad. ¿Estoy en lo cierto, Usamah ibn Munqidh?

Usamah se mostró encantado con la alabanza, pero no respaldó el punto de vista del sultán.

—Ésa es, ciertamente, una posible interpretación, adalid de los sabios.

Capítulo 24

Carta del califa y respuesta del sultán suavizada por la diplomacia y la inteligencia de Imad al-Din; discurso de Jamila sobre el amor

El sultán, vestido con sus ropajes de ceremonia, estaba sentado con las piernas cruzadas en una plataforma elevada, rodeado de los más poderosos de Damasco. Me había mandado llamar antes, pero no tuvo tiempo de hablar conmigo y me quedé de pie en un rincón esperando que empezase la ceremonia.

El chambelán dio dos palmadas e Imad al-Din anunció al embajador del califa de Bagdad, que cayó de rodillas ante el sultán. Tras levantarse lentamente, le entregó una carta de su señor en una bandejita de plata. El sultán no la tocó, sino que señaló a Imad al-Din, que se inclinó ante el embajador y aceptó la real comunicación.

Normalmente, cualquier carta de tales características se leía en voz alta ante la corte para que el mensaje pudiera conocerse por un público más concurrido. Pero Salah al-Din, presumiblemente para expresar así su irritación con Bagdad, rompió con la tradición e hizo salir a la corte. Sólo nos rogó a Imad al-Din y a mí que nos quedáramos.

El sultán no estaba de buen humor aquella mañana y frunció el ceño a su secretario de Estado.

—Supongo que sabrás cuál es el contenido de esta carta.

Imad al-Din asintió.

—La carta no está demasiado bien escrita, lo cual significa que Saif al-Din estará enfermo u ocupado en otros menesteres. Es una carta larga y llena de absurdos halagos y frases torpes. Se refiere a vos como «Espada de la fe» en cuatro ocasiones diferentes, pero su intención está expresada en una sola frase. El defensor de los fieles desea que se le informe de cuándo os proponéis reemprender la yihad contra los infieles. También pregunta si encontraréis tiempo este año para hacer la peregrinación a La Meca y besar la Caaba.

La cara del sultán se oscureció.

—Toma nota de mi respuesta, Imad al-Din. Escribe lo que digo. Tú también, Ibn Yakub, para tener otra copia enseguida. Sé que Imad al-Din recubrirá de miel mis palabras, y por esa razón compararemos las dos versiones a mi conveniencia. ¿Estáis listos?

Asentimos ambos y mojamos nuestras plumas en tinta.

—«Al defensor de los creyentes. De su humilde servidor, Salah al-Din ibn

Ayyub.

»Me preguntas cuándo planeo reemprender nuestra guerra contra los francos. Te contesto diciendo que sólo en el momento en que esté seguro de que no hay disensión alguna en nuestro propio bando, y en el momento en que tú uses la autoridad que te ha sido conferida por Alá y el Profeta y avises a todos los creyentes que colaboran con los francos a cambio de pequeñas ganancias de que desistan de sus actos, que tanto daño nos están causando. Como ya sabes muy bien, he intentado apaciguar a algunos príncipes cuyas ciudadelas no están lejos del Eufrates. En todas las ocasiones ellos han rehusado aceptar tu autoridad, y han ido con las manos extendidas a pedir dinero y ayuda a nuestros enemigos. Si puedes mantener a sabandijas como éstas bajo tu control, tomaré al-Kadisiya el año próximo.

»He luchado en tantas batallas en los últimos años que mis mejillas han quedado permanentemente quemadas por el sol. ¡Ay!, muchas de esas guerras han sido contra creyentes, lo cual ha debilitado nuestra causa.

«Reinaldo, aquel engendro del infierno bajo cuya fría mirada tantas de nuestras mujeres y niños han muerto y cuyo terror ha silenciado hasta a los pájaros, cuyo nombre se usa para asustar a los campesinos recalcitrantes, ese Reinaldo todavía vive, mientras su marioneta en al-Kadisiya, a la cual se refieren llamándole "Rey Guy", se niega a respetar los términos de la tregua. Nuestros soldados todavía se pudren en los calabozos de Karak, en abierta violación de todo lo que había sido acordado por ambas partes.

»Digo esto para que el defensor de los creyentes se dé cuenta de que hay algunos de los así llamados fieles que me han impedido cumplir nuestro objetivo este año. Afortunadamente para nosotros, los francos también están divididos. El noble Raimundo de Trípoli, quien, espero, se convertirá algún día en creyente, me ha enviado mucha información valiosa. Puedes estar seguro de que la yihad se reemprenderá muy pronto, con la condición de que el defensor de los creyentes juegue su parte en la campaña.

«Comparto tu preocupación con referencia a mi incapacidad, por ahora, de hacer la peregrinación a La Meca. Ruego el perdón de Alá cada vez que le ofrezco plegarias. Estoy tan ocupado como "Espada de la fe" que hasta ahora no he encontrado tiempo para ir a besar la Caaba. Pronto subsanaré esta falta, después de haber tomado al-Kadisiya y dado gracias por nuestra victoria a Alá en la Cúpula de la Roca. Ruego por tu salud.»

El sultán apenas había salido de la estancia para orinar cuando Imad al-Din estalló.

—Esta carta es una vergüenza, Ibn Yakub. Una vergüenza. Tendremos que reescribirla de principio a fin. Una carta del sultán más poderoso de la Tierra al califa, cuya autoridad es grande pero cuyo poder es débil, debe ser dignificada

como es propio de la posición de Salah al-Din.

»Lo que tú has transcrito le ofenderá, y al mismo tiempo no será efectivo. Está formulada en un lenguaje crudo, su tono es petulante, y no consigue desplegar una ironía que pueda engañar al califa, mientras que al mismo tiempo alarma a sus más astutos consejeros.

«Contiene un error objetivo. Nuestro sultán está encandilado con el conde Raimundo de Trípoli. Es verdad que Raimundo nos ha ayudado en el pasado, pero precisamente por eso fue acusado de traición y colaboración con el enemigo. Nuestros informes del servicio secreto sugieren que ahora ha hecho las paces, ha pronunciado un juramento de fidelidad al llamado Rey de Jerusalén, y está empeñado en tomar las armas contra nosotros. El califa tiene que ser informado de este hecho. La esperanza del sultán de convertir a Raimundo, en tales circunstancias, podría tomarse como un grave error de juicio. Si no pones ninguna objeción, Ibn Yakub, tomaré tu copia y tendré una nueva versión preparada para mañana.

A pesar de las expresas instrucciones del sultán en sentido contrario, no pude resistirme a la lógica del gran erudito. Dócilmente le tendí mi copia. Salió Imad al-Din de la sala con una sonrisa triunfal, dejándome solo para que me enfrentara a la ira de mi señor. Cuando Salah al-Din volvió, iba, para mi satisfacción y alivio, acompañado por la sultana Jamila, de cuyo regreso a Damasco me había informado Amjad el eunuco aquel mismo día. El sultán me dirigió una sonrisa de comprensión, como para indicar que no le sorprendía la ausencia de Imad al-Din. Saludé a la sultana, cuyo rostro se veía tostado por el sol. Ahora estaba mucho más morena, pero las arrugas de preocupación que antes se marcaban en su frente y las ojeras habían desaparecido.

—Bienvenida de nuevo, princesa. La ciudadela estaba muy oscura sin tu luz.

Ella rió e, inmediatamente, supe que se había recuperado del dolor por la traición de Halima. Era su antigua risa de siempre, que agitaba sus hombros mientras me miraba.

—Un cumplido por tu parte, buen amigo Ibn Yakub, es tan raro como un camello con el trasero perfumado. Yo también me alegro de haber vuelto. Es maravilloso cómo la distancia del dolor puede curar nuestras heridas interiores mejor que ninguna otra cosa.

Era obvio que el sultán estaba encantado de su regreso, aunque me sorprendió que ella se mostrase tan sincera en su presencia. Él leyó mis pensamientos.

—Jamila y yo somos buenos amigos, escriba. No tenemos secretos el uno para el otro. ¿Sabes lo que ha estado leyendo esta mujer en el palacio de su padre?

Yo meneé la cabeza respetuosamente.

—Blasfemias. Filosofía maldita. Escepticismo.

Jamila sonrió.

—Esta vez no está equivocado. He estado devorando los escritos de al-Farabi.

Ha reforzado mi instintiva creencia de que la razón humana es superior a todos los credos religiosos, incluido el nuestro. Sus escritos son más convincentes que los trabajos de Ibn Hazm.

El sultán hizo una mueca y salió, pero me dijo que me quedara.

—Estoy preparando las órdenes a dar para la última batalla de esta yihad, Ibn Yakub, para mostrar que nuestra fe religiosa es superior a la de los francos. Puedes escuchar las historias de Jamila, pero te prohíbo que te dejes convencer por ella. Rodarán cabezas si lo haces.

—Yo soy sólo el narrador, oh gran sultán.

Jamila había encendido una pipa de *banj* y sonrió ante mi expresión sorprendida.

—Me permito a mí misma esta indulgencia una vez a la semana. Cuando llegué al palacio de mi padre fumaba aún más, pero me ayudó a amortiguar el dolor. Me relaja, aunque si fumo más de una pipa a la semana mi cerebro trabaja más despacio. Encuentro difícil pensar o concentrar mi atención en un libro.

—Es bueno oír que la sultana ríe de nuevo como solía hacer en los viejos tiempos. Espero que estés plenamente recuperada, y que la herida que sufriste sea ya cosa del pasado.

Ella se sintió conmovida por mi preocupación.

—Gracias, amigo mío. Pensé en ti a menudo mientras estaba fuera. Una vez incluso tuve una imaginaria conversación contigo muy tranquilizadora. Es extraño cómo nuestras emociones más profundas y sentidas pueden ser tan pasajeras. En la literatura persa y árabe, si el río del amor se desvía, por fuerza debe viajar a través de un valle de locura. Un amante privado de su ser amado pierde la cabeza. Eso son puras tonterías. La gente ama. Su amor es rechazado. Sufren. ¿Conoces un solo caso de una persona que haya perdido la cabeza de verdad? ¿Ha ocurrido tal cosa alguna vez o es sólo fantasía de los poetas?

Yo pensé largo rato antes de que me viniera a la mente una respuesta adecuada a su pregunta.

—El amor es la música que primero oye nuestra alma, y luego se va transfiriendo lentamente al corazón. He conocido casos en que un amante despojado entra en un profundo declive y su anterior modo de vida resulta transformado. Sufre un sordo dolor de cabeza que nunca le abandona, y su mente se ve aturdida por la sensación de pérdida. Una persona así fue Shadhi, que ahora ya no está con nosotros.

Ella me interrumpió.

—Estoy triste por su muerte, pero todo tiene un límite, Ibn Yakub. Hablas de amor como de poesía del alma, y en la misma frase nombras a Shadhi, una grosera y ruda cabra de la montaña. ¿Es una broma cruel? ¿Te estás burlando de mí?

Entonces le conté la tragedia sufrida por Shadhi, y cómo la única mujer a la

que él amó se había quitado la vida, y el precio que él pagó por su cruel error. El relato la asombró.

—Es extraño que uno pueda ver a una persona todos los días y no conocer su verdadera historia. Me alegro de que me la hayas contado, Ibn Yakub. Así que la vieja cabra tenía corazón, pero seguramente estarás de acuerdo conmigo en que la pérdida definitiva de su amor no hizo que se volviera loco. Una de sus características innegables era su capacidad para distanciarse de hechos e individuos y contemplarlos con una indiferente racionalidad. Como una persona totalmente sana.

—La locura puede adoptar muchas formas, sultana. Nuestros poetas pintan un cuadro del amante afligido como un joven de cabellos largos prematuramente grises que vaga por el desierto hablando solo, o se sienta junto a un río y mira fijamente el agua, viendo en ella la imagen de su perdido amor. En realidad, como sabes mucho mejor que yo mismo, la locura puede hacer que uno se incline hacia la cruel venganza. Se ocultan los sentimientos bajo una civilizada máscara. Se habla a los amigos como si nada hubiese ocurrido. Interiormente, sin embargo, la sangre hierve de rabia y de celos, y quieres ensartar a aquellos que te han causado dolor y quemarlos en una hoguera. Sólo puedes hacerlo en tu imaginación, aunque incluso eso ayuda a aliviar tu tormento, y lentamente eres capaz de ir reconstruyendo tu fuerza.

Ella me miró con su antigua sonrisa.

—¿Cuántas veces quemaste a Ibn Maimun, amigo mío?

Así que ella también conocía mi historia.

—No hablaba de mí, sultana. Deja que te ponga otro ejemplo. El caso de nuestro joven poeta Ibn Omar, que sólo cuenta diecinueve años de edad, aunque escribe versos que hacen sollozar a los hombres. Todo Damasco canta sus alabanzas. Se beben copas de vino en su honor en todas las tabernas. Los jóvenes hablan a sus amantes con el lenguaje de Ibn Omar...

—Ya lo sé todo de ese chico —dijo ella, impaciente—. ¿Qué le ha pasado?

—Mientras tú te hallabas ausente, se enamoró de una mujer casada unos años mayor que él. Ella alentó sus atenciones y ocurrió la inevitable tragedia. Se hicieron amantes. El marido fue informado de lo que ocurría e hizo que la envenenaran. Una solución sencilla para un sencillo problema. Ibn Omar y su círculo de amigos, sin embargo, rehusaron dejar que aquello quedase sin castigo. Un día, después de beber mucho, planearon su venganza. El marido, un hombre decente por lo demás, cayó en una emboscada y fue golpeado hasta morir en la calle. El cadí arrestó a Ibn Omar, que lo confesó todo.

»La ciudad estaba dividida. Los que tienen menos de cuarenta años querían que el poeta fuese liberado. El resto pedía la ejecución. Ibn Omar seguía indiferente a su destino. Seguía escribiendo hasta que intervino el sultán.

—Ah, sí, el juicio de Salah al-Din —dijo ella, riendo—. Cuéntamelo.

—Ibn Omar fue enviado a reunirse con el hijo del sultán en el ejército que se está formando cerca de Galilea.

—Típico —murmuró ella—. El sultán ha perdido el interés por la poesía. Hace veinte años recitaba poemas enteros con gran pasión. Enviar a los poetas a luchar en las guerras es como asar ruiñones. Haré que vuelva ese muchacho.

Capítulo 25

Sueño con Shadhi; el sultán planea su guerra

«En las montañas, los vaqueros suelen lamer la vagina de las vacas cuando las ordeñan. Dicen que mejora la calidad y la cantidad de la leche. De niños solíamos verlos y aquello nos excitaba. ¿Qué parte de tu mujer te excita más, Ibn Yakub, sus pechos o su trasero?»

Frases como ésta eran típicas de Shadhi. A menudo me hacía una pregunta sin esperar mi respuesta. Aquella vez se echó a reír. Una risa ruidosa, espontánea.

Yo estaba soñando. El único motivo de que recuerde ese sueño trivial es que se vio brutalmente interrumpido por un ensordecedor e insistente golpeteo en la puerta principal. Raquel estaba todavía dormida, pero mi repentino salto del lecho la molestó y empezó a moverse. Abrí la contraventana. Todavía no era de día, aunque el amanecer ya se anunciaba en el horizonte mediante una delgada franja de luz rojiza. Cogí mi ropa y me apresuré a atravesar el patio y abrir la puerta.

Me saludó la familiar sonrisa de Amjad, el eunuco. Aunque a menudo su sonrisa me irritaba, en ese momento me resultó tranquilizadora.

—El sultán quiere que vayas a la cámara del consejo antes de que se haga de día. ¿Vamos juntos?

—¡No! —repliqué, y mi voz sonó mucho más áspera de lo que yo pretendía, algo que inmediatamente lamenté—. Perdóname, Amjad. Acabo de salir de la cama y necesito unos minutos para prepararme antes de ver al sultán. Iré enseguida.

El eunuco sonrió y se fue. Era curioso que raramente se ofendiera. Durante los primeros meses que pasé en Damasco fui muy desagradable con él sin tener motivo, sólo porque no me gustaba la expresión de su cara. Sin embargo a Shadhi le gustaba, y Jamila confiaba en él ciegamente. Fue aquella combinación de factores lo que cambió mi propia actitud.

Raquel estaba completamente despierta cuando volví a nuestro dormitorio. Se había sentado en la cama y estaba bebiendo agua. Su desnudez me estimuló y ver bambolearse sus pechos cuando se movía me hizo reír. Le conté mi sueño. Ella vio la lujuria en mis ojos y apartando la sábana que cubría el resto de su cuerpo, sonrió y me tendió los brazos, ofreciéndome un abrazo y algo más.

—El sultán me está esperando —dije para disculparme, pero ella me interrumpió.

—Ya lo veo, ya —dijo, saltando en el lecho y poniendo su mano entre mis piernas—. Está tieso y listo para presentar batalla.

Y yo, amigo lector, sucumbí.

Fui a la ciudadela corriendo casi todo el camino. La ciudad todavía dormía, aunque los muecines ya se aclaraban la garganta y se preparaban para llamar a los creyentes a la oración. De vez en cuando un perro, delante de alguna puerta, me ladraba sin que yo dejara de correr hacia el sultán.

—Llegas tarde, Ibn Yakub —dijo el sultán, pero sin asomo de disgusto—. ¿Acaso los brazos de tu mujer te retienen lejos de nosotros?

Me incliné profundamente ante él como silenciosa disculpa. Él la aceptó con una sonrisa y me indicó con un gesto que deseaba que me sentara a sus pies.

Tenía yo los ojos tan fijos en el sultán que cuando eché un vistazo a la sala me sentí sorprendido por los que se hallaban presentes. Estaba claro que no era una reunión corriente. Aparte del cadí al-Fadil y de Imad al-Din, estaban allí todos los emires que dirigían las diferentes secciones del ejército del sultán. No, no todos. Taki al-Din y Keukburi, el emir de Harran, estaban ausentes. El sultán se había referido a ellos como «dos brazos», sin los cuales se hallaba indefenso. Aquélla era su manera de declarar públicamente que confiaba por completo en aquellos dos hombres.

Por lo que hacía referencia a Taki al-Din, no era ninguna sorpresa. Era el sobrino favorito de Salah al-Din y le trataba como una vez fue tratado él mismo por su propio tío Shirkuh. De hecho, la presencia de Taki al-Din hacía que aflorara en el sultán la instintiva precaución que había heredado de su padre, Ayyub. Una vez me dijo que en tiempos de crisis se entablaba una batalla en su alma entre Ayyub y Shirkuh, y la cuestión de quién ganaba la decidía puramente la suerte. Taki al-Din le recordaba su propia juventud y, en cierto sentido, deseaba que aquel sobrino, antes que al-Afdal, su propio hijo, pudiera sucederle. Aquello no me lo había confesado a mí, sino a Shadhi, que se había apresurado a comunicarme aquella información.

En aquel tema estaba de acuerdo entusiásticamente con Salah al-Din.

El emir Keukburi era un caso completamente diferente. Hubo un tiempo, hacía sólo tres o cuatro años, en que Salah al-Din provocó el asombro general al ordenar su arresto. Fue la época en que estaba consolidando su imperio y preparándose para el día que ahora llegaba. Le había costado tres días al sultán, con la ayuda de Keukburi y sus hombres, conducir sus tropas hasta el Eufrates. Entonces llegaron a Harran. Allí pasó una mañana jugando al *chogan* con su anfitrión. Cuando acabó el juego, los guardianes del sultán pusieron al emir Keukburi bajo arresto. Las palomas llevaron la noticia de El Cairo a Damasco.

El cadí al-Fadil estaba en una de sus visitas de inspección por El Cairo. Se mostró asombrado por las noticias e inmediatamente escribió una conmovedora súplica a Salah al-Din. Me dio una copia de la carta para mi libro. Dice así:

«Muy gracioso y generoso sultán:

»Una carta de Imad al-Din me informa de que estáis furioso con Keukburi y habéis hecho que le arresten. Recuerdo bien el calor y el polvo de Harran, que a todos nos molesta, y tengo pocas dudas de que vuestra amabilidad y generosidad prevalecerán de nuevo sobre vuestra ira. Sé que tenéis a Imad al-Din a vuestro lado, pero si creéis que mi presencia también pudiera ser deseable o útil, apartaré mi desagrado por Harran. Iré en mula, soportaré el maldito calor sin tienda, y estaré a vuestro lado muy pronto. Estoy preocupado y ligeramente confuso por lo que he oído. Creo que el sultán ha cometido un error de juicio.

»El emir Keukburi os quiere como a un padre. Siempre ha sido leal a vos y lo ha probado persuadiendo a su hermano que os respalde contra los señores de Mosul. Fue un ejemplo para todos aquellos que querían servir a vuestra causa. La intimidación con que le honráis indudablemente se le ha subido a la cabeza. Es como un joven cachorro que, cuando recibe demasiadas caricias de su amo, llega a morderle, aunque el mordisco expresa un afecto desbordado, más que ira. Yo estaría dispuesto a ofrecer mi propia cabeza a la hoja del verdugo como señal de que Keukburi jamás traiciona nuestros intereses. Es joven, ambicioso y desea probarse a sí mismo en combate a vuestro lado.

»Imad al-Din escribe que os vengáis porque Keukburi había prometido 50.000 dinares al Tesoro el día que alcanzasteis Harran, y luego se retractó de su promesa, diciendo que ésta había sido hecha por un emisario que no le consultó a él. Como el dinero es para la yihad, sé lo furioso que debe haberos puesto eso, pero vuestra generosidad es la fuente de toda agua pura y fresca que riega nuestras tierras. Perdonadle y yo os aseguro que aprenderá la lección.

«Vuestro humilde servidor,
»*Al-Fadil*»

Keukburi alcanzó el perdón y nunca volvió a ofender al sultán. Pero la causa no era simplemente la confusión sobre el pago de 50.000 dinares. El sultán me aseguró que el tema había sido mucho más grave. Keukburi había actuado como intermediario entre su hermano, el emir de Irbil, y el sultán. En recompensa por su lealtad, Keukburi negoció unas tierras de más para su hermano. Una vez el sultán tuvo el control absoluto de la región, Keukburi sugirió que las tierras que se le dieron a su hermano debían ser transferidas a su propia hacienda. La propuesta irritó a Salah al-Din, para quien la lealtad familiar era una prueba clave del carácter

de la persona. Rechazó desdeñosamente la proposición y empezó a dudar de la lealtad de Keukburi.

Esos hechos Imad al-Din no se los confió a al-Fadil por la simple razón de que el gran erudito se había enamorado del emir de Harran. Éste era, a decir verdad, un hombre extraordinariamente hermoso, aunque no inclinado a los placeres que prefería nuestro valioso bibliófilo.

Al cabo de unos meses, a Keukburi se le perdonó. Nunca iba a fallarle a Salah al-Din de nuevo. Aprendió, tal como al-Fadil había predicho sabiamente, que había cosas en el mundo mucho más preciosas para el sultán que todas las riquezas de China y de la India. Y una de ellas era mantener la palabra dada ante cualquiera, fuera amigo o enemigo. En esto no se le podía desafiar nunca, y no digamos convencerle de una acción alternativa.

Keukburi se había vuelto a ganar la confianza de su sultán y ahora, mientras nos reuníamos en aquella asamblea, él y Taki al-Din estaban acampados en el valle de Galilea, esperando pacientemente la llegada de Salah al-Din. Sólo entonces podrían concluir sus planes.

Me di cuenta de que me habían invitado por primera vez a presenciar un consejo de guerra. Estaba claro que el sultán llevaba algún tiempo hablando. Después de la interrupción causada por mi llegada, continuó persuadiéndoles con una mezcla de astucia y halagos.

—La realidad siempre frustra nuestros deseos. Imad al-Din os dirá que ése es un hecho cierto de la vida. Pocos de nosotros pueden decir que todo lo que han deseado se ha convertido en realidad. Mis enemigos, que no son pocos, dicen al califa: «Salah al-Din prefiere atacarnos y olvidar a los infieles». Dicen que todo lo que me interesa es colocar a mi familia en el poder y amasar una fortuna. Y me acusan a mí precisamente de lo que ellos están haciendo. Es mucho más fácil, supongo, cargarme a mí con sus culpas. Pero antes de que acabe este año, esas lenguas serán silenciadas para siempre.

»Sé que algunos de vosotros sois reacios a atacar a los francos en este preciso momento. Quizá tengáis razón al mostraros aprensivos, pero aquellos que se retrasan demasiado, aquellos que sólo se quedan a mitad de camino, normalmente acaban cavando su propia tumba.

«Dejadme que os hable con toda sinceridad. No tenemos más tiempo. Sólo Alá sabe cuánto tiempo estaré yo en este mundo. Mientras os miro, veo a hombres que han luchado tantas batallas que la naturaleza les ha envejecido prematuramente. Veo cabellos grises en todas vuestras barbas. Ninguno de nosotros tiene demasiados años.

«Nuestros espías informan de que los francos tienen entre doce y quince mil caballeros y veinte mil soldados de infantería para defender su reino de Jerusalén. Preparemos un ejército que los destruya. Un ejército de creyentes que escale los

muros de al-Kadisiya y asegure que el familiar y tranquilizador grito de "Alá es grande" se oiga de nuevo en aquella gran ciudad.

»Esta vez debemos hacerles tanto daño que abandonen nuestras tierras y no vuelvan nunca más. Nuestro ejército es el único que puede conseguir tal objetivo. No porque Alá nos haya dado más sabiduría o más fortaleza, sino porque somos los únicos que perseguimos tal fin. Es nuestra absoluta determinación la que da fuerza a los que luchan bajo nuestros estandartes. Pronto borraremos la mancha de nuestra derrota a manos de esos bárbaros para siempre. No soy dado a las jactancias, porque han sido la ruina de los creyentes. Y, sin embargo, estoy lleno de confianza.

«Nuestros soldados de Misr y Sham por sí solos podrían derrotar al enemigo, pero ahora todo el mundo quiere estar de nuestro lado. Los emires de Mosul, Sinjar, Irbil y Harran quieren estar representados también en nuestro ejército. Los kurdos de las montañas del otro lado del Tigris nos prometen una banda de guerreros. En el pasado, siempre habían sentido envidia de los éxitos de mi padre y de mi tío Shirkuh. Ahora se han ofrecido a unirse a la batalla por al-Kadisiya o morir en el intento. Su mensajero llegó ayer y me dijo que sólo lucharán a nuestro lado si se les permite ser los primeros en tomar la ciudad. Es extraño, ¿verdad, Imad al-Din?, lo rápido y lejos que llega el olor del éxito.

El gran erudito, que tenía los ojos cerrados durante la mayor parte del discurso del sultán, no estaba dormido, sin embargo.

—No es simplemente el olor de la victoria lo que les empuja hacia nosotros, oh adalid de los victoriosos. Ellos sienten en sus huesos que nuestra historia tiene que ser reescrita. Quieren decirles a sus hijos y a sus nietos que lucharon con Salah al-Din el día que está a punto de llegar.

Salah al-Din, normalmente sordo a las alabanzas, se sintió complacido por la observación de Imad al-Din.

—Mañana dejaré Damasco para unirme al ejército, reunido para nuestro gran último esfuerzo. Saldremos a horas diferentes y por caminos separados, por si los francos han preparado alguna emboscada. Si algo me ocurre antes de la batalla o durante la lucha, no quiero que perdáis ningún tiempo en duelos. Acabad el trabajo que Alá nos ha encomendado y no dejéis que el enemigo piense que la muerte de una sola persona puede desorganizar nuestras fuerzas. Y ahora partid, y que Alá os dé la fuerza que necesitamos para la victoria. No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta.

Los emires se dispersaron, no sin antes acercarse a abrazar al sultán y besarle las mejillas. Cuando el ritual concluyó, el sultán se volvió hacia el cadí al-Fadil, a Imad al-Din y a mí.

—Quiero que vosotros estéis a mi lado. Imad al-Din redactará cartas pidiendo la rendición incondicional, al-Fadil se asegurará de que no haya error alguno en los tratos con los emires, e Ibn Yakub escribirá en pergaminos todo lo que suceda. Sea

victoria o derrota lo que Alá tenga preparado para nosotros, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos no olvidarán nunca lo que sacrificamos por su futuro.

Aquella fue la primera ocasión en la que el sultán me mencionó en la misma frase que a al-Fadil e Imad al-Din. Escribir que me sentí halagado sería demasiado obvio. Él acababa de reconocer mi valía, y eso solo bastaba para hacerme sentir en el séptimo cielo. No podía esperar a llegar a casa y contárselo a Raquel, pero me retrasé cuando comprendí que aquella partida sería también muy prolongada.

Antes de abandonar la ciudadela, la figura de Amjad, el rubio eunuco, apareció ante mí. Yo gruñí. Él rió.

—Esta vez la que te llama es la sultana Jamila. Requiere tu presencia. Sígueme, por favor.

Yo nunca lamentaba una conversación con Jamila, que normalmente aumentaba mis conocimientos del mundo y mi comprensión de las emociones humanas. Pero aquel día, anhelando llegar pronto por comunicar las noticias de mi pequeño triunfo, quería compartir mi alegría con Raquel. Aquello hubiera mitigado la pena de tener que partir, pero yo no era más que un escriba y debía obedecer órdenes. Así que, como un perro fiel, seguí al eunuco Amjad hacia la cámara especial donde la sultana recibía a sus visitantes varones. Su cara estaba resplandeciente de placer, y sonrió al verme entrar. Aquella sonrisa derritió mi corazón y me sentí culpable de haber deseado no acudir a su requerimiento. Era la segunda vez que la veía desde su regreso de las tierras del sur, y me confirmaba en mi opinión de que estaba plenamente recuperada.

—Bienvenido, Ibn Yakub, y felicidades. Me han dicho que serás uno de los tres hombres sabios que acompañarán al sultán y observarán la madre de todas las batallas. Sabia o no, yo seré la única mujer que asista.

Vio mi cara de sorpresa y se echó a reír.

—Se resistía con tozudez, pero al final lo conseguí. Tengo el permiso del sultán. Tendré mi propia tienda y una guardia especial de eunucos bajo la dirección de Amjad y unos cuantos mamelucos bien entrenados.

»Keukburi no lo sabrá hasta que lleguemos. Sabes que está casado con mi hermana pequeña. Si ella lo supiera, removería cielo y tierra para compartir mi tienda. Pero Salah al-Din me prohibió expresamente contárselo a nadie excepto a ti, para que cuando no estés ocupado escribiendo podamos hacernos mutua compañía. Tengo muchas cosas que contarte, pero podemos hablar durante el viaje. Salimos mañana y ya es mediodía. Debes aprovechar el tiempo con tu mujer y tu hija.

Le di las gracias y estando a punto de salir empezó a hablar de nuevo. Tenía algo más que decirme. Me senté en un cojín a sus pies.

—Me encontré con Halima la noche pasada. Cenamos juntas. Ella tiene permiso para llevarse a su hijo a El Cairo, donde esperará los deseos del sultán. Me sorprendió mucho recibir un mensaje suyo pidiéndome que nos viéramos, pero eso

no ha perturbado mi tranquilidad. ¿Qué fue lo que me contaste una vez que escribiste tu viejo amigo Ibn Maimun sobre las emociones?

Al oír mencionar a Ibn Maimun me sentí abatido, pero tranquilo.

—Creo que escribió que las emociones del alma afectan al funcionamiento del cuerpo y producen cambios significativos en el estado de nuestra salud. A menos que aliviemos las emociones que nos causan preocupaciones y desórdenes, seguiremos estando enfermos en nuestro interior y en relación con todos los que se pongan en contacto con nosotros.

Jamila se rió de nuevo.

—Tu Ibn Maimun es verdaderamente un gran filósofo. Penetra en las más íntimas profundidades de nuestros corazones y nuestras almas. Puedes decirle que tiene razón. Me siento bien de nuevo. Las emociones que atormentaban mi alma han desaparecido para siempre.

»Cuando me reuní con Halima, no estaba segura de cómo iba a reaccionar. No sabía qué esperar de ella o de mí misma. En realidad, fue como reunirme con una extraña. Halima me dejó completamente fría, Ibn Yakub. Se disculpó profusamente por haberme difamado ante sus criadas y amigas, lo peor del harén. Quería que fuésemos amigas de nuevo y, con una sonrisa patética, trató de conmover mi corazón diciendo que los demonios finalmente habían abandonado su mente y que volvía a ser la misma de siempre.

»Yo no tenía deseo alguno de mostrarme cruel o hacer ostentosa mi indiferencia, así que le sonreí y le dije que lo entendía, pero que no podíamos recuperar lo que se había perdido. Halima se puso triste y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero en mi corazón endurecido no sentí absolutamente nada. El lugar que una vez había ocupado ella en mi vida ahora está ocupado por otras cosas, incluyendo los trabajos del gran al-Farabi. Así que le deseé lo mejor, que encontrara buenos amigos en El Cairo y que educara a su hijo como un ser humano decente y culto. Con esas palabras la dejé. ¿Crees que fui demasiado dura, Ibn Yakub? No disimules. Habla con franqueza.

Pensé durante un momento y al fin le dije la verdad.

—Es difícil para mí, ya que os conocí a ambas en el cénit de vuestra felicidad. Vi cómo se comportaba ella contigo y tú con ella. Y os envidié a las dos. Cuando ella enfermó de la mente, no fue sólo a ti a quien rechazó. También me rechazó a mí, porque yo le recordaba su pasado satánico. En tu lugar, yo habría hecho exactamente lo mismo, oh sultana, pero yo no estoy ni he estado nunca en tu lugar. Si ella me lo pide, volveré a reanudar mi amistad con ella. Necesita amigos.

—Eres un buen hombre, escribe. Ve ahora con tu mujer y despídete de ella. Nos vamos mañana al amanecer.

Yo no pensaba ya ni en Halima ni en Jamila en mi camino desde la ciudadela a casa, pero no pude apartar de mi pensamiento a Ibn Maimun. La referencia que

había hecho a él Jamila no me había herido de momento, pero había abierto viejas heridas. Mi rabia amarga ya no iba dirigida contra Raquel, sino contra su seductor, tan venerado. Si le hubiera visto entonces en la calle, habría cogido una piedra y le habría abierto la cabeza con ella. El carácter violento de esos pensamientos me preocupó en gran manera, aunque me calmé al llegar al patio exterior de nuestra casa.

Raquel me recibió con noticias. Nuestra hija acababa de comprometerse con el hijo del solista de la sinagoga. Al padre lo conocía yo bien, un hombre instruido e inteligente. En cuanto al hijo, Raquel me dijo que era encuadernador de profesión.

—¿Y lee lo que encuaderna?

—¡Pregúntale a tu hija!

Una mirada a la cara de Maryam fue suficiente para decirme todo lo que yo necesitaba saber. La niña estaba muy feliz con la elección de su madre. Mi pregunta fue innecesaria. Era una sensación extraña. Pronto aquella jovencita en torno a la cual se habían conformado nuestras vidas dejaría nuestro hogar e iría a casa de otro hombre. ¿Cómo afectaría aquello a las relaciones entre Raquel y yo? ¿Nos haríamos viejos juntos, sin sufrir daño alguno, o nos iríamos separando? No pude pensar demasiado en ello porque las dos insistieron en que fuera a conocer al muchacho. Todavía no les había contado las noticias que tenía yo, pero dado que debía partir, antes tenía que dar el visto bueno al joven que iba a llevarse a mi hija. Con gran dificultad conseguí impedir que Raquel me acompañara.

El solista me abrazó cuando entré en la sinagoga. Me llevó a su casa, donde su hija nos preparó un poco de té. La madre había muerto hacía algunos años, y la hija mayor se ocupaba de la casa. La noticia de mi llegada sin duda corrió muy deprisa. Apenas nos habíamos bebido el té cuando el joven en cuestión entró precipitadamente en la casa y se quedó inmóvil frente a mí. Yo me levanté y le abracé. La bondad estaba escrita en su rostro. Mis instintos me dijeron que era un buen chico, aunque las advertencias de Shadhi resonaban en mis oídos: «Cuanto más buenos parecen, más brutales se muestran...». Pero el anciano se refería a los francos, y éste, en cambio, era el hijo de un amigo.

Más tarde, de vuelta en mi casa, di mi aprobación a la boda. Cuando remitió un poco el entusiasmo inicial, le conté a Raquel que me iba al día siguiente, con instrucciones expresas del sultán. Ella se tomó muy bien la noticia. Madre e hija me abrazaron cuando insistí en que la boda se celebrase cuanto antes. No era necesario que esperasen a mi regreso.

Aquella noche, en el lecho, Raquel susurró a mi oído:

—¿Te imaginas lo que sería tener un nieto, marido mío? Yo nunca pude darte un hijo, pero nuestra Maryam lo hará, y pronto, estoy segura de ello.

Con nietos imaginarios ya en camino, entendí que las noticias de mi partida hacia una guerra en la que podían matarme no le causarían gran pesar. Lo entendí,

pero mentiría si dijera que no me dolió un poco.

Jerusalén

Capítulo 26

El sultán acampa y los soldados empiezan a agruparse desde todas las regiones del imperio

No hubo incidente alguno durante el viaje. Nos costó dos días llegar a Ashtara, nada comparable con las angustias que sufrí cuando hicimos el viaje desde El Cairo a Damasco. Sin embargo, hacía un calor insoportable. Una vez que abandonamos los verdes campos y los ríos que rodean Damasco, los árboles se hicieron cada vez más escasos. Mi humor, al mismo tiempo, iba empeorando paulatinamente. Lo más desconcertante del desierto es que no hay pájaros que canten a la salida del sol. La mañana llega de pronto, y antes de que uno tenga tiempo de despertarse del todo, el sol ya achicharra.

El sultán había ordenado que se asentara el campamento en Ashtara, una pequeña ciudad situada en una extensa llanura. Allí haríamos maniobras y nos veríamos regalados con una ilimitada cantidad de agua... un tema siempre importante, pero cien veces más en tiempos de conflicto. Durante los siguientes veinticinco días, nos preparamos para la batalla que nos esperaba.

Arqueros con flechas y soldados con alfanjes y cimitarras empezaron a llegar desde todos los rincones del imperio. Lentamente, nuestro campamento fue creciendo hasta que la ciudad se vio desbordada por el enorme campamento de tiendas que la rodeaba. Cien cocineros, ayudados por trescientos pinches, preparaban comida para todo aquel ejército. El sultán insistía en que todo el mundo debía comer lo mismo. Les dijo a sus emires y secretarios que aquella norma tan simple recordaba a los días tempranos de su fe. Era necesario mostrar tanto a amigos como a enemigos que, en la yihad, todos eran iguales a los ojos de Alá.

Para regocijo de los emires, Imad al-Din encontraba muy difícil esconder su desconsuelo. Murmuraba entre dientes que habían pasado los días primeros de la religión y sería muy positivo que los francos observaran la gran riqueza y variedad de la cocina de Damasco. El ceño del sultán acalló estas frivolidades. Los gustos de Imad al-Din eran muy especiales, y sólo podían verse satisfechos por los cocineros de dos establecimientos de Damasco. Para la mayoría de los demás, el campamento estaba muy bien abastecido, con todo lo necesario. Había varias docenas de cocineros, cada uno de ellos con treinta ollas a su cuidado. Una de esas ollas podía contener perfectamente nueve cabezas de cordero. Además, se habían cavado unas letrinas especiales en el suelo, cubiertas con arcilla. El sultán sabía que el estómago y la higiene de un ejército son cruciales para mantener alta su moral.

La rutina del campamento se estableció desde el primer día, y los recién llegados iban siendo iniciados desde el momento de su llegada. Las trompetas y el redoble de los tambores, acompasados por el grito del muecín, despertaban a todo el campamento al alba. Era ésta la única llamada a la oración colectiva, excepto para cristianos y judíos, que estaban exentos, aunque tenían que levantarse junto con todos los demás. A aquello seguía un desayuno sustancioso, cuya función era mantener con fuerzas a los soldados hasta la comida del mediodía. Seguía un tiempo de asueto, aprovechado, sobre todo, para la defecación. Hileras e hileras de hombres iban a las afueras de la ciudad a vaciar sus intestinos en unas zanjas cavadas a tal propósito que se cubrían de arena cada dos días para controlar el hedor. Un segundo redoble de tambor convocaba a los hombres a unos ejercicios de esgrima, tiro con arco y equitación cuidadosamente organizados. Los soldados de infantería tenían que correr dos horas cada día.

No pasaba un día sin que hubiera alguna sensación nueva. Los colores del califa llegaron, y fueron recibidos por el sultán entre la general aclamación y gritos de: «Alá es grande». Esto no detuvo los comentarios que al-Fadil susurró al oído de Imad al-Din, comentarios dichos lo suficientemente alto como para que me llegaran a mí:

—Al menos ha enviado los estandartes abasíes, pero se pondrá enfermo de miedo si nuestro sultán toma al-Kadisiya. Eso convertirá a Salah al-Din en el gobernante más poderoso del islam.

—Sí —dijo con una risita el gran hombre de letras—, y sus astrólogos ya le están diciendo que tenga cuidado con aquel que rece primero en la Cúpula de la Roca, porque llegará a Bagdad y será saludado como el verdadero califa.

Que el califa estaba celoso de nuestro sultán no era ningún secreto. Todos los mercaderes que viajaban de Bagdad a Damasco iban cargados de cotilleos de la corte, la mayoría de ellos exagerados, pero algunos confirmados por otras fuentes, como por ejemplo los espías de Imad al-Din, que le enviaban informes regulares de la primera ciudad de nuestra fe. Lo que me sorprendía era el desdén con que los dos hombres más cercanos al sultán contemplaban al califa.

Llevábamos en Ashtara apenas una semana y ya nos sentíamos como en casa. La razón no eran las comodidades de las instalaciones, sino el sentimiento general de compañerismo que empapaba la atmósfera. Hasta el cadí al-Fadil tuvo que admitir que nunca había experimentado una sensación como aquélla durante las campañas anteriores. Los soldados hablaban a los emires prácticamente como si fueran sus iguales, sin menoscabar la disciplina del ejército. Los emires, por su parte, y bajo las explícitas órdenes del sultán, insistieron en cenar con sus hombres, mojando el pan en el mismo cuenco que ellos y mordisqueando la carne de los mismos huesos.

Dentro de este mismo espíritu, una mañana los colores de los kurdos fueron

vistos a lo lejos. Un mensajero corrió a informar al sultán, que estaba fuera cabalgando con Taki al-Din y Keukburi. Yo, en mi pobre caballo, traté de seguirles. Los tres hombres discutían si sus tácticas tradicionales de carga y retirada, que debían mucho a los partos, y eran ideales para pequeñas formaciones de jinetes bien entrenados y hábiles, podrían aplicarse a un ejército tan grande como el que se reunía en Ashtara.

En aquel punto crucial, el mensajero anunció la llegada de los guerreros kurdos. Los tres generales se echaron a reír, porque la indisciplina de los kurdos era bien conocida. Shirkuh era el único jefe que había conseguido domar sus salvajes instintos. La mayoría de ellos, desde entonces, se había negado a luchar a las órdenes de Salah al-Din. Decían que a éste le faltaba la audacia de su tío y la astucia de su padre. Por eso su llegada fue saludada con alegría por el sultán, y volvimos cabalgando al campamento a galope tendido.

Los kurdos habían llegado ya y vitorearon la llegada del sultán en su propia lengua. Sus jefes se adelantaron y besaron a Salah al-Din con orgullo en ambas mejillas. Él se volvió hacia mí con lágrimas en los ojos. Me acerqué a él y le susurré al oído:

—Desearía que Shadhi estuviera aquí para presenciar este día. Muchos de ellos le recuerdan con admiración.

Aquella noche, el licor de albaricoque fermentado corrió por todo el campamento. Incluso se vio al sultán tomando un sorbo de un frasco cubierto de piel gastada, brillante por el uso. Los kurdos empezaron a cantar. Era una extraña mezcla de lamentos amorosos combinados con cánticos de esperanza y amor. Un viejo guerrero, que había bebido demasiado de aquel potente licor de albaricoque, interrumpió a todo el mundo con una canción obscena. Cantó a la mujer que le gustaría tener, que debía tener una vagina que ardiera como un horno. Antes de que pudiera continuar, sus hijos se lo llevaron, y no le vimos hasta el día siguiente.

La velada acabó con una danza guerrera kurda en la cual unas cuantas parejas de combatientes saltaban las hogueras del campamento con las espadas desenvainadas y feroces expresiones, y entrechocaban sus espadas de forma cuidadosamente orquestada.

De vuelta hacia mi tienda, vi al emir Keukburi y a Amjad, el eunuco, en animada conversación con un hombre de mediana estatura a quien no conocía. Estaba claro que se trataba de un noble, probablemente de Bagdad. Llevaba los colores del califa y un turbante de seda negra que hacía juego con su flotante barba. A la luz de las estrellas, una preciosa piedra del color de la sangre, incrustada en el centro de su turbante, despedía un brillo magnífico. Yo hice una reverencia al grupo, y Amjad me presentó al forastero. Era Ibn Said, de Alepo, que había perdido la capacidad de hablar y, como un niño, sólo se podía comunicar mediante gestos.

—¿Qué piensas de los kurdos, Ibn Yakub? —preguntó Keukburi.

—Ellos proporcionan al ejército del sultán el color que tanto necesitaba —fue mi educada respuesta, pero el mudo de Alepo empezó a gesticular alocadamente.

Amjad el eunuco asintió comprensivo y me tradujo los movimientos de manos de Ibn Said.

—Ibn Said quiere que te diga que los kurdos sólo valen para saquear una ciudad hasta los cimientos. Son los cuervos de nuestra fe y deben emplearse con moderación.

Keukburi frunció el ceño.

—Estoy seguro de que Ibn Said es consciente de que el propio sultán es kurdo, y, por ese motivo, no puedo tomarme ese insulto a la ligera.

De nuevo el forastero empezó a hacer frenéticos movimientos con las manos, entre los cuales uno era tocarse la piedra del turbante. Amjad miraba todos los movimientos con atención, asintiendo todo el rato.

—Ibn Said dice que es muy consciente de los orígenes del sultán. Dice que todas las piedras preciosas son bastas antes de tallarlas y pulirlas. El sultán es una piedra semejante, pero los hombres de las montañas necesitarán trabajarlo bien.

Keukburi sonrió y estaba a punto de comentar algo cuando Taki al-Din le saludó y se apartó de nosotros. Ambos estaban invitados a tomar el té con el sultán. Cuando se fueron yo también hice ademán de retirarme, cuando súbitamente el mudo Ibn Said empezó a hablar.

—Sabía que había engañado a Keukburi, Ibn Yakub, pero pensaba que tu capacidad de observación era más aguda que la suya.

La voz era familiar, pero la cara... Amjad se echó a reír y yo me di cuenta de que la barba y el turbante no eran más que un disfraz. Debajo de ellos estaban los rasgos familiares de la sultana Jamila.

Todos reímos a mandíbula batiente y me invitaron a entrar en la tienda de «Ibn Said» para tomar un poco de café con ella y con Amjad. Jamila no podía vivir sin su café, y se lo mandaban regularmente primero su padre y, últimamente, su hermana en Harran. Era el café más delicioso de todo Damasco, y probablemente ella tenía razón al decir que era el mejor de Arabia y, por consiguiente, del mundo entero.

Nos sentamos junto a su tienda disfrutando del aroma y mirando las estrellas. Ninguno de nosotros creyó necesario hablar. Yo había observado esto mismo los días anteriores. Los soldados y emires a menudo solían sentarse en silencio, sumidos en sus pensamientos, antes de irse a dormir.

¿En qué pensaban? ¿Qué ideas cruzaban por su mente? ¿Pensaban acaso, como Jamila, Amjad y yo, en las batallas que nos aguardaban? ¿Victoria o derrota? Todo era posible. El sentimiento de profundo compañerismo que existía en todos aquellos hombres cuando avanzaban juntos era innegable. Aquel compañerismo se había creado por el conocimiento de que si conseguían expulsar a los francos de al-Kadisiya, aquel ejército del cual formaban parte sería recordado a lo largo de la

historia.

Aquel compañerismo les daba una identidad colectiva cuando pensaban sólo en la victoria, pero los soldados también eran seres humanos. Tenían madre y padre, y hermanos y hermanas, y mujeres, hijos e hijas. ¿Volverían acaso a ver alguna vez a sus seres queridos? Ciertamente que aquélla era una yihad, y eso significaba que podían ir derechos al cielo, sin tener que rendir cuentas a los ángeles. Pero y si la gente que les era más próxima no conseguía ganarse un lugar en el paraíso, ¿qué pasaría entonces? Pensamientos de este tipo dominaban sus mentes mientras contemplaban el cielo nocturno antes de cerrar los ojos. Lo sé porque hablé con muchos de ellos y oí sus historias.

—Si perdemos —dijo Jamila— y Salah al-Din muere, yo cogeré a mis hijos y me los llevaré a la casa de mi padre. No quiero quedarme sentada en Damasco y ver más guerras cuyo único objetivo sea determinar quién le sucede. Supongo que el pesimismo es natural cuando uno se encuentra en medio de una guerra. Mi instinto, sin embargo, me dice lo contrario. Tengo la sensación de que él ganará esta guerra. Retirémonos para dormir, Ibn Yakub, y cuida de no revelar mi secreto.

Le deseé buenas noches a la barbuda Jamila, pero el sultán tenía otros planes para mí. Cuando me encaminaba hacia mi tienda, uno de sus guardianes se me acercó con instrucciones para que me presentara ante el sultán de inmediato. Corrí a mi tienda para recoger pluma y tinta y unas hojas de papel.

La tienda del sultán era sorprendentemente modesta. Sólo era ligeramente mayor que la mía, y el lecho que había en un rincón no era muy diferente de aquel en el que dormía yo. El único signo de un rango diferente era la gran alfombra de seda que cubría la arena, y en la que él se encontraba sentado, reclinado sobre una pila de cojines. Junto a él se encontraban el emir Keukburi y Taki al-Din. El sultán estaba de buen humor. Me miró y me guiñó un ojo.

—¿Quién es ese Ibn Said de Alepo que insulta a mis guerreros kurdos?

—Un hombre insignificante, adalid de los victoriosos.

—Espero que tengas razón. Keukburi está convencido de que se trata de un espía.

—Los espías —repliqué yo— normalmente están demasiado dispuestos a congraciarse con el enemigo. Le halagan sin vergüenza alguna para engañarle mejor. El extranjero de Alepo es un escéptico por naturaleza, de cerebro retorcido, con un látigo en lugar de lengua y tan fino que podría cortar a un camello en dos.

El sultán rió.

—Acabas de describir a la sultana Jamila.

Todo el mundo rió ante aquella ocurrencia, y Keukburi, sin saber que él era el blanco de aquella broma, más que nadie, para mostrar que toleraba la broma sobre su cuñada.

Antes de que la ignorancia de Keukburi sobre la identidad real de Ibn Said

podiera seguir explotándose, el faldón de la puerta se abrió y entró el hijo mayor del sultán, al-Afdal, de diecisiete años, y se inclinó ante su padre, saludando a los demás con una condescendiente sonrisa. Había crecido mucho desde que le vi por última vez, hacía un año. Su barba estaba cuidadosamente arreglada y todo su comportamiento denotaba una persona de autoridad. Le recordé a él y a sus hermanos cuando eran pequeños y les enseñaban a cabalgar en El Cairo. Yo había visto cómo enseñaban a aquel chico a luchar con espada a lomos de un caballo y a pie.

Pensando que padre e hijo desearían estar solos, Taki al-Din, Keukburi y yo mismo nos levantamos para irnos. El sultán dejó que se fueran los demás, pero me hizo a mí una seña de que me quedara sentado. Cuando los demás salieron, hizo sentar a su hijo.

El chico había luchado en su primera batalla hacía algunas semanas y había enviado a su padre un brillante relato, comparando su primera batalla con el desfloramiento de una virgen, una analogía que disgustó enormemente a Imad al-Din. Éste había murmurado rudamente que no sabía adonde podía llegar al-Afdal, pero que estaba claro que nunca sería un estilista de la prosa. Salah al-Din era un padre cariñoso, pero severo. Desde que llegó su hijo su humor cambió radicalmente. Su cara adquirió una severidad que no auguraba nada bueno para el joven príncipe, que dándose cuenta de ello al mismo tiempo que yo, frunció el ceño ante mi presencia. Yo le sonreí con dulzura y él volvió la cara, sin mirar a su padre a los ojos.

—¡Mírame, Afdal! Vamos a luchar en una guerra en la que puedo morir. Nuestros espías dicen que el rey de los francos, Guido, ha ofrecido una gran recompensa al caballero que me clave una lanza en el corazón.

El chico se conmovió hasta las lágrimas.

—Yo estaré siempre a tu lado. Tendrán que matarme a mí primero.

El sultán sonrió, pero su rostro no se iluminó mientras continuaba hablando.

—Escúchame, hijo mío. Todavía eres joven. Comprende una cosa. En el campo de batalla hay que ganarse uno mismo el respeto. Mi tío Shirkuh me dio la oportunidad de probarme a edad muy temprana, igual que tú, con la diferencia de que yo no ejercí ningún tipo de poder hasta mucho más tarde. Shirkuh no creyó nunca en la autoridad que se hereda.

»Yo le estaba muy agradecido, aunque en aquellos momentos me sentía como un hombre que no sabe nadar a quien arrojan de pronto a un río. Tiene que aprender a nadar y alcanzar la orilla al mismo tiempo. Piensas que porque eres el hijo del sultán todos los soldados y los emires tienen que respetarte. Quizá te hagan creer eso, pero serás un tonto si lo crees. Una vez hayas combatido a su lado, hayas notado el gusto de la arena en la boca, y el de la sangre, empezarán a verte como a un igual. Cuando hayas combatido con ellos varias veces, empezarán a respetarte. El

derecho a dar órdenes no conlleva el respeto.

»Imad al-Din y al-Fadil te han educado bien. Sé que estás muy familiarizado con la historia de todas las grandes guerras que se han dado desde los días de nuestro Profeta, la paz sea con él, pero ese conocimiento, por importante que sea, no te ayudará en el campo de batalla. En las guerras, el mejor maestro es la experiencia.

»Lo que has aprendido de los libros lo puedes olvidar fácilmente, a menos que goces de una memoria privilegiada como la de Imad al-Din. Pero lo que te enseña tu propia experiencia no se te olvida mientras vivas.

»Te he mandado llamar porque ha llegado a mi conocimiento que hace unas semanas desafiaste la autoridad de tu primo e hijo de mi hermano, Taki al-Din, frente a los emires, ordenándole que llevase a cabo una orden contraria a lo que él había decidido ya. Es disciplinado, e hizo lo que tú le ordenaste. En su lugar mi tío Shirkuh y yo hubiéramos abofeteado tus imberbes mejillas. Afortunadamente, tu orden no causó ningún desastre, de otro modo habría hecho que recibieras una reprimenda en público.

» Quiero dejar clara una cosa. Taki al-Din es mi brazo derecho. Confío en su juicio. Confío en él plenamente. Si, en el curso de la batalla, Alá decide que ha llegado mi hora, Taki al-Din es el único emir verdaderamente respetado por los soldados capaz de llevar a nuestro bando a la victoria. He dejado órdenes al respecto. Tú puedes aprender mucho observando a tu primo y permaneciendo a su lado, pero ésa es una decisión tuya. Mañana por la mañana quiero que vayas a verle y te disculpes por lo que hiciste, y que beses sus mejillas. ¿Está claro? Ahora vete a la cama.

El heredero del sultán estaba compungido cuando se inclinó ante nosotros y salió de la tienda.

—¿Crees que he sido demasiado duro, Ibn Yakub?

—No tengo hijos, oh sultán. No soy la persona más indicada para juzgar la relación entre un padre y su hijo, pero como líder de los hombres, lo que habéis dicho está totalmente justificado. Se ha sentido herido, pero sobre todo a causa de mi presencia. Se lo habría tomado mejor de no estar yo aquí, pero un joven príncipe que aspira a ser un buen gobernante debe aprender a abrirse camino en este duro mundo nuestro.

—No podría haberlo expresado mejor ni yo mismo, escriba. He solicitado tu presencia para que pudieras escribir todo esto y que quede como parte de la historia de nuestra familia. Si se convierte en un buen sultán, le gustará recordar estas palabras, porque a lo mejor tiene que repetirlas también con su propio hijo. Ahora, déjame solo. Creo que voy a pasar la noche explorando la mente de Ibn Said. Enviaré a buscar a nuestro escéptico de Alepo para que caliente mi lecho y estimule mi cerebro.

Yo le miré sorprendido. Su ojo brillaba, sin duda, pero ¿cómo recibiría Jamila las noticias de la exploración que él se proponía llevar a cabo? Ella llevaba muchos años sin compartir el lecho del sultán, y la mirada de éste me dijo que eso era precisamente lo que él pensaba.

Capítulo 27

Historia de Amjad el eunuco y cómo se las arregló para copular a pesar de su incapacidad

Ashtara, a tres días de camino al sur de Damasco, está situada en una llanura coronada por una alta montaña. Pasamos allí casi un mes. El sultán estaba encantado con los progresos que hacían los soldados. Aunque había diferencias entre las unidades reunidas bajo su mando, ahora tenía la sensación de que entendían cómo deseaba él que se desarrollase aquella guerra. Se había perdido mucho tiempo explicando el significado de diferentes signos y sonidos. Cada unidad asignaba a un miembro para que observase la tienda del sultán. Para unas tropas que se encontraban distanciadas, la capacidad de entender lo que significaba el movimiento de unas banderas era una cuestión de vida o muerte, igual que interpretar el redoble de los tambores para los soldados que se encontraban junto al sultán. Costó un tiempo explicarles todo aquello a los emires y nobles al mando de las diferentes unidades y escuadrones de los ejércitos de Salah al-Din.

Un día, después de las plegarias de la mañana, el sultán tomó el desayuno en su tienda sin más compañía que Taki al-Din y yo mismo. Miró a su sobrino a los ojos, diciéndole entre risas: «¡El polvo que se levantará cuando mi ejército marche sobre al-Kadisiya eclipsará el sol!».

Fue la única vez que le vi excitado por la perspectiva de una guerra. Se había embarcado en un conflicto en aquel momento no porque la fuerza militar le favoreciera, sino por razones de Estado. Tenía tras él el ejército de creyentes más unido que jamás se alzó para derrotar a los infieles. Había judíos y cristianos, pero en pequeño número. La mayoría de ellos simplemente esperaban el momento oportuno para convertirse a la fe del profeta del islam. Sin embargo, los coptos no. Sus fuertes creencias y su implacable hostilidad a Roma y Constantinopla les convertían en aliados naturales de Salah al-Din.

Estaba yo saliendo de la tienda del sultán cuando el eunuco Amjad me cogió por el brazo y susurró:

—Ibn Said, el mudo desea tu presencia.

Le seguí sin decir palabra. Todavía no acababa de acostumbrarme a la nueva identidad de Jamila. Sólo reconocí a la mujer detrás de aquel disfraz cuando sus ojos me miraron. Eso y su voz, que sólo podía ser oída al amparo de su tienda.

—Salah al-Din me dice que te sentiste sorprendido, hace unas noches, al confesarte el deseo que albergaba su carne por mí. ¿Es verdad?

Siempre me sorprendía aquella mujer. Amjad el eunuco rió ante mi desconcierto.

¿Qué podía responder yo, en el nombre del cielo?

—La verdad, Ibn Yakub. ¡Como siempre, la verdad!

—No me sorprendió el anuncio del sultán de que deseaba que compartieras de nuevo su lecho. Eso es normal para él. Tú eres muy hermosa y...

Ella se impacientó.

—Y soy la única mujer en el campamento. Sí, sí, soy consciente de todo eso, pero ¿qué fue entonces lo que te asombró, sabio escriba?

—Fue el hecho de pensar cuan degradante sería para ti verte obligada a someterte a los deseos de un hombre.

Ella sonrió y se acarició la falsa barba.

—Yo también lo pensé, y fue muy noble por tu parte sentirte afectado por mi apuro. Como puedes ver, he sobrevivido a la experiencia. Estoy acostumbrada a tu sultán. No habría sometido mi cuerpo al de ningún otro hombre... ni a un eunuco, por cierto.

Amjad respingó como si se hubiera quemado con fuego. Pareció preocupado por la observación de ella. Dándose cuenta, Jamila le acarició la cabeza y susurró una disculpa, intentando congraciarse con él.

—Tratar de persuadir a Amjad para que hable de su pasado es como intentar arrancarle un diente a un cocodrilo.

El eunuco sonrió, complacido por la atención que Jamila le dispensaba. Ella continuó presionándole.

—No sabemos si estaremos vivos o muertos dentro de unas semanas. Hoy tienes que contarnos tu historia, Amjad. Tenemos la ventaja de la presencia del escriba. Ibn Yakub escribirá todo lo que digas en su libro, y serás inmortalizado para el futuro. ¿Qué dices a esto, mi pelirrojo amigo?

Por primera vez observé con detenimiento el aspecto físico de Amjad. El color rojizo de su pelo se veía realzado por la blancura de su piel. Tenía los ojos grises. Era mucho más alto que yo, y yo soy más alto que el sultán. Nunca me había interesado como persona, pero su proximidad a Shadhi y a Jamila atraía mis afectos. Apelé también directamente a él.

—Amjad —dije— Shadhi hablaba conmigo a menudo de ti. Tenía en un elevado concepto tu inteligencia y, sin embargo, a pesar de ello, nosotros dos apenas nos conocemos. ¿Quién eres en realidad? ¿Cuándo llegaste a Damasco, y cómo acabaste en la ciudadela como servidor del sultán?

Sus ojos adquirieron un aire melancólico y suspiró, antes de hablar con su voz suave y fluida.

—La razón por la que me he resistido a las órdenes previas de la sultana para que hablara de mí mismo es que conozco poca cosa de mi pasado. Soy un *sagalabi*,

cosa que está clara por mi aspecto, y un eunuco, lo cual me reduce casi a la condición de animal enjaulado.

«Como ambos sabéis sin duda, los que son como yo pueden ser de tipos muy diferentes. Hay algunos eunucos que carecen por completo de pene. Esta variedad es muy popular entre aquellos reyes y sultanes que vigilan a sus esposas como tigres, dispuestos a abalanzarse sobre ellas a la primera señal de traición. Se imaginan que un eunuco al que se le haya extirpado completamente su órgano será, por ese mismo motivo, plenamente de fiar. Es extraño que el grado de confianza, para algunos nobles y emires, dependa tanto del grado de mutilación de un eunuco. Si quisieran evitar absolutamente todo contacto físico entre un eunuco y una mujer, tendrían que eliminar mucho más que un simple pene. Tendrían que cortar también los dedos de las manos y de los pies, y la lengua, maravillosamente ágil. Pero hace tiempo que estudio la inconsecuencia de emires y sultanes y ya me he dado por vencido.

»Hay otros como yo, simplemente castrados y vendidos a las iglesias. Nos enseñaron a cantar las alabanzas de Isa, y en nuestro tiempo libre satisfacemos los deseos carnales de sacerdotes y obispos. El destino me ha favorecido. Yo no soporté un martirio semejante. Fui castrado cuando tenía cuatro o cinco años, comprado por unos mercaderes judíos en tierras de los búlgaros y vendido en el mercado en al-Andalus.

»Allí fui comprado por otro comerciante que creía en Alá y el Profeta y me trajo a Damasco. Todo esto me lo contó la familia a la que fui vendido a la edad de siete años.

«Como la sultana sabe muy bien, nuestra fe prohíbe expresamente la castración de niños u hombres. Así que la única manera en que nuestros sultanes y emires pueden satisfacer su demanda de eunucos es liberarlos de la tiranía de los sacerdotes, una vez que una ciudad ha caído en manos de los seguidores del Profeta. Entonces nos convertimos de buen grado en creyentes de Alá, porque nunca se nos ha tratado mejor ni hemos tenido tanto poder e influencia.

»La sultana sabe también que la inteligencia no reside en el pene, sino en el cerebro de un hombre. Contemplar a los eunucos como seres impotentes sólo en base a su emasculación es una estupidez, como muchos gobernantes, incluido el sultán Zengi, han descubierto para su daño.

«Conozco al menos tres grupos diferentes de eunucos sólo en la ciudadela. Son leales al sultán, pero en cuanto muera tomarán diferentes partidos en la lucha por la sucesión. Yo no pertenezco a ninguna de las facciones, y por ese motivo todos confían y desconfían de mí a la vez. La mía es una posición muy afortunada, porque me cuentan lo que deseo saber, pero mantienen en secreto sus intrigas. Eso también me complace. Si yo tuviera conocimiento de algún plan para asesinar a al-Afdal, informaría al chambelán sin duda alguna.

»Tú, sabio y buen Ibn Yakub, me has preguntado por mis recuerdos de niñez. No tengo recuerdo alguno de mis padres ni de por qué me vendieron. Quizá se trataba de campesinos pobres y necesitaban el dinero. Hay varios eunucos en Damasco que me han contado cómo fueron castrados por sus propios padres y vendidos a mercaderes que actuaban en nombre del Patriarca de Constantinopla.

»No tengo recuerdo alguno del viaje desde la tierra de los búlgaros a al-Andalus, ni desde allí hasta Damasco. Fui vendido por el mercader que me había comprado en al-Andalus al comerciante Daniyal ibn Yusuf.

»Su familia me trató con amabilidad. Me enseñaron a leer y escribir como si fuera uno de sus hijos. Me vestían y alimentaban bien. Siempre supe que era diferente del resto de la familia porque no dormía en la casa. Me alojaba en las habitaciones del cocinero, que siempre estaban muy calientes, pero emanaban un olor espantoso, que despedían el cuerpo y las ropas del cocinero. Pero él nunca me trató mal ni me pegó, y como era muy buen cocinero le perdonaba su desagradable olor.

«Cuando tuve dieciséis años, mi amo, al enterarse de que yo tenía una habilidad natural para los números, me llevó fuera de la casa. Todas las mañanas le acompañaba a su trabajo en el zoco, donde poseía dos tiendas. En la primera vendía telas y alfombras caras: satenes y brocados de Samarcanda, seda de China, muselina y chales de la India y alfombras persas.

»En la tienda vecina sólo vendía espadas, de la mejor calidad. El amo me dijo que una de las espadas del sultán Salah al-Din procedía de su tienda, aunque luego Shadhi me aseguró que eso no podía ser. Todas las armas del sultán eran fabricadas a medida por artesanos de las armerías que existían con este propósito en El Cairo y Damasco.

»Lo que sí es cierto, indudablemente, es que un día la tienda de tejidos fue visitada por la sultana Ismat, que la paz sea con ella, y su séquito. Hablo ahora de la época en que estaba casada con el gran Nur al-Din, y no con nuestro sultán. Yo estaba aquel día en la tienda, y ella se quedó impresionada por la forma en que hablé a las damas que la esperaban. Yo me negué a regatear y mantuve con firmeza el precio fijado por mi amo. No tenía ni idea de quiénes eran aquellas damas ni de dónde procedían.

»La sultana se rió ante mi impertinencia y al cabo de una semana me trasladó a la ciudadela. Cuando descubrió que yo era un eunuco, se alegró enormemente. Fui destinado al harén como mensajero especial suyo con el mundo exterior. A la muerte de Nur al-Din, se casó con nuestro sultán. El resto ya lo conoces. Siento que mi vida haya sido tan poco interesante.

Ahora comprendía por qué Amjad era tan valorado por aquellos que confiaban en su discreción. Conocía muchos y oscuros secretos de la vida en la ciudadela, pero se negaba a divulgarlos. Quizás era mi presencia lo que le inhibía. Quizá no

quería hablar más de la cuenta estando presente Jamila, porque ella podía pensar que igual que hablaba de otros ante ella, fácilmente podía hacer lo mismo de ella ante otros, y perdería la confianza de que gozaba.

Aquel mismo día, después de la cena, me resistí a todos los intentos por parte de los soldados para unirme a los juegos con los que se entretenían. No estaba de humor para disfrutar de la compañía de los de mi propio sexo. Pensamientos morbosos empezaron a poblar mi mente. Volví a mi tienda y me puse a meditar sobre la situación a la que había llegado en mi vida. ¿Sería ésta prematuramente segada en las semanas o meses que se avecinaban?

La tienda empezó a hacérseme opresiva, y ansioso de despejar mi mente, decidí salir a dar un paseo nocturno, para recuperar mi tranquilidad de espíritu respirando el aire frío de la noche y contemplar las estrellas.

Me había sentado en un pequeño promontorio y estaba pensando en Raquel cuando una mano me dio un golpecito en el hombro. Yo creía que estaba solo, así que ante aquel contacto di un respingo. En momentos como éstos uno piensa en espías francos, pero la voz que sonó me era familiar.

—Mi más sentida disculpa por haberte asustado. Yo también encontraba el campamento un poco opresivo esta noche, y he decidido seguirte hasta aquí. Tenía que haberte avisado antes de mi presencia, pero me pareció que necesitabas estar a solas un rato.

Era Amjad. El alivio disipó la rabia que había sentido al ver que me habían seguido con tanto sigilo. Lo había hecho por algún motivo concreto.

—Me parece que no te has creído del todo el relato de mi vida que os he hecho a ti y a la sultana esta mañana.

Yo le aseguré que no era eso, de ningún modo. Yo no tenía ningún motivo para dudar de su veracidad.

Mi insatisfacción, que no otra cosa era lo que experimentaba, procedía del hecho de que sentía instintivamente que él sabía mucho más de lo que creía necesario divulgar. Jamila tenía esa sensación más acusada aún que yo, y se había irritado por lo que consideraba la negativa de Amjad a tomar partido en cualquier asunto. El eunuco sonrió cuando yo le conté que Jamila se sentía molesta.

—Sé por qué está enfadada. En el pasado yo se lo contaba todo. Lo que le interesaba tanto a ella como a la señora Halima era mi incapacidad para disfrutar de las delicias del dormitorio.

»Un día, su incesante interrogatorio las llevó a insistir en que yo me descubriera los genitales para que pudieran examinarlos de cerca. Yo no estaba muy dispuesto, pero su presión se hizo implacable. Por fin accedí a su ultrajante petición. Su inspección no duró mucho, pero usaron este incidente para hacerme chantaje. A menos que les informara de todas las actividades que realizaban las demás señoras del harén, le dirían al sultán que yo les había enseñado lo que quedaba de mi pene.

Fue Halima quien me amenazó de esa manera. Jamila vio el terror en mi cara e inmediatamente intentó tranquilizarme diciendo que era una broma y me rogó que olvidara todo lo que había pasado.

»Sin embargo, Halima me preguntaba continuamente por las demás mujeres, y yo tenía que proporcionarle toda la información, hasta el último detalle. A veces me inventaba cosas para divertirla. Todo fue bien mientras Halima y Jamila fueron amigas íntimas. Los problemas graves surgieron cuando su amistad llegó a su fin. Halima les contó a algunas de sus nuevas amigas lo que yo había dicho de ellas, y una tarde cinco de ellas, en presencia de Halima, que era quien las había incitado, me rodearon y procedieron a azotarme la espalda desnuda. Todavía conservo las marcas de aquella humillación.

»Dos personas me ayudaron mucho después de esa amarga experiencia. Cuando le conté lo que había soportado, Shadhi se puso tan furioso que quería contárselo al sultán. Tuve que usar toda mi astucia para impedirlo, pero creo que envió un mensaje a Halima advirtiéndola de que si seguía obrando de aquella manera pasaría el resto de sus días en una pequeña choza de una aldea remota.

«Jamila también se mostró sinceramente afectada y preocupada. Como resultado, nos hicimos buenos amigos y en su presencia juré en nombre de Alá y nuestro Santo Profeta que nunca más volvería a contar chismes.

«Hasta hace unas pocas semanas la propia Jamila me ayudaba a cumplir ese juramento. Pero de repente una noche, sin previo aviso, empezó a preguntarme por Halima. Yo me quedé callado y sacudí la cabeza. Mi silencio la preocupó y no volvimos a hablarnos hasta esta mañana. Presumiblemente ella pensaba que en tu presencia soltaría la lengua. Soy consciente de lo que quiere averiguar, y comprendo sus motivos, pero estoy ligado por un voto ante Alá. Y no tengo otra alternativa que decepcionarla.

Escuchándole aquella noche bajo las estrellas entendí por qué Shadhi y Jamila se habían sentido seducidos por la suave voz de aquel eunuco. Ahora me tenía atrapado a mí en su hechizo. Me sentía intrigado por sus incitantes referencias a Halima. ¿Qué podía saber él? ¿Qué sabía?

—Yo también me siento consternado por tu historia, Amjad. Comprendo por qué Shadhi quería contárselo a Salah al-Din. Eso habría acabado con todo el asunto inmediatamente. Respeto tu voto de no contar chismorreos, y no tengo deseo alguno de hacerte romper tu juramento. Aunque seguramente lo que Jamila deseaba saber era la verdad acerca de Halima. Y tu juramento sólo afectaba a invenciones y mentiras. ¿No estoy en lo cierto?

No replicó, pero de repente el majestuoso silencio del desierto se hizo opresivo. Estaba a punto de repetir mi pregunta cuando él habló de nuevo.

—Estás en lo cierto, como de costumbre, Ibn Yakub, pero lo que Jamila quería saber me implicaba a mí. Si le hubiera contado toda la verdad, se habría acabado la

consideración que me tiene, que significa tanto para mí. De hecho representa para mí más que ninguna otra cosa en este mundo. La triste verdad es que una noche, cuando estaba dormido, Halima entró en mi dormitorio. Se quitó el ropaje que cubría su desnudez, se echó junto a mí y empezó a acariciar mi cuerpo y aquello que una vez ella y Jamila habían examinado a distancia.

»En el nombre de Alá te juro, Ibn Yakub, que durante un tiempo pensé que estaba soñando. Sólo cuando ella me montó y empezó a moverse sobre la pequeña palmera sin dátiles que llevo entre las piernas me di cuenta de que era real, pero por entonces, aunque lo hubiera deseado, ya era demasiado tarde para resistirse o quejarse. Hasta las dudas más fuertes pueden verse disipadas por el placer. Cuando todo acabó, ella se fue. No habíamos cambiado ni una sola palabra. Me sentí como un animal. A lo mejor ella sintió el mismo disgusto que me invadía a mí, o a lo mejor no.

»Halima volvió varias veces, y copulábamos en silencio. Todo acabó tal y como había empezado. Abruptamente. Después solíamos desviar la mirada cuando nos encontrábamos, aunque ella me evitaba y, como oí decir más tarde, solía contar obscenidades sobre mí a sus nuevas amigas. Después se enemistó con una de ellas, quien me dijo que el enfado era la única manera de librarse del espectro de Jamila, que estaba por todas partes.

»Nada se puede guardar en secreto en el harén. Estoy convencido de que la seguían y lenguas maliciosas informaban a Jamila, que, comprensiblemente, quería una confirmación o negativa de mis propios labios. No la culpo, Ibn Yakub. Pero esto la heriría mucho y perjudicaría nuestra amistad. Para mí, una tarde de conversación con Jamila vale más que todas las noches que pasé con Halima. Son deleites que no se pueden poner en la misma balanza. El intelecto de Jamila obra en mí como un afrodisíaco. Cuando ella ríe conmigo, el sol brilla en mi corazón. A ella únicamente es a quien amo, y moriría feliz siguiendo sus órdenes. Ahora ya lo sabes todo. Mi culpa secreta ha salido al fin a la luz.

Me sentía anonadado por la confesión de Amjad. Donde yo había fracasado, un eunuco había tenido éxito. Miré a las estrellas, rezando silenciosamente y rogando que se abrieran los cielos. Quería ahogar todos mis recuerdos. Aquella noche me despertó un sueño. Una mujer, cuyo rostro estaba desfigurado por una fea mirada lasciva, me castraba. Era Halima.

Capítulo 28

Nos llegan noticias de rencillas entre los francos

Dos de nuestros espías en el campamento franco, ambos persuasivos mercaderes coptos, informaron a Taki al-Din de acontecimientos en el reino de Jerusalén. El reino se veía profundamente dividido por una lucha denodada entre los dos principales caballeros del rey Guido.

El conde Raimundo de Trípoli aconsejaba al rey que fuese cauteloso y actuara a la defensiva, lo cual significaba que debía quedarse en Jerusalén y no salir de allí, si no quería caer en la trampa que le estaba tendiendo Salah al-Din. El propio rey se sentía más inclinado por el punto de vista defendido por Reinaldo de Châtillon. Este caballero había olfateado la sangre. Cuestionaba la integridad del conde Raimundo, acusándole de ser amigo de Salah al-Din y falso cristiano. Reinaldo creía que el equilibrio de fuerzas favorecía a los francos. Aducía que sus caballeros y soldados podían maniobrar mejor y desbordar a los ejércitos del sultán.

Estos dos caballeros habían llegado casi a las manos. Se habrían peleado si el rey no hubiera cogido una cruz de madera y se hubiera interpuesto entre ellos. Luego les obligó a los dos a jurar que cesarían sus peleas y que lucharían juntos para derrotar a los infieles sarracenos.

Taki al-Din interrogó detalladamente a los dos espías.

Les preguntó por el número de soldados del ejército de Guido, la cantidad de suministros que necesitarían para sobrevivir fuera de la ciudad, los nombres de los dirigentes de los templarios y de los sanjuanistas u hospitalarios, y el tiempo que tardaríamos en recibir información de los exactos emplazamientos del ejército franco, es decir, si eran lo bastante estúpidos como para abandonar la Ciudad Santa y salir al encuentro del sultán en su propio terreno. Los mercaderes se miraron y sonrieron. Fue el más viejo el que habló.

—El emir no tiene que preocuparse por eso. Mi propio hermano es responsable de proporcionar los suministros que necesitan Guido y Reinaldo. Nos avisará en cuanto tenga la información precisa. Las palomas mensajeras están preparadas.

Taki al-Din sonrió.

—Mi tío siempre me ha felicitado por juzgar bien a las personas. Nunca me habéis proporcionado información falsa ni habéis traicionado la confianza que he depositado en vosotros. Por eso el sultán os recompensará con generosidad. Vuestra tienda está preparada. Habéis hecho un largo viaje. Por favor, descansad y

recuperad fuerzas hasta la hora de la cena.

Dos días después llegaron las noticias que esperábamos. Reinaldo de Châtillon había ganado la batalla ante Guido. Los francos estaban ya preparándose para salir de la Ciudad Santa y luchar en campo abierto. El rostro del sultán se iluminó cuando oyó las noticias.

Insistió en que se contrastara y se volviera a contrastar la información. Tuvimos que esperar otro día antes de que nos llegara la confirmación por otra fuente. Sólo entonces ordenó Salah al-Din que se realizara una revista de todas sus tropas a la mañana siguiente, a seis millas al norte de Ashtara, en Tell Tasil, en el camino principal que se dirige al valle del río Jordán.

—Quiero colocarme en un montículo y observar a todo el ejército, Ibn Yakub —dijo—. «Los hombres son como los rábanos, de diferentes tamaños y formas», como nuestro amigo Shadhi solía decir. Aparte de mis propios escuadrones, la mayoría de estos hombres son nuevos. Son rábanos de campos que no he arado todavía. Veamos qué aspecto tienen, comparándolos con los nuestros.

Las noticias de que los francos habían salido de la Ciudad Santa para presentarnos batalla corrieron por todo el campamento. Una noticia de esa naturaleza no se puede mantener en secreto durante mucho tiempo. El efecto fue un cambio radical en el estado de ánimo de los hombres. Si hasta el momento se habían mostrado relajados y quizá demasiado confiados, la información de que podíamos estar combatiendo al cabo de pocos días les puso nerviosos, tensos y, por qué no, también asustados.

El sultán era muy consciente de que la moral fluctuante puede apagar el ardor guerrero del ejército. Ordenó que el campamento fuera desmantelado. Nunca le había visto de ese modo. Parecía estar en todas partes a la vez. En un momento dado le vi a él y a sus emires dirigiéndose precipitadamente a inspeccionar el almacenaje y alertar de su decisión a los proveedores. Con sus túnicas flotando al viento, parecían en la lejanía como cuervos gigantes. Pero un momento después el propio sultán se encaramó a una torre de asalto recién construida para comprobar su solidez. Me sentí alarmado ante aquel riesgo innecesario, pero el joven al-Afdal, que estaba a mi lado contemplando a su padre, se rió de mi preocupación.

—Estamos acostumbrados a que se comporte así antes de una batalla. Insiste en correr riesgos. Dice que eso inspira confianza a los hombres. Si el sultán se arriesga a morir, ellos también.

—¿Y deja que vos arriesguéis vuestra vida, joven príncipe?

El rostro de barba recortada cambió de color.

—No. Dice que debo vivir por si él falta. Así que mi tarea en la batalla es transmitir sus órdenes, y permanecer junto a su tienda y su estandarte. He ido a ver a mi primo Taki y le he pedido luchar a su lado, pero también él tiene órdenes. Eso no es justo. Ya he luchado en dos batallas, pero ésta será la más importante.

—Paciencia, Ibn Yusuf. Vuestro tiempo llegará oportunamente. También viviréis sin desgracias. Gobernaréis y juzgaréis y educaréis a vuestros hijos como vos habéis sido educado. El sultán actúa guiado por vuestro interés. El árbol joven debe ser protegido de los vientos cálidos para que crezca y dé fruto.

El heredero del sultán se mostraba un tanto petulante.

—Ibn Yakub, por favor, no trates de hablar como Shadhi. Sólo hubo uno como él.

Con estas arrogantes palabras el muchacho me dejó a mi suerte, aunque no por mucho rato. Amjad el eunuco, extrañamente serio, susurró a mi oído que Ibn Said, el mudo, aguardaba mi presencia. Mientras me dirigía hacia su tienda, Amjad me advirtió de que la sultana estaba de muy mal humor y me dejaría a solas con ella. Las razones del mal humor de Jamila se me revelaron enseguida.

—Salah al-Din ha ordenado que no se me permita avanzar con el ejército. Dice que hay demasiado peligro y mi presencia es injustificable. Le he explicado pacientemente que estaba hablando como el hombre que tiene por cabeza el culo de un camello. Esto le ha molestado mucho e insiste en que prepare mi regreso a Damasco. Así que mientras vosotros avanzáis para tomar al-Kadisiya, los eunucos y la mujer tendrán que dirigirse a Damasco.

»Te lo advierto de antemano, Ibn Yakub. Esta vez no le voy a obedecer. Amjad, ese pobre idiota, está muerto de miedo. No se atreve a desobedecer a Salah al-Din. Le he dicho que soy muy capaz de cuidarme sola. Sé cabalgar mejor que la mayoría de vosotros, y a menudo he hecho diana con mis flechas. ¿Qué opinas?

Estaba furiosa; yo seguí el consejo de Ibn Maimun en tales situaciones, y le ofrecí un poco de agua. Bebió lentamente de un vaso, y eso la calmó un poco.

—Sultana, me siento muy honrado y privilegiado por ser amigo tuyo, pero te ruego que no te resistas a la voluntad del sultán en esta ocasión. Ya tiene bastantes cosas en que pensar sin tener que preocuparse por tu seguridad. Sé que tu naturaleza no consiente aceptar órdenes ciegamente. Tu primera respuesta es siempre resistirte a su autoridad, pero yo sé lo mucho que él te ama y lo muy en serio que toma tus consejos. A menudo le he oído decir que eres tú y no él quien posee un cerebro privilegiado. Complácele por esta vez.

Ella sonrió.

—Vaya, así que también puedes ser astuto. Es una revelación. Estoy preparada para aceptar tu consejo, a condición de que me respondas a una sola pregunta con toda sinceridad. ¿Aceptas el trato?

Esa extraña petición me cogió tan desprevenido que acepté sin pensarlo.

—Cuando Amjad fue a pasear contigo al desierto, por la noche, hace algunos días, ¿te contó cuántas veces dejó que lo montara Halima?

Me dejé pillar en una trampa. Me había pillado desprevenido, y no tuve que decir ni una sola palabra. Mi cara culpable le reveló todo lo que quería saber.

—¡Amjad! —le oí gritar—. ¡Putas asquerosas! Tenían que habértelo cortado del todo cuando tuvieron oportunidad. ¡Ven aquí!

Creí que aquél era un momento muy adecuado para salir de su tienda escabulléndome sin ser visto.

A la mañana siguiente muy temprano, a la rosada luz de la aurora del desierto, cabalgamos hacia Tell Tasil. Los ánimos no decaían, pero las risas eran un poco intempestivas y demasiado sonoras y mostraban el nerviosismo que experimentaban algunos de los emires, porque eran ellos quienes se reían de aquella manera. No nos costó mucho llegar a Tell Tasil. Normalmente, Salah al-Din pasaba revista a sus tropas desde algún montículo, y siempre a lomos de un caballo. Aquella vez rompió la tradición. Ordenó a sus soldados de infantería que empujaran una torre de asalto hacia donde se encontraba él. Me invitó a subir con él, pero la expresión de mi rostro le hizo reír y retiró la invitación. A cambio hizo subir con él a al-Afdal. Yo me quedé en la base de la gran construcción de madera, que normalmente se desplegaba para escalar los muros de las ciudadelas enemigas.

Una vez que llegó a la cima, levantó el brazo y las trompetas resonaron por todo el campamento, y un redoble de tambor inició el curso de los hechos. En este punto, precedidos por los estandartes negros de los califas abasíes y por el del sultán, Taki al-Din y Keukburi, con orgulloso aspecto, revestidos con sus armaduras y con las espadas en alto, hicieron desfilar a las tropas junto a la torre. Era una imagen extraordinaria. A los diez mil hombres a caballo seguían los arqueros a lomos de camellos, y luego las largas filas de la infantería.

Hasta los guerreros kurdos consiguieron dominar sus inquietos instintos. Cabalgaron ante el sultán en perfecta formación. Costó casi una hora que desfilara todo el mundo, y el polvo se convirtió en una nube espesa. Salah al-Din aparecía complacido cuando bajaba de la torre. Por una vez, se mostraba profundamente afectado por lo que había visto. Aquella experiencia había disipado su acostumbrada reserva.

—Con este ejército, si Alá lo permite, puedo derrotar a cualquier enemigo. Dentro de un mes, Ibn Yakub, tu sinagoga, en la ciudad que tú llamas Jerusalén, y nuestra mezquita, en la que para nosotros será siempre al-Kadisiya, se llenarán de fieles una vez más. De eso no tengo la menor duda.

Aquel mismo día, que era viernes, el día que normalmente prefería el sultán para emprender una yihad, nos dirigimos hacia el lago de Galilea. Llegamos a al-Ujuwana después de la puesta de sol. Allí acampamos para pasar la noche.

Capítulo 29

La víspera de la batalla

El sultán recibió noticias de sus batidores de que los francos estaban reuniendo a sus caballeros y soldados en Saffuriya. Algunos emires querían enviarlos un poco más lejos, pero Salah al-Din meneó la cabeza.

—Dejemos que se queden ahí por el momento. Cruzaréis el río y les esperaréis en las montañas, cerca de Kafar Sebt. Se pondrán furiosos, y la ira en estos momentos puede ser fatal. Una vez recibáis noticias de que Alá nos ha recompensado con una esplendorosa victoria, os moveréis por toda esta zona, y colocaréis guardias junto a todos los pozos, corrientes de agua y ríos. Esperaréis con las lanzas preparadas como las garras de un león. Taki al-Din vendrá conmigo, Keukburi dirigirá el ejército aquí. Recordad que las tierras de los francos están cubiertas de bosques. La sombra siempre está cerca. Alá les mostrará aquí el poder del sol. Dejemos que se asen dentro de sus cotas de malla hasta que no puedan soportar su contacto.

Los emires no pudieron disimular su admiración. Suspiraron con deleite y empezaron a murmurar alabanzas en su honor.

—Aquellos que ponen sus esperanzas en vos nunca se ven defraudados. Sois el único que protege a todos sus súbditos de los francos. En vos tenemos...

El sultán les silenció con un gesto irritado.

Se extendieron con rapidez las noticias de que el sultán había decidido tomar Teveriya, la ciudad que los romanos llamaban Tiberiades. No faltaron voluntarios para tomar aquella plaza fuerte de los francos. Situada en el extremo sur del lago de Galilea, no había sido atacada en el pasado debido a la tregua acordada entre Salah al-Din y el conde Raimundo de Trípoli. Ahora que el conde Raimundo se había unido a las fuerzas de los francos en Saffuriya, éramos libres de tomar la ciudad.

La ansiedad que sentían los hombres por luchar la motivaban no tanto la grandeza de la causa, la necesidad de combatir el error, defender la verdad o el deseo de aplastar a los infieles y fortalecer a los creyentes como la esperanza de obtener una victoria rápida; esperaban, sobre todo, que algunas de las riquezas terrenales cayeran en sus manos. Pero Salah al-Din no aceptó voluntarios. Seleccionó a los soldados más experimentados y fiables.

—Éstas son las ascuas de nuestra fe. Con ellas tomaré Teveriya por sorpresa.

Mientras él avanzaba para tomar la antigua fortaleza romana, Keukburi cruzaba el río. Al cabo de unas pocas horas estableció un campamento a diez millas

al este del campamento franco, en una pequeña meseta al sur del pueblo que lleva el nombre de Hattin. Para dar pábulo a mi enfado, recibí órdenes del sultán de permanecer con el cuerpo de ejército principal. Podía interpretarlo como que él no quería llevar ningún equipaje innecesario, y que deseaba que su fuerza de ataque estuviera integrada solamente por combatientes experimentados. Me daba cuenta de que era lógico, pero eso no contribuía a disminuir mi decepción.

La decisión de acampar allí se tomó un par de días antes, después de recibir informes de las avanzadillas. Los batidores hablaban de grandes corrientes de agua fresca y burbujeante, rodeadas de frutales y olivares. Llegamos allí cuando el sol se hallaba en su cénit. El calor había agotado a hombres y animales por igual. El sudor brotaba del rostro del emir Keukburi y se mezclaba con el de su montura.

Cuando llegamos al lugar, Keukburi se desnudó por completo y bebió agua antes de sumergirse en el río. Cerró los ojos y dejó que el agua resbalara por su cuerpo. Nosotros le mirábamos, desesperados por seguir su ejemplo, pero mientras el sultán no hiciera señas al ejército entero para que se uniera a él, su comandante favorito se mantenía a la espera. Al cabo de bastante rato, o así me lo pareció entonces, metió la cabeza bajo el agua, volvió a salir a la superficie y trepó a la orilla. Dos asistentes envolvieron su cuerpo en un lienzo blanco y le secaron de pies a cabeza. Luego se retiró a su tienda, que había sido colocada a la sombra fragante de unos naranjos.

En cuanto desapareció de la vista de los soldados resonó un ahogado grito de alivio. No esperamos a que nadie nos diera permiso, todos nos dirigimos al agua para aliviar nuestras resacas gargantas y sumergirnos en la fluida corriente, y recuperarnos así de los rigores de la jornada. Muchos de los nuevos soldados todavía no habían cumplido los dieciséis o diecisiete años. Era reconfortante observar sus despreocupados juegos. Las risas se mezclaron con el sedante ruido del agua.

Los veteranos, con más experiencia de la yihad, se bañaban en silencio, guardándose sus pensamientos para sí y tratando, sin duda, de no pensar demasiado en el futuro. Muchos de ellos no habían cumplido aún treinta años, pero ya habían visto los suficientes horrores para que les duraran toda su vida y aún más. Algunos habían visto a los desamparados habitantes de pueblos y ciudades destruidos, expulsados de sus hogares por los caballeros francos. Habían participado en batallas cuyo último recuerdo eran los cuerpos de sus compañeros amontonados unos sobre otros, antes de ser arrojados en la fosa común. Habían visto a amigos muy queridos alcanzados por una flecha, con el hígado partido en dos. Muchos habían perdido hermanos, primos y tíos. Otros habían visto a hijos que lloraban por sus padres, y a padres que lloraban por sus hijos.

Cuando terminé de bañarme, me sequé y me senté a la sombra de un olivo sumido en erráticos pensamientos. Mi hija estaba esperando un hijo. ¿Sería un niño?

Jamila debía permanecer a salvo en la ciudadela de Damasco. ¿Se habría peleado con Amjad, y, si era así, cómo le castigaría? Como siempre, Shadhi volvía a mi mente, y estábamos a punto de iniciar una imaginaria discusión cuando un criado tosió con disimulo. Mi señor requería mi presencia.

Antes de separarnos aquella tarde Salah al-Din concedió a sus soldados un poco de tiempo para que se prepararan para el viaje. Bebía agua y mordisqueaba de mala gana unos dátiles secos, con aire pensativo. También detecté un atisbo de tristeza en sus ojos.

Me había dicho en ocasiones anteriores que tras la muerte de Shadhi la soledad atenazaba su alma a menudo, una soledad que no se disipaba ni siquiera cuando se hallaba en compañía de hombres que estimulaban su mente. Yo conocía ese estado de ánimo.

—¿Qué tendrá reservado Alá para nosotros, Ibn Yakub? Las batallas raramente se ganan por la superioridad de hombres o de armas. Es la motivación, la sensación de creer que uno está comprometido en una misión de Alá, lo que resulta decisivo. ¿Crees que los soldados se dan cuenta de la importancia de las próximas semanas?

Yo asentí.

—Adalid de los victoriosos, dejadme que os diga lo que os diría Shadhi. Él siempre quiso estar a vuestro lado en el día de hoy. Sabía que llegaría este día, y lo que preguntaríais vos, y ésta era su respuesta: «Conozco a nuestros soldados. Entienden a la perfección lo que significa reconquistar al-Kadisiya. Están dispuestos a morir por ello». Les he oído hablar entre sí y creo que Shadhi no desearía cambiar ni una palabra.

El sultán sonrió y se acarició la barba.

—Ésa es la impresión que tengo yo también. Esperemos que su creencia en la justicia de nuestra causa sea suficiente. Roguemos para que los avatares del destino y las desgracias no se unan en ayuda a los infieles. Dile a Keukburi que se asegure de que los hombres coman bien esta noche.

No hubo necesidad de pasar este mensaje al emir Keukburi. A diferencia de su comandante, le gustaba comer. Era capaz, con dar sólo un bocado, o eso aseguraban, de averiguar todas las hierbas y especias con que se había sazonado la carne. Ya había dado instrucciones a los cocineros, y antes de ponerse el sol el aroma de carne asada inundó el campamento, despertando nuestro apetito. Hasta el sultán, cuya aversión a la carne era bien conocida, comentó lo delicioso de aquel aroma.

Los cocineros habían preparado un buey *sikbaj*, un plato muy apreciado por los barqueros del Eufrates. Era agridulce, cocinado con hierbas frescas y empapado en vinagre y miel. Sus efectos son soporíferos. Hasta los kurdos, muy aficionados a la carne asada, se vieron forzados a admitir que el *sikbaj* que comieron aquella noche era extraordinario.

Un redoble de tambores nos despertó a la mañana siguiente. El cansancio había desaparecido y los soldados parecían relajados. Keukburi, para gran alivio de la mayoría de los hombres, no insistió en que dijeran las oraciones de la mañana. Quería unirse al sultán en Tiberiades. Se negó a esperar a que se cargaran los suministros y abandonó el campamento con un millar de hombres a caballo y yo detrás.

Llevábamos cabalgando menos de media hora cuando una nube de polvo que se dirigía hacia nosotros hizo que todo el mundo se pusiera tenso. Keukburi envió a dos de sus batidores a caballo para que averiguaran el número y fuerza de los estandartes de los jinetes que se aproximaban. Si eran caballeros francos, tendríamos que presentarles batalla y enviar un mensajero a informar a Salah al-Din. Esperamos, pero los enviados no volvieron.

El polvo seguía moviéndose implacablemente en nuestra dirección.

Keukburi y tres de los emires que cabalgaban junto a él deliberaron y dividieron nuestras fuerzas en tres cuñas. De repente oímos agudos gritos de «Alá o Akbar». Todo el mundo sonrió y permaneció tranquilo.

Los que se acercaban eran amigos. Nuestros batidores volvieron e informaron al emir de que Salah al-Din había tomado Tiberiades y cabalgaba para reunirse con nosotros.

Keukburi rió encantado, y nos adelantamos para recibir al conquistador de la ciudad que acababa de caer. El polvo se posaba. Keukburi saltó de su caballo y corrió hacia el sultán para besar su túnica. Salah al-Din, conmovido por aquel gesto, desmontó y abrazó al joven emir con orgullosa ternura. Los cánticos triunfales de los creyentes hendieron el aire en torno a los dos hombres.

—Ahora vendrán y tratarán de reconquistar su ciudad, y tomarán la ruta más corta, el camino que conduce desde Acre derecho a través de la llanura de Hattin. La virtud que debemos practicar hoy es la paciencia. Hasta mi tío Shirkuh, con su monumental impaciencia, si viviera hoy, estaría de acuerdo conmigo. Volvamos al campamento y encontremos un lugar agradable desde donde podamos observar a Guido con sus templarios y hospitalarios. El cielo está despejado, el sol quema como un horno y nosotros controlamos el agua.

Capítulo 30

La batalla de Hattin

Salah al-Din sabía que el noble Raimundo de Trípoli trataría de imaginar un plan alternativo más defensivo. Su mujer estaba en la ciudadela de la ciudad capturada. Raimundo se daría cuenta de que Salah al-Din seguía temiendo enfrentarse a los francos cuando éstos se encontraban en una situación fuerte y atrincherada. El sultán dependía de la temeridad y la estupidez de los jefes francos. Suponía que la ciega desconfianza y odio por el conde de Trípoli que sentían Guido y Reinaldo de Châtillon les conducirían a desoír cualquier plan que pudiera sugerir Raimundo.

El tres de julio, viernes, los batidores que estuvieron vigilando los movimientos de los francos galoparon de vuelta a nuestro campamento presas de gran excitación. Keukburi les acompañó a la entrada de la tienda del sultán. Salah al-Din se hallaba descansando, y yo mataba el tiempo enseñando a uno de sus guardias los movimientos básicos del ajedrez. Debajo de los limoneros, esperábamos a que acabara su descanso.

Las caras de los dos batidores cubiertas de polvo; sus ojos, amoratados por la falta de sueño; sus gestos sugerían que las noticias que traían eran importantes. Tenían órdenes estrictas de Taki al-Din de hablar directamente con Salah al-Din. Fui yo quien sugerí que al sultán quizá le gustaría que le molestásemos, así que Keukburi entró en su tienda. Salah al-Din salió con el pecho desnudo y una tela atada a la cintura.

Los batidores susurraron el mensaje a su oído. Aquello confirmaba sus predicciones. El sultán, muy aliviado, permitió que aflorasen sus emociones y rió con ganas.

—¡Alá o Akbar! Han abandonado el agua y están en las garras de Satán. Esta vez los tenemos cogidos.

Toques de trompetas y redobles de tambores alertaron a soldados y emires. La rapidez con que nuestro ejército se preparaba para el combate era un signo de la elevada moral y disciplina que habíamos conseguido durante las semanas de entrenamiento en Ashtara. La caída de Teveriya tuvo un efecto febril en aquellos que habían permanecido en la retaguardia. El sultán, ya vestido y con su armadura puesta, su verde turbante y el alfanje ceñido por solícitos ayudantes, estaba dando las últimas órdenes a Taki al-Din y Keukburi. Los dos asintieron con un gesto y se retiraron después de besarle las mejillas.

Como animales salvajes acechando su presa, los arqueros del sultán rondaban la colina. Su impaciencia por matar los ponía nerviosos e irritados. A pesar de los esfuerzos que hacía por calmarme, yo tampoco podía controlar mi excitación. Aquel día comí con el gran Imad al-Din. Tenía él mucho trabajo escribiendo el relato de la batalla que iba a empezar. Cuando salió de la tienda para aliviarse leí y copié el párrafo inicial: «El vasto mar de su ejército rodeaba el lago. Las tiendas en forma de barco estaban ancladas en la orilla y los soldados venían en oleadas, una tras otra. Bajo el primero, se extendía un segundo cielo de polvo en el cual espadas y lanzas con puntas de hierro se alzaban como estrellas». Escribía con gran facilidad y las palabras fluían de su pluma antes de que la tinta pudiera darles forma. Aquello hizo que me preguntara una vez más por qué me habría elegido el sultán a mí para que escribiera su obra, y no a él.

A mediodía vimos al enemigo por primera vez. El sol se reflejaba en las pesadas armaduras de los caballeros francos, y los rayos que despedían perforaban el polvo.

Cuando los francos avanzaron hacia la colina, el sultán hizo una señal. Taki al-Din y Keukburi condujeron a sus escuadrones hacia una maniobra envolvente que no tenía que haber sorprendido a los francos. Rodearon a los enemigos, les separaron de su suministro de agua y bloquearon la posible retirada. El sultán continuaba dominando la colina.

Yo me quedé en la cima junto a al-Afdal, cerca de la tienda del sultán y lejos, por tanto, del combate. Salah al-Din se alejaba cabalgando para observar la batalla desde diferentes posiciones, escuchar informes de primera mano y volver luego hasta su estandarte, donde estábamos nosotros. Sería entonces cuando dictaría nuevas instrucciones. Sus ojos brillaban como brasas y su rostro parecía libre de preocupación. Estaba satisfecho, desde luego, aunque su cautela no le abandonaba ni un solo momento. Tuve la ocasión de examinarle muy de cerca aquel día.

No era un comandante de los que intervienen demasiado. Había planeado cuidadosamente la batalla y si se seguían sus órdenes no veía razón alguna para intervenir. A lo largo del día no dejaban de llegar mensajeros a caballo, con el rostro cubierto de polvo, para informarle y volver con órdenes suyas. La batalla, una de las victorias más importantes en los anales del islam, fue, en realidad, un asunto muy tranquilo.

La vista de nuestros soldados heridos y muertos me conmovió hondamente. Me preocupó que ni el sultán ni el emir —ni, por otra parte, los propios hombres— parecieran apenados por los soldados perdidos aquel día. Es extraño cómo, después de un solo día de guerra, resulta difícil recordar cómo era la vida normal antes de la batalla y sus aflicciones.

Cuando los caballeros francos caían en combate, la única emoción que sentía yo era de alivio. Por temperamento no soy persona vengativa, pero cuando vi la

arena teñida de rojo por la sangre de los francos recordé los relatos de lo que ellos habían hecho a mi gente en Jerusalén y otras ciudades. Elevé una silenciosa plegaria rogándole al Todopoderoso que concediera la victoria a nuestro sultán. Pero éste no necesitaba la ayuda de mis oraciones aquel día. Sus tácticas habían dado buen resultado y, aunque ninguno de nosotros se dio cuenta de ello en aquel momento, ellas le hicieron ganar la batalla de Hattin. A diferencia de los francos, perdimos pocos hombres aquel primer día. Pudimos haberles perseguido y haber acabado el trabajo aquella misma tarde, pero la señal que dio al-Afdal junto a la tienda del sultán indicaba que se les dejase libre la retirada. Pero no tenían adonde ir porque todas las salidas estaban cerradas. Todos los pozos se encontraban bajo nuestro control. Los suministros que los francos confiaban recibir fueron desviados, y algunos de ellos ya se estaban descargando en nuestro campamento.

Los francos confiaban en que, igual que en el pasado, sus caballeros cargarían y serían capaces de romper el cerco, abriendo una brecha en nuestras filas por donde organizar la retirada de todo su ejército. Pero subestimaban la efectividad de nuestro ejército. Lo que querían hacer era imposible.

Aquella noche, cuando los dos ejércitos acampaban, ninguno de ellos era consciente de que la batalla había concluido. De nuestro lado, el sultán conferenciaba con los emires. Quería los nombres de los mejores tiradores de cada escuadrón. Demostró la prodigiosa memoria que poseía al nombrar a los arqueros que quería en posición al día siguiente. Había observado cuidadosamente a los nuevos arqueros en Ashtara y tomado nota de aquellos que daban en el blanco con más frecuencia. Se les dieron cuatrocientas cargas de flechas. El sultán observaba cómo se distribuían los suministros y se dirigió a su arquero favorito llamándole por su nombre.

—Dile a tus hombres, Nizam al-Din, que, aunque sientan la tentación de hacerlo, no desperdicien flechas apuntando a los caballeros francos. Su armadura no se puede perforar. Que apunten al caballo, y que apunten bien para que la bestia se desplome. Un caballero franco desarzonado es como un arquero sin arco. No sirve para nada. En cuanto hayáis acabado con los caballos, Taki al-Din y nuestros jinetes serán como una ola sobre esos infieles y los decapitarán aprovechando que apenas se tienen de pie. ¿Queda claro?

La respuesta llegó de los arqueros que habían aguzado los cinco sentidos para captar las palabras del sultán.

—No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta.

—De acuerdo —murmuró el sultán—, pero no quiero que Él reciba a muchos de vosotros en el cielo demasiado pronto. Esta guerra no ha terminado aún.

Antes de empezar la batalla de nuevo, el sultán dio firmes instrucciones a sus emires concernientes a Raimundo de Trípoli.

—Es un buen hombre, y además anteriormente fue amigo nuestro. Aunque

haya sido obligado por los adoradores de imágenes a luchar contra nosotros, no albergo ninguna mala voluntad contra él. No debe morir. Quiero cogerle vivo. Si ello no es posible, dejadle escapar. Ya le volveremos a encontrar.

Fueron nuestros tiradores quienes empezaron la lucha, para probar las intenciones del enemigo. El sultán, flanqueado por Taki al-Din y Keukburi, esperó antes de lanzar a su ejército a la batalla. Los francos cargaron contra los tiradores y sufrimos algunas pérdidas, pero Salah al-Din señaló a otro grupo de mamelucos que se unieran a los tiradores. Esta vez los caballeros francos se retiraron. Imad al-Din, que estaba conmigo aquel día, se rió de la imagen que estaban dando.

—Los leones se han transformado en erizos —dijo, pero una mirada del sultán le hizo callar.

Shadhi le había enseñado al sultán que celebrar una victoria antes de conseguirla trae mala suerte.

Salah al-Din ordenó que las dos alas de su ejército empezaran su operación rebasando el flanco enemigo y sus arqueros de confianza se colocaran en posición al mismo tiempo. Y entonces, al recibir su señal, los arcos vibraron y las flechas llovieron sobre los francos, descabalgando a muchos caballeros. Otra señal y se prendió fuego a los matorrales, aumentando los padecimientos de los francos. Las llamas eran casi invisibles a la brillante luz. Los aterrorizados caballeros y sus caballos se agitaban inquietos sintiendo que no podían permanecer allí, y queriendo al mismo tiempo hacer algo, pero se estaban enfrentando a una situación imposible. La brisa de la tarde, que venía en nuestra dirección, nos traía el olor de carne quemada de hombres y animales. Los caballeros francos que cabalgaban sobre el fuego y cargaban desesperadamente por los wadis se encontraban a los arqueros del sultán esperándoles. Algunos desfallecían de puro agotamiento. Otros ardían vivos. El sultán recibió la noticia sin emoción alguna. Sólo en una ocasión me habló directamente, y fue para observar que habían perecido algunos de los caballos de raza más hermosos de Arabia, y aquello era muy lamentable.

Oí con mis propios oídos los gritos desesperados de los soldados francos, enloquecidos por la sed y quemados por el sol, suplicando agua, rezando a su Dios y luego a Alá, para disgusto de sus caballeros, que pertenecían a las órdenes de los templarios y los sanjuanistas u hospitalarios.

Pude ver a uno de sus comandantes, aquel aventurero pueril e impuro, Reinaldo de Châtillon, de quien ya he escrito anteriormente. Tenía una espantosa cicatriz que le atravesaba el rostro, un recuerdo permanente de las habilidades de algún desconocido soldado nuestro. Reinaldo cabalgaba un caballo negro sudoroso, que resoplaba arrogante, igual que su amo. Éste obligó a detenerse abruptamente a su montura. El estrépito de los soldados empezó a apagarse. Un mensajero corrió hacia el comandante. Reinaldo desmontó y el hombre susurró algo a su oído. Entonces le perdí de vista por completo. De pronto, y ante nuestros propios ojos,

los francos abandonaron su formación y se quedaron desorientados.

Se movieron instintivamente hacia el lago de Tiberiades, pero nuestros soldados les impedían el paso. Cientos de soldados francos se rindieron al sultán y cayeron de rodillas cantando: «Alá o Akbar», se convirtieron en el acto a la religión del Profeta y se les dio agua y comida.

Miles de esos soldados treparon a la cima de una colina y desertaron de su rey. Se negaron a seguir la orden de retirada. Estaban muertos de sed y no podían luchar sin beber. La mayoría murieron al ser arrojados desde el acantilado, empujados por los suyos. A otros los hicimos prisioneros nosotros. Quedó claro que los francos habían sido derrotados.

Salah al-Din recibió las noticias de esa victoria con el rostro impasible. Contemplaba las tiendas que rodeaban la simbólica cruz de los francos donde se albergaban el rey y su guardia personal, que no se habían movido durante toda la batalla.

Contemplando este espectáculo, el joven al-Afdal se puso a saltar de júbilo gritando: «¡Les hemos derrotado!». Pero fue acallado rápidamente cuando una carga de los francos hizo retroceder a nuestros soldados, haciendo que se arrugara la frente del sultán por primera vez durante aquella batalla.

—¡Calla, muchacho! —le dijo a su hijo—. No les derrotaremos hasta que haya caído esa tienda.

Mientras señalaba la tienda del rey Guido, la vimos caer. Vimos a nuestros soldados capturar la «Vera Cruz». Entonces Salah al-Din abrazó a su hijo y lo besó en la frente.

—¡Alabado sea Alá! Ahora sí que les hemos derrotado, hijo mío.

Ordenó que sonase el redoble de victoria y sonaron gritos de alegría por llanuras y montañas en torno al pueblo de Hattin. Taki al-Din y Keukburi vinieron cabalgando, con los brazos cargados de estandartes francos. Los arrojaron a los pies del sultán y saltaron de sus caballos, con los ojos anegados en lágrimas de alegría y alivio. Besaron las manos de Salah al-Din y él les hizo ponerse de pie. Con los brazos en torno a los hombros de ambos, les agradeció lo que habían conseguido.

Entonces habló Taki al-Din:

—Dejé escapar al conde Raimundo, oh adalid de los victoriosos, tal como habías indicado, aunque mis arqueros se esforzaron en descabalarle.

—Hiciste bien, Taki al-Din.

Ahora era el turno de Keukburi.

—Adalid de los victoriosos, hemos capturado a la mayor parte de sus caballeros. El llamado rey Guido y su hermano, Humphrey de Toron, Joscelin de Courtenay y Reinaldo de Châtillon están entre nuestros prisioneros. Guido desea hablaros.

El sultán estaba conmovido. Asintió, agradecido.

—Levantad mi tienda en el centro mismo del campo de batalla y colocad sus estandartes frente a la tienda. Veré a Guido y a quien él elija para acompañarle en esa tienda. Imad al-Din, quiero un recuento exacto de cuántos hombres hemos perdido y cuántos están heridos.

El gran estudioso asintió juiciosamente.

—No nos llevará mucho tiempo eso, oh gran sultán. Comparadas con las de los francos, cuyas cabezas cubren la tierra como cosecha de melones, nuestras bajas han sido escasas. Hemos perdido al emir Anwar al-Din. Le vi caer cuando los francos cargaron contra nosotros antes de su derrota final.

—Era un buen soldado. Que laven su cuerpo y enviadlo a Damasco. Que no se entierre a ninguno de nuestros hombres en Hattin, a menos que proceda de esta región.

—Quién iba a pensar —continuó Imad al-Din con aire mucho más pensativo— que el éxito de vuestras tácticas militares transformaría Hattin, este pueblecito insignificante, en un nombre que resonará a lo largo de la Historia.

—Alá decidió el destino de los francos —fue la modesta réplica del sultán.

Imad al-Din sonrió pero, cosa rara, permaneció callado.

Desde lejos observábamos cómo levantaban la tienda del sultán en la llanura de abajo. Salah al-Din espoleó su caballo, y toda la partida —al-Afdal y un centenar de guardias, con Imad al-Din y yo mismo en retaguardia— galopó entre cadáveres que ya empezaban a descomponerse al sol y entre piernas y brazos arrancados del tronco hasta el lugar en que se había plantado la tienda.

Era tal el sentimiento de euforia que nos había invadido que el único pensamiento que cruzaba mi mente era que las fieras carroñeras se darían un festín aquella noche.

Imad al-Din como fiel secretario suyo y yo, humilde cronista de su vida, nos sentamos uno a cada lado de su silla. Él le dijo a un guardia que informara a Keukburi de que ya estaba dispuesto para recibir al «rey de Jerusalén». Y así fue. Guido, acompañado de Reinaldo de Châtillon, fue presentado por Keukburi, que habló entonces con una formalidad que me sorprendió mucho.

—Éste, adalid de los victoriosos, es el llamado rey de Jerusalén y su caballero, Reinaldo de Châtillon. El tercer hombre es su intérprete, que acaba de decidir convertirse en creyente. Espero tus órdenes.

—Gracias, emir Keukburi —replicó el sultán—. Puedes darle al rey un poco de agua.

Ofrecer la hospitalidad a Guido era la primera indicación de que no iba a ser decapitado en el acto. Guido bebió con ansia de una copa que contenía agua fresca. Le pasó la copa a Reinaldo, que también bebió un sorbo, pero la cara del sultán se puso roja de ira. Miró al intérprete.

—Dile a este rey —dijo, con una voz llena de desprecio y disgusto— que ha sido él, y no yo, quien ha ofrecido de beber a este canalla.

Guido empezó a temblar de espanto e inclinó la cabeza reconociendo la verdad que había en las palabras de Salah al-Din. El sultán se puso en pie y miró a los azules y helados ojos de Reinaldo.

—Tú osaste cometer sacrilegio contra nuestra Ciudad Santa de La Meca. También agravaste tus crímenes atacando caravanas desarmadas y cometiendo traición. Dos veces juré ante Alá que te mataría con mis propias manos, y ahora ha llegado el momento de cumplir mi promesa.

Los ojos de Reinaldo parpadearon, pero no suplicó misericordia. El sultán desenvainó su espada y la clavó con fuerza en el corazón del prisionero.

—Que Alá envíe tu alma al infierno, Reinaldo de Châtillon.

Reinaldo cayó redondo al suelo, pero no murió en el acto. Los guardias del sultán lo sacaron a rastras de la tienda, y con dos tajos de sus espadas le separaron la cabeza del cuerpo.

En la tienda se arrugaron algunas narices cuando se expandió un terrible hedor. El rey de los francos, aterrorizado por el destino de su caballero, se había ensuciado sus ropas.

—Nosotros no matamos reyes, Guido de Jerusalén —dijo el sultán—. Ese hombre era un animal. Transgredió todos los códigos del honor. Tenía que morir, pero tú debes vivir. Ahora ve y lávate. Te daremos ropas limpias. Voy a mandarte a ti y a tus caballeros para que os vean las gentes de Damasco. Estableceré mi campamento junto a al-Kadisiya esta noche, y mañana lo que vuestro pueblo nos arrebató una vez por la fuerza será devuelto a la gente del Libro. Nos sentaremos donde vosotros os sentabais. Pero a diferencia de vosotros, nosotros haremos justicia y evitaremos probar el elixir de la venganza. Repararemos los daños que habéis causado a nuestras mezquitas y a las sinagogas de los judíos, y no profanaremos vuestras iglesias. Bajo nuestra ley, al-Kadisiya volverá a florecer de nuevo. Llévate al prisionero, Keukburi, y trátalo bien.

Y así fue como Guido y sus nobles jefes partieron hacia Damasco. Al alejarse pudieron ver a trescientos caballeros de las dos órdenes militares del Hospital y del Temple que iban a ser ejecutados.

Debían morir, según había decretado el sultán, porque si les dejábamos vivir volverían a alzarse en armas contra nosotros. Era la lógica de un conflicto que llevaba mucho tiempo envenenando nuestro mundo. Yo sólo podía pensar en el momento en que entrásemos en Jerusalén.

Capítulo 31

El sultán piensa en Zubaida, el ruiseñor de Damasco

Salah al-Din permitió una modesta celebración la noche de nuestra gran victoria. Se enviaron correos a Bagdad y a El Cairo con nuevas de la batalla que habíamos ganado. El recuento de las víctimas de los francos reveló que las pérdidas ascendían a quince mil hombres. Imad al-Din confirmó aquella cifra, y escribió que los prisioneros sumaban tres mil nobles, caballeros y soldados.

La carta enviada al hermano del sultán, al-Adil, en El Cairo, contenía también instrucciones estrictas para él. Tenía que llevar el ejército de Egipto a Palestina, donde lo necesitaba para completar la yihad.

El sultán se sentía feliz pero, como siempre, no permitió que nada sobrepasara su cautela. Le dijo a Taki al-Din que Hattin no era la victoria definitiva. Había que hacer mucho más, y nos advirtió que no sobreestimáramos nuestras fuerzas.

Le preocupaba que los francos pudieran reagruparse y rehacerse junto a los muros de Jerusalén, y para evitarlo preparó un cuidadoso plan. Una extensa batida a lo largo de la costa destruiría todas las guarniciones de los francos y entonces la Ciudad Santa caería en su regazo como pera madura, cuando se sacude ligeramente un árbol.

Los soldados, ebrios de victoria, lanzaron vítores cuando el sultán galopó entre sus filas y les contó sus nuevos planes. Ellos soñaban con el tesoro que esperaban conquistar.

Sólo Imad al-Din y yo, exhaustos por los combates de los últimos días, estábamos ansiosos de que el sultán nos permitiera retirarnos. Ambos habíamos hablado de volver a Damasco —nos volveríamos a unir al ejército cuando avanzase hacia Jerusalén— pero el sultán no se sentía inclinado en aquella ocasión a complacer nuestros deseos.

—Los dos —nos dijo— sois hombres sinceros, cultos, elocuentes y generosos. Tú, Ibn Yakub, tienes buen humor y careces de arrogancia. Imad al-Din es alegre y de fácil trato. Por todos estos motivos os necesito a ambos a mi lado.

Quería a Imad al-Din para que le escribiera cartas oficiales y me quería a mí para que observase y anotase todos los movimientos. Anteriormente me había prometido que cada noche, después de la batalla, me dictaría sus impresiones del día. En la práctica, al final esto resultó imposible, porque pasaba muchas horas discutiendo con sus emires antes de bañarse y retirarse a dormir.

Cuatro días después de nuestra victoria de Hattin, los ejércitos del sultán se

situaron junto a las murallas de Acre, una rica ciudad en posesión de los francos desde que llegaron a corromper estas costas.

El sultán estaba seguro de que la ciudad se rendiría, pero les dio una noche para que se decidieran. Desde sus baluartes, los francos vieron lo descomunal de su ejército y mandaron diplomáticos para negociar la rendición. Salah al-Din no era hombre vengativo. Sus términos fueron generosos y aceptados de inmediato por los enviados.

Cuando el sultán entró en la ciudad, ésta parecía sin vida. Imad al-Din comentó que siempre pasaba lo mismo cuando los conquistadores entran en una ciudad. La gente, abrumada por el miedo a las represalias, normalmente se queda en sus casas. Sin embargo, allí podía haber otra razón. Aquel día el sol era inmisericorde, y los que pasábamos a caballo por las puertas de Acre sentíamos su despiadado calor y sudábamos como animales. Era viernes. El sultán y su hijo al-Afdal cabalgando orgullosamente a su lado fueron hacia la ciudadela entre los emires. Cuando desmontaron, Salah al-Din miró al cielo y ahuecó las manos. Mientras estábamos allí silenciosos recitó los siguientes versos del Corán:

—Concedes poder a quien Tú deseas,
y arrebatas el poder a quien Tú deseas,
exaltas a quien Tú deseas
y humillas a quien Tú deseas.
En Tu mano se encuentra todo lo bueno,
Tú tienes poder sobre todas las cosas.

Después se bañaron y se cambiaron de ropa. Entonces, con las caras sonrientes y limpias de polvo, celebraron la caída de la ciudad, elevando sus oraciones a Dios en la antigua mezquita. Los francos la habían usado durante mucho tiempo como iglesia cristiana.

Después de las plegarias del viernes, el sultán abrazó a los emires y volvió a la ciudadela. Había convocado una reunión del consejo para aquella misma tarde, y envió a al-Afdal para asegurarse de que asistiera todo el mundo. Quería recordarles a todos que la guerra no había acabado todavía. A solas con Imad al-Din y conmigo, dictó una carta para el califa, informándole de la victoria de Acre. Y, sin previo aviso, su cara se suavizó y su humor cambió.

—¿Sabéis lo que me gustaría hacer esta noche?

Nosotros sonreímos por educación, esperando que continuara.

—Escuchar a una cantante sentada con las piernas cruzadas tocando el laúd de cuatro cuerdas.

Imad al-Din rió.

—¿Podría ser que el adalid de los victoriosos hubiese recordado las delicias y méritos de Zubaida?

El rostro del sultán palideció ligeramente al oír mencionar aquel nombre, pero asintió.

—Vive en Damasco. No es tan joven como antes, pero me han dicho que su voz no ha cambiado mucho. Si el sultán lo permite, yo haría algunas averiguaciones en esta ciudad para ver...

—¡No, Imad al-Din! —le interrumpió el sultán—. Hablé en un momento de debilidad. Ésta es una ciudad de mercaderes. Los ruseñores no podrían sobrevivir aquí. ¿Crees realmente que podría haber otra Zubaida?

»Id ahora los dos y descansad un poco. Requiero vuestra presencia en el consejo y, como especial favor para Imad al-Din, no os obligaré a comer conmigo.

No había visto al sultán tan relajado desde los días de El Cairo. Desde su regreso a Damasco solía estar tenso y preocupado por los asuntos de Estado.

Más tarde, al salir del baño el gran prosista y yo mientras nos masajaban unos sirvientes, le pregunté por Zubaida. Se sorprendió de que Shadhi nunca me hubiera mencionado el objeto de la pasión juvenil de Salah al-Din. Mientras nos secaban en la cámara que había junto al baño, me hizo un relato de los hechos que una vez más revelaba su sorprendente capacidad para recordar.

—Fue el amor de un muchacho de dieciséis años por una joven de gran belleza. Sonríes, Ibn Yakub, y sé lo que pasa ahora por tu mente. Piensas cómo es posible que precisamente yo, entre todos los hombres, pueda apreciar la belleza de una mujer. ¿Me equivoco? Sonríes de nuevo, lo cual confirma mi intuición. Entiendo tus dudas. Es verdad que la visión de un cuerpo de hombre, hasta uno pesado como el tuyo, me excita más que el de cualquier mujer, pero Zubaida era exquisita a causa de su voz profunda y gutural. Conmovía las almas de todos aquellos que la oían cantar. Realmente, amigo mío, su perfección no tenía rival.

»No tengo idea de cuál era su procedencia. Se rumoreaba que era hija de una mujer esclava capturada en una batalla. La propia Zubaida nunca hablaba de su pasado. En realidad nunca hablaba ante la gente, aunque al-Fadil, que estaba también seducido por ella, me dijo una vez que su conversación era chispeante cuando se encontraba con una o dos personas como máximo. Aquel privilegio se me negó siempre.

»Yo estaba presente, sin embargo, cuando el joven Salah al-Din, con el espíritu nublado por la arrogancia, la vio por primera vez, en presencia de su padre, Ayyub, y de su tío Shirkuh. Por supuesto, también asistía Shadhi, que en aquella época estaba en todas partes. Fue en casa de un mercader, un hombre desesperado por complacer a Ayyub. Por esa razón había obtenido los servicios de Zubaida. Fue la primera vez que la oímos cantar. Salah al-Din se sintió cautivado de inmediato. Uno casi podía ver su corazón inflamado por una pasión tan pura que podía abrasarlo

todo.

»Zubaida no tenía aún los treinta años. Su rostro era pálido y su cabello negro; sus grandes ojos brillaban como el lucero. Cuando sonreía, sus dientes avergonzaban a las propias perlas. Era de constitución delgada y debo confesar que me recordaba a un esbelto muchacho al que una vez amé en Bagdad. A veces sus ojos se quedaban ausentes, como si estuviera en trance. Su rostro me recordaba entonces a la luna velada por las nubes. Hubiera deseado que fuera un chico, Ibn Yakub... pero no debo hacer más digresiones.

«Aquella noche iba vestida con una túnica de seda de color celeste con dibujos de pájaros de diversas especies. Los ruseñores estaban bordados con hilo de oro. Llevaba la cabeza cubierta con un largo pañuelo negro con un motivo circular rojo. Un brazalete de plata colgaba de cada una de sus muñecas. Todo eso lo olvidaba uno al instante cuando tocaba el laúd y su voz acompañaba la música. Era celestial, amigo mío. El cielo puro.

»Salah al-Din tuvo que ser arrastrado a casa por la fuerza aquella noche. Su tío Shirkuh se ofreció a comprarle a Zubaida, pero el simple hecho de que se la pudiera comprar ofendía a su amor. Su rostro palideció mientras se alejaba, la sangre latía en sus venas, con la omnipresente protección de Shadhi junto a él. A partir de aquella noche no perdió oportunidad de oírla cantar. Le enviaba regalos. Le declaró su amor. Ella sonreía con ojos tristes y le acariciaba suavemente la cabeza, y susurraba que las mujeres como ella no deben nunca visitar los lechos de los jóvenes príncipes.

»Empezó a escribir poemas bajo el tupido peral que había en el patio de la casa de Ayyub. Le enviaba sus poemas, y uno de ellos llamó mi atención. Decía que era más hermosa que la luna llena en la bóveda celeste, porque su belleza pervivía al llegar la aurora. La calidad de aquellos versos, como puedes imaginar, no era excepcional, pero sin duda sí muy sentidos.

»Zubaida se sintió conmovida por el amor del chico, pero tenía que vivir su propia vida, una vida que necesariamente excluía a Salah al-Din. Aunque el joven se negó a comprender lo que la muchacha intentaba decirle. No podía aceptar que le desdénaran y rechazaran. Créeme, Ibn Yakub, cuando te digo que las cosas se pusieron tan feas que este sobrio y cauteloso sultán amenazó con quitarse la vida si no se casaba con ella. Su tío Shirkuh resolvió el asunto enviándolo a El Cairo. El resto ya lo sabes. Salah al-Din se convirtió en sultán y Zubaida siguió siendo una cortesana.

Conociendo la fuerte voluntad de Salah al-Din y su obstinación, expresé mi sorpresa de que dejara a la cantante con tanta facilidad. Obviamente, la había dejado a regañadientes, pero seguramente habría podido volver a extasiarse con ella e

incluso desposarla posteriormente. El hecho de que ella fuera una cortesana no le habría importado nada. Todo el mundo sabe, al fin y al cabo, que las cortesanas acaban siendo las esposas más fieles.

Lo que me extrañó es que Shadhi nunca se refiriera a esta historia. O bien el gran erudito exageraba una obsesión juvenil o había otra razón todavía oculta para mí. Presioné más al Sultán de la Memoria e insistí en que me contara toda la verdad.

Imad al-Din suspiró y continuó:

—Ay, amigo mío, ella era amante de su padre, Ayyub. Cuando Shirkuh le reveló a Salah al-Din ese hecho terrible, algo murió en el interior del joven. Mantengo la firme creencia de que después de conocer ese detalle, él canalizó todas sus energías hacia la guerra. Cuando me rechaza algún amante, todos mis esfuerzos se concentran en los libros que estoy preparando para la publicación. Salah al-Din se concentró en la lucha con espada y los caballos. Fue como si el amor que él deseaba otorgar a Zubaida, y que no le permitieron dar, lo hubiera transferido a los caballos. Sonríe, Ibn Yakub, pero no he hecho esta observación para provocar tu sonrisa.

»El rechazo de Zubaida hirió su joven corazón como un cuchillo. Le costó mucho tiempo recuperarse. La consecuencia fue, como habrás observado ya sin duda, que se casó mucho más tarde que la mayoría de los hombres de su posición. Y tan pronto como empezaron a llegar los hijos, se volvió tan activo como su semental favorito. Tomó una concubina tras otra, y ha tenido más hijos que su padre y su tío juntos.

»A pesar del crecimiento de su familia, no se le permitía a nadie mencionar a Zubaida en su presencia. Su recuerdo fue desterrado. Quizá por eso no te lo contó Shadhi. Se daba cuenta de que se trataba de un tema doloroso.

»Hoy me he arriesgado bastante. Sabía que Salah al-Din estaba pensando en ella. Quería compartir su triunfo con ella, decirle: «Mira a este hombre, Zubaida. Ha conseguido mucho más que su padre». Lo noté instintivamente y por eso me tomé la libertad de mencionar su nombre. Me ha sorprendido mucho que el sultán respondiera como lo ha hecho. Podría haberme mandado salir de la habitación. Creo que ya no ha sentido dolor. Veremos si manda buscarla cuando regresemos a Damasco.

Yo estaba ardiendo de curiosidad por ver a Zubaida, oír su voz y oírla tocar el laúd de cuatro cuerdas. Decidí ir a verla a mi regreso a Damasco. Quizás ella tuviera algo que añadir a la historia. Quizá todo aquello hubiera carecido de importancia para ella, después de todo. ¿Podía ser que Salah al-Din, tan cauto en la guerra, se hubiera mostrado igualmente cauto en el amor? No podía dejar aquel tema sin resolver. Imad al-Din me había dicho todo lo que sabía, pero yo tenía la sensación de que había algo más en aquella historia. Yo descubriría la verdad. Si Zubaida no se mostrara afable, interrogaría a Jamila. Era la única persona viviente

que podía agotar al sultán con sus preguntas hasta conseguir que le contara lo que deseaba saber.

Shadhi, la única persona que podía haberme contado toda la verdad de la historia, me había traicionado. Mientras me preparaba para asistir al consejo de guerra, Shadhi entró en mis pensamientos y tuvimos una imaginaria discusión.

Capítulo 32

El último consejo de guerra

Aunque Imad al-Din me había confiado que el sultán contemplaba el consejo de guerra como la reunión más importante de aquella yihad, yo no estaba demasiado inclinado a creerle. Interpreté que si Imad al-Din lo decía era para encumbrarse como consejero de confianza del sultán. Pero en eso estaba equivocado.

Yo pensaba que el consejo de guerra sería una simple formalidad, una celebración de la victoria durante el curso de la cual el sultán anunciaría que partíamos hacia Jerusalén. Hay algunas ideas que sólo merecen que uno se las tome a broma, y ésta era una de ellas.

Cuando entré en la atestada habitación donde se hallaban reunidos los emires, detecté inseguridad y tensión. Desde la parte de atrás de la estancia podía ver a lo lejos al sultán, enfrascado en una conversación con al-Afdal, Imad al-Din y Taki al-Din. Éste hablaba, al parecer, y los demás asentían con vehemencia. Los emires me abrieron paso hasta el sultán, como haría uno con una mascota del gobernante. No había asomo alguno de afecto ni de entusiasmo en sus rostros. Hasta Keukburi tenía aspecto de preocupación.

Hasta que llegué a la plataforma donde se encontraba el sultán no comprendí por qué estaban furiosos los emires. Lo que estaban concluyendo Salah al-Din y sus familiares más cercanos era el reparto del botín, un momento siempre delicado después de la conquista de una ciudad.

La indicación de Salah al-Din no era ningún secreto para los emires. Había ordenado que se reservara parte del dinero para la yihad y que el resto se repartiera a partes iguales entre los creyentes que habían entrado en la ciudad. Pero su hijo le recordó que existía otra tradición seguida por los gobernantes durante una Guerra Santa, y que era dejárselo todo a los hijos.

Viéndose muy presionado, el sultán ofreció la ciudad y sus bienes a al-Afdal. La refinería de azúcar era un regalo para Taki al-Din, y el gran hombre de letras recibió una gran mansión. Al-Afdal ya había anunciado todo aquello a los emires, lo cual fue un error. Habrían refunfuñado, sí, pero mucho menos si la información se la hubiese dado el propio sultán. Imad al-Din era contrario a todo aquello, y sugirió que se pusiese todo en el Tesoro para sufragar las batallas que estaban por emprenderse.

—No tengas ninguna duda, oh sultán —susurró a Salah al-Din—, los francos enviarán ayuda por mar y llegarán más caballeros. ¡Necesitaremos dinero si ellos

emprenden su tercera «cruzada»!

Salah al-Din expresó su aprobación, pero se encogió de hombros, resignado. Entonces se puso de pie para hablar a sus emires. Hubo un momento en que se rompió el silencio sólo punteado por el canto de las cigarras.

—Sé lo que estáis pensando algunos de vosotros. Os estáis preguntando por qué retraso la marcha hacia al-Kadisiya. Dejadme que os lo explique. No quiero que al-Kadisiya vuelva a caer jamás en manos de los infieles. Si la tomamos mañana (y podríamos hacerlo sin graves problemas, con la ayuda de Alá, porque los francos han perdido a sus mejores caballeros en Hattin) sería un grave error.

«Pensadlo y comprenderéis lo que digo. Los francos ocupan todavía las ciudades costeras. A esas ciudades y puertos llegarán los barcos desde sus distantes hogares, con más caballeros, armas, cruces, alcohol... se unirán a los infieles que todavía quedan aquí y pondrán sitio a al-Kadisiya. Es muy sencillo.

»Por ese motivo ahora dividiremos nuestras fuerzas y tomaremos todas las ciudades costeras. Como sabéis, no me hace demasiado feliz que nuestro ejército esté dividido y los emires se separen para dirigir escuadrones en diferentes batallas. Pero eso es lo que vamos a hacer antes de alcanzar al-Kadisiya. Quiero sacudir el árbol tan fuerte que todas las naranjas excepto una caigan al suelo. Y esa que queda la recogeremos como si fuera una flor rara y preciosa. Pero antes limpiaremos la costa de infieles.

»Para mí, Tiro es más importante incluso que al-Kadisiya. Si tomamos el puerto de esa ciudad, tendremos a los francos cogidos por el cuello para siempre. Los caballeros que vengan por mar probarán nuestro fuego cuando estén todavía en sus barcos. ¿Queréis conocer mi plan? Es muy sencillo. Escuchad con cuidado, porque os lo voy a explicar. Ascalón, Jaffa, Saida, Beirut, Jubail, Tartus, Jábala, Latakia, Tiro, y luego al-Kadisiya.

»Si los francos fueran nuestro único enemigo, con la ayuda de Alá podríamos haberlos expulsado de estas tierras hace muchos años. Pero tenemos tres enemigos aparte de los francos. El tiempo, la distancia y aquellos creyentes que prefieren quedarse en sus casas, observando la batalla desde lejos. Como hienas en su cubil, están demasiado asustados para salir y ver cómo luchan los tigres entre sí. Son esos creyentes los que han acumulado vergüenza, cobardía e infortunios sobre el nombre de vuestro Profeta, que la paz le acompañe. Hagámosles saber que vamos a ganar, y ellos se sentirán desgraciados y despreciados a los ojos de todos los creyentes. Alá nos ayudará a conquistarlos.

Las palabras del sultán sorprendieron a los emires. Sonreían y asentían con la cabeza mientras éste hablaba, y cuando acabó corearon al unísono:

—No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su Profeta.

Keukburi fue el primero que habló.

—Adalid de los victoriosos, estoy seguro de hablar en nombre de todos los

aquí presentes al deciros que en verdad sois el favorito de Alá. Yo también he sentido que debíamos ir sin pérdida de tiempo a asediar al-Kadisiya, pero vos me habéis convencido de que estaba equivocado y de que la impaciencia no es buena consejera en tiempos de guerra.

»Con vuestro permiso, desearía haceros una pregunta.

El sultán asintió.

—La única forma de conquistar rápidamente la costa es dividir nuestras fuerzas, pero...

—Comprendo tus inquietudes, Keukburi, y las comparto. Siempre siento temor cuando envío a mis familiares o amigos a expediciones durante las cuales van a encontrarse solos, pero en esta ocasión no existe alternativa alguna, ciertamente. La rapidez es esencial. Quiero que nuestros soldados inunden la costa como hormigas. Tú, Keukburi, en quien confío más que en nadie, debes limpiar el camino desde Teveriya hasta Acre. Toma todas y cada una de las ciudades y pueblos, empezando por Nazaret, donde nació Isa. Toma el castillo de los templarios en al-Fula. Hissam al-Din tomará Sebaste y Nablus. Badr al-Din, tú irás hacia el sur y tomarás Haifa, Arsuf y Kaisariya. Taki al-Din marchará hacia Tibnin y Tiro, y yo tomaré Beirut y Saida. Imad al-Din ha trabajado mucho y nos dará a cada uno de nosotros una estimación de la resistencia que podemos encontrar en cada una de esas ciudades. Creo que Nablus, donde los creyentes superan a los francos en una proporción de ciento a uno, es el único lugar donde quizá se rindan. Los francos conocen nuestros éxitos, y en otros lugares pueden preferir prolongar su agonía. En tal caso, no les deis cuartel. Donde quieran negociar una rendición, sed generosos, porque no son vidas de francos las que están en peligro. Que Alá os guíe. Partiremos mañana.

Al día siguiente, Salah al-Din, vestido con ropajes de gala y un collar de perlas blancas y negras en torno al cuello, se dirigió hacia la ciudad con un gran cortejo. Iba acompañado de sus emires, que habían acudido a despedirse antes de partir. El sultán seleccionó a sus soldados, lanceros y arqueros. Eran hombres que llevaban varios años luchando con él. Imad al-Din y yo cabalgábamos a su lado. Junto a las puertas de Acre hicimos una pausa para que el sultán pudiera cambiar unas palabras con los emires. Taki al-Din y Keukburi cabalaron hasta donde él estaba, desmontaron y le besaron la túnica. Su expresión se enterneció al contemplar a aquellos dos jóvenes a los que había visto crecer y en los que confiaba como en sí mismo. Sonrió y les dijo que se pusieran en camino.

—La próxima vez que nos veamos, será ante las puertas de al-Kadisiya.

Entonces su propio hijo, el joven al-Afdal, vestido con armadura completa y muy pagado de sí mismo, como suelen ser los muchachos de diecisiete años, llegó galopando en un caballo negro como el carbón. Tenía algunas dificultades para refrenar su montura y eso divirtió a su padre, que disimuló una sonrisa. Al-Afdal descabalgó y besó la túnica de su padre con gestos exagerados.

—Que Alá te guíe para que gobiernes bien esta ciudad, al-Afdal —dijo su padre—. Un día tú y yo peregrinaremos juntos a La Meca, pero sólo después de conquistar al-Kadisiya. Ahora vuelve a tu ciudad, pero recuerda que todos somos mortales, y gobernamos sólo porque el pueblo nos deja gobernar. Evita la codicia y no hagas nunca ostentación. Los gobernantes que se comportan de ese modo sólo traicionan su propia inseguridad. Yo he puesto todas mis esperanzas en ti, al-Afdal, y mi mayor deseo es que nunca me decepciones.

Con estas palabras, el sultán levantó el brazo derecho y nuestro ejército se alejó de Acre.

Capítulo 33

Salah al-Din es vitoreado como gran conquistador, pero decide no tomar Tiro, en contra del consejo de Imad al-Din

Avanzábamos confortablemente. El sultán no quería cansar a sus soldados sin motivo. Pueblos y ciudades caían sin lucha y él los añadía a sus conquistas, que empezaban a parecer una sarta de perlas. Por todas partes la gente, creyentes o cristianos, incluso gente de mi propia fe, se reunían para contemplarle con ojos inquisitivos. A menudo le llevaban a los niños para que él los bendijera tocándoles las cabecitas. Los creyentes se regocijaban, pero sin malicia alguna. Yo había observado que es habitual en el populacho lanzar maldiciones a los que han sido derrotados y cantar alabanzas en loor de los victoriosos. Es una regla de la guerra. Es la forma en que la gente se defiende contra la incertidumbre. Y sin embargo en cada ciudad y en cada pueblo hay siempre unos cuantos cuyas alabanzas suenan a falso. Al exhibir su lealtad al nuevo conquistador, deshonran el nombre del gobernante anterior, hacen bromas de mal gusto y ofenden su reputación, como carroña para los perros vagabundos. Éstos eran normalmente los mismos que no ofrecieron resistencia alguna a los francos, pero que, como resultado de su derrota, se habían convertido en fanfarrones vengativos, creándose así una nueva identidad.

Uno alardeaba de haber encontrado a un caballero franco solo junto a un arroyo y haberlo decapitado, de modo que el agua bajaba tinta en sangre. Otro competía con el cuento anterior explicando otro más increíble aún. Decía que una noche cogió a un caballero franco violando a una doncella, naturalmente una creyente, y atravesó el corazón del ofensor con su espada y luego le cortó los testículos y se los dio a comer a los perros.

Después de unas cuantas experiencias de este tipo, el sultán ordenó que aquel que mintiera explicando falsas hazañas fuese azotado en público. Se corrió la voz de que al sultán no le gustaban los mentirosos, y el número de los jactanciosos disminuyó. A Salah al-Din le ponía furioso ver a aquellos inútiles bravucones trepando sobre los cadáveres de los que, cualesquiera que hubiesen sido sus faltas, al menos habían caído en combate.

Según nos aproximábamos a Tiro, hubo disensiones en nuestras filas. Imad al-Din era de la opinión de que la ciudad se tomara inmediatamente, a pesar de sus fortificaciones y aunque ofreciera dura resistencia, opinión que era respaldada por la mayoría de los emires. Argumentaban que ya que el propio sultán les había convencido de que la toma de Tiro era más importante aún que la de Jerusalén, no

tenía sentido demorar el ataque.

Recuerdo bien la noche en que establecimos el campamento en medio de naranjos y flores silvestres. Su aroma me sigue embriagando cuando la recuerdo. Nubes oscuras cubrían el cielo cuando Salah al-Din salió a pasear en torno al campamento. No hablaba con nadie. De vez en cuando cogía una naranja de un árbol, la mondaba y se la comía. El estallido de los truenos lejanos le distraía. Miró hacia atrás, y vio que empezaba a caer la lluvia.

Llevaba más de una hora sumido en sus pensamientos, mientras tanto los emires e Imad al-Din esperaban junto a su tienda. Ahora todos ellos corrieron a buscar refugio dentro.

¿En qué pensaría el sultán? Miró sus rostros durante largo rato. Sabía lo que estaban pensando. Caminó hacia la puerta de su tienda y atisbo el exterior. Aún llovía. Volvió y les informó de que había decidido pasar de largo de la ciudad de Tiro. Irían a Saida y luego a Beirut. Tiro esperarían hasta nuestro viaje de vuelta a Jerusalén.

La decepción se hizo patente en todos los rostros, pero nadie cuestionó el juicio del sultán. Incluso Imad al-Din, que normalmente era abierto en extremo, se mantuvo silencioso. Más tarde me dijo que aunque sabía que aquella decisión era equivocada, no creía tener rango militar suficiente para desafiar al sultán. La resolución de éste no tenía mucho que ver con las necesidades de la yihad. Era un típico acto de puro sentimentalismo.

—Sé que ellos piensan que estoy equivocado, Ibn Yakub —me confesó por la noche, poco después de cenar su cocido de judías favorito—. La cosa es que mi viejo amigo Raimundo de Trípoli se esconde en la ciudadela de Tiro. Le dejé escapar en Hattin. Su orgullo no le dejará rendirse, pero no quiero matarle. El destino ha conspirado para convertirnos en enemigos, pero, por mi parte, todavía me siento muy unido a él. La amistad es una responsabilidad sagrada. Mi padre y mi tío me lo enseñaron cuando yo era sólo un niño, y nunca lo he olvidado. Ahora mi cabeza me dice que estoy equivocado, pero mi corazón no permitirá la ruptura de la confianza. ¿Lo entiendes? ¿O tú también estás, como Imad al-Din, tan absorbido por nuestras victorias que la amistad y la confianza se han convertido en palabras huérfanas que ya no te importan? Siempre pasa lo mismo. Los que luchamos, entendemos las limitaciones de la guerra mejor que los que os quedáis en vuestras tiendas escribiendo.

Aproveché la oportunidad que tan gentilmente me proporcionaba para diferenciar mis opiniones de las de Imad al-Din, pero le dije que no era sólo el gran estudioso el que estaba preocupado. Los emires y algunos de los soldados creían también que era un error no tomar Tiro. Al oír esto se quedó pensativo otra vez, excusándose de mis servicios para el resto de la noche.

Soplaba una suave brisa mientras yo salía de su tienda. La lluvia había cesado.

Las nubes se habían disipado y un manto de estrellas lucía en el firmamento. De pronto, todos mis sentidos se vieron invadidos por una mezcla de aromas entre aquellos naranjos. Flores silvestres. Jasmín. Naranjas. Hierbas aromáticas. La tierra húmeda. Cada una de ellas exhalaba su especial fragancia, pero la combinación de todas era embriagadora. Decidí ir a dar un paseo, pero Imad al-Din no me permitió disfrutarlo solo. Su sirviente esperaba allí a que saliera de la tienda del sultán y me comunicó que su amo esperaba ansiosamente mi presencia. ¿Qué elección tiene un humilde escriba frente a presión tan poderosa? Abandoné mi paseo y seguí al sirviente hacia la tienda de Imad al-Din. Estaba irritado. Las guerras y la dura vida del campamento no le sentaban bien al gran hombre. Echaba de menos sus comodidades, sus jovencitos, su vino, su comida y su Damasco. Gruñó al verme aparecer.

¿Y bien?

Yo fingí sorpresa por su pregunta.

—¿Por qué, en el nombre de Alá, ha decidido Salah al-Din dejar de lado Tiro?
¡Es una decisión completamente absurda!

Yo sonreí y me encogí de hombros.

—Yo sólo soy su escriba, señor. Él no me hace confidencias.

—Eres un astuto y mentiroso hijo de...

Le rogué que no completara la frase.

—Hace muchos años, en El Cairo, cuando el sultán decidió emplearme, dejó muy claro que todo lo que me dijera sería confidencial. También me mantuvo alejado de las conferencias de este consejo de guerra porque temía que los francos me secuestraran y torturaran para averiguar los planes secretos de guerra. No tengo ni idea de cuáles son sus razones militares para no tomar Tiro.

Imad al-Din se puso de pie, levantó la pierna derecha y lanzó una sonora ventosidad.

—Te has vuelto demasiado listo en beneficio propio. No hay ninguna razón militar. Es el sentimiento lo que dicta su decisión. Su amigo Raimundo de Trípoli está en Tiro. Todos lo sabemos. Si Raimundo fuera amante suyo, seguiría criticando su decisión pero mi desaprobación se vería velada por la comprensión. La amistad no tiene razón de ser en una yihad donde el verdadero futuro de nuestra fe está en peligro. Sus instintos le engañan. Su decisión es errónea. ¡El gran Nur al-Din nunca toleraría un disparate semejante!

—Quizá lo que dices sea correcto —repliqué—. Pero el devoto sultán Nur al-Din, a pesar de sus grandes deseos de hacerlo, no pudo tomar Jerusalén. Nuestro sultán lo conseguirá.

—Eso espero —replicó Imad al-Din—. Y ruego al cielo que suceda lo que has dicho, pero no estoy muy seguro. En la Historia no hay verdades irrefutables.

Dos días después, Saida se rindió y entramos en la ciudad. Por el momento la

cuestión de Tiro parecía olvidada. El sultán estaba complacido porque no se habían perdido vidas. Quería dejar una pequeña fuerza en la ciudad y avanzar hacia Beirut aquella misma tarde. Pero los nobles le convencieron de que honrara su ciudad, aunque fuera por una sola noche.

Salah al-Din se mostraba reacio a aceptar la invitación, porque le disgustaban esas formalidades vacuas, pero Imad al-Din se mostró horrorizado ante tal menosprecio. Se inclinó y susurro al oído del sultán unas palabras. Rechazar aquel ofrecimiento sería una ofensa incalificable. Como en otros temas de diplomacia, el sultán se enfurruñó ante el consejo, pero finalmente accedió. Todo el mundo suspiró aliviado. Los soldados tenían calor y estaban cansados, y Saida era una ciudad encantadora.

El sultán y sus emires, junto con Imad al-Din y yo mismo, fuimos conducidos a descansar en la ciudadela. Desde allí pudimos ver cómo los soldados corrían hasta la orilla del mar, se quitaban la ropa y se sumergían en las frías olas. Los baños que nos proporcionaron en la ciudadela, por contraste, eran templados y estaban atestados.

Aquella noche el sultán se retiró temprano e Imad al-Din y yo cenamos invitados por los nobles de Saida.

Fue un festín magnífico. No había comido tanta variedad de pescado desde que salimos de El Cairo. El del Nilo, aunque cocinado de diferentes formas, tendía a ser siempre de la misma familia. Aquella noche en Saida se desplegó ante nosotros la diversidad del mar en todo su esplendor. Aquellos platos no iban solos. Botellas de vino siempre llenas los acompañaban, servidas por unas bellas jóvenes que mostraban seductoramente sus encantos. Por supuesto, no conmovieron a Imad al-Din, pero tuvieron un impacto turbulento en los tres emires de Damasco. Pronto empezaron a soñar con el deleite que seguiría y con la noche que les esperaba. Yo también habría deseado compartir su placer, pero el gran erudito no tenía tiempo para frivolidades de esta naturaleza. Una vez que acabamos la cena y bebimos un poco de agua perfumada con flor de azahar, se levantó, les dio las gracias a nuestros anfitriones e insistió en que le acompañara a su habitación.

—Siento estropear tu velada, Ibn Yakub. He visto la lujuria en tus ojos cuando mirabas a esas doncellas, pero tengo que discutir algo importante contigo esta noche. Necesito tu ayuda. Estoy preocupado por Salah al-Din.

Yo siempre había pensado que Imad al-Din me veía como un simple y humilde escriba judío que de alguna forma se había abierto camino hasta el círculo más íntimo del sultán. En el pasado su tono conmigo era normalmente sarcástico o condescendiente. ¿Qué podía haber provocado este cambio en él? Yo estaba sorprendido, pero también halagado de que me tratara como a un igual.

—¿Por qué te preocupas por el sultán?

—Su salud me preocupa. Sufre de cólicos, y Alá puede llevárselo cualquier

día. Si retrasa mucho la conquista de al-Kadisiya, la presa se nos puede escapar para siempre. Si él muere, la mayoría de los emires empezarán a atacarse unos a otros. El enemigo común se olvidará. Ésta es la maldición de mi religión, Ibn Yakub. Es como si Alá, habiéndonos guiado durante la vida del Profeta, nos estuviera ahora castigando por nuestra codicia. Le he dicho al sultán, y al-Fadil me ha respaldado mucho en este sentido, que en cuanto tomemos Beirut no debemos perder más tiempo en la costa. Tiene que tomar al-Kadisiya. Quiero que le aconsejes también en este sentido.

Yo estaba asombrado. ¿Acaso estaba sugiriendo que yo era el tercer miembro de la trinidad?

—No es hora de modestias, Ibn Yakub. Sabemos que el sultán valora mucho tus consejos. No nos falles.

Dos días después acampamos junto a las murallas de Beirut, cara al mar. Era un día húmedo y el tiempo afectaba al sultán, que se mostraba irritable e impaciente. Imad al-Din también estaba enfermo. Decía que sentía fuertes dolores de estómago y náuseas. Merwan, el médico del sultán, le puso a dieta. Le trató con infusiones de hierbas y vegetales. Se le prohibió la carne y empezó a encontrarse mejor. Pero al segundo día después del tratamiento los dolores se repitieron. Merwan indicó al sultán la conveniencia de que el enfermo fuera trasladado a Damasco. Allí se podrían observar mejor los síntomas y tratarle adecuadamente. Merwan estaba especializado en la cura de heridos.

Salah al-Din, siempre más preocupado por la salud de sus íntimos que por la suya propia, ordenó a un escuadrón que acompañara al afligido secretario a Damasco. Imad al-Din protestó débilmente, pero yo vi que en realidad estaba encantado. Cuando me despedí de él, me guiñó el ojo.

—Soledad, Ibn Yakub. Añoro la soledad. La yihad es necesaria, pero mi trabajo se resiente. No es fácil contemplar nuestro pasado cuando el presente parece tan incierto y la muerte nos persigue bajo la forma de caballeros francos. Mi ausencia perjudicará al sultán, pero haz lo que puedas.

Yo asentí y murmuré unas cuantas frases de consuelo deseándole verlo pronto plenamente recuperado en Damasco. Pero cuando se lo llevaban en una litera, la voz de Shadhi resonó en mi cabeza: «No le gusta la vida del campamento, ¿verdad? Necesita soledad, ¿no es así? Estoy sorprendido. Ese comprador de traseros se ha beneficiado a tantos jóvenes soldados que ya he perdido la cuenta. Su enfermedad no es otra que exceso de indulgencia, nada más».

El sultán había creído que Beirut, como sus iguales en la costa, se rendiría feliz y pacíficamente, pero un mensajero que habíamos enviado volvió con malas noticias. Los francos estaban decididos a luchar.

Salah al-Din suspiró.

—Esperaba no ver más cadáveres hasta llegar a las murallas de al-Kadisiya.

¿Por qué quieren luchar esos locos, Ibn Yakub?

Imad al-Din o al-Fadil habrían tenido una rápida respuesta a esa pregunta, pero yo estaba tan acostumbrado a escuchar y registrar sus pensamientos que raramente aventuraba mi propia opinión, a menos que él me presionara. Frunció el ceño.

—¿Y bien? ¿No tienes ninguna explicación?

Yo sonreí débilmente y sacudí la cabeza.

Su voz bramó:

—Esos locos se imaginan que si oponen una breve resistencia contra mí y sacrifican unos pocos caballeros, serán recompensados por sus jefes. Quieren demostrar que no se rinden fácilmente. Envíales una respuesta mía, Ibn Yakub. Diles que si no se rinden inmediatamente sufrirán la ira de Alá. Lloverá fuego sobre ellos y destruiremos su ciudad. Diles que su impertinencia no nos inclina a ofrecerles generosas condiciones.

Yo asentí y me retiré a mi tienda. Allí empecé a componer la carta del sultán. Me sentía muy honrado por haber reemplazado a Imad al-Din, pero no estaba seguro de si imitar el estilo del maestro o desarrollar el mío propio. Imad al-Din tenía tanta experiencia en escribir las cartas del sultán que cuando Salah al-Din las leía estaba convencido de haberlas escrito él mismo en realidad. Curiosamente, se deleitaba en la adulación que a menudo seguía a la recepción de una misiva semejante. Sólo al-Adil, su hermano menor, se atrevía a molestarle. Meses atrás, después de la cena, al-Adil le había preguntado a Imad al-Din qué pensaba de la carta que el sultán había enviado aquel mismo día a Raimundo de Trípoli. El erudito pensó un momento y dijo:

—No es una de las mejores composiciones del sultán.

Mientras Salah al-Din les miraba sorprendido, al-Adil replicó:

—Vamos, Imad al-Din, la modestia no es tu fuerte.

Pasé la noche entera redactando las condiciones de rendición. El documento era bastante breve, pero lo reescribí varias veces hasta que estuve convencido de que era perfecto. El sultán lo vio después de las plegarias de la mañana y frunció el ceño.

—Demasiado florido. Demasiado pedante. Das demasiados rodeos para explicar las condiciones que les ofrecemos. Séllalo y envíalo ahora.

Sus críticas me hirieron, pero comprendí que estaba en lo cierto. Me di cuenta de que no tenía que haber intentado copiar el estilo de Imad al-Din. Mis posteriores reflexiones sobre este tema, sin embargo, se vieron interrumpidas abruptamente por la llegada de un mensajero del enemigo. Nuestras generosas condiciones eran rechazadas. Los nobles francos se negaban a rendir Beirut.

La ira del sultán se contagió a todo el ejército. Ordenó un ataque inmediato a la ciudad, y las torres de asedio fueron empujadas hacia delante, junto a las murallas de Beirut. Yo cabalgaba junto a él. Era la primera vez que me concedía ese

privilegio, pero no averigüé gran cosa de lo que guardaba en su mente. Él se mantenía en silencio. Nuestras tácticas fueron probadas y experimentadas. Los emires a cargo de los escuadrones sabían perfectamente lo que había que hacer. Una vez más, los defensores nos sorprendieron. En lugar de quedarse en el interior de la ciudad e intentar repeler nuestro avance desde dentro, los francos abrieron las puertas y salieron a luchar contra nosotros fuera de las murallas. Temían a nuestros zapadores y querían evitar la siembra de minas a toda costa.

Salah al-Din no tuvo necesidad de entrar en combate personalmente. Sus emires causaron grandes pérdidas al enemigo e hicieron retroceder a los defensores hasta detrás de las murallas. Este suceso tuvo un efecto desastroso en la moral del pueblo. Pensaron que nosotros habíamos entrado en la ciudad. Eso condujo a una enloquecida aglomeración de gente que se dirigía hacia el puerto y la seguridad del mar. En la propia ciudad reinaban el saqueo y la confusión general.

Los jefes francos, divididos hasta entonces entre los tigres, que querían pelear, y las ovejas, que querían rendirse, se dieron cuenta de que las ovejas habían sido desde el principio las más sabias. Llegaron mensajeros suyos aceptando las condiciones de rendición que yo había redactado unos días atrás. El sultán podía haberles castigado por hacernos perder tiempo, pero sonrió benévolo y aceptó la ciudad.

—Bueno, Ibn Yakub, parece que los francos han sido menos críticos con tu documento que yo.

Y entramos a caballo en otra ciudad conquistada, pero la población estaba muy taciturna y silenciosa. Estaban furiosos por las innecesarias muertes y pérdidas que eran, en realidad, culpa de sus propios jefes. Pero prefirieron echarnos la culpa a nosotros. El pregonero iba por las calles avisando el desastre.

—El gran sultán Yusuf Salah al-Din ibn Ayyub ha entrado en nuestra ciudad. ¡Escuchad las condiciones de la rendición...!

Aquella tarde, después de bañarnos y descansar, el sultán y yo nos quedamos de pie en los bastiones de la ciudadela, contemplando las olas que rompían en las rocas. El sol estaba a punto de ponerse. Sus ojos se perdieron en el horizonte. La grandiosidad del mar le había calmado y estaba sumido en sus pensamientos. Durante lo que pareció un rato excesivamente largo, ninguno de los dos habló. Él se volvió hacia mí con una soñadora y extraña expresión en su mirada.

—¿Sabes una cosa, Ibn Yakub? Si Alá permite la conquista de esta costa, y una vez hayamos recuperado al-Kadisiya, dividiré nuestro imperio. Se lo dejaré a mis hermanos y a mis hijos. Luego peregrinaré a La Meca a despedirme de Alá.

«Entonces me prepararé para cruzar este mar turbulento, cuya calma, Ibn Yakub, es engañosa. Iré a las tierras donde viven los francos, y perseguiré a esos villanos hasta que todos ellos reconozcan a Alá y su Profeta. Lo haré aunque muera en el empeño. Es importante, porque otros recogerán mi espada y concluirán lo que

yo no pueda acabar. A menos que golpeemos a los francos en sus propias raíces, continuarán royendo nuestra carne, como las langostas que oscurecen el cielo y devoran nuestra cosecha.

Capítulo 34

Halima muere en El Cairo; feos rumores hacen responsable a Jamila

El sultán no descansó en Beirut. Desarmados que fueron los francos, nombró a uno de sus emires y varios escuadrones seleccionados cuidadosamente para que controlasen la ciudad. Los demás cabalgamos hacia Damasco con la única guía de las estrellas. Entramos en la ciudad cuando amanecía. Me despedí de Salah al-Din cuando él cabalgaba por la cuesta a la ciudadela y me dirigí a mi casa.

Raquel no estaba en nuestra habitación. Por un momento mi corazón aceleró su marcha cuando recordé aquel fatídico día en El Cairo, pero nuestro sirviente, frotándose los ojos llenos de sueño, me tranquilizó. Estaba con nuestra hija, porque no esperaba que yo regresara hasta dentro de muchos meses.

Envié a buscarla, mientras yo me lavaba con agua del pozo que había en el patio. Estaba exhausto después de cabalgar toda la noche. Aunque ya me había acostumbrado al caballo, nunca iba tan relajado como el sultán. Mi trasero estaba dolorido y el dolor me agarrotaba los muslos. El agua me calmó. Entré y me eché en nuestro lecho.

A mediodía, el balbuceo de un niño pequeño junto a mi cara me sobresaltó. Me incorporé y vi las caras sonrientes de mi esposa y de mi hija. El niño era grande y sano, pero se puso a chillar cuando lo acerqué a mi rostro y besé sus mejillas. Raquel lo rescató mientras yo abrazaba a su madre y luego a mi esposa, que susurró a mi oído:

—Este niño es nuestra recompensa por tantos años de dolor y preocupaciones. Estás vivo y a salvo. Alabado sea Dios.

—Quizá, pero las victorias del sultán han contribuido un poco a mantenerme con vida.

Reímos. Ella habló de nuevo.

—Maryam y yo estábamos pensando que sería maravilloso visitar nuestra casa de El Cairo y pasar el invierno allí este año. Tu yerno puede venir también. Tiene muchos amigos en El Cairo, pero nunca ha estado allí. Esperábamos que nos dieras tu permiso.

—Tenéis mi permiso, por supuesto. Desearía acompañaros, pero nosotros partiremos dentro de unos días hacia Jerusalén. El sultán no esperará mucho. Estará rezando en la mezquita de al-Aqsa antes de que acabe el mes, y yo visitaré el lugar de la antigua sinagoga. Después, si me deja libre unos meses, me uniré a vosotros en El Cairo.

Raquel sonrió. Siempre había pensado, a causa de lo que le dije hacía mucho tiempo, que no quería volver a poner los pies en aquella casa nunca más, debido a mis ingratos recuerdos de la habitación abovedada.

Pero hay un límite para los celos. Si yo había perdonado ya a Raquel, e incluso olvidado la magnitud de la traición de Ibn Maimun, ¿cómo conservar resentimiento alguno contra la casa? La falta no residía en las piedras que formaban las paredes, sino en nosotros. Aquella misma tarde, cuando nos encontrábamos ambos a solas, le dije a Raquel todo esto y muchas cosas más. La paz había vuelto a nuestros corazones. Yacimos entrelazados, uno en brazos del otro, y sentimos que al fin el pasado había quedado enterrado.

Pero, ay, había tristes noticias aguardándome cuando llegué a la ciudadela aquella noche. Amjad el eunuco estaba esperando mi llegada impaciente, y corrió a abrazarme con cariño. Cuando se apartó de mí noté la humedad que mojaba mis mejillas.

—Halima murió en El Cairo hace unos días. El sultán está algo preocupado. Le ha pedido a Ibn Maimun que dirija la investigación y nos envíe un informe antes de que acabe la semana.

Las noticias me dejaron anonadado. Halima no había estado enferma ni un solo día desde que la conocí. ¿Qué podía haberle pasado? Diferentes imágenes suyas revolotearon por mi mente. Vi su cara pálida e inmóvil bajo la mortaja. Me eché a llorar.

—¿Cómo reaccionó Jamila al conocer la noticia?

Amjad se quedó en silencio.

Le repetí la pregunta.

—Yo le di la noticia. Se quedó mirándome a los ojos pero tranquila. Del todo. Su rostro no mostró emoción alguna. Nada. Quizás adoptara una máscara para esconder su dolor. Quizá.

Las noticias de la truncada vida de Halima me robaron toda la capacidad de concentración. Me senté en la reunión del consejo de guerra aturdido. La suave voz del sultán, las apasionadas intervenciones de Imad al-Din y al-Fadil, el sentimiento de excitación y expectación que irradiaban todos los emires, eran ruidos de fondo por lo que a mí respectaba. Estaba impaciente por ver a Jamila para darle el pésame, compartir recuerdos comunes de Halima, llorar, averiguar qué sentía realmente ante la muerte de alguien que había significado tanto para ella y en cuya vida había influido tanto.

Por primera vez desde que trabajaba para el sultán no cumplí los deberes que el amable gobernante me había asignado. Lector: no tomé nota alguna de aquella reunión crucial que decidió el destino de Jerusalén. Mi libreta está vacía a este respecto.

Después reconstruí aquella tarde con la ayuda de Imad al-Din, pero, como era

su costumbre, se asignó a sí mismo el papel decisivo y dijo que hasta que él no habló, el sultán se mostraba indeciso. Sé de buena tinta que ése no fue el caso, y por esa razón rechacé el testimonio del gran erudito por autocomplaciente e indigno de él. Lo que quedó claro en las semanas siguientes fue que hubo unanimidad entre todos los que habían asistido al consejo de aquella fatídica noche. Tomarían Jerusalén.

Mi mente seguía atormentada por la muerte de Halima en El Cairo. Había solicitado ver a Jamila, pero hasta dos días más tarde ella no accedió a mi petición. Un Amjad insólitamente triste y silencioso vino a buscarme a casa.

Jamila me esperaba en la antecámara de costumbre, la habitación donde a menudo me había reunido con Halima. Durante un momento las facciones de Jamila se fundieron y mezclaron con las de la mujer muerta, pero entonces apreté mis manos con fuerza una contra otra, hasta casi hacerme daño, y volví al presente. Miré su rostro y recordé lo que me había dicho Amjad. No había ni rastro de tristeza en sus ojos.

—Eras tú quien deseaba verme, Ibn Yakub.

Mi única réplica fue el llanto. Creí notar que sus ojos parpadeaban, pero se recuperó enseguida. Me miró con una expresión extraña.

—Sultana, he venido para expresar mi dolor ante su muerte. Sé que vuestra separación estuvo cargada de pesar, pero...

Jamila me interrumpió con un furibundo relampagueo de sus ojos.

—Nos separamos sin recriminaciones. Ella quería que fuésemos amigas. Eso no fue posible, pero acordamos desterrar la enemistad y la amargura. ¿Crees que soy fría e insensible?

Suspiré.

—Hay veces en que la pena es inútil, Ibn Yakub. Su muerte es muy dolorosa. Su cara aparece ante mí, pero pronto desaparece de nuevo. Los corazones pueden endurecerse como la roca. Déjame sorprenderte, Ibn Yakub. La noticia de su muerte me ha afectado de una manera extraña. Me ha ayudado a encontrar mi felicidad interna. Ya imaginaba que esto te dejaría estupefacto, pero es la verdad. De nuevo me siento bien conmigo misma. Un doloroso capítulo está ahora definitivamente cerrado. Todo lo que queda son recuerdos. Algunos felices, la mayoría tristes. Así que ya ves, amigo mío, ahora puedo elegir. Lo que piense de ella depende sólo de mí, de mi estado de ánimo, y eso, te lo aseguro, supone un gran alivio.

»Desde que Halima y yo nos separamos me ha resultado muy difícil escribir. Ahora he vuelto a hacerlo de nuevo, y algún día te dejaré leer mi manuscrito.

Su insensibilidad me conmovió. ¿Cómo podía mostrarse tan indiferente al destino de Halima? Leyó la pregunta en mi rostro y sus ojos se estrecharon.

—Sé lo que estás pensando, Ibn Yakub. Me ves como una criatura sin corazón, como una mujer sin piedad. Olvidas que para mí Halima murió hace mucho tiempo.

Lloré mucho por ella, y el dolor de la separación me laceró durante muchos meses. El sueño huía de mis párpados por completo. Todo eso se disipó hace tiempo. Cuando Amjad el eunuco, con ojos lacrimosos, vino a informarme de su muerte, no sentí nada. ¿Lo entiendes?

Me miró a los ojos y sonrió.

—Lo comprendo, sultana, pero para mí lo único cierto es que ya no está. Yace bajo tierra. Nunca más oiremos su risa. Seguramente, eso es distinto de la muerte impuesta por tu cerebro al corazón.

Yo había despertado su cólera.

—¡No! Impuesta por mi corazón al cerebro. Las últimas noticias que tuve de ella recibidas de El Cairo revelaban que una vez más había abandonado los brazos de los hombres.

«Encontró a una joven más cerca de su edad que de la mía y, según escribían mis informantes, las dos se hicieron como uña y carne. Una ola de celos y de rabia me invadió, pero eso fue todo. Nada más. Para mí ella había terminado para siempre. Muerta. Me dijeron que fue envenenada por orden de su último amante masculino, un pobre y engañado mameluco.

«Sufrirá más aún si Salah al-Din descubre algún día la verdad...

La información de Jamila resultó ser acertada. Ibn Maimun realizó la autopsia y su conclusión sugería una elevada dosis de veneno. Todo el mundo apuntó con el dedo al mameluco, que protestó de su inocencia, pero fue ejecutado por orden del cadí. El único que no estaba convencido era Amjad.

—Fue envenenada, Ibn Yakub. La pobre Halima fue envenenada. Pero ¿quién dio la orden? Nunca sabremos la verdad. Ese pobre mameluco era como yo, alguien que se usa para satisfacer sus necesidades físicas. Nada más. ¡Si hubiera sido envenenada en Damasco, me habrían ejecutado a mí! Así que siento simpatía por ese pobre hombre. En mi corazón creo que fue Jamila quien puso el veneno, junto con las instrucciones.

—¡Ya basta de tonterías, Amjad! Tu lengua es peor que el veneno que mató a Halima. Arroja esos pensamientos de tu perverso corazón antes de que te maten.

La cara del eunuco palideció.

—No he confesado mis sospechas a ningún otro ser viviente. Necesitaba compartirlas contigo, pero tu consejo es sabio. Si yo no reprimo estos pensamientos, pereceré también. Quédate tranquilo, Ibn Yakub, que me dominaré. Por mis venas no corre ni una gota de sangre de mártir.

Aunque lo intenté, no pude apartar las palabras de Amjad de mis pensamientos. Aquel eunuco amargado había plantado en mi mente una semilla emponzoñada. ¿Sería verdad aquello? ¿Podía haber ordenado Jamila el envenenamiento de su antigua amante, ahora separada de ella?

La sola idea parecía ultrajante. Después de unas pocas horas de recelo, llegué a

la conclusión de que Jamila era inocente. El dolor había envenenado a Amjad más allá de toda posible redención.

Me interrumpió la voz familiar de Imad al-Din.

—Pareces preocupado, escribe. Esperaba que pudieras reunirme conmigo esta tarde para visitar la casa del ruiseñor más puro de Damasco. ¿Recuerdas a Zubaida, la mujer que conquistó el corazón de Salah al-Din cuando él era un muchacho, pero que rehusó ofrecerle su cuerpo?

—¿Cómo podría haberla olvidado? —fue mi respuesta—. Pero me has cogido en un momento inoportuno. Estaba llorando la trágica muerte de la sultana Halima.

Los rasgos de la cara de Imad al-Din se endurecieron.

—Corren feos rumores por el Nilo. Al-Fadil me dice que el mameluco que fue ejecutado por el crimen insistió en hablar con él a solas. Cuando él aceptó, el condenado susurró al oído de al-Fadil: «Yo le administré el veneno, pero me lo envió la sultana Jamila, y ella ha prometido velar por mi familia». Naturalmente, al-Fadil no se lo ha contado ni al sultán ni a nadie más que a mí. Te lo cuento porque sé que las dos mujeres estaban unidas a ti.

»El amor tiene la capacidad de volvernos locos a todos. Su hijo más salvaje son los celos. Lo que hizo Jamila es imperdonable, impensable, pero aun así, para ser sincero contigo, no me sorprende. Para entender a Jamila tendríamos que haber sufrido la pérdida de un amante. Pero en fin, Ibn Yakub, tú eres un pez de agua fría. Nunca sentirás tal cosa. Ven conmigo a oír cantar al ruiseñor. Zubaida te lo hará olvidar todo.

Accedí a acompañarle, pero hacía una tarde calurosa y le pedí permiso para volver a casa y así poder bañarme y cambiarme de ropa. Como la casa de Zubaida no estaba lejos de donde vivía yo, accedió a recogerme al cabo de una hora. El frescor de la noche todavía no se notaba, y la ausencia de brisa me hacía sudar copiosamente mientras caminaba a casa. Le conté a Raquel la historia de la muerte de Halima sin nombrar a la envenenadora real. Me desnudé en el patio y me fui echando cubos de agua limpia y fresca del pozo por encima de la cabeza. Raquel me trajo una toalla.

Yo estaba aturdido. Había una sola persona con la que deseaba hablar aquella noche: Jamila. Quería enfrentarla a las acusaciones de Amjad, al-Fadil e Imad al-Din. Quería gritárselas a la cara y comprobar cuál era su reacción. Quería conocer la verdad, pero al mismo tiempo no deseaba perder la amistad de Jamila. Quería que ella escupiera a la cara de todos aquellos que se atrevían a propagar tan infames calumnias. Quería que proclamara su inocencia ante mí. En cuanto terminé de vestirme, escribí rápidamente una nota y se la envié, solicitándole audiencia para el día siguiente.

El sirviente de Imad al-Din llamó a la puerta. Ofrecí un poco de té al gran hombre, pero él se tocó la mejilla izquierda y meneó la cabeza.

No había notado la hinchazón aquella tarde, pero la verdad es que tenía cara de dolor.

—Es un diente malo, Ibn Yakub —gruñó—. Ya he chupado unos clavos de olor para calmar los dolores, pero me lo tendrán que sacar mañana. A decir verdad, no estoy de humor para nada esta noche, menos para la soledad de mi dormitorio. Aunque Zubaida no canta desde hace muchos años. Es una experiencia que no olvidarás nunca, algo que podrás contar a tus nietos.

El pregonero de la ciudad nos precedía por las calles estrechas, a menudo abriéndonos paso entre hordas de familias y niños ruidosos que buscaban aire desesperadamente.

—¡Abrid paso, abrid paso al gran Imad al-Din, consejero del sultán Yusuf Salah al-Din ibn Ayyub!

Vimos caras familiares en el exterior de la casa de Zubaida. Los guardias personales del sultán cumplían con su deber con las espadas en alto según nos acercábamos nosotros, pero las bajaron al reconocernos. El nubio mudo, que llevaba con el sultán tanto tiempo como yo, sonrió a nuestra llegada y se apresuró a abrir la puerta que conducía al patio. La sesión iba a celebrarse al aire libre. El patio estaba iluminado con faroles y el suelo cubierto con alfombras y cojines. No había más de quince personas presentes, y entre ellas se encontraba la sultana Jamila. Me sonrió con agrado al verme llegar. Mi corazón aceleró su ritmo.

Nos inclinamos ante el sultán, que sonrió y nos indicó que podíamos sentarnos a su lado. Nos presentó a Zubaida. Tenía casi sesenta años, pero su rostro irradiaba un atractivo que me sorprendió. Su cabello blanco brillaba en la oscuridad e iluminaba su rostro. No lo llevaba teñido con henna para disimular la edad. Su rostro era oscuro, no muy distinto del de Jamila, a quien yo había tratado de olvidar aquella noche y cuya presencia tanto me había alterado.

Los ojos de Zubaida eran grandes y vivaces, sin traza alguna de tristeza o pesar. Había vivido una vida plena, tal como era patente, pero ¿había sido también una vida sin dolor? ¿Acaso hay alguna vida de la que el dolor se halle completamente ausente? Ella notaba cómo la observaba yo y de pronto sonrió. Sus dientes eran blancos como la nieve. ¿Cómo, en el nombre de Alá, había conseguido conservarlos así de sanos?

Fue como si ella hubiese oído mis preguntas.

—Salah al-Din me ha hablado de ti, Ibn Yakub —su voz era ronca y espesa—. Sé lo que estás pensando. Comprende que mi alma está tranquila y en paz. No quiero nada. No lamento nada. Espero que la muerte, cuando llegue, sea rápida, como la espada de Salah al-Din cuando golpea a los francos.

—Umm Zubaida —la voz del sultán era más suave de lo habitual—. Hemos venido a oírte cantar.

Había dos músicos presentes, esperando pacientemente, afinando sus laúdes.

Ella les miró y se llevó un dedo a los labios. Aquella noche deseaba cantar sin acompañamiento alguno. Hubo un silencio expectante y empezó a cantar. Escuchar su voz era como entrar en el cielo. Su voz era realmente inimitable. Nunca he oído nada parecido, ni antes ni después. Cantó una canción que había compuesto ella misma, y aunque era sencilla y corta, le costó media hora interpretarla, porque cada verso se repetía innumerables veces con variaciones musicales.

CANCIÓN DE AMOR DE ZUBAIDA

—Una cálida noche bebimos un poco de vino.
Una suave brisa acariciaba mi ardoroso rostro.
Él me llevó al balcón y me mostró la luna
y trató de hacerme creer que amaba a otra.
Reí. Lloré.
No le creí.
«Pobre loco —le dije—, eres joven, confundes la realidad
[con los sueños.】
Él sonrió. Me dejó.
Una sola lágrima salada humedeció mi rostro y supe
[que la confusión era sólo mía.
Sí, mía.
Mía. Mía. Mía. Mía.

Zubaida no volvió a cantar aquella noche. Los músicos nos entretuvieron mientras tomábamos una cena que había sido preparada con todo cuidado en la cocina. El sultán comió frugalmente, pero el dolor de muelas de Imad al-Din no pareció impedirle disfrutar de los cuatro tipos de carne diferentes que nos habían servido. Después de la cena hubo más música, y Jamila se dispuso a retirarse. Me pidió que acompañara la litera en la que iban a conducirla de vuelta a la ciudadela. El sultán dio su permiso y yo me despedí de la gran cantante, que me invitó a visitarla de nuevo para poder contarme su historia.

Jamila no esperó a que yo iniciara la conversación.

—¿Así que has oído todos esos rumores?

—¿Es cierto, sultana?

—Sabes muy bien que mi amor es tan puro como mi odio. Los celos son un veneno que debe ser eliminado para así dejar más espacio en nuestras mentes a las reflexiones elevadas. Eso es todo lo que pienso decir sobre el tema.

Caminé en silencio mientras los portadores de la litera ajustaban ligeramente su carga para facilitar la subida de la cuesta que conducía a la ciudadela. Ella me despidió con una risa ronca.

—Puedes volver con tu mujer, Ibn Yakub. Disfruta de su abrazo porque mañana partirás hacia al-Kadisiya y, ¿quién sabe lo que te tendrá reservado Alá?

Raquel, que tenía un carácter muy tranquilo, estaba nerviosa y tensa cuando llegué a casa.

—Los francos le harán pagar al sultán un alto precio antes de rendir Jerusalén —dijo—. Temo que tú puedas formar parte de ese precio. Tengo la terrible premonición de que nunca te volveré a ver.

Yo la consolé en sus temores. Le dije que Salah al-Din siempre se aseguraba de que yo estuviera a salvo de cualquier peligro. Me burlé de sus temores. Traté de hacerla reír, pero fracasé rotundamente. Parecía como si nada pudiera disipar sus preocupaciones. Yo quería hacerle el amor, pero ella no se hallaba muy dispuesta, así que nos quedamos mudos, uno en brazos del otro, hasta que nos dormimos.

Un servidor de la ciudadela me despertó antes del amanecer. Raquel no había dormido en toda la noche. Se sentó en la cama y me miró mientras yo me vestía. Cuando me despedí de ella casi me ahogó en su apretado abrazo, y no quería soltarme.

Suavemente aparté sus manos y la besé en los ojos.

—Después de la victoria de Jerusalén iré a nuestra casa en El Cairo para que podamos celebrarla juntos —susurré a su oído—. Te escribiré a menudo.

Ella no replicó.

Capítulo 35

Desde las afueras de Jerusalén le escribo una emocionada carta a mi buena esposa
en El Cairo

«Mi querida esposa:

Es extraño pensar que estás otra vez en la vieja casa que me trae tantos recuerdos, la mayoría felices. Te envío esta carta con el correo que lleva los despachos reales de al-Adil a palacio, para que te llegue antes que si usase las caravanas.

»Hace un mes que te fuiste, y ésta es la primera oportunidad que tengo de sentarme a escribirte. Estamos viviendo en tiendas a la vista de las murallas de Jerusalén. Es una sensación extraña, encontrarse tan cerca de la Ciudad Santa. El sultán les ha ofrecido condiciones de rendición, pero algunos de esos locos prefieren morir defendiendo sus infernales cruces.

»Por nuestros amigos en palacio probablemente sabrás por qué ha costado tanto. Cuando salimos de Damasco, el sultán se vio asaltado por uno de sus habituales ataques de indecisión. Jerusalén podía esperar a que él despejara la costa. Intentó tomar Tiro de nuevo, pero la resistencia era fuerte. Los emires estaban decididos a tomar la ciudad a pesar de las bajas. Tenían la sensación de que se había convertido en un símbolo de la resistencia de los francos y debía ser borrada del mapa. Salah al-Din se sentía molesto de que le hubiera ocupado ya tanto tiempo. Decidió irse de allí y poner sitio a Ascalón.

»Los francos resistieron durante catorce días, pero el sultán trajo a su rey Guido desde Damasco y les ofreció liberarle si se rendían. Ellos concedieron a Guido autoridad para negociar en su nombre, y enseguida éste acordó unas condiciones con el sultán. No perdimos muchos hombres. El día que tomamos la ciudad, repentinamente empezó a hacer frío cuando el sol se ocultó por completo. Aquel mismo día, una delegación de nobles de Jerusalén llegó a Ascalón. El sultán les ofreció buenas condiciones si rendían la Ciudad Santa, y ellos prometieron llevar su oferta a los caballeros. Pero cuando volvieron, el Patriarca les regañó severamente. La Iglesia no deseaba rendir sin luchar la ciudad donde fue crucificado Jesús.

»El sultán no dejó que le venciera el abatimiento cuando oyó estas noticias. Ahora está de nuevo de buen humor, a pesar del revés de Tiro.

La presencia de al-Adil, que siempre ha sido su hermano favorito, desde que ambos eran niños, es en parte el motivo. Por lo demás, Salah al-Din está convencido ahora de que entrará en Jerusalén antes de la luna nueva, lo cual le concede diecisiete días, para ser precisos.

»Al oír que el Patriarca y algunos caballeros como Balián de Ibelín estaban preparándose para tomar las armas contra él, el sultán ha ordenado a todos los soldados de la región que fueran tras él y colocaran sus tiendas fuera de Jerusalén. Quiere que esto sea una exhibición de fuerza, pero está preparado también para entrar en combate, si es el único camino. Ayer trasladamos nuestras tiendas hacia el lado este de la ciudad. Los francos pensaron que nos estábamos retirando y nos dijeron adiós burlescamente desde los baluartes, lo cual divirtió enormemente a al-Adil. En lugar de retirarnos, lo que hemos hecho es colocar las torres de asalto en su debido lugar, por encima del valle que ellos llaman torrente Cedrón. Aquí las murallas parecen un poco más débiles.

»Desde donde estoy ahora escribiendo estas líneas, puedo ver los estandartes del sultán ondeando en la brisa del Monte de los Olivos. Nuestros hombres han trabajado toda la noche para asegurar que la barbacana esté minada.

»Diez mil soldados de los nuestros han hecho imposible que los francos usen dos de sus puertas más importantes. Nuestros arqueros están situados debajo de los muros, esperando nuestras órdenes. El cadí al-Fadil describió sus flechas como "palillos para los dientes del almenaje". Es una descripción muy acertada, incluso Imad al-Din lo reconoció. Por cierto, Imad al-Din esperaba que al-Fadil se quedase en El Cairo para poder ser el único cronista serio de la victoria.

«Como bien sabes, mi muy querida Raquel, ellos no se dignan siquiera considerar a tu marido como rival. Para ellos, yo sólo soy un chupatintas que tuvo la suerte de llamar la atención del sultán en el momento oportuno. Ésta es la actitud que mantiene Imad al-Din hacia mí en público. En privado, a menudo me cuenta historias que espera que yo le atribuya a él, para así asegurarse de ser mencionado en el que ha de ser el "Gran libro de Salah al-Din". El cadí al-Fadil es más sutil, más cuidadoso, pero su principal preocupación es su propio trabajo. Apenas me tiene en cuenta realmente, pero siempre me presta ayuda si necesito comprobar algún hecho.

»Balián de Ibelín visitó ayer al sultán. Su vida fue respetada en Hattin y él juró no volver a levantar las armas contra el sultán mientras viviera. Ahora nos dijo que el Patriarca le había relevado de su juramento.

»—¿Y tu Dios —inquirió el sultán—, te perdonará Él también con

tanta facilidad?

»Balián calló y evitó sus ojos. Y se atrevió a amenazar a Salah al-Din.

»Si nuestros soldados no se retiraban, los francos matarían primero a sus propias mujeres e hijos y luego prenderían fuego a la mezquita de al-Aqsa, antes de demoler la Roca sagrada. Después matarían a varios miles de creyentes que hay en la ciudad y por último saldrían a la llanura con las espadas desnudas para morir peleando contra los infieles.

»El sultán sonrió. Había jurado tomar aquella ciudad por la fuerza, pero ofrecía a los francos un trato generoso. Se permitiría salir a todos los cristianos, a condición de que pagasen un rescate al Tesoro. Los cristianos pobres podían ser liberados con el dinero del rey, que tenían los hospitalarios. Salah al-Din les dio cuarenta días para conseguir el dinero del rescate.

»—Cuando vosotros los francos tomasteis esta ciudad, Balián, matasteis a los judíos y a los creyentes como si fueran reses. Podríamos hacer lo mismo con vosotros, pero la venganza es un elixir peligroso. Así que dejaremos ir en paz a vuestro pueblo. Ésta es mi última oferta para vuestros jefes. Rechazadla y yo arrasaré esas murallas y no tendré misericordia. La elección es vuestra.

»Hoy es viernes, el día sagrado del islam. Estamos a dos de octubre, veintisiete de Rajab en el calendario musulmán. Este día, su Profeta tuvo aquel famoso sueño en el que visitó dormido esta ciudad. Y este día, como hasta los menos religiosos de ellos llevan diciéndose desde que ha amanecido, es el día en que los francos han capitulado y firmado los términos de su rendición. Cuando se extendió la noticia, resonó el grito de "Alá o Akbar" y se pudo contemplar la asombrosa visión de miles y miles de hombres cayendo de rodillas en el polvo y postrándose en dirección a La Meca para dar gracias a Alá.

»Entonces se hizo el silencio, un silencio nacido de la incredulidad. Nos miramos unos a otros asombrados, preguntándonos si aquello había sucedido realmente o si era simplemente un sueño. Después de noventa años, Jerusalén o al-Kadisiya nos pertenece de nuevo a nosotros. ¡A todos nosotros!

»Dentro de una hora exactamente el sultán entrará en la ciudad y yo, mi querida Raquel, estaré a su lado. Mis pensamientos en este momento están contigo y con nuestra pequeña familia, pero también pienso en mi viejo amigo Shadhi. Él deseaba ver este día, y sé que su espíritu cabalgará detrás de Salah al-Din susurrando en su oído, como sólo él podía hacerlo: "Mira hacia delante. Eres un gobernante. No bajas los ojos. Recuerda,

eres tú, el sultán, el que ha recuperado al-Kadisiya, no el califa de Bagdad. Mientras avanzamos ahora, ese supuesto califa estará recreándose en sus placeres".

»Shadhi le habría dicho todo eso y yo lo pensaré, pero no tengo la autoridad suficiente para decírselo al sultán. Imad al-Din va camino de Damasco y al-Fadil no está aquí. ¿Quién le aconsejará cuando haya entrado en la ciudad?

»Estoy solo con él y la responsabilidad me asusta. ¿Qué le diré si me pide consejo? En momentos como éstos me siento vulnerable y me doy cuenta de que quizá no sea más que un pobre escriba contratado.

»Beso tus mejillas y espero verte pronto. Besa a nuestra hija y a nuestro nieto. Me encanta oír que ya viene otro en camino. Quizá deberíais venir todos a Jerusalén. Creo que me quedaré aquí durante un tiempo.

»Tu marido,
»*Ibn Yakub*»

Capítulo 36

Salah al-Din toma Jerusalén; Imad al-Din se fija en un guapo intérprete copto;
Jamila hace las paces con el recuerdo de Halima

Entramos en la Ciudad Santa por la Bab al-Daud. El sultán no necesitó a Shadhi para que le dijera que mantuviera la cabeza alta. Cabalgó directamente a la mezquita, que despedía el olor sofocante de los francos y sus animales. Allí tenían sus establos los hospitalarios y los templarios. Salah al-Din rehusó esperar a que el sagrado recinto estuviera limpio. Descabalgó de su montura y, rodeado de sus emires, elevó una plegaria de acción de gracias a Alá. Después empezaron a limpiar la mezquita:

Recorrimos las calles y el sultán se conmovió ante la patética visión de los cristianos elevando al cielo sus lamentos y sollozos. Las mujeres se mesaban los cabellos, los viejos besaban los muros, los niños asustados se agarraban a sus madres y a sus abuelas. El sultán detuvo su caballo y envió un mensajero a buscar al caballero franco Balián.

Mientras esperábamos, Salah al-Din miró hacia arriba y sonrió. Estaban izando su estandarte en la ciudadela, y los cánticos de júbilo y los vítores de nuestros soldados ahogaron momentáneamente el alboroto de los cristianos. Pensé de nuevo en Shadhi y en Salah al-Din. El sultán se volvió hacia mí con una lágrima en sus ojos.

—Mi padre y mi tío Shirkuh no habrían creído nunca que esto pudiera suceder, pero Shadhi estaba seguro de que mi perdón se izaría un día en al-Kadisiya. En estos momentos le echo de menos más que nunca.

Nos interrumpió la presencia de Balián.

—¿Por qué lloran tanto? —le preguntó el sultán.

—Las mujeres, señor, lloran por sus maridos muertos o cautivos. Los viejos, por miedo de no volver a ver nunca estos sagrados muros. Y los niños están asustados.

—Dile a tu pueblo —exclamó Salah al-Din— que nosotros no les trataremos a ellos como vuestros antecesores nos trataron a nosotros cuando tomaron esta ciudad.

»De niño me contaron lo que Godofredo y Tancredo hicieron con nuestro pueblo. Recuerda a esos asustados cristianos lo que los creyentes y judíos sufrieron hace noventa años. Las cabezas de nuestros niños fueron clavadas en picas y los ancianos fueron torturados y quemados. Estas calles se lavaron con nuestra sangre,

Balián. A algunos emires les gustaría volver a lavarlas, pero esta vez con la vuestra. Me recuerdan que todos nosotros hemos crecido en la ley del ojo por ojo y diente por diente.

»Yo les he calmado y he tranquilizado sus temores. Les he repetido mil veces que todos somos gente del Libro, y que esta ciudad pertenece a todos los que creemos en el Libro. Diles a esas mujeres que son libres de irse aunque no puedan pagar el rescate.

«Nosotros carecemos de los poderes de vuestro profeta Isa y no devolveremos la vida a vuestros muertos. Liberaremos a los caballeros cautivos con la condición de que juren solemnemente no volver a tomar las armas contra nosotros nunca más. Apartas los ojos, Balián de Ibelín, haces bien. Tú también pronunciaste un juramento. Un juramento ante Alá no puede ser infringido por ningún ser humano, sea Patriarca o Papa. Si comprendes esto, seremos generosos. Si oyes que alguno de nuestros soldados ofende el honor de una sola mujer cristiana, ven y cuéntamelo. Si te dicen que uno solo de vuestros lugares sagrados va a ser saqueado por mis hombres, avísame inmediatamente. No lo permitiré. Doy mi palabra de sultán.

Balián cayó de rodillas y besó la túnica de Salah al-Din.

—Has mostrado con nosotros una magnanimidad que no merecemos, oh gran rey. Por este solo acto nunca te olvidaremos. Yo, al menos, juro ante Dios Todopoderoso que nunca volveré a alzar las armas contra ti.

Salah al-Din aceptó el juramento y el grupo siguió cabalgando por las calles de la ciudadela. Los pregoneros de la ciudad proclamaban nuestras condiciones, y les decían a los cristianos que eran libres de celebrar su culto en sus iglesias y en sus templos. La gente se quedó pasmada y en silencio mientras pasábamos junto a ellos, mirando a Salah al-Din con curiosidad sólo limitada por el temor.

Por la noche recibí un mensaje escrito de un hombre que firmaba con el nombre de Juan de Jerusalén. Era nieto de un judío que se había salvado hacía noventa años afeitándose la barba y los rizos y fingiendo ser cristiano. En secreto había mantenido sus creencias y había educado a su hijo como judío.

«Yo no estoy circuncidado —escribía Juan de Jerusalén—, pero mi padre sí lo estaba, y él se sentía orgulloso de su fe. Para mí era imposible por miedo de que me descubrieran. Cuando oí que el escriba del sultán era también judío, tuve que escribirte. Sería un gran honor para mi familia que aceptaras comer con nosotros un día de esta semana.»

Y así fue como me encontré en una casa pequeña de dos habitaciones tomando un poco de vino con Juan y su hermosa mujer de cabellos rubios, Mariam. Su hijo, que debía de tener unos diez años, me observaba en silencio. Estaba asustado.

—Nuestro miedo es natural. La última vez, como sabes mejor que yo, Ibn Yakub, todo nuestro pueblo sufrió horriblemente. Los francos mataron a todo el mundo. Nunca hemos olvidado aquel espantoso día, ni ellos tampoco. Nos decían

que el sultán y su ejército, apostado a las afueras de la ciudad, exigiría una venganza terrible. Las lágrimas que lloran son lágrimas de arrepentimiento y de miedo. Se alzaron con el poder sobre un montón de cadáveres, y ahora temen unirse a ese montón.

»Cuando llegaron noticias de que los nobles francos habían aceptado vuestras condiciones, un extraño silencio se apoderó de la ciudad. Nada se movía. El silencio se vio roto únicamente por los cascos de los caballos, por los pies de los soldados y por las estridentes voces de vuestros hombres, cuya severidad interior pareció algo alterada. Hablaban en voz alta y reían, pero sin convicción. Pobres idiotas. Estaban intentando convencerse a sí mismos de que aquél era un día como otro cualquiera. ¿Has notado que la gente que se siente insegura habla alto y es cruel con los que considera inferiores?

«Cuando vuestro sultán entró por la puerta de David, una oleada de terror se extendió por la ciudad.

Todavía se encuentran conmocionados. Dios les ha abandonado y ha permitido que triunfara Alá. Les cuesta creer que siguen vivos y que les habéis tratado bien. Algunos piensan que todo esto es un truco y que pronto serán ejecutados. Lo que yo creo, que a lo mejor no vale demasiado pero que me gustaría comunicar al sultán, es que no se debe confiar en los francos. He vivido entre ellos toda mi vida. Sé como piensan y lo que sienten. Es una gente taciturna y amargada. Es mejor mantenerlos como rehenes contra la mala fortuna que sobrevendrá, tan cierto como la noche sigue al día, navegando por el mar. Ellos no tendrán misericordia con vosotros. Por favor, dile esto al sultán de parte de uno de sus humildes admiradores. Yo solía rezar en secreto para que llegara este día.

Según se extendían las noticias, había reuniones y plegarias de acción de gracias ofrecidas a Alá en todos los dominios del califa. Cadíes y estudiosos renombrados empezaban a llegar a Jerusalén en número creciente.

Jamila fue la primera de las mujeres del sultán en llegar allí. Aquella vez no viajaba sola ni disfrazada de hombre, sino que entró en la ciudad con su séquito de guardias armados, eunucos y doncellas. Fue como si estuviera decidida a mostrar a Jerusalén que ella y no otra era la sultana más cercana al conquistador de la Ciudad Santa.

Salah al-Din, por su parte, supervisaba personalmente la limpieza de la Cúpula de la Roca y la mezquita de al-Aqsa, donde se celebraría el primer *jutba* en el plazo de catorce días. Muchos cristianos eligieron permanecer en la ciudad, aunque la mayoría eran coptos o pertenecientes a sectas que nunca habían buscado o ganado la aprobación de las órdenes religiosas favorecidas por los francos. Imad al-Din estaba en su elemento. Estaba rodeado por seis escribas ocupado en dictar

despachos a todos los gobernantes del mundo del islam. Una tarde fui a informarle de que el sultán necesitaba su consejo sobre un mensaje algo insolente que había llegado con retraso de Federico I Barbarroja, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, advirtiéndole al sultán que no se le ocurriera siquiera pensar en tomar Jerusalén. La carta, en latín, la leyó en voz alta en árabe el nuevo intérprete del sultán, un copto de dieciocho años que se llamaba Tarik ibn Isa, cuyo tono jocoso causó gran diversión. El copto tenía un rostro tan hermoso que hasta aquellos de nosotros que no nadábamos en la otra orilla nos sentimos hechizados por su presencia. El gran estudioso, me di cuenta, iba a encontrar difícil contenerse. Yo le describí la escena con cierto detalle a Imad al-Din, y él no aguantó la risa, pero la pregunta que se formó en sus sensuales labios se relacionaba con el copto.

—¿Sólo dieciocho años? Sorprendente. ¿Es de aquí?

Me encogí de hombros. No tenía ni idea.

Cuando entramos en la habitación del sultán, reinaba el buen humor. Imad al-Din tomó la carta de Tarik ibn Isa y empezó a reír.

—¿Qué pasaje es el que más te divierte? —preguntó el sultán.

—Las amenazas, oh adalid de los victoriosos.

«Escúchalas de nuevo: "Si no desistes, sabrás por experiencia lo que es la rabia teutónica. Experimentarás la ira de los habitantes del Rin; los grandes bávaros; los astutos suabos; los precavidos francos; los sajones, que manejan muy bien la espada; los turingios; los westfalianos; los irritables borgoñones; los veloces montañeses de los Alpes; los frisios, con sus jabalinas; los bohemios, que mueren con una sonrisa en los labios; los polacos, más feroces que las bestias de la selva; y mi mano derecha no está tan debilitada por la edad que no pueda esgrimir ya una espada".

»Lo interesante de esta carta es que no encuentra términos amenazadores que aplicar a los toscanos y pisanos. Quizá deberíamos preguntarle en nuestra respuesta por esa omisión. En cuanto a los irritables borgoñones, ¿recuerda al caballero de Borgoña que conocimos hace unos años? El único aspecto fiero de su persona eran sus ventosidades, tan potentes que tuvisteis que salir de la tienda, dejando a mi pobre nariz que soportara sola el impacto de semejante explosión.

El sultán se echó a reír al recordarlo.

—Creo que no hay necesidad alguna de recordar al rey de los germanos esa situación poco afortunada. Redacta una réplica ahora mismo, Imad al-Din. Este joven es también escriba y recogerá tus palabras.

Imad al-Din miró al joven y se vio poseído por el deseo. Le miró a los ojos, pero el escriba copto apartó la vista apresuradamente. El secretario del sultán empezó a dictar, mientras examinaba con vergonzoso descaro el esbelto cuerpo de Tarik.

—«Al gran rey Federico de Alemania, en el nombre de Alá, el Misericordioso,

el Todopoderoso, el Victorioso.

»Os agradecemos vuestra carta, pero es demasiado tarde. Con la bendición de Alá, ya nos hallamos en posesión de al-Kadisiya, a la que vos llamáis Jerusalén. Sólo quedan tres ciudades en manos de los cristianos: Tiro, Trípoli y Antioquía, pero podéis estar seguro, poderoso rey, de que las tomaremos también.

»No podemos dejar de observar que no tenéis palabras para describir el valor de los toscanos, venecianos y pisanos, y eso nos preocupa, porque somos muy conscientes de las cualidades de los hombres que proceden de esas regiones. Son hermosos de cuerpo y de mente, y han proporcionado gran placer a nuestros beduinos, hambrientos de amor y de vida en el desierto. Esperamos volver a verlos.

»Si queréis guerra, os esperamos, pero comprended una cosa: una vez estéis aquí, habrá un mar entre vosotros y vuestras tierras. Nada nos separa a nosotros de nuestra gente y nuestras posesiones. Por eso os derrotaremos hasta el día del Juicio Final. Y esa vez no nos conformaremos con las ciudades de nuestra costa marítima, sino que cruzaremos las aguas y a Alá le complacerá tomar todas vuestras tierras, porque vuestros guerreros estarán todos enterrados aquí, bajo la arena.

»Esta carta se escribió el año 584 por la gracia de Alá y su Profeta. Lleva la firma del conquistador de al-Kadisiya, *Yusuf ibn Ayyub*.»

Imad al-Din miró a los presentes, disfrutando del regocijo que despertó su carta. Lo que más le complacía era la tímida sonrisa en el rostro de Tarik, pero el sultán quería algo con un tono mucho más serio. Salah al-Din se había hecho de pronto mucho más consciente de su lugar en la Historia. Las delegaciones de estudiosos que se reunían en la ciudad y los mensajes que había recibido de los creyentes de todo el mundo, sin olvidar, por supuesto, los muy efusivos saludos del califa y sus cortesanos de Bagdad, habían reafirmado su confianza en sí mismo. Por esa razón quería que todos los despachos enviados en su nombre llevaran la marca de su nuevo estatus de salvador de la fe. Imad al-Din fue enviado a su habitación para que reescribiera la carta en términos mucho más dignos y presentarla la mañana siguiente al sultán para que añadiera su sello.

Cuando yo salía de la cámara, una mano me tocó el hombro. Era un eunuco nubio, el anciano mudo de cabello blanco que había visto muchas veces en la ciudadela de Damasco. Con gestos exagerados me indicó que le siguiera. Me condujo ante una habitación y se retiró.

—Entra, Ibn Yakub —dijo aquella voz tan familiar desde detrás de la puerta con celosía. Era la sultana Jamila.

Entré y me incliné ante ella, que se apropió de mi primera pregunta.

—¿Amjad? Ah, ya no está con nosotros. Hacía correr tantas calumnias entre la gente que tuve que mandarle lejos. El criado se encargó de ello. No pongas esa cara de preocupación. Todavía sigue vivo.

Antes de expresar mi alivio, ella cambió de tema.

—¿El corazón tiene lengua propia, Ibn Yakub?

Yo sonreí, pero no pude responder. Del fulminante despido del eunuco Amjad pasábamos al mundo íntimo de la filosofía.

—Vamos, escriba, piénsalo bien. Quizá tu corazón sea mudo. La mayoría de los corazones hablan una lengua que es una extraña mezcla de realidad y sueño, aunque la proporción exacta de cada uno es siempre variable, ya que finalmente todo viene determinado por las circunstancias externas. El corazón no es un libro que se pueda abrir siempre por la misma página. Si un corazón está roto en pedazos, puede sangrar durante muchos días, pero luego, de repente, se vuelve de piedra. ¿No estás de acuerdo?

Yo asentí. Sabía perfectamente bien qué era lo que había hecho que su mente se dirigiera precisamente por esos derroteros, pero ella quería que le preguntara, así que le planteé la pregunta.

—¿Qué te hace pensar en todo esto ahora, sultana? Estamos celebrando la caída de Jerusalén, y me sorprende que te retires a lo más hondo de tu interior.

—Mi corazón ha experimentado numerosas transformaciones, Ibn Yakub. Durante muchos meses se sintió ligero, pero al parecer de nuevo se ha apoderado de él la pesadez. Hoy, por ejemplo, me siento atormentada por los remordimientos. Tenía que haber hecho las paces con Halima antes de que ella se hubiera visto obligada a huir de mí y refugiarse en El Cairo. Vino a mi una vez, con los ojos llenos de tristeza, y me pidió que volviéramos a ser amigas. Fui dura de corazón, Ibn Yakub. La rechacé. Rechacé su ofrecimiento con desdén. ¿Por qué? Pues porque la amistad, que puede coexistir con el amor y con la pasión, se siente indefensa cuando está sola. El simple hecho de buscarla es señal de que la mente va descarriada. Aquellos que piensan que lo han conseguido se ven, más tarde o más temprano, abatidos por la aflicción.

»Murió. Las malas lenguas me acusan de haberle enviado el veneno fatal. Una sucia mentira, propalada por un hombre que estaba a punto de reunirse con su Creador devorado por los celos. Aquel mameluco, incapaz de soportar el amor de Halima por otra mujer, decidió culparme a mí de su estúpida acción. Como sabes, yo también me sentí preocupada cuando oí decir que Halima había encontrado a otra mujer, pero para mí era algo inconcebible castigarla con la muerte. Hubiera preferido prolongar su vida para encontrar una forma deliciosa de torturarla. Y ahora diré algo que quizá te asuste, Ibn Yakub. Forma parte del lenguaje de mi corazón. Cuando me llegó la primera noticia de su muerte y la forma en que ocurrió, no me sentí disgustada del todo.

»Fue ella quien emponzoñó nuestro amor. Mató lo más precioso de las dos. A cambio, ella fue envenenada. Fue una reacción cruel e indigna, pero era lo que me dictaba el corazón en aquel momento. Por esa razón he empezado a investigar las conexiones entre el corazón y la mente. Mi ensayo sobre la lógica del corazón

estará terminado antes del primer *jutba* en la Gran Mezquita. No me juzgues con demasiada dureza. Es una época de celebraciones. Salah al-Din ha tomado al-Kadisiya. Mi corazón está lleno de alegría.

A la mañana siguiente me desperté con el calor del sol en mi cara. No había dormido bien. Las palabras de Jamila la noche anterior daban vueltas en mi mente una y otra vez. Su insensibilidad para con Halima me enfureció mucho, pero ahora, a pesar de todas mis desconfianzas, resultaba que admiraba su fortaleza y honradez. Era una verdadera mujer que, a diferencia de su estimado y bien amado marido, no creía en la necesidad de hacer prisioneros.

En algunas ocasiones deseé que, sólo por unos meses, un *yin* bueno transformase aquella sultana en sultán.

Capítulo 37

El cadí de Alepo reza en la mezquita; el sultán recibe una carta de Bertrand de Tolosa; mi familia muere abrasada en un ataque de los francos a El Cairo

Diez días más tarde, nos reunimos en la gran mezquita de al-Aqsa. La habían limpiado por completo y las piedras pulidas brillaban con el resplandor del paraíso. Se hallaban presentes todos los emires, todos los cadíes del imperio de Salah al-Din, su hijo al-Afdal, su sobrino Taki al-Din y su comandante favorito, el emir Keukburi.

El almimbar, construido a ese propósito por orden del último sultán, Nur al-Din, acababa de llegar de Damasco.

El cadí de Alepo, vestido de negro y con un turbante verde, subió los escalones vacilante, y al agarrarse al almimbar para sujetarse, los que se sentaban cerca pudieron ver que sus manos temblaban. Sabía que las palabras que dijera aquel día serían recordadas durante largo tiempo. También era consciente de que la paciencia del sultán era corta y que no veía con agrado los sermones largos. El cadí, hablando con voz sonora, empezó, tal como convenía a la ocasión, con un breve relato de los éxitos conseguidos por el Profeta en un corto espacio de tiempo.

—Empezamos en el nombre de Alá el Misericordioso, el Caritativo, y su Profeta que nos mostró el camino verdadero. Nuestro sultán Yusuf Salah al-Din ibn Ayyub ha traído la luna creciente de vuelta a esta Ciudad Santa. Él es el defensor de la fe verdadera, el vencedor de aquellos que adoran la cruz y las imágenes esculpidas. Habéis revivido el imperio del defensor de los creyentes en Bagdad. Roguemos a Alá que los ángeles rodeen siempre vuestros pendones y os preserven para el futuro de nuestra fe. Que Alá os salve a vos y a vuestros hijos por los siglos de los siglos.

»Aquí fue donde Omar, cuya memoria reverenciamos, plantó por primera vez los colores de nuestra fe, no mucho después de la muerte del Profeta, que la paz sea con él. Aquí fue donde se construyó esta gran mezquita. Todos los que habéis luchado en este día seréis benditos para siempre. Vosotros habéis reavivado el espíritu de Badr. Habéis sido tan constantes como Abu Bakr, tan intrépidos y generosos como Omar. Nos recordáis el orgullo de Uzmán y Alí. Los cuatro primeros califas, vigilándonos desde el paraíso, están hoy sonrientes. Todos los que han luchado por esta ciudad entrarán en el paraíso.

»Poco después, nuestros ejércitos llevaron el Corán con sus espadas por los desiertos de África, por las montañas de al-Andalus y las tierras de los francos.

Desde aquí nuestro mensaje fue llevado a la tierra de los adoradores del fuego. Los pueblos de Persia, una vez compartimos con ellos el conocimiento del verdadero camino decretado por Alá, fueron los primeros en convertirse a nuestra causa. Tal como el sultán ha oído muchas veces, una razón por la que Persia cayó en nuestras manos como fruta madura es que los más pobres de entre los pobres, aquellos que fueron oprimidos y explotados por sacerdotes degenerados, se quedaron asombrados de que nuestros grandes generales compartieran la comida del mismo cuenco de los soldados. Vieron por sí mismos que, ante los ojos de Alá, todos somos iguales.

«Alcanzamos el río Indo y allí también se agruparon los pobres bajo nuestros estandartes. Mientras hablamos aquí, nuestros comerciantes llevan nuestro mensaje al sur de la India, las islas de Java y el interior de China. Os pregunto a todos, ¿no es acaso una señal de Alá que nos haya permitido llegar a todos los rincones del mundo en tan poco tiempo?

»Por eso mismo es más deshonroso todavía que hayamos permitido a los francos ocupar nuestra costa y esta Ciudad Santa durante tanto tiempo sin temor al castigo. Yusuf Salah al-Din ibn Ayyub, gracias a vos, a vuestra persistencia, a vuestro coraje, a vuestra voluntad de sacrificar vuestra propia vida, preciosa para los creyentes de todas partes, estamos aquí rezando en al-Aqsa de nuevo. Rogamos a Alá que prolongue vuestra vida y vuestro gobierno en estas tierras. En una mano empuñáis una afilada espada. En la otra una brillante antorcha...

El sermón duró una hora. No fue memorable en sí mismo, pero la solemnidad de la ocasión conmovió a todos. Cuando acabó, los creyentes elevaron sus plegarias de acción de gracias. Entonces el cadí de Alepo bajó del almimbar y recibió un abrazo y un beso del sultán, del cadí al-Fadil y de Imad al-Din. Al-Fadil estaba de muy buen humor. Cuando el sultán le preguntó que pensaba del sermón, la respuesta fue poética.

—Oh, adalid de los victoriosos, escuchando este sermón, los cielos han llorado lágrimas de alegría y las estrellas han abandonado su lugar en el firmamento no para fulminar a los malvados, sino para unirse a la celebración.

Imad al-Din, que confesó más tarde que había encontrado el sermón extremadamente tedioso y poco inspirado, aplaudió a al-Fadil y sonrió cálidamente en dirección del cadí de Alepo.

Aquella misma noche el sultán convocó un consejo de guerra. Taki al-Din, Keukburi, al-Afdal, Imad al-Din, al-Fadil y yo mismo éramos los únicos presentes. El sultán se mostraba generoso y su actitud era de humildad.

—Primero, demos las gracias a Imad al-Din, que siempre recalcó la importancia de tomar esta ciudad. Tenías razón, como sueles tener casi siempre, viejo amigo. Keukburi fue quien insistió en que no levantáramos el sitio de Tiro. También tenías razón. Quiero que el ejército vaya a tomar Tiro sin más dilación.

Que descansen. Que lo celebren. Pero que enseguida vayan a tomar Tiro. Ha llegado esta mañana una carta de Bertrand de Tolosa. ¿Le recordáis? El caballero cuya vida salvamos de la ira de los templarios y que volvió sano y salvo a su casa gracias a vuestros mercaderes. Imad al-Din leerá la carta ahora. Sé que habríais preferido la presencia del bello copto que traduce el latín a nuestra lengua con tal gracia que hasta aquellos que no nadan en la misma orilla que Imad al-Din no podían sino admirar su belleza. Pero él no está, viejo maestro. Sólo tú puedes tomar su lugar de forma apropiada.

Si Imad al-Din se sintió sorprendido por la falta de delicadeza del sultán, supo disimular sus sentimientos admirablemente. Todos los demás intercambiaron unas sonrisas de complicidad. Era del dominio público que Imad al-Din estaba enamorado de Tarik ibn Isa y le perseguía como un lobo durante la decimocuarta noche de luna. Imad al-Din leyó la carta de Bertrand de Tolosa para sí.

—Si el sultán y los emires me perdonan, resumiré su contenido. A diferencia del copto, soy un mal traductor. Nuestro amigo de Tolosa escribe que están preparando un gran ejército para recuperar Jerusalén. Dice que su Papa ya ha apelado a los reyes de Inglaterra, de Francia y Alemania para unir sus ejércitos y salvar el honor de los adoradores de la cruz. Dice que de los tres reyes, dos tienen débiles cabezas llenas de delirios de grandeza. Sólo a uno hay que temer, porque es como un animal. Se refiere a Ricardo de Inglaterra, a quien describe en la carta como mal hijo y peor esposo, que no puede satisfacer a su esposa ni a ninguna otra mujer porque siente debilidad por los hombres jóvenes, como un gobernante egoísta y como un hombre malvado y vicioso, pero no carente de valor. Él no sabe cuándo emprenderán la travesía, pero creo que puede ser dentro de un año o quizá más, porque están recogiendo fondos. Nos aconseja que empleemos este tiempo en tomar todos los puertos, de modo que los barcos de sus países sean destruidos en el mar. Cree que es una debilidad por nuestra parte no habernos tomado nunca tan en serio las batallas navales como las terrestres. Firma como el más humilde servidor y seguidor del sultán, y ruega por que llegue el día en que nuestros ejércitos crucen las aguas y hagan prisionero al Papa. Nos informa de que uno de los caballeros que acompañan a Ricardo, un tal Roberto de San Albán, es un hereje en secreto, un verdadero creyente, y que podría ser útil a nuestra causa.

El sultán sonrió.

—Creo que deberíamos pedirle a nuestro amigo que vuelva a nuestro lado. Es muy astuto. Esta carta hace que la toma de Tiro sea nuestro objetivo más importante. ¿Estáis de acuerdo? ¿Has tomado nota de todo esto, Ibn Yakub?

Yo asentí.

Al día siguiente por la tarde, yo me estaba preparando para acompañar a Juan de Jerusalén al lugar donde se encontraba el templo. Allí, otros de nuestra fe que habían regresado a Jerusalén se estaban reuniendo para elevar plegarias de acción

de gracias por la reconquista de la ciudad por el sultán. Entonces un servidor insistió en que Salah al-Din solicitaba mi presencia. Me sorprendía mucho porque él me había dado su bendición explícita para que participara en la ceremonia.

No obstante, seguí al criado a la cámara real.

El sultán estaba sentado en su lecho, con el rostro preocupado. Seguramente le habían informado a él antes que a nadie. Cuando entré, se puso de pie y, cuál no sería mi asombro cuando vi que me abrazaba y me besaba en las mejillas. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Supe que algo terrible le había ocurrido a mi Raquel.

—Acabamos de recibir un despacho de El Cairo, Ibn Yakub. Las noticias son malas y tienes que ser valiente. Una partida de caballeros francos, enfurecidos por la pérdida de esta ciudad y ebrios de ira y de rabia, fueron a El Cairo y asaltaron el barrio donde vive tu gente. Quemaron algunas casas y mataron a los ancianos antes de que pudieran dar la alarma y nuestros soldados los capturasen a todos. Fueron ejecutados a la mañana siguiente. Tu casa, amigo mío, era una de ellas. No sobrevivió nadie. He dado instrucciones a al-Fadil para que arregle tu partida a El Cairo mañana por la mañana. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Yo asentí y me retiré. Volví a mis habitaciones. Durante más de una hora no pude llorar. Me senté en el suelo y me quedé mirando la pared. La calamidad se había cebado sobre mí. La angustia me ponía un nudo en la garganta. Ni lágrimas ni palabras expresaban el dolor que me agarrotaba por completo. Pensé en Raquel y en Maryam, con su niño apretado contra su pecho, los tres durmiendo mientras los bárbaros prendían fuego a nuestra casa.

Cuando empecé a guardar mis ropas de pronto me sorprendí llorando. Pensaba en todas las cosas que no le había dicho a Raquel. Ella había muerto sin saber la profundidad indescriptible de mi amor por ella. Y mi pequeña Maryam, a quien yo deseaba que viviera su vida sin problemas y educase a sus hijos en paz con su marido...

No dormí, salí y caminé entre las almenas, mirando el eterno movimiento de las estrellas y vertiendo silenciosas lágrimas. Me sentí furioso y amargado. Quería venganza. Quería asar a los caballeros francos a fuego lento y reír a carcajadas ante su agonía mortal.

Cuando partimos a la mañana siguiente, oí la lastimera canción de la oropéndola y volví a llorar de nuevo. No recuerdo nada de aquel viaje desde Jerusalén a El Cairo. No sé cuántas veces nos detuvimos ni dónde dormimos. Todo lo que recuerdo es el amable rostro del correo del sultán, que me ofreció un odre de piel con agua que yo bebí y usé también para lavar el polvo de mi rostro. Recuerdo también que en algún momento de aquella dolorosa expedición sentí deseos repentinos de volver con el sultán. Creí que ya no tenía sentido remover en las brasas de la tragedia. Quería olvidar. No deseaba ver los chamuscados restos de aquella vieja casa de la habitación abovedada. Era demasiado tarde.

Ibn Maimun estaba esperándome en las ruinas de la casa. Nos abrazamos y lloramos. No dijimos ni una sola palabra. El dolor había borrado por completo las viejas animosidades y resentimientos. Me llevó a su casa. Durante muchos meses, viví aturdido. Perdí por completo la noción del tiempo. No sabía lo que ocurría en el mundo exterior. Más tarde empecé a acompañar al gran médico a El Cairo. Él atendía a sus pacientes en palacio. Volví a ver en la biblioteca a algunos viejos amigos: aquellos libros que leía al principio, cuando me convertí en escriba del sultán. A veces los libros despertaban recuerdos dolorosos y Raquel ocupaba mi mente. Nuevas lágrimas disolvían mi concentración.

Ibn Maimun me trató como a un amigo y un paciente muy especial. Me alimentaba con pescado fresco del Nilo asado al carbón y servido en un lecho de arroz integral. Me hacía beber cada noche infusiones de hierbas que calmaban mis alterados nervios y me ayudaban a dormir. Había días en los que no hablaba ni una sola palabra con nadie. Solía caminar hasta un río que había cerca de la casa de Ibn Maimun y sentarme en una piedra, mirando a los niños que trataban de pescar con unas cuerdas. Siempre me iba cuando se reían demasiado. Me molestaba su alegría.

Yo estaba perdido para el mundo. Todo sentido del tiempo había desaparecido en mí. Vivía día a día, sin esperar nada y sin dar nada. Al escribir estas líneas no puedo recordar qué hacía cada día aparte de leer libros de la gran biblioteca de Ibn Maimun, fascinado por los tratados de medicina. Leí a Galeno y a Ibn Sina muchas veces, y siempre descubría significados ocultos en sus trabajos. Si no conseguía entender el significado de lo que habían escrito los maestros, se lo consultaba a Ibn Maimun, que alababa mi aprendizaje y me sugería que me hiciera médico y le ayudase en su trabajo.

Pasaron muchos meses. Perdí el contacto con el mundo del sultán. No sabía cómo iba la guerra y ya no me importaba.

Un día, Ibn Maimun me informó de que una nueva partida de francos había llegado a la costa y estaban decididos a tomar de nuevo Jerusalén. Sus ojos estaban arrasados en lágrimas.

—No se les debe permitir nunca que nos arrebaten de nuevo esa ciudad, Ibn Yakub. Nunca.

Quizá fuera la urgencia que había en la voz de mi amigo lo que hizo revivir mi interés por el mundo. Quizá mi recuperación fuera ya completa. En cualquier caso, volví a sentirme yo mismo. El sentimiento por la pérdida seguía en mi interior, pero el dolor había desaparecido. Le envié una carta a Imad al-Din preguntándole si podía volver con el sultán.

Cuatro semanas más tarde, mientras la primavera se adueñaba de El Cairo como un estallido de risas leves, llegó un mensajero de Damasco. El sultán me

ordenaba que volviera a su lado sin más demora. Yo estaba sentado en el patio, disfrutando del sol, debajo de un rugoso árbol de retorcidas ramas. Aquel árbol era igual en todas las estaciones, y yo me había ido sintiendo muy unido a él, porque me recordaba a mí mismo. Yo tampoco notaba los deleites de la primavera.

Me despedí de Ibn Maimun. Fue una separación muy emotiva. Estábamos de nuevo muy unidos, como lo habíamos estado tiempo atrás. Una pequeña porción de felicidad se había salvado de la tragedia que me había acontecido. Acordamos no volver a perder el contacto nunca más. Yo en realidad no tenía deseo alguno de seguir anotando la historia de la vida de Salah al-Din, pero Ibn Maimun se mostró horrorizado ante tal idea. Me aconsejó que siguiera y:

—...si eso te ayuda, Ibn Yakub, escríbemelo todo. Yo guardaré tus cartas aquí, a salvo, junto con esos cuadernos que ya me has confiado.

Cartas a Ibn Maimun

Capítulo 38

El sultán me da la bienvenida; Ricardo de Inglaterra amenaza Tiro; Imad al-Din enferma de amor

«Querido amigo:

«Desearía que estuvieras aquí para hablar contigo y no tener que confiar estas líneas al correo, que no siempre es fiable. Como sabrás, me ponía nervioso la idea de volver a Damasco, pero todo el mundo me dio la bienvenida. Algunos emires llegaron incluso a decirme que consideraban mi regreso como un buen augurio, porque cuando yo acompañaba al sultán, no perdía una sola batalla.

«Todo cambia. La suerte fluctúa, como el precio de los diamantes en el mercado de El Cairo. Cuando me fui de su lado, hace de esto casi dos años, el sultán había conquistado ya las cumbres más altas. Sus ojos eran dos carbúnculos, el sol daba color a sus mejillas y su voz sonaba relajada y feliz. El éxito aleja el cansancio. Cuando le vi aquella mañana, se mostró claramente encantado de verme, se puso de pie y besó mis mejillas, pero su aspecto me sorprendió. Tenía los ojos hundidos, había perdido peso y estaba muy pálido. Observó mi sorpresa.

»—He estado enfermo, escriba. La guerra contra esos condenados infieles ha empezado a agotarme, pero puedo mantenerlos a raya. No es simplemente el enemigo lo que me preocupa. La nuestra es una fe emocional e impulsiva. La victoria en la batalla afecta a los creyentes del mismo modo que el *banj*. Lucharán sin pausa para repetir nuestro éxito, pero si por alguna razón éste se nos escapa, si se precisan paciencia y habilidad más que simple valor, nuestros hombres empiezan a perder su impulso. Afloran las disensiones y algún estúpido emir piensa: "Quizás este Salah al-Din no sea tan invencible como pensábamos. Quizá debería salvar mi piel y la de mis hombres", y con esos innobles pensamientos, deserta del campo de batalla. Quizás otros emires, desmoralizados por nuestra falta de éxito, piensan para sí que durante los últimos seis meses ellos y sus hombres no han disfrutado del botín de la guerra. Imaginan que son mis hermanos, mis hijos y mis sobrinos quienes se están beneficiando y se pelean y se vuelven a Alepo. Es un asunto agotador, Ibn Yakub.

» "Tengo que luchar sin descanso en dos frentes a la vez. Por eso no he tomado Tiro en los meses transcurridos desde que tú todavía estabas

conmigo. Creía que los hombres no serían capaces de resistir un sitio tan largo. Resultó que estaba equivocado. Sobreestimé el alcance de la presencia de los francos en la ciudad, pero si hubiera confiado en mis propios soldados, habría corrido el riesgo. El resultado, amigo mío, es un caos. Los reyes francos llegan atravesando el mar con más soldados y más oro. ¿Nunca se rinden? Bienvenido de vuelta a casa, Ibn Yakub. Te he echado de menos. Al-Fadil salió hacia El Cairo esta mañana e Imad al-Din no ha venido a verme desde hace una semana. Dice que le duelen las muelas, pero mis espías me aseguran que lo que le duele es el corazón. ¿Recuerdas a Shadhi? ¡Siempre se refería a Imad al-Din como el que es capaz de tragarse el pene de un burro!

»Rió en voz alta al recordarlo, y yo me uní a él, encantado de ver que mi regreso le había puesto de buen humor.

»Más tarde fui a ver a Imad al-Din, que me recibió amablemente. Los informadores del sultán tenían razón. El gran maestro estaba sufriendo el dolor asociado al amor rechazado. Se quejaba amargamente de que el Tesoro no le pagaba su salario desde hacía muchos meses, y por esa razón había decidido no visitar al sultán.

»Eso me sorprendió, pero al querer sonsacarle más cosas confesó la verdadera razón de su estado. Me cargó con sus problemas. No hay nada más tedioso, Ibn Maimun, que escuchar a un hombre que charla sin cesar de su corazón herido como si se tratara de un jovencito de quince años al que le rompen el corazón por vez primera. Pero como era yo quien había ido a verle, resultaba difícil acabar con la visita.

«Recordarás a cierto intérprete copto que una vez te mencioné, de nombre Tarik ibn Isa. El que atrajo la mirada lasciva de nuestro gran erudito en Jerusalén, poco después de entrar en la ciudad. El sultán estaba encantado con las habilidades del muchacho y, siguiendo el consejo de Imad al-Din, el copto entró a formar parte del séquito de Salah al-Din. Así es como Tarik se fue a Damasco. Aquí Imad al-Din, desesperado por dar rienda suelta a su lujuria con el joven, le perseguía sin vergüenza alguna. Escribió versos en su honor, contrató juglares para que cantasen cuartetos junto a su ventana en las noches de luna, incluso amenazó con hacer despedir al chico del servicio del sultán si no se sometía a su voluntad. Ahora el joven ha desaparecido, para consternación de toda la corte, y el gran hombre se muestra inconsolable.

»Por supuesto, el más sabio de los secretarios del sultán no ve las cosas de la misma manera. Cuenta la historia de una forma muy diferente, y dejo a tu gran discernimiento, Ibn Maimun, que la juzgues.

«Hablando con esas expresiones grandilocuentes que tan bien he

llegado a conocer, y que me agradaba escuchar sólo porque no las había oído desde hacía largo tiempo, me dijo:

»—Lo que no puedo entender, Ibn Yakub, es la resistencia obstinada de ese jovencuelo. ¿Levantas las cejas? Sé lo que estás pensando. Que a ese muchacho no le atraigan los hombres. Yo también lo pensé, pero te equivocarías si hicieras tal suposición. Hice que le siguieran y descubrí que amaba a un hombre no mucho más joven que yo mismo, pero con una diferencia importante. El amante de Tarik era un hereje, un blasfemo, un escéptico. Procedía de Alepo, pero predicaba sus maldades en la más pura de nuestras ciudades. Alegaba que era descendiente de Ibn Awjal. Conoces bien nuestra fe, Ibn Yakub. ¿Has oído hablar de Ibn Awjal? ¿No? Eso me sorprende.

»"Vivía en Kufa, cien años después de la muerte del Profeta. Se convirtió a nuestra fe, pero estaba desesperado por hacerse famoso. Quería ser un gran hombre. Así que publicó cuatro mil hadices y se le consideró un sabio, pero todos sus hadices eran falsos. Se los había inventado todos, y puso un lenguaje blasfemo y erótico en boca de nuestro Profeta. Se dice que uno de sus hadices contaba que el Profeta había asegurado que cualquier mujer que permitiera que un hombre la viera en estado de desnudez, aunque fuera por accidente, tenía que entregarse a ese hombre, y si ella se negaba, el hombre tenía derecho a tomarla contra su voluntad. Que Alá queme a ese hijo de ramera en el infierno para siempre. Había otros de ese tipo, peores aún. En uno de ellos, Ibn Awjal atribuía al Profeta el dicho: 'Fornica con tu camello a tu gusto, pero no se lo hagas en medio del camino'. Otro hadiz establecía que a condición de que el ángel Gabriel diera su aprobación, un creyente podía satisfacer sus deseos de la manera que considerase oportuna. En otra ocasión escribió que el Profeta había dicho a su yerno Alí que no desnudara su trasero ante persona alguna, y reclamaba que faltaban dos palabras del hadiz original. Estas locuras e invenciones no podían quedar sin castigo. Era inaceptable burlarse del Profeta de esa manera. Ibn Awjal fue arrestado por el cadí de Kufa y admitió que se estaba inventando los hadices. La justicia fue rápida. Fue ejecutado inmediatamente después del juicio.

»"El amante de Tarik decía que descendía de Ibn Awjal y empezó a explicar a sus seguidores que muchos de los hadices publicados por su blasfemo antepasado eran auténticos. Cuando oí estas noticias, me negué a creer a mi informador, que se había introducido en los círculos más íntimos de aquel hereje. Informé al cadí, que los hizo arrestar a todos excepto a Tarik. A diferencia de su antepasado, este cerdo escéptico negó

todo conocimiento de lo que había averiguado mi informador en la corte. Tuvo la audacia de alegar que yo había inventado falsas pruebas para quitarle de en medio por razones que yo sabía demasiado bien. El cadí no tuvo misericordia. El sultán dio su aprobación. Fue ejecutado. Aquel mismo día Tarik desapareció para siempre. Nadie le ha visto, pero corren rumores de que se quitó la vida y hay quien asegura que se vio su cuerpo flotando río abajo.

»"Me dicen que tu amiga Jamila se puso furiosa cuando supo lo de la ejecución. Irrumpió en la cámara de Salah al-Din y le fustigó con su afilada lengua. Esa mujer nunca es ambigua ni discreta, ¿verdad? Me envió una carta denunciándome como malvado fornicador y libertino y sugiriendo que esta ciudad quedaría mucho más limpia si me castraran. Ésas son las verdaderas razones de mi tristeza, Ibn Yakub, aunque mentiría si te negara que el Tesoro parece haber olvidado mi existencia y que ese hecho me causa una irritación considerable.

»Yo estaba entristecido cuando salí de casa de Imad al-Din. Caminé lentamente hacia mi casa, temiendo el silencio con que me encontraría cuando entrase en el patio. Esta casa está llena de recuerdos de Raquel, y creo que al final me llevaré todas mis pertenencias y me trasladaré a la ciudadela. Estaba redactando mentalmente una carta en ese sentido para enviársela al mayordomo cuando se me acercó la familiar figura del mudo nubio, que me entregó una nota de la sultana Jamila solicitando mi presencia. Nada había cambiado en la ciudad. Sonreí y seguí al mudo hasta la ciudadela. Es extraño, ¿verdad, Ibn Maimun?, volver a un lugar después de una larga ausencia y encontrar que las viejas rutinas siguen igual que siempre... El sultán lucha en sus guerras, Imad al-Din se queda enfurruñado en su casa y la sultana me llama para conversar.

»Me saludó como a un viejo amigo. Por primera vez me tocó. Me acarició la cabeza y expresó su dolor por la pérdida de mi familia. Luego susurró a mi oído: "Ambos hemos perdido a seres queridos. Eso nos acerca mutuamente. No nos dejes nunca más. El sultán y yo te necesitamos".

»Por supuesto, sabía que yo había visitado a Imad al-Din. Nada se le escapa. Hasta la conversación más trivial relativa al sultán o a los más próximos a él llega a sus oídos. Esto la convierte en una de las personas mejor informadas del reino. Su autoridad es tal que pocos le niegan la información que desea.

»Jamila quería un relato exacto de nuestra conversación. Iba a hablar cuando me di cuenta de que no estaba sola. Sentada en un taburete detrás de ella se encontraba una joven de extraordinaria belleza, cuyo rostro, de

tristes y expresivos ojos, me era extrañamente familiar.

»La joven llevaba un vestido de seda amarilla y un pañuelo a juego que le cubría la cabeza. Llevaba *kohl* para realzar la belleza de los ojos, aunque en realidad no necesitaba realce alguno. Sorprendido por la presencia de aquella joven desconocida, miré inquisitivamente a Jamila.

»—Es Zainab. Mi escriba. Recoge mis palabras con tanta rapidez que mis pensamientos tienen que correr para seguir su marcha. Su velocidad te avergonzaría, Ibn Yakub. Habla ahora. ¿Qué te contó ese viejo charlatán?

»Le conté mi conversación con Imad al-Din, y en el transcurso de mi perorata las dos mujeres intercambiaron miradas en varias ocasiones. Entonces habló Jamila, con rabia contenida en la voz, aunque su lenguaje me sorprendió.

»—¡Shadhi no estaba equivocado con ese chupador de penes de burro! Todo lo que te ha contado es una pura mentira. Hizo que ejecutaran a un hombre inocente, un hombre cuyo único crimen era ser un escéptico, pero también lo soy yo, y también lo es Imad al-Din, e incluso tú has expresado pensamientos heréticos, como es bien sabido. Sólo los simplones se niegan a dudar de las cosas. Un mundo sin dudas nunca avanzará. Cuando Salah al-Din era joven, también fue escéptico. ¿Te sorprende? ¿Por qué crees que no hizo nunca la peregrinación a La Meca? Ahora está desesperado por congraciarse con su Creador, pero cuando tuvo la oportunidad, la rechazó. Imad al-Din ordenó la ejecución porque estaba celoso. El viejo no podía soportar la idea de verse rechazado y buscaba un chivo expiatorio. Esto me disgusta mucho, y ya le dije a tu sultán que debía castrar a su secretario. No hay muchacho alguno de Damasco que se encuentre a salvo cuando la savia corre por ese viejo tronco.

»Hizo una pausa en ese momento para reír y miró a Zainab buscando su aprobación, pero en los ojos de la joven había lágrimas, y esto puso furiosa de nuevo a Jamila.

»—Mira de cerca a Zainab, escriba. Imagínatela con un traje masculino, traduciendo una carta en latín al sultán.

»Yo estaba atónito. Ahora sabía dónde había visto antes aquella cara. ¡En Jerusalén! Debía de ser la hermana gemela de Tarik ibn Isa.

»—Su hermana no, idiota. ¡Ésta es "Tarik ibn Isa"! El padre de Zainab, un viejo sabio copto, la educó como si fuera un muchacho. Vivían en Jerusalén, pero rezaban por su liberación. Los caballeros francos no hacían demasiado caso a los coptos, a quienes tenían por malos cristianos y herejes. Cuando el mayordomo de Salah al-Din buscaba un traductor, el

padre de Zainab la disfrazó de hombre y la envió a la corte. El resto ya lo sabes. Dejemos que Imad al-Din piense que causó la muerte de Tarik ibn Isa. Dejémosle sufrir durante el resto de su vida.

«"Estamos pensando incluso en disfrazar a Zainab de fantasma y enviarla a rondar el dormitorio de Imad al-Din. ¿Crees que eso podría matarle de miedo?

»Miré a Zainab. Había recuperado la compostura y estaba encantada de ver que su historia me había dejado asombrado. También podía ver, por la expresión de los ojos de Jamila, que había encontrado una sustitua para la perdida Halima.

«Contrariamente a lo que se suele decir, Ibn Maimun, la veleidad del corazón de una mujer es algo que no podremos igualar jamás.

«Mis más cálidos saludos a tu familia.

»Tu viejo amigo,
»*Ibn Yakub*»

Capítulo 39

La plaga de los francos vuelve a Acre y Salah al-Din se siente deprimido; me confía sus más íntimas dudas

«Te envidio, querido amigo Ibn Maimun. Envidio tu hermoso hogar a las afueras de El Cairo. Envidio tu paz de espíritu y desearía no haber abandonado nunca el santuario que tan amablemente me ofreciste en los momentos de necesidad.

»Estoy en deuda contigo. No te escribo desde hace muchos meses, pero la verdad es que he estado viajando todo este tiempo, siguiendo al sultán. Cómo ha cambiado todo. El azar de esta guerra es mudable. Te escribo desde Acre, ciudad sitiada por los francos, cuya decisión de atacarla nos cogió a todos por sorpresa. Salah al-Din estaba a dos días de camino, pero volvió a uña de caballo con sus soldados, superados en número ampliamente por los francos.

»Tal es la fama de nuestro sultán que la sola noticia de que se aproximaba puso nervioso al enemigo, que sin luchar se retiró a sus campamentos. Enviamos a algunos de nuestros soldados de vuelta a Acre y a los mensajeros en busca de ayuda. Taki al-Din dejó su vigilancia de Antioquía y se unió a nosotros, al igual que Keukburi. Como sabes, a estos dos emires les confiaría el sultán su propia vida, y su llegada le levantó la moral.

«La respuesta del resto de regiones fue limitada. Las luchas internas entre los gobernantes de Hamadán y Sinjar y algunas otras ciudades han tenido como consecuencia que sus objetivos ya no coinciden con los de Salah al-Din.

«Cuando los francos se decidieron a luchar, los resultados no fueron claros. No hubo ni victoria ni derrota para ninguno de ambos bandos. Nuestra posición se va haciendo cada vez más débil y los francos se vuelven cada día más audaces, pero la victoria final puede ser nuestra. La situación, mientras te escribo, es la siguiente: imagínate a los francos tratando de sitiar Acre y para ello cogiéndonos por sorpresa. Ahora cierra los ojos e imagínate que nuestro Salah al-Din llega a la chita callando por detrás de los francos y transforma a los sitiadores en sitiados, dando la razón a las inmortales palabras de Imad al-Din: "Después de ser como la ceja que enmarca el ojo, ahora se han convertido en el ojo rodeado por la frente".

»Sus imágenes son potentes, pero creo que las inventa para ocultar la desesperación que siente en realidad. Empezamos este año con el sultán reconocido como autoridad suprema de Palestina. Ahora, una vez más, estamos luchando por nuestra supervivencia, y el sultán a veces desea no haber abandonado nunca El Cairo.

«Nunca descansa. No duerme más de dos o tres horas cada noche. Me gustaría que estuvieras aquí para que pudieras aconsejarle cómo preservar su salud. Mirándole estos días me parece como una vela que todavía desprende una llama penetrante pero que se va consumiendo poco a poco. Tiene más de cincuenta años, pero dirige a sus soldados en la batalla como si tuviera veinte, con la espada desenvainada y sin preocuparse por nada en este mundo y, sin embargo, sé que está muy angustiado por la situación de su ejército. Eso está empezando a afectar a su salud espiritual y física. Lleva tres días sin dormir. Su rostro está pálido, sus ojos, normalmente alerta y vivarachos, están indiferentes. Creo que necesita a alguien que esté junto a él, con quien poder compartir sus preocupaciones. Como siempre, yo desearía que Shadhi estuviera aquí, pero hasta Imad al-Din o nuestro gran cadí al-Fadil serían una presencia útil. Puedes mencionarle mis preocupaciones a al-Fadil si esta carta te llega algún día. Yo no soy un buen sustituto para esos tres hombres, y sin embargo soy el único aquí que le conoce bien y que ha estado a su lado durante más de diez años. ¿Realmente han pasado diez años desde que me recomendaste a él, Ibn Maimun? Qué cruel es el tiempo.

»El sultán me habla mucho estos días, y a veces tengo la sensación de que desearía que yo dejase de ser un simple escriba. Me mira a los ojos buscando una respuesta que le consuele y apacigüe sus miedos, pero, como tú muy bien sabes, yo no tengo conocimientos en temas militares, y mi saber sobre los emires de Damasco y sus rivalidades es bastante limitado. Nunca he sido tan consciente de mis propias limitaciones como en este viaje en particular; cuando Salah al-Din me ha necesitado, yo no he podido ofrecerle nada.

«Recuerdo que me explicaste hace mucho tiempo que cuando las mentes están agitadas, todo lo que podemos ofrecerles a nuestros amigos es sentarnos tranquilamente y escucharles relatar sus infortunios. La gente en tal estado raramente sigue el consejo de nadie, e incluso puede resentirse si uno les dice algo que no desean oír. Decías todo esto en relación con el amor, pero la emoción que corroe al sultán es la indecisión frente al enemigo. Sopesa siempre dos o tres alternativas, pero es incapaz de decidir cuál de ellas tomar.

»Yo me siento y escucho su triste voz. Ayer me hizo llamar a su tienda cuando la luna llena estaba en su cénit. Yo ya me había dormido, pero mientras caminaba hacia su tienda, el aire fresco me despejó la mente. Éstas fueron las palabras exactas que me dijo el sultán:

»—No pasa una noche, Ibn Yakub, sin que sienta que Alá me está llamando. Ya no voy a vivir mucho tiempo, escriba. He pasado cincuenta años en este mundo, lo cual es una bendición de Alá. Al hombre que llega a los cincuenta le pasa una cosa extraña. Deja de pensar en el futuro y piensa cada vez más en el pasado. Sonríe por los buenos recuerdos y se avergüenza de nuevo de las locuras de las que se siente culpable.

» "Estas últimas semanas he pensado mucho en mi padre, Ayyub. En el curso de su vida mi noble padre, ojalá se halle feliz en el paraíso, nunca cayó de rodillas para complacer a un gobernante. Siempre mantuvo la cabeza alta. No le gustaba oír alabar sus virtudes, y era sordo a los halagos y adulaciones, que son parte de la vida diaria en la ciudadela. Siempre hallaba placer complaciendo a otros.

»"Era un hombre generoso. Como Shadhi seguramente ya te contó, sentía una gran debilidad por las criadas. Pareces sorprendido, Ibn Yakub. ¿Debo interpretar que el siempre indiscreto Shadhi te ocultó este hecho? ¡Alá me proteja! Estoy sorprendido. No era ningún secreto. Cuando una nueva criada se le acercaba, mi padre notaba que el miembro viril se le alzaba, y él nunca desperdiciaba su semilla. Una vez mi madre le reprochó esto y él la hizo callar con un hadiz, de acuerdo con el cual, si debemos creerlo, 'la cuota de cópulas de un hombre está predestinada, y tiene que realizarla bajo cualquier circunstancia'.

»"Mi madre, que era una mujer muy directa, después de unas pocas frases que contenían una selección de los mejores insultos kurdos, que no repetiré ahora, le preguntó cómo era posible que los hombres encontrasen siempre un hadiz que justificase todo lo que hacían a las mujeres, pero que al contrario no pasara nunca. ¿Por qué te hablo de él en estos términos? Te he mandado llamar para discutir temas más urgentes, pero tu presencia siempre me recuerda al viejo Shadhi, y me encuentro hablando contigo como solía hacerlo con él, de una manera que nunca he podido hacer con al-Fadil o Imad al-Din, ni siquiera con mis propios hermanos.

»"La mayoría de mis emires y soldados imaginan que yo tengo la solución para todos nuestros problemas, pero nosotros sabemos que no es así. Un gobernante puede ser fuerte o débil, pero siempre está solo. Hasta el último califa fatimí de El Cairo, rodeado de eunucos y adicto al

banj, que le mantenía apartado de la realidad, incluso él lloró una vez en mi presencia y me confesó cómo la falta de amigos verdaderos, aunque fuera uno solo, le había causado más dolor que cualquier otra cosa, incluida la pérdida real de poder.

»"Yo he sido afortunado. He tenido buenos amigos y consejeros, pero esta guerra ha durado demasiado tiempo. No niego mis errores. Debimos tomar Tiro después de al-Kadisiya. Fue un grave error por mi parte dirigirme a la costa, pero no era un problema irreparable. Estoy empezando a pensar que hay algo muy hondo en todos aquellos que creemos en Alá y su Profeta. Es casi como si este credo estuviera tan profundamente enraizado en nosotros que no sintiéramos la obligación de creer en nada más. ¿Cómo si no podríamos explicar la degeneración que ha tenido lugar en Bagdad? Ni siquiera el adalid de los fieles en persona se atrevería a compararse con los cuatro primeros califas.

»"Nuestra fe, que nos inspiró en los primeros días para construir un imperio que se extendió por mares y desiertos y llegó a tres continentes, ahora parece haber descendido a la categoría de simple gesto. Nos gustan los extremos. Cuando, en contra de todas las probabilidades, Alá nos concede una dramática victoria, nos alegramos como niños que han ganado jugando al escondite. Durante los meses siguientes vivimos de esa victoria. Alá es alabado y todo va bien.

»"Tras una derrota, caemos en lo más bajo, hasta el propio corazón del desconsuelo. Lo que no comprendemos es que no hay victoria sin derrota. Todo gran conquistador de la Historia ha sufrido contratiempos. Somos incapaces de tener perseverancia. Después de unos pocos reveses solamente, nuestra moral sufre, nuestro espíritu se debilita y nuestra disciplina desaparece. ¿Estaba escrito en las estrellas? ¿Nunca cambiaremos? ¿Nos ha condenado la crueldad del destino a una permanente inestabilidad? No sé cómo responderemos a Gabriel cuando el día del Juicio Final nos pregunte: 'Oh, seguidores del gran profeta Mahoma, ¿por qué cuando más os necesitabais no os ayudasteis unos a otros frente al enemigo?'

«"Nuestros emires se desmoralizan y descorazonan fácilmente. Las victorias fáciles están muy bien, pero cuando la voluntad de Alá se ve frustrada por los infieles, entonces nuestros emires se espantan, y cuando los hombres que luchan a sus órdenes observan esa situación, pierden la esperanza y se dicen unos a otros: 'Nuestro emir echa de menos su vino y sus mujeres. Yo también echo de menos a mi familia. No hemos recibido ninguna paga desde hace meses. Quizás esta noche, cuando el campamento duerma, deberíamos volver a nuestro pueblo'.

»"No es fácil mantener alta la moral de un gran ejército estando permanentemente en estado de alerta. Los francos tienen ventaja sobre nosotros. Sus soldados cruzan los mares. No pueden desertar con tanta facilidad como nosotros. Todo esto me enseña que los hombres sólo luchan por una causa más grande que sus propios intereses si están convencidos, convencidos de verdad, de que aquello por lo que están luchando les beneficiará a todos y cada uno de ellos.

«"Cuando era niño, en Baalbek, y el sol brillaba en el cielo azul, a menudo salía con mis hermanos a jugar junto al río. De pronto, unos grandes nubarrones negros cubrían el cielo como una manta, y antes de poder refugiarnos ya había estallado la tormenta, metiéndonos el miedo en el cuerpo con sus relámpagos y sus rayos. Sólo cuando mis soldados son como aquellas tormentas puedo comportarme yo como el rayo. Eso es lo que ellos no entienden y los emires, con pocas excepciones, son incapaces de enseñarles. El resultado es lo que ves a tu alrededor. Un ejército en desorden. Nuestro buen amigo Imad al-Din está abrumado por el miedo y la preocupación. Me escribe para informarnos de que los francos están a la deriva, como una plaga. Mientras continúen llegando por mar y nuestras tierras sigan dándoles cobijo, lo conquistarán todo. Nuestro gran estudioso muestra confianza en mi habilidad para subirme al mismo caballo que él y cabalgar a defender Damasco, y me sugiere que le seguiré muy pronto. Supongo que prefiere que le feliciten mientras vive que ser alabado póstumamente por su martirio. En fin, ése es un camino muy frecuentado por los sabios de nuestro reino. Pero no es un camino por el que yo pueda transitar.

»He transcrito estas palabras exactamente tal como las pronunció él, y así te harás una idea de su estado de ánimo. Me preocupa que pueda fallarle la salud, y con ella toda nuestra causa, y que los francos puedan recuperar Jerusalén y quemar vivos a todos los nuestros, como hicieron la primera vez.

«Espero que esta carta te encuentre con buena salud y que tu querida familia haya conseguido sobrevivir al verano de El Cairo.

»Tu humilde alumno,

»*Ibn Yakub*»

Capítulo 40

Caída de Acre; historia de Ricardo Culo de León según Imad al-Din; muerte de Taki al-Din

«Mi querido y muy estimado amigo:

»Hay razones más que suficientes por las cuales no te he escrito desde hace varios meses. He viajado mucho de un campamento a otro, siguiendo al sultán como un perro fiel y feliz de ocupar su lugar. En los viejos tiempos, antes de que mi familia se abrasara en el fuego, hubo ocasiones en que me molestaba que me llamasen a la real presencia sin avisarme siquiera un momento antes. Ahora creo que me necesita de verdad. Quizá sean puras fantasías, pero lo cierto es que yo le necesito a él. A su lado me olvido del pasado. Mi mente debe permanecer clara para comprender los acontecimientos que se producen todos los días.

»A veces cuando te escribo me acuerdo de la vieja casa del barrio judío de El Cairo y lloro. Suele sucederme las noches frías como la de hoy, sentado en una tienda y envuelto en una manta, calentándome las manos ante una fogata. Los recuerdos de las noches de invierno en El Cairo hace muchos años se apoderan de mí. Ésa era una de las razones del retraso. Pero hay otra. No estaba seguro de que hubieras recibido mis anteriores cartas, y no tenía tiempo de hacer investigaciones a causa del desastre. Todos hemos llorado la pérdida de Acre.

»Por tanto, me sentí encantado de recibir tu mensaje a través del correo del sultán, y estoy muy contento de ver que mis cartas anteriores te han llegado bien. También me siento conmovido por tu preocupación por mi salud, pero respecto a eso no hay motivo para alarmarse. Es el estado mental del sultán lo que me preocupa. Ese hombre puede pasar cincuenta días seguidos a lomos de un caballo con descansos únicamente de tres horas por noche, e inspirar a todos sus hombres, pero me temo que un día caerá muerto y nos dejará huérfanos y sumidos en la más profunda pesadumbre.

«Entiendo tu irritación contra Imad al-Din, pero no eres completamente justo en tus apreciaciones. Tal como hemos discutido alguna que otra vez, tiene muchos malos hábitos. Su espíritu está nublado por la arrogancia, y los movimientos de su cuerpo a veces son ofensivos, especialmente su costumbre de levantar un poco la nalga izquierda cuando lanza una ventosidad, pero ese defecto se ve contrarrestado por sus muchas y nobles cualidades, que trascienden toda su debilidad. Es un hombre de espíritu romántico. Su alma es gentil. Y basta ya de él por el momento. Volveré más tarde a este tema.

»La magnitud del desastre que nos sobrevino en Acre no se puede minimizar. Felipe de Francia y Ricardo de Inglaterra tomaron la ciudad. No teníamos barcos para resistir sus galeras, y los intentos de Salah al-Din de distraer su atención con un ataque por sorpresa a sus campamentos no consiguieron su propósito. La gran armería de Acre contenía todas las armas de la costa, más las de Damasco y Alepo. Los emires en la ciudadela enviaron al sultán varios mensajes pidiéndole ayuda e informándole de que si no se les socorría, no tendrían otra alternativa que pedir clemencia a los francos.

»La secuencia de los acontecimientos fue la siguiente: según la situación se deterioraba, tres de los emires dirigentes huyeron de la ciudad con un pequeño bote amparándose en la oscuridad. Su cobarde villanía sólo fue conocida a la mañana siguiente, y causó un gran decaimiento en la moral de los soldados. Intuyendo la derrota, el comandante Qara Kush, a quien conocerás mucho mejor que yo de sus días en El Cairo, pidió ver a los sultanes de Inglaterra y Francia para negociar una rendición y la retirada de los soldados. Felipe estaba dispuesto a aceptar las condiciones de Qara Kush, pero Ricardo prefería humillar a nuestro ejército y rehusó. Salah al-Din envió un mensaje prohibiendo la rendición, pero aunque nuestro ejército había recibido refuerzos, no pudimos romper el sitio. Qara Kush se rindió sin autorización del sultán, pero Ricardo insistió en imponer unas condiciones extremadamente duras. Qara Kush sintió que no tenía otra alternativa que aceptar la oferta.

»Fue el revés más grande sufrido por Salah al-Din. No había sido derrotado ni una vez en catorce años, y lloraba como un niño. Eran lágrimas de rabia, de desesperación y de pena. Sentía que con un liderazgo más fuerte en la ciudad, ésta no habría caído. Se lo reprochó a sí mismo. Arremetió contra la cháchara inútil del consejo. Prometió que nunca abandonaría la lucha para probar el espíritu y la fe de los creyentes. Habló de una luz oculta temporalmente tras una nube y juró en nombre de Alá que las estrellas volverían a brillar antes de romper el alba. Era difícil no conmoverse por sus lágrimas o las palabras que las acompañaban.

«Ricardo de Inglaterra envió un mensajero pidiendo reunirse a solas con el rey en presencia de un intérprete, pero el adalid de los leales rechazó con desprecio esta petición. Le dijo al mensajero: "Dile a tu rey que él y yo no hablamos el mismo lenguaje".

«Ricardo rompió su palabra en diversas ocasiones. Le había prometido a Salah al-Din que liberaría a nuestros prisioneros a condición de que respetáramos nuestra parte de los acuerdos de rendición. Lo hicimos. Enviamos el primer plazo del dinero. Los líderes francos respondieron con la falta de honradez que les caracterizaba desde que llegaron por primera vez a estas tierras.

«Un viernes, día sagrado para los seguidores del profeta Mahoma, Ricardo ordenó la ejecución pública de tres mil prisioneros y sus caballeros arrojaron las

cabezas de los ajusticiados al polvo. Cuando llegaron noticias de este crimen a nuestro campamento, un espantoso lamento clamó al cielo y los soldados cayeron de rodillas rogando por sus hermanos asesinados. Salah al-Din juró venganza y ordenó que en adelante los francos no fueran cogidos prisioneros con vida. Hasta él, el más magnánimo de los gobernantes, había decidido seguir la ley del ojo por ojo.

«El sultán pasó una semana entera sin comer, hasta que una mañana, después de deliberar en secreto, Taki al-Din, Keukburi y yo nos arrodillamos ante él y le rogamos que rompiera su ayuno. Él tomó un cuenco de nutritivo caldo de pollo de mis manos y empezó a bebérselo poco a poco, saboreándolo. Nos miramos unos a otros, sonreímos y suspiramos con alivio. En cuanto terminó, habló de una forma directa a su sobrino Taki, a quien él favorece más incluso que a sus propios hijos, y quien secretamente desearía que le sucediera como sultán, aunque teme una lucha fratricida si insiste en su elección.

«—Nunca diré esto en público —habló Salah al-Din con débil voz—, pero vosotros tres estáis entre mis amigos más cercanos y queridos. No estoy triste por Acre. Perdimos otras ciudades en el pasado y una sola derrota, por sí sola, puede cambiar poco las cosas, pero lo que me preocupa es la falta de unidad en las filas de los creyentes. Los amigos de Imad al-Din en la corte del califa en Bagdad le han informado de que, en privado, el califa está encantado con que hayamos perdido Acre. ¿Por qué os sorprendéis tanto? Desde que tomé al-Kadisiya, el adalid de los creyentes y sus consejeros me han mirado con ojos temerosos. Creen que soy demasiado poderoso porque la gente común me aprecia más que al califa. Sus enfermas mentes, arruinadas por el *banj*, ven su victoria en nuestra derrota.

«Era la primera vez que el sultán cuestionaba directamente la devoción y el liderazgo del califa en mi presencia. Yo estaba asombrado, pero también encantado de que se me considerase un consejero de confianza, al mismo nivel que Imad al-Din y tu amigo el inimitable cadí al-Fadil.

«Desde la caída de Acre, hemos sufrido otra gran derrota en Arshuf, y el sultán ahora está concentrando todos nuestros esfuerzos en la defensa de Jerusalén. No ha habido victorias fáciles para los francos. Han sufrido grandes pérdidas, y muchos de los soldados recién llegados del otro lado del mar encuentran difícil adaptarse al calor de agosto en Palestina. Ricardo ha solicitado ver al sultán. Éste se lo ha negado, pero al-Adil se reunió con él y hablaron durante largo tiempo. Ricardo quería que le entregásemos Palestina, pero la desfachatez de la propuesta indignó a al-Adil y rehusó.

»A lo largo de los últimos noventa años, incluso cuando hubo un intervalo de paz en la larga guerra, nunca vimos a esa gente de otro modo que como usurpadores... extranjeros que estaban aquí en contra de nuestra voluntad y a causa de nuestra debilidad. Ricardo era solamente el último de una larga lista de

caballeros brutales que habían venido a parar a estas costas. En nuestro bando, el manto de la diplomacia oculta una daga de plata. El sultán se pregunta a menudo si este mal sueño acabará alguna vez o si es nuestro destino, como habitantes de una región donde nacieron Moisés, Jesús y Mahoma, estar siempre en guerra. Ayer me preguntó si yo creía que Jehová, Dios y Alá podrían vivir en paz algún día. No pude darle ninguna respuesta. ¿Puedes dársela tú acaso, amigo mío?

»Imad al-Din llegó de Damasco la mañana en que al-Adil rechazó desdeñosamente las condiciones de paz de Ricardo. Pasó la mayor parte del día hablando con algunos caballeros francos que habíamos capturado por sorpresa y que iban a ser ejecutados al ponerse el sol. Tres de ellos se convirtieron a la fe del Profeta y fueron perdonados, pero los tres estaban ansiosos por hablar con Imad al-Din.

»A la mañana siguiente yo estaba defecando al borde del campamento cuando Imad al-Din se unió a mí para realizar la misma función. Una vez nos hubimos lavado y sentado a desayunar, empezó a contarme historias de Ricardo que no había oído nunca.

»—Uno de los caballeros francos decía que Ricardo luchaba con la ferocidad de un león. Decía que por ese motivo le llamaban Corazón de León. Esa información fue ratificada por los otros, y creo que nuestro conocimiento de sus actividades bélicas confirma ese aspecto de su carácter. Lucha como un animal. Es un animal. El león, querido amigo Ibn Yakub, como sabemos muy bien, no es la más refinada de las creaciones de Alá.

»"Pero aun aceptando el apelativo en su aspecto positivo, esta opinión no es universalmente sostenida entre los francos. Tres caballeros con los que hablé aparte me dieron otra versión. De acuerdo con ellos, sólo lucha ferozmente cuando está rodeado de otros caballeros.

«"Insisten en que es capaz de los ardides más bajos, de la peor traición y cobardía, y que deserta del campo de batalla antes que cualquiera de sus soldados cuando teme la derrota. La ejecución de nuestros prisioneros en Acre fue la acción de un chacal, no la de un león.

«"Nosotros recordaremos a este rey como Ricardo Culo de León. Me encanta que mi predicción te divierta, Ibn Yakub, pero lo digo muy en serio. He tenido la oportunidad de ver, en varias ocasiones, el ano de algún león muerto, y lo que me llamó más la atención era su gigantesco tamaño. Uno de los inexplicables misterios de la naturaleza.

»"EL culo de Ricardo, por el contrario, no debe su amplitud a la naturaleza. Ejércitos enteros han pasado por él, de acuerdo con mis informantes, y él todavía no está saciado. Secretamente anhela que le penetre al-Adil, el amado hermano de nuestro sultán. Salah al-Din se rió cuando le contaron todo esto, y en mi presencia observó a su hermano:

»"—Buen hermano al-Adil, para promover la causa de Alá, quizá sea necesario que cumplas con tu deber y hagas el supremo sacrificio.

»"Yo me reí mucho ante lo que pretendía ser una broma. Los dos hombres se quedaron silenciosos, me miraron a mí y luego entre sí. Sabía lo que estaba pasando por su mente. Se preguntaban si podría ser yo la persona que hiciera el supremo sacrificio de penetrar en el culo del león. Como puedes imaginar, querido amigo, no di tiempo a que madurase aquella burda idea. Alegando una llamada de la naturaleza, obtuve permiso para dejar la tienda del sultán y no volví.

»Han pasado tres días desde que escribí las líneas anteriores. Ha ocurrido una tragedia. El sobrino favorito del sultán, el joven emir Taki al-Din, murió en el curso de una innecesaria escaramuza con los francos. Él se oponía a aquella refriega, pero se vio presionado por algunos jóvenes de sangre caliente y obligado a dirigirles, cuando él sabía que les superaban ampliamente en número. Salah al-Din se tomó muy mal esta noticia y tiene el corazón enfermo. Realmente amaba a Taki al-Din más que a sus propios hijos. El padre de Taki murió hace mucho tiempo y el sultán lo adoptó prácticamente, tratándole no sólo como a un hijo, sino algo mucho más importante aún, como a un amigo.

«Ocurrió de la siguiente manera: junto con al-Adil y unos pocos emires de Damasco, fui convocado a la tienda del sultán. Cuando llegamos él estaba sollozando con grandes hipidos, y al ver a al-Adil su dolor se recrudeció aún más. Nos sentimos tan afectados al ver aquello que sin conocer siquiera la causa de su dolor empezamos también a llorar. Cuando averiguamos la razón nos quedamos estupefactos. Taki al-Din no era simplemente su sobrino, sino uno de los pocos emires en los que se podía confiar, que comprendían el significado de aquella guerra y que, como esperaba el sultán, la verían desarrollarse hasta el final. El valor de este emir era una fuente de inspiración para sus hombres y su tío, pero éste además sabía que su alma era pura, y esta cualidad era lo que más le gustaba de él. Sin Taki, se hacía muy importante ganar tantas victorias como fuese posible, para desmoralizar a los francos y expulsar a sus dirigentes de vuelta al otro lado de las aguas.

»A la mañana siguiente, el sultán me entregó un trozo de papel que contenía un tributo a su sobrino muerto. En ausencia de Imad al-Din quería que yo le echara un vistazo al poema y lo mejorara antes de enviárselo a sus hermanos y sobrinos. El gran erudito a menudo es un poco brutal al juzgar los escritos del sultán, pero a mí me falta la autoridad o la confianza en mí mismo necesaria para hacer cambios.

»La verdad, Ibn Maimun, es que me gustaron bastante estos versos, y los envié tal como él los había escrito. ¿Estás de acuerdo conmigo?

»Solo en el desierto,
cuento las extintas lámparas de nuestra juventud.
¿Cuántas han sido atraídas a estos lugares de

exterminio?

¿Cuántos más morirán?
No podremos ya llamarles con el sonido de la flauta o
[de las canciones que escribimos,
pero cada mañana al amanecer
los recordaré en todas mis plegarias.
La cruel flecha de la muerte ha reclamado a Taki al-

[Din y

los ásperos muros de este mundo se han cerrado en

[torno a mí.

La oscuridad gobierna;
reina la desolación.

¿Podremos iluminar de nuevo el camino?

»Tu amigo,

»*Ibn Yakub*

(escriba personal del sultán
Salah al-Din ibn Ayyub)»

Capítulo 41

Culo de León vuelve a Inglaterra y el sultán se retira a Damasco

«Querido amigo Ibn Maimun:

»Nos encontrábamos en un estado de gran perplejidad. Los emires no se ponían de acuerdo: de sitiar Ricardo Jerusalén, ¿quién podía asegurar que no tuviera éxito? Había ocasiones en que el sultán iba a al-Aqsa y humedecía las alfombrillas de oración con sus lágrimas. Él tampoco confiaba en que sus emires y soldados fueran capaces de resistir el asalto.

»En un consejo de guerra, un emir se dirigió a Salah al-Din en áspero tono y dijo: "La caída de Jerusalén no perjudicaría la fe. Después de todo, hemos sobrevivido muchos años sin Jerusalén. Es sólo una ciudad y no escasean las piedras en nuestro mundo". Nunca había visto al sultán tan furioso en público. Se levantó y todos nos pusimos en pie a la vez. Entonces se dirigió al emir que había hablado de aquella manera y le miró directamente a los ojos. El emir apartó la vista y cayó de rodillas. El sultán no abrió la boca para responderle. Volvió a su sitio y dijo con suave voz que Jerusalén debía ser defendida hasta el último hombre, y que si caía, él deseaba caer con ella, para que en los tiempos venideros sus hijos recordaran y entendieran que aquélla no era una mera ciudad de piedra, sino un lugar donde se decidió el futuro de nuestra fe. Y entonces salió de la habitación. Nadie habló. Lentamente, la habitación se vació.

»Me quedé yo solo allí y me senté a reflexionar sobre los tumultuosos acontecimientos de los últimos años. Nos habíamos confiado demasiado después de nuestra victoria en Jerusalén. Yo quería al sultán como si fuera mi padre, pero había un rasgo de debilidad en su carácter. A veces, cuando debía ser enérgico, hacer elecciones impopulares, quedarse solo con el convencimiento de que sus instintos eran acertados, vacilaba y permitía que le avasallaran hombres que valían mucho menos que él. A menudo yo deseaba comunicarle mi posición y hablarle como amigo, como tú me has hablado a mí muchas veces. ¿Te preguntas qué le diría? No estoy seguro.

»Quizá susurraría a su oído: "No perdáis el coraje si algún emir deserta ahora, o si los campesinos desoyen vuestras instrucciones y proveen de grano a los francos. Vuestros instintos son acertados. Normalmente tenéis razón, pero la garantía de nuestra victoria final no

reside sino en una extrema reticencia a rendirnos, la más estricta franqueza cuando habláis con nuestros soldados y el rechazo de todo compromiso con los cobardes en nuestras propias filas. Era en esta firmeza, en esa cualidad de jabalina en pleno vuelo, donde residía el secreto de las victorias de vuestro tío Shirkuh".

«Afortunadamente para nosotros, Ricardo estaba demasiado asustado de la derrota. Temía al sol. Temía a los pozos envenenados. Temía nuestra ira, pero por encima de todo temía al sultán. También estaba ansioso por volver a casa. Una de las pocas ocasiones en que oí reír al sultán fue cuando uno de nuestros espías informó de que había graves disensiones en el campo enemigo. Ricardo y el rey francés no estaban de acuerdo absolutamente en nada. Su odio mutuo se iba haciendo tan intenso que empezaba a sobrepasar incluso su deseo de derrotarnos.

»—Alá sea alabado —rió el sultán—, no es sólo nuestro bando el que está dividido por pequeñas rivalidades y ambiciones.

»Él pensaba que era un buen momento para firmar la paz. Los francos podían mantener sus ciudades costeras. "Que se queden con Tiro, Jaffa, Ascalón y Acre. No son nada comparadas con lo que controlamos ahora, y aunque no los hemos echado al mar, el tiempo está de nuestra parte." Así es como razonaba el sultán, y en eso estaba en lo cierto.

«Ricardo había abandonado nuestras costas. Estuvo dos años, pero no consiguió tomar la Ciudad Santa. Su expedición no sirvió para nada. A lo mejor obtuvo gran placer al ejecutar a prisioneros indefensos, pero su cruzada fracasó y ahí reside nuestra victoria.

«Nuestro sultán sigue siendo el único soberano que gobierna esta zona. Sé que no te sorprenderá oír que en cuanto Ricardo dijo adiós a nuestras costas, empezamos a recibir delegaciones de nobles francos, desesperados por conseguir la protección del sultán unos contra otros. Ellos desean comprar su seguridad accediendo a convertirse en vasallos suyos.

»Y así es como volvimos a la ciudadela de Damasco, desde donde escribo estas líneas. Ahora tengo tres grandes habitaciones para mí y se me trata más como a un huésped que como a un sirviente. El chambelán me visita regularmente para asegurar que mis necesidades no son desatendidas. Lo hace siguiendo las instrucciones expresas de su señor. Es como si Salah al-Din hubiera decidido recompensar mi diligencia a lo largo del tiempo asegurándose de que mis últimos años sean agradables y no carezca de comodidades.

»Veo al sultán todos los días. Habla a menudo de su padre y de su tío, pero a quien más echa de menos es a nuestro viejo amigo Shadhi, el

guerrero kurdo que era también tío suyo por sangre y que nunca dudó en decirle la verdad. Ayer me recordaba la "capacidad de Shadhi de convertir la retórica en lógica" y ambos reímos, no como gobernante y sirviente, sino como dos amigos que lamentan la pérdida de algo precioso.

»Me preocupo mucho por él, Ibn Maimun, y sinceramente desearía que pudieras viajar a esta ciudad para atenderle como médico. Necesita cuidados. Su rostro está arrugado y muestra signos de cansancio. Los cabellos blancos predominan en su barba. Los esfuerzos le cansan mucho y le cuesta mucho dormir por las noches. ¿Le puedes recomendar alguna infusión de hierbas?

»Ayer, después de la siesta de la tarde y por puro capricho, mandó llamar a Imad al-Din. El gran hombre no llegó hasta más tarde, mucho después de terminar de cenar. Se disculpó diciendo que le habían comunicado el mensaje del sultán hacía sólo media hora. Salah al-Din sonrió y no contradijo aquella falsedad. Es bien conocido que Imad al-Din evita comer con el sultán debido a los frugales gustos en la comida de éste.

»—¿Qué has cenado esta noche, Imad al-Din, y dónde? —preguntó el sultán, muy serio.

»El secretario se sintió sobresaltado por aquella inesperada pregunta. Sus párpados caídos se alzaron y se puso en posición de alerta.

»—Ha sido una cena modesta, oh adalid de los bravos. Un poco de cordero asado, seguido de una receta mía: codornices en cuajada de leche de oveja con sal y ajo. Eso es todo.

»Nos reímos y él se unió a nuestras risas. Después de un mutuo intercambio de bromas, el sultán anunció su deseo de peregrinar a La Meca y le pidió a Imad al-Din que hiciera los preparativos necesarios. El secretario frunció el ceño.

»—No os lo recomiendo por el momento. El califa se siente envidioso de vos. Sabe que la gente os ama. Él contemplaría vuestra visita a La Meca como un desafío indirecto a su autoridad en Bagdad.

»—Eso son tonterías, Imad al-Din —interrumpió el sultán a su principal consejero de protocolo—. Es el deber de todo creyente visitar La Meca una vez en la vida.

»—Ya lo sé, sultán —replicó el secretario—, pero el califa podría preguntarse por qué habéis elegido precisamente este momento para vuestra primera visita. Incluso puede hacer caso a las lenguas maliciosas que murmuran que fuisteis una vez un escéptico y, como tal, concedéis poca importancia a los rituales de nuestra fe.

»—Haz lo que te digo, Imad al-Din —fue la severa réplica—.

Visitaré La Meca antes de que acabe este año. Informa al califa de mi intención y pregunta educadamente si debo parar en el camino para presentarle mis respetos.

»Una vez aclarada esta cuestión, Imad al-Din se dispuso a retirarse, pero el sultán le ordenó que se quedara.

»—No tengo el placer de verte a menudo estos días, Imad al-Din. Dime, ¿has encontrado un nuevo amante?

»No era propio de Salah al-Din hacer preguntas tan íntimas, y el secretario se vio sorprendido y un poco halagado por la familiaridad que mostraba con él su soberano. Contestó a la pregunta con una broma que no nos hizo gracia ni al sultán ni a mí. Frustrado por el excesivo deseo de privacidad de Imad al-Din, Salah al-Din se puso serio.

»—Sé que has estudiado de cerca la fe cristiana, Imad al-Din. ¿No es cierto que los primeros cristianos, de los que pretenden descender los coptos, contemplaban los iconos e imágenes con la misma repugnancia que nosotros? Aquí incluyo también a Ibn Yakub y los seguidores de Musa, cuya fe, como la nuestra, se basa en el rechazo a la adoración de imágenes. ¿Cómo es posible que los cristianos posteriores abandonaran sus creencias primitivas y empezaran a adorar a los ídolos? Si eso les ocurrió a ellos, ¿no nos podría ocurrir algo semejante a nosotros?

»Por un momento, Imad al-Din se sumió en profundos pensamientos mientras se acariciaba la barba. Una vez hubo ideado una réplica mentalmente, empezó a hablar con calma, como si estuviera instruyendo a un alumno.

»—Los primeros cristianos desechaban, ofendidos, la adoración de las imágenes. En su mayoría eran descendientes del pueblo de Musa, y como tales conservaban muchos de los antiguos preceptos judíos. También eran hostiles a los griegos. De hecho, algunos de los primeros cristianos solían burlarse de los paganos aduciendo que si las estatuas e imágenes fueran capaces de pensar y sentir, la única persona a la que amarían sería a aquel que las había creado.

»"El cambio llegó al cabo de trescientos años, cuando los paganos habían sido derrotados definitivamente. Las luminarias de la Iglesia pensaron que las imágenes de Isa y de los santos y reliquias como la cruz podrían servir como puente entre ellos y una multitud escéptica que recordaba el pasado con afecto, y cuyos recuerdos estaban todavía imbuidos de los aspectos mucho más apetecibles de los rituales paganos. Si los seguidores de Pitágoras podían dejarse conquistar por imágenes de Isa clavado en la cruz, los obispos estarían dispuestos a tolerar ese abandono de su propio pasado.

»"Al recordarles los conversos recientes del paganismo que a su fe le faltaba una Atenea, una Diana, una Venus, ellos tranquilizaron a su nuevos seguidores convirtiendo a la madre de Isa, María, en una de las imágenes más populares de su religión. La figura de una madre les era necesaria, porque gobernaban sobre países donde se había adorado a diosas durante siglos. Nuestro Profeta, la paz sea con él, era consciente de ese problema, pero resistió las tentaciones de Satán al respecto.

»"EL sultán pregunta si nosotros seguiremos el mismo camino. Creo que no. La pureza de nuestra fe está tan unida a la adoración de Alá y sólo a Alá que adorar cualquier imagen sería no sólo profano, sino que representaría un grave desafío a la autoridad del defensor de los creyentes. Después de todo, si el poder residiera en una reliquia o una imagen, ¿por qué aceptar el poder de un ser humano? Sé lo que estás pensando, oh adalid de los inteligentes. ¿El Papa de Roma? Yo he pensado lo mismo, pero a medida que pasen los años, su fe será testigo de cismas y desafíos a la autoridad del Papa. Ésa es la lógica de la adoración de imágenes.

»"Si nosotros fuésemos en esa dirección, nuestra fe, a diferencia de la de los cristianos, no podría soportar la tensión. Se vendría abajo.

»El sultán se acarició la barba pensativo, pero no se dejó convencer por la lógica de Imad al-Din.

»—El poder de nuestro papa o nuestro califa se podría desafiar, Imad al-Din. Eso te lo concedo. Pero no estoy de acuerdo con tu presunción de que todo eso procede de la adoración de imágenes e iconos. No has probado lo que decías, pero el caso me interesa. Habla con el chambelán y convoca una reunión de eruditos la semana que viene para discutir mejor este asunto. Ya no te entretengo más. Estoy seguro de que en algún lugar del corazón de Damasco una bella y joven criatura espera pacientemente a que entres en su cama.

»El secretario no replicó, pero se permitió una sonrisa y besó la mano del sultán al salir. No era tarde, pero Salah al-Din estaba cansado. Dos sirvientes, cargados con toallas, jabones y aceites, vinieron para acompañarle al baño. Me miró con una débil sonrisa.

»—Jamila se pondrá furiosa conmigo por haberte retenido tanto tiempo hoy. Está desesperada por hablar contigo. Como yo, cada vez valora más tu amistad. Tu presencia la tranquiliza. Es mejor que mañana pases el día con ella.

»Yo incliné la cabeza al salir él, apoyando sus brazos en los hombros de los ayudantes. Ambos llevaban lámparas encendidas en la mano derecha y mientras él salía situado entre ellos, la suave luz se

reflejaba en su rostro. Por un momento me pareció una luz como de otro mundo. Del paraíso. Él habla a veces de los inesperados dones que le ha concedido el benévolo destino, y habla de sí mismo como de un simple instrumento de Alá. Es muy consciente de su mortalidad. No se encuentra bien, Ibn Maimun, y eso me pone triste.

»Al día siguiente seguí las instrucciones del sultán y fui a presentar mis respetos a la sultana Jamila. Estaba sola y me dio la bienvenida con mucho afecto. Me tendió un manuscrito, y mientras yo hojeaba sus páginas empecé a temblar por ella y por mí mismo. Ambos podíamos perder la cabeza: ella por escribir las páginas ofensivas y yo por leerlas y no informar al cadí. Su trabajo contenía blasfemias tan flagrantes que hasta el sultán habría tenido problemas para protegerla de la ira de los jeques. Discutiré este tema cuando nos veamos de nuevo, Ibn Maimun. Temo confiárselo al papel porque la carta la lleva un mensajero y es perfectamente plausible que nuestras cartas sean abiertas, leídas por ojos curiosos, su contenido transmitido a al-Fadil y a Imad al-Din y luego vueltas a sellar y despachadas.

»Le rogué a Jamila que quemara el manuscrito.

»—El papel se puede quemar, escriba —replicó ella con fuego en los ojos—, pero mis pensamientos nunca me abandonarán. Lo que no puedes comprender es que me ha ocurrido algo terrible y quiero volver al sur para siempre. Ya no puedo sonreír. El viento me ha quemado los labios. Quiero morir en el lugar donde nací. Hasta que llegue ese día, continuaré transfiriendo mis pensamientos al papel. No tengo intención alguna de destruir este manuscrito. Lo dejaré en un lugar seguro, y lo podrán leer aquellos que comprendan mi búsqueda de la verdad.

»Aunque podía leer la respuesta en sus ojos, le pregunté la naturaleza de la calamidad que le había sobrevenido. Se había cansado de la hermosa joven copta. Su saciado corazón sentía de pronto disgusto por la joven. No ofreció motivo alguno para ello, y no se lo pregunté. Buscaba una Halima y en la copta no la encontró. ¿Continuaría su búsqueda cuando regresase al sur, o se resignaría a una vida de estudio? Estaba a punto de preguntárselo cuando me sorprendió con una oferta inesperada.

»—Tu vida, Ibn Yakub, también se ha visto golpeada por la desgracia. Te has ganado el respeto y la alabanza de todo el mundo, pero tú y yo somos como vagabundos. No tenemos nada. Es verdad que yo tengo dos hermosos hijos, pero están muy lejos y morirán luchando, defendiendo alguna ciudadela en esta maldita guerra. Dudo siquiera que me den nietos que me alegren en mi vejez. Preveo una vida vacía cuando

se vaya el sultán y tú también lo hagas. ¿Por qué no me acompañas al sur? La biblioteca del palacio de mi padre tiene manuscritos raros, incluyendo algunos de los escépticos andalusíes. Nunca te faltará qué leer. ¿Qué dices, escribe? ¿Necesitas tiempo para pensar?

»Yo asentí, expresándole mi gratitud por pensar en mí con tanto cariño. La verdad, Ibn Maimun, es que prefiero volver a El Cairo, encontrar una pequeña habitación y estar a tu lado.

»Tu leal amigo,
»*Ibn Yakub*»

Capítulo 42

Adiós al sultán

«Querido amigo:

»Una niebla densa y fría cubre la ciudadela mientras te escribo estas líneas, pero eso no es nada comparado con las oscuras nubes que cubren nuestros corazones desde hace siete días. Él, que tan acostumbrado estaba a la guerra, ahora descansa en paz, a la sombra de la Gran Mezquita.

»Mi futuro es incierto. El hijo del sultán, al-Afdal, le ha sucedido y desea que me quede aquí como escriba suyo. Jamila está preparándose para salir hacia el sur y desea que la acompañe. Creo que alegaré que tengo mala salud y volveré a El Cairo a rescatar mis pensamientos y reflexionar durante un cierto tiempo sobre la vida de este hombre, cuya partida nos ha dejado a todos en la oscuridad.

»Su salud, como te conté, no era buena. Durante nuestras últimas semanas en Jerusalén suspiraba y se quejaba de falta de sueño, pero insistía en ayunar, cosa que, según le dijeron sus médicos, era innecesaria. El ayuno le debilitó aún más y a menudo le veía con la cabeza colgando, cansada, mirando al suelo.

»Pero el regreso a Damasco le hizo revivir, y su muerte fue aún peor por lo inesperada. El último mes pasó mucho tiempo con su hermano al-Adil y sus hijos. Su salud pareció mejorar. Comía bien y el color volvió a sus mejillas. Se oían muchas risas cuando salía cabalgando de la ciudad para disfrutar de la caza.

»Una vez estábamos sentados en el jardín y su hijo mayor, al-Afdal, vino a presentarle sus respetos. El sultán, que me había estado hablando de su amor por su sobrino muerto, Taki al-Din, se quedó silencioso cuando al-Afdal llegó y besó las manos de su padre. El sultán le miró con expresión grave.

»—Te dejo a ti solo un imperio que se extiende desde el Tigris hasta el Nilo. No olvides nunca que nuestros éxitos se basan en el apoyo que recibimos de nuestro pueblo. Si te apartas de ellos, no durarás mucho.

»En otra ocasión le oí rogar a al-Adil que salvaguardara los intereses de sus hijos. Él sabía, igual que su hermano, que entre los clanes de la montaña no tienen demasiada importancia las leyes hereditarias. El clan elige a los más fuertes de entre sus filas para que les dirijan y defiendan sus intereses. El hermano más joven del sultán, al-Adil, guarda

un gran parecido con su tío Shirkuh, y su carácter y apetitos también son semejantes a los de su tío. Salah al-Din sabía, igual que su hermano, que si a los servidores y soldados se les da la ocasión, elegirán a al-Adil como sultán. Rogó a al-Adil que protegiera a Afdal, a Aziz y a Zahir contra todas las conspiraciones. El hermano más joven se inclinó y besó las mejillas del sultán, murmurando: "¿Por qué estás tan deprimido? Alá me llevará con él mucho antes que a ti. Te necesitamos para que limpies de infieles nuestras costas".

»Cuando al-Adil dijo estas palabras yo estuve de acuerdo con él. El sultán estaba de buen humor y me recordaba a aquellos primeros días en El Cairo, cuando aprendía el arte de gobernar. Pero el sultán debía de tener un presentimiento.

»Una mañana temprano ordenó que me despertaran y fuera a verle. Ya que no había conseguido ir a La Meca, quería saludar fuera de los muros de la ciudad a los peregrinos que volvían de la Ciudad Santa. Creo que él lamentaba de veras su incapacidad para hacer la peregrinación. Durante su juventud fue un acto de desafío, pero a medida que se hacía mayor sentía que le faltaba algo. Sin embargo, la guerra contra los francos le había ocupado cuarenta años, y finalmente se sentía demasiado exhausto para hacer el viaje. Imad al-Din había impedido que lo hiciera usando como pretexto la rivalidad del califa, pero en realidad el secretario me confesó que temía que el sultán no sobreviviera al viaje. Sus médicos confirmaron que ésa era la verdadera razón para prohibir aquel esfuerzo. Él se resignó de mala gana, y su deseo de saludar a los peregrinos que volvían era su manera de compensar aquel fallo suyo.

»Cuando cabalgábamos empezó a llover. El chaparrón cayó sin avisar, una fría lluvia invernal que heló nuestros rostros. Yo le vi tiritar y me di cuenta de que no llevaba su chaqueta acolchada. Cogí mi manto e intenté ponérselo sobre los hombros, pero él sonrió y me lo devolvió. Le divertió mucho que yo, a quien él consideraba un hombre débil, intentara protegerle a él del mal tiempo.

»La lluvia caía con tanta fuerza que el camino se dividió en torrentes caudalosos e impracticables. Los caballos empezaron a resbalar en el fango, pero él continuó galopando y nosotros le seguimos. Aún puedo verle, con las ropas y la barba salpicadas de barro, mirando a los peregrinos empapados por la lluvia y saludándolos. Cuando volvíamos, la lluvia se detuvo y el cielo se aclaró. La gente de Damasco, con sus mejores atavíos, salió a las calles a vitorear al sultán y dar la bienvenida a la caravana de La Meca. Fuimos evitando a las multitudes y tomamos un atajo de vuelta al puente levadizo.

«Aquella noche le subió la fiebre. Dudo que ni siquiera un médico de tu habilidad hubiera sido capaz de salvarle, Ibn Maimun. La fiebre era cada vez más alta y el sultán apenas estaba consciente. Sus hijos y al-Adil fueron a verle todos los días. Yo no me aparté de su lado, pensando que se recuperaría para dictar su testamento, pero al décimo día cayó en un profundo sueño y no se volvió a despertar ya. Acababa de cumplir los cincuenta y cinco años.

»La ciudad le lloró durante tres días enteros. Aunque no se dieron instrucciones, las contraventanas de todas las tiendas permanecieron cerradas y las calles quedaron desiertas.

«Nunca he visto una manifestación igual de dolor general, mostrada con tal sentimiento. La ciudad entera estaba presente cuando acompañamos su cuerpo a su último lugar de descanso, caminando en absoluto silencio. Su médico, Abd al-Latif, un anciano, susurró a mi oído que no podía recordar ninguna otra ocasión en que la muerte de un sultán hubiera conmovido tan genuinamente el corazón del pueblo.

«Imad al-Din, con el rostro desfigurado por el dolor y las lágrimas cayendo por sus mejillas, rogó en voz alta: "Alá, acepta esta alma y abre para él las puertas del paraíso, y dale la última victoria que siempre ha esperado".

»Cuando volvimos a la ciudadela, todo estaba en silencio. Parecía como si emires y servidores no pudieran soportar ni siquiera escuchar el sonido de sus propias voces. El hijo del sultán, al-Afdal, vino y me abrazó, pero no intercambiamos ni una palabra.

«Aquella misma noche sufrí un ataque de náuseas y me puse enfermo. Mi cuerpo parecía arder. Bebí tres botellas de agua y me quedé dormido. Cuando me desperté a la mañana siguiente, la enfermedad había desaparecido, pero me sentía débil y vencido por un presentimiento de desastre. Me senté en la cama y me di cuenta de que el desastre había ocurrido ya. El sultán había muerto.

»Mi tarea está completa. No tengo nada más que escribir.

»Que la paz sea contigo hasta que nos reunamos.

»Tu leal amigo,

»*Ibn Yakub*

(escriba del último sultán,
Salah al-Din ibn Ayyub)»

FIN

* * *

Título original: The Book of Saladin
Primera edición: 2008 Segunda edición: 2011
Diseño de cubierta: Two Associates

© Tariq Ali

© de la traducción: Ana Herrera Ferrer, 1999,
cedida por Edhasa, S. A.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2008, 2011

ISBN: 978 4 5375 206 84

Depósito legal: Na. 2.350 2011

31 2011 10

V.1 Boss-Joseiera

